



TERRY
PRATCHETT

EL QUINTO ELEFANTE

UNA NOVELA DEL MUNDODISCO





Libro proporcionado por el equipo

Le Libros

Visite nuestro sitio y descarga esto y otros miles de libros

<http://LeLibros.org/>

[Descargar Libros Gratis](#), [Libros PDF](#), [Libros Online](#)

Si lord Vetinari, el taimado gobernante de la metrópoli de Ankh-Morpork, quería alguien con tacto y diplomacia para que representara a la ciudad durante la ceremonia de coronación del nuevo rey electo de los enanos en el distante país de Überwald, ¿por qué -se pregunta Sam Vimes- lo ha escogido a él? Lord Vetinari quiere echarle a los lobos. Y a los enanos. Y a los vampiros. Porque éstas son las tres mayorías que gobiernan el vasto y feudal reino de Überwald. Donde se extrae el mejor sebo para velas y cirios, del que es absolutamente dependiente la ciudad de Ankh-Morpork. Así que esta misión diplomática es también una misión económica encubierta, para lo cual un curioso funcionario de palacio acompañará a los nuevos embajadores: él se encargará de todos los susurros y guiños mientras Vimes se dedique a servir los sándwiches de pepinillo. Aunque no le apetezca, sir Samuel Vimes, comandante de la Guardia de la Ciudad, no va a poder negarse a la orden de lord Vetinari, y pronto parte con su séquito hacia Überwald, donde deberá resolver un misterio inesperado...



Terry Pratchett

El quinto elefante

Mundodisco 24

Saga de la Guardia 05

*Mi agradecimiento a Peter Bleackley por su ayuda con la ópera enana
Hachasangrienta y Martillodehierro, cuya versión fue probablemente
mucho mejor (y contenía muchas más canciones sobre el oro).*

Dicen que el mundo es plano y que se apoya en los lomos de cuatro elefantes que a su vez están de pie sobre el caparazón de una tortuga gigante.

Dicen que los elefantes, al ser unas bestias tan enormes, tienen los huesos de roca y de hierro, y los nervios de oro para facilitar la conductividad de larga distancia^[1].

Dicen que el quinto elefante llegó chillando y barritando a través de la atmósfera del mundo joven hace muchísimos años y que aterrizó con la bastante fuerza como para separar los continentes y levantar las montañas.

En realidad nadie lo vio aterrizar, lo que suscitó esta interesante pregunta filosófica: cuando millones de toneladas de elefante furioso caen dando vueltas del cielo, pero no hay nadie que lo oiga, ¿entonces, desde un punto de vista filosófico, el elefante hace ruido?

Y si no hubo nadie que lo viera estrellarse, ¿entonces se estrelló de verdad?

En otras palabras, ¿acaso no fue únicamente un cuento para niños, una evasiva para no tener que explicar ciertos hechos naturales curiosos?

En cuanto a los enanos, a quienes pertenece la leyenda, y quienes cavan minas mucho más profundas que nadie, *ellos* dicen que hay una pizca de verdad en el asunto.

* * *

En un día claro, desde un punto lo bastante alto de las Montañas del Carnero, la mirada abarcaba una distancia enorme sobre las llanuras. En pleno verano se podían contar las columnas de polvo que levantaban las caravanas de bueyes al avanzar pesadamente, a una velocidad máxima de tres kilómetros por hora, con cada pareja tirando de dos carretas atadas entre sí con cuatro toneladas de carga cada una. Las cosas tardaban mucho en llegar a cualquier parte, pero cuando llegaban ciertamente era en grandes cantidades.

Hacia las ciudades del Mar Circular las carretas cargaban materias primas, y a veces gente en busca de fortuna y también de un puñado de diamantes.

Hacia las montañas las carretas cargaban bienes manufacturados, cosas inauditas de allende los mares y gente que había encontrado la sabiduría y

también unas cuantas cicatrices.

Solía haber una jornada de viaje entre cada convoy. Todos juntos convertían el paisaje en una máquina del tiempo desplegada. En un día claro, se podía ver el martes pasado.

Los heliógrafos centelleaban en el aire lejano mientras las columnas de polvo se enviaban mensajes sobre la presencia de bandidos, sobre cargamentos y sobre el mejor sitio para conseguir doble ración de huevos, triple de patatas y un filete que se saliera del plato por todos los lados.

En las carretas viajaba mucha gente. Era barato, salía mejor que caminar y al final uno terminaba llegando.

Había quien viajaba gratis.

El cochero de un carro estaba teniendo problemas con su tiro. Los animales se mostraban inquietos. Aquello le habría parecido normal al cochero en las montañas, donde toda clase de criaturas salvajes podía ver a los bueyes como comida itinerante, pero allí no había nada que fuera más peligroso que las coles.

Detrás de él, en un espacio angosto al fondo de la carga de leña cortada, algo dormía.

* * *

Era un simple día más en Ankh-Morpork...

El sargento Colon estaba subido a una escalera de mano temblorosa colocada en un extremo del Puente de Latón, una de las vías públicas más transitadas de la ciudad. Con una mano se agarraba a un poste alto que tenía una caja en la punta, y con la otra sostenía un libro ilustrado casero delante de la ranura que había al frente de la caja.

—Y esto es otra clase de carro —dijo—. ¿Lo pillas?

—Zí —dijo una vocecita muy pequeña desde dentro de la caja.

—Muy bien —dijo Colon, aparentemente satisfecho.

Dejó caer el libro y señaló hacia el otro extremo del puente.

—Y ahora, ¿ves esas dos señales que hay pintadas en los adoquines?

—Zí.

—¿Y quieren decir...?

—Que si un carro va de una a otra en menos de un minuto es que va demasiado deprisa —recitó la vocecilla.

—Muy bien. ¿Y entonces tú...?

—Le hago una pintura.

—¿Con cuidado de sacar...?

—La cara del conductor o la licencia de la carreta.

—¿Y si es de noche...?

—Uso la salamandra para darle luz...

—Muy bien, Rodney. Y uno de nosotros pasará todos los días y recogerá tus

pinturas. ¿Te hace falta algo?

—No.

—¿Qué es eso, sargento?

Colon bajó la vista hacia una cara muy grande, morena y vuelta del revés, y sonrió.

—Buenas tardes, Todo —dijo mientras bajaba pesadamente por la escalera de mano—. Lo que está viendo, señor Jolson, es la guardia moderna del nuevo milenienienio... nio.

—La veo un poco pequeña, Fred —dijo Todo Jolson, mirando la caja con ojo crítico—. Ahí dentro no vais a caber todos.

—Me refiero a que es un invento genial, Todo.

—Ah, vale.

—Si alguien pasa por aquí demasiado deprisa, a la mañana siguiente lord Vetinari verá su pintura. Los iconógrafos no mienten, Todo.

—No, Fred. Porque son demasiado tontos.

—Su señoría ya se ha hartado de que los carros pasen demasiado deprisa por el puente, ¿sabes?, y nos ha pedido que hagamos algo al respecto. Yo ahora soy Jefe de Tráfico, ya sabes.

—¿Eso es bueno, Fred?

—¡Pues yo diría que sí! —dijo el sargento Colon con fervor—. Es cosa mía impedir que las, hum, arterias de la ciudad se atasquen, creando un colapso total del comercio y la ruina de todos nosotros. Se podría decir que es el trabajo más vital que hay.

—¿Y lo haces tú solo, todo eso?

—Bueno, principalmente. Principalmente. El cabo Nobbs y los demás ayudan, claro.

Todo Jolson se rascó la nariz.

—Es de algo parecido que te quería hablar, Fred —dijo.

—No hay problema, Todo.

—Delante de mi restaurante ha aparecido algo muy raro, Fred.

El sargento Colon siguió al hombre enorme y los dos doblaron la esquina. A Fred solía gustarle la compañía de Todo porque, al lado de Todo, él era muy flaco. Todo Jolson era un hombre que podría aparecer en un atlas y cambiar la órbita de otros planetas más pequeños. Los adoquines se resquebrajaban bajo sus pies. Combinaba en un solo cuerpo —y aún sobraba mucho espacio— al mejor chef de Ankh-Morpork y a su degustador más entusiasta, una circunstancia digna del paraíso del puré de patatas. El sargento Colon no se acordaba de cuál era el verdadero nombre de pila de Jolson. Se había quedado con su apodo por aclamación general, ya que nadie que lo viera por primera vez por la calle se podía creer que aquello fuera *todo* Jolson.

En la Vía Ancha había un carro parado de gran tamaño. El resto del tráfico

estaba embotellado intentando maniobrar alrededor del mismo.

—Me han traído la carne a la hora del almuerzo, Fred, y cuando mi carretero ha salido... —Todo Jolson señaló la aparatosa construcción triangular que había encajada en torno a una de las ruedas del carro. Estaba hecha de acero y madera de roble, y alguien le había tirado pintura amarilla encima de cualquier manera.

Fred le dio unos golpecitos con cautela.

—Ya veo qué problema tienes por aquí —dijo—. ¿Y cuánto tiempo se ha pasado tu carretero ahí dentro?

—Bueno, le he dado de comer...

—Y haces unas comidas muy buenas, Todo, lo he dicho siempre. ¿Cuál era el plato especial de hoy?

—Filete golpeado con salsa de crema y picadura de buey, y de postre merengue de la muerte negra —dijo Todo Jolson.

Hubo un momento de silencio mientras los dos visualizaban aquella comida. Fred Colon soltó un pequeño suspiro.

—¿Mantequilla en la picadura?

—No me insultarías sugiriendo que no sería capaz de ponerla, ¿verdad?

—Comprendo que hay que estarse mucho tiempo para una comida como esa —dijo Fred—. El problema es que al patricio le ponen de muy mal humor los carros que aparcan en la calle más de diez minutos, Todo. Le parece que es una especie de crimen.

—Tardar diez minutos en comerse una de mis comidas no es un crimen, Fred, es una tragedia —dijo Todo—. Aquí pone: «Guardia de la Ciudad: extracción 15\$». Son las ganancias de un par de días, Fred.

—Lo que pasa —dijo Fred Colon— es que habrá papeleo, ¿sabes? No puedo hacer como si esto no hubiera pasado. Ojala pudiera. Hay copias y recibos en el pinchapapeles de mi despacho. Si yo estuviera al mando de la Guardia, claro que sí... pero es que tengo las manos atadas...

Los dos hombres estaban un poco separados el uno del otro, con las manos en los bolsillos, sin que pareciera que se prestaban mucha atención mutua. El sargento Colon empezó a silbar por lo bajo.

—Yo sé un par de cosas —dijo Todo, con cautela—. La gente se cree que los camareros no tienen orejas.

—Yo sé montones de cosas, Todo —dijo Colon, haciendo tintinear las monedas de su bolsillo.

Los dos hombres miraron el ciclo durante un tiempo.

—Puede que me quede algo de helado de miel de ayer...

El sargento Colon bajó la mirada hasta el carro.

—Pero bueno, señor Jolson —dijo, en tono de sorpresa absoluta—. ¡Algún cabrón le ha puesto una especie de cepo a su rueda! Vaya, pues vamos a tomar

cartas en el asunto.

Colon se sacó un par de palas redondas y pintadas de blanco del cinturón, divisó la torre de señales de la Casa de la Guardia que asomaba por encima de la vieja fábrica de limonada, esperó a que la gárgola vigía le hiciera la señal, y no sin cierto despliegue de aplomo y estilo, emprendió una imitación de un hombre de brazos rígidos que jugaba dos partidas de ping-pong a la vez.

—El equipo llegará enseguida... Ah, mira eso...

A poca distancia en la misma calle había dos trolls ocupados en ponerle meticulosamente un cepo a una carreta de heno. Al cabo de un par de minutos uno de ellos echó un vistazo por casualidad a la torre de la Casa de la Guardia, le dio un codazo a su compañero, sacó él también dos palas y, con bastante menos ímpetu que el sargento Colon, mandó una señal. Cuando recibió la respuesta, los dos trolls miraron a su alrededor, divisaron al sargento Colon y echaron a andar pesadamente hacia él.

—¡Tachán! —exclamó Colon con orgullo.

—Asombrosa, esta nueva tecnología —se admiró Todo Jolson—. Y debían de estar a, ¿cuánto? ¿A cuarenta o cincuenta metros de aquí?

—Eso es, Todo. En los viejos tiempos habría tenido que soplar el silbato. Y además ahora llegarán aquí sabiendo que soy yo quien los ha llamado.

—En lugar de tener que mirar y ver que eras tú —dijo Jolson.

—Bueno, sí —dijo Colon, consciente de que lo que acababa de ocurrir tal vez no fuera el rayo de luz más brillante del nuevo amanecer de la revolución de las comunicaciones—. Por supuesto, habría funcionado igual de bien si hubieran estado a varias calles de distancia. O hasta en la otra punta de la ciudad. Y si yo le dijera a la gárgola que, como decimos, «tirara» el mensaje desde la torre «grande» que hay sobre el Edificio Tump, en cuestión de minutos llegaría a Sto Lat, para que veas.

—Y eso está a treinta kilómetros.

—Por lo menos.

—Asombroso, Fred.

—Los tiempos avanzan, Todo —dijo Colon mientras los trolls llegaban—. Agente Pedernal, ¿quién le ha dicho a usted que encepára el carro de mi amigo? —preguntó en tono imperioso.

—Bueno, sargento, esta mañana dijo que teníamos que ponerle el cepo a todos los...

—Pero a este no —repuso Colon—. Qúteselo ahora mismo y no hablemos más del tema, ¿eh?

El agente Pedernal pareció llegar a la conclusión de que no le estaban pagando para que pensara, y en realidad ya iba bien, porque el sargento Colon no creía que los trolls valieran mucho la pena en ese cometido.

—Si usted lo dice, sargento...

—Y mientras lo hacéis, yo y Todo vamos a tener una pequeña charla, ¿verdad, Todo? —dijo Fred Colon.

—Verdad, Fred.

—Bueno, digo charlar, pero sobre todo lo que voy a hacer yo es escuchar, porque voy a tener la boca llena.

* * *

De las ramas de los abetos cayó una cascada de nieve. El hombre se abrió paso como pudo, se detuvo un momento a recobrar el aliento y luego cruzó el claro con paso ligero.

Oyó el primer sonido grave del cuerno al otro lado del valle.

Tenía una hora, entonces, si es que podía confiar en dios. Puede que no llegara hasta la torre, pero había otras salidas.

Tenía planes. Podía ser más listo que ellos. Evitar la nieve todo lo que pudiera, desandar sus pasos, usar los arroyos... Era posible, se había hecho antes.

De eso estaba seguro.

A unos kilómetros de distancia, unos cuerpos esbeltos partieron bosque a través. Empezaba la cacería.

* * *

En otra parte de Ankh-Morpork, el Gremio de Bufones estaba en llamas.

Lo cual era un problema, porque la brigada de bomberos del Gremio constaba básicamente de payasos.

Y aquello sí que era un problema, porque si le enseñas a un payaso un cubo de agua y una escalera de mano, solamente conoce una forma de actuar. Los años de formación se imponen. Es la nariz roja lo que le habla. No lo puede evitar.

Sam Vimes, de la guardia de la ciudad de Ankh-Morpork, estaba apoyado en una tapia y se dedicaba a contemplar el espectáculo.

—De verdad que tenemos que volver a presentarle al patricio esa propuesta de un cuerpo civil de bomberos —dijo. En la acera de enfrente un payaso cogió una escalera, se giró, tiró de un golpe al payaso que tenía detrás dentro de un cubo de agua y luego se giró otra vez para ver qué era aquel jaleo, mandando de esta manera a su víctima (que ya se levantaba) de vuelta al cubo con un sorprendente trompeteo. La multitud observaba en silencio. Si fuera gracioso, los payasos no lo estarían haciendo.

—Todos los gremios están en contra de la idea —dijo el capitán Zanhoria Fundidordehierros, su lugarteniente, mientras al payaso de la escalera de mano le vertían un cubo de agua dentro de los pantalones—. Dicen que sería invasión de competencias.

El fuego se había adueñado de una habitación del primer piso.

—Si dejamos que se queme, el entretenimiento en esta ciudad no volverá a ser lo mismo —dijo Zanahoria en tono serio.

Vimes lo miró de reojo. Aquel era un comentario genuino de Zanahoria: sonaba inocente a más no poder, y sin embargo era posible entenderlo de otra manera.

—Está claro que no —dijo—. Aun así, supongo que es mejor que hagamos algo.

Dio un paso adelante e hizo bocina con las manos.

—¡Muy bien, aquí la Guardia! ¡Cadena de cubos! —gritó.

—Oooh, ¿es necesario? —preguntó alguien entre la multitud.

—Sí, lo es —dijo el capitán Zanahoria—. ¡Vamos, todos, si formamos dos filas acabaremos en un santiamén! ¿Qué me decís, eh? ¡Hasta puede ser divertido!

Y lo hicieron, observó Vimes. Zanahoria trataba a todo el mundo como si fueran unos muchachotes la mar de majos, y de alguna manera, por alguna razón inexplicable, ellos se resistían a hacerle quedar mal.

Para decepción de la multitud el fuego quedó apagado enseguida, tan pronto como los payasos fueron desarmados y alejados de allí por gente amable.

Zanahoria reapareció, secándose la frente, mientras Vimes encendía un puro.

—Parece que el tragafuegos estaba enfermo —dijo.

—Es posible que la gente no nos perdona nunca —dijo Vimes mientras se ponían a patrullar de nuevo—. Oh, no... ¿y ahora qué?

Zanahoria estaba mirando hacia arriba, hacia la torre de señales más cercana.

—Disturbio en la calle Cable —dijo—. Es para Todos Los Agentes, señor.

Echaron a correr. Siempre se hacía cuando había una llamada a Todos Los Agentes. El que estaba en un aprieto podía muy bien ser uno mismo.

A medida que se acercaban al lugar, vieron más y más enanos en las calles, y Vimes reconoció los indicios. Todos los enanos tenían un aire preocupado y caminaban en la misma dirección.

—Se ha acabado —dijo Vimes mientras doblaban un recodo—. Se nota por el aumento repentino de transeúntes sospechosamente inocentes.

Fuera cual fuese la emergencia, había sido algo grande. La calle estaba llena de escombros y de una cantidad considerable de enanos tirados por todos lados. Vimes aminoró la marcha.

—Es la tercera vez en lo que va de semana —dijo—. ¿Qué les ha dado a todos?

—Es difícil decirlo, señor —dijo Zanahoria. Vimes lo miró con el ceño fruncido. A Zanahoria lo habían criado los enanos. Además, siempre que podía evitarlo, nunca decía una mentira.

—Eso no es lo mismo que « no lo sé» , ¿verdad?—dijo.

El capitán pareció incómodo.

—Creo que es... algo más o menos político —dijo.

Vimes se fijó en un hacha arrojadiza clavada en una pared.

—Sí, eso ya lo veo —dijo.

Alguien se acercaba por la calle, y probablemente se trataba de la razón por la que había estallado el disturbio. El guardia interino Bluejohn era el troll más grande que Vimes había conocido nunca. Se elevaba como una montaña. Era tan grande que no sobresalía entre una multitud porque él solo ya era la multitud. La gente no conseguía verlo porque siempre estaba en medio. Y tal como le pasa a mucha gente demasiado grande, era instintivamente gentil y más bien tímido y con cierta tendencia a dejar que los demás le dieran órdenes. Si el destino lo hubiera llevado a unirse a una banda callejera, él sería el matón. En la Guardia era el escudo antidisturbios. Por detrás de su espalda se asomaban otros agentes.

—Parece que ha empezado en el delicatessen de Tal'Adr —dijo Vimes, mientras el resto de la Guardia llegaba—. Tomadle declaración a Tal'Adr.

—No es buena idea, señor —le aseguró Zanahoria—. Él no ha visto nada.

—¿Cómo sabes que no ha visto nada? No se lo has preguntado.

—Ya lo sé, señor. Él no ha visto nada. Ni tampoco ha oído nada.

—¿Mientras una multitud furiosa le destroza el restaurante y se lía a puñetazos frente a su puerta?

—Exacto, señor.

—Ah. Ya entiendo. Me estás diciendo que no hay nadie tan sordo como el que no quiere oír, ¿verdad?

—Algo parecido, señor, sí. Mire, ya se ha acabado todo, señor. No creo que nadie haya salido gravemente herido. Va a ser lo mejor, señor. Por favor...

—¿Es una de esas cosas privadas de enanos, capitán?

—Sí, señor...

—Bueno, pues esto es Ankh-Morpork, capitán, no una mina en las montañas, y mi trabajo es mantener la paz, y esto de aquí, capitán, no se le parece en nada. ¿Qué va a decir la gente si hay disturbios en las calles?

—Dirán que es un día más de la vida en la gran ciudad, señor —dijo Zanahoria en tono inexpressivo.

—Sí, supongo que es lo que dirían, ahora que lo mencionas. Sin embargo... — Vimes agarró a un enano gimoteante—. ¿Quién ha hecho esto? —exigió saber—. No estoy de humor para que me tomen el pelo. ¡Venga, quiero un nombre!

—Agi Robamartillos —murmuró el enano, forcejeando.

—Muy bien —dijo Vimes, soltándolo—. Apunta eso, Zanahoria.

—No, señor.

—¿Cómo dices?

—En la ciudad no hay ningún Agi Robamartillos, señor.

—¿Conoces a todos y cada uno de los enanos?

—A muchos de ellos, señor. Pero a Agi Robamartillos solamente se lo encuentra en las minas, señor. Es una especie de espíritu malicioso, señor. Por ejemplo, si alguien dice: « Métetelo donde Agi mete el carbón », señor, quiere decir...

—Sí, ya me lo imagino —dijo Vimes—. ¿Me estás diciendo que ese enano acaba de decir que este disturbio lo ha empezado Juan Nadie? —El enano había desaparecido ligero doblando una esquina.

—Más o menos, señor. Discúlpeme un momento, señor. —Zanahoria cruzó la calle y se sacó dos palas pintadas de blanco del cinturón—. Voy a buscar una línea de visión con alguna torre —dijo—. Debería mandar un clac.

—¿Por qué?

—Bueno, estamos haciendo esperar al patricio, así que sería de buena educación avisarle de que llegamos tarde.

Vimes se sacó el reloj del bolsillo y se lo quedó mirando. Estaba resultando ser uno de esos días... uno de esos que le tocan a uno cada día.

* * *

Forma parte de la naturaleza del universo que la persona que siempre te hace esperar diez minutos estará lista con diez minutos de antelación el día en que tú te retrases diez minutos, y además te dejará bien claro que *no lo está mencionando*.

—Siento que lleguemos tarde, señor —dijo Vimes mientras entraban en el Despacho Oblongo.

—Ah, ¿llegan tarde? —dijo lord Vetinari, levantando la vista de sus papeles—. De verdad que no me había dado cuenta. Nada grave, espero.

—El Gremio de Bufones se ha incendiado, señor —dijo Zanahoria.

—¿Muchas víctimas?

—No, señor.

—Bueno, es una gran suerte —dijo lord Vetinari con cautela. Dejó su pluma—. A ver... ¿qué era lo que teníamos que tratar...? —Tiró de otro documento hacia sí y lo leyó rápidamente—. Ah, veo que el nuevo departamento de tráfico está teniendo el efecto deseado. —Señaló un montón grande de papeles—. Estoy recibiendo un número ingente de quejas del Gremio de Carreteros y Conductores de Ganado. Bien hecho. Transmítanle mi agradecimiento al sargento Colon y a su equipo.

—Lo haré, señor.

—Veo que en un día le han puesto el cepto a diecisiete carros, diez caballos, dieciocho bueyes y un pato.

—Estaba aparcado ilegalmente, señor.

—Por supuesto. Sin embargo, se empieza a repetir un extraño fenómeno.

—¿Señor?

—Muchos de los carreteros dicen que de hecho no estaban aparcados, sino que simplemente se habían parado mientras una señora extremadamente vieja y extremadamente fea cruzaba la calle extremadamente despacio.

—Eso es lo que dicen ellos, señor.

—Saben que era una anciana por su constante letanía de « oh, pobrecilla de mí, mis pobres pies », y otras expresiones similares.

—A mi ciertamente me suena a viejecita, señor —dijo Vimes, con cara de póquer.

—Por supuesto. Lo que resulta mas bien raro es que varios de ellos afirman haber visto a la viejecita largarse a continuación por un callejón, y bastante deprisa. Pasaría esto por alto, claro está, si no fuera porque al parecer la misma anciana fue vista cruzando otra calle, muy despacio, a cierta distancia y poco después. Resulta un poco misterioso, Vimes.

Vimes se tapó los ojos con la mano.

—Es un misterio que tengo intención de resolver bastante deprisa, señor.

El patricio asintió con la cabeza y tomó una breve nota en la lista que tenía delante.

Al ir a apartarla a un lado, dejó al descubierto un papel mucho más manoseado y doblado muchas veces. Cogió dos abrecartas y, usándolos con meticulosidad, desdobló el papel y se lo pasó lentamente por encima de la mesa a Vimes.

—¿Sabe usted algo de esto?—dijo.

Vimes leyó las letras grandes, redondas y escritas con lápiz de colores:

*QUerriDO sENor, la cRuedAz con Los pERROs sin oGar en esTá
ZIUDA es unA bERWeNZa, kE estA AZIendo la GUARDIA al respEZIó?
Firmado la liga KONTRa la crueldAz AZIA los pERROs.*

—Nada de nada —dijo él.

—Mis empleados me dicen que la mayoría de las noches pasan una nota como esta por debajo de la puerta —dijo el patricio—. Al parecer no se ve a nadie.

—¿Quiere que lo investigue?—dijo Vimes—. No debería costar encontrar a alguien en esta ciudad que babea cuando escribe y que tiene todavía peor ortografía que Zanahoria.

—Gracias, señor —dijo Zanahoria.

—Ninguno de los guardias informa de haber visto a nadie —dijo el patricio—. ¿Hay algún grupo en Ankh-Morpork que esté particularmente interesado en el bienestar de los perros?

—Lo dudo, señor.

—Entonces lo pasaré por alto *pro tempore* —dijo Vetinari. Dejó que la carta húmeda chapoteara al caer dentro de la papelería—. Pasando a asuntos más urgentes —cambió de tema con brío—. A ver... ¿Qué sabe usted de Jdienda?

Vimes lo miró sin parpadear.

Zanahoria carraspeó en tono educado.

—¿El río o la ciudad, señor? —preguntó.

El patricio sonrió.

—Ah, capitán, ya hace tiempo que ha dejado usted de sorprenderme. Sí, me refería a la ciudad.

—Es una de las poblaciones más importantes de Uberwald, señor —dijo Zanahoria—. Exporta metales preciosos, cuero, leña y por supuesto grasa de las profundas minas de sebo de Shmaltzberg...

—¿Hay de verdad un sitio que se llama Jdienda? —exclamó Vimes, todavía maravillándose de la velocidad con que el patricio había llegado hasta allí a partir de una carta viscosa sobre perros.

—Hablando estrictamente, señor, es más correcto pronunciarlo «Jidaenda» —dijo Zanahoria.

—Aun así...

—Y en Jidaenda, señor, «Morpork» suena exactamente como la palabra que ellos usan para denominar cierta pieza de ropa interior femenina —explicó Zanahoria—. En el mundo hay un número limitado de sílabas, si lo piensa.

—¿Cómo sabes todas esas cosas, Zanahoria?

—Oh, son historias que se me van quedando, señor. De oírlas por ahí.

—¿En serio? ¿Y qué pieza exactamente...?

—Algo extremadamente importante va a tener lugar allí dentro de unas cuantas semanas —lo interrumpió lord Vetinari—. Algo que, tengo que añadir, es vital para la prosperidad futura de Ankh-Morpork.

—La coronación del Bajo Rey —dijo Zanahoria.

Vimes desvió la mirada hacia el patricio y luego de vuelta a Zanahoria.

—¿Hay alguna clase de circular que se reparte por ahí y que a mí no me llega? —preguntó.

—Hace meses que la comunidad enanil casi no habla de otra cosa, señor.

—¿En serio? —dijo Vimes—. ¿Te refieres a los disturbios? ¿A esas peleas que hay cada noche en los bares de enanos?

—El capitán Zanahoria está en lo cierto, Vimes. Va a ser un gran acontecimiento, al que asistirán representantes de muchos gobiernos. Y de varios principados de Uberwald, claro, porque el Bajo Rey solamente gobierna aquellas zonas de Uberwald que están bajo tierra. Su favor es valioso. Borogravia y Genua estarán allí, sin duda, y es probable que incluso Klatch.

—¿Klatch? ¡Pero si todavía están más lejos de Uberwald que nosotros! ¿Para qué se molestan en ir? —Vimes hizo una pausa momentánea y luego añadió—:

Ja. Parezo tonto. ¿Dónde está el dinero?

—¿Cómo dice, comandante?

—Eso es lo que mi antiguo sargento solía decir cuando estaba desconcertado, señor. Averigua dónde está el dinero y tendrás el asunto medio resuelto.

Vetinari se puso de pie y caminó hasta el ventanal, dándoles la espalda.

—Un país grande, Uberwald —dijo, dirigiéndose en apariencia al cristal—. Oscuro. Misterioso. Antiguo...

—Enormes reservas sin explotar de carbón y mineral de hierro —tomó el relevo Zanahoria—. Y sebo, por supuesto. Las mejores velas, lámparas de aceite y jabón vienen en última instancia de los yacimientos de Schmaltzberg.

—¿Por qué? Nosotros y a tenemos nuestro matadero, ¿no?

—Ankh-Morpork usa muchísimas velas, señor.

—Está claro que mucho jabón no usa —dijo Vimes.

—Hay muchísimos usos para el sebo y la manteca, señor. Nosotros mismos no podríamos abastecernos ni de lejos.

—Ah —dijo Vimes.

El patricio suspiró.

—Como es obvio, confío en poder reforzar nuestros lazos comerciales con las diferentes naciones que hay en Uberwald —dijo—. La situación allí es extremadamente volátil. ¿Sabe usted mucho sobre Uberwald, comandante Vimes?

Vimes, cuyo conocimiento de la geografía era microscópicamente detallado a menos de cinco millas de Ankh-Morpork y meramente microscópico más allá, asintió sin demasiada seguridad.

—Sucede que no es realmente un país —dijo Vetinari—. Es...

—Es más bien lo que uno encuentra antes de que haya países —apostilló Zanahoria—. Son sobre todo pueblos fortificados y feudos sin fronteras reales y con mucho bosque entre ellos. Siempre hay alguna clase de contienda en desarrollo. No hay ley aparte de la que imponen los señores locales, y abunda el bandolerismo de todas las clases.

—Nada que ver con la vida local de nuestra querida ciudad —dijo Vimes, no del todo para sí mismo. El patricio le dedicó una mirada impasible.

—En Uberwald los enanos y los trolls no han resuelto sus viejas rencillas —continuó Zanahoria—. Hay zonas amplias controladas por clanes feudales de vampiros o de hombres lobo, y también hay extensiones de terreno con una magia de fondo mucho más alta de lo normal. Es un lugar caótico, ciertamente, y nadie diría allí que estamos en el Siglo del Murciélago Frugivoro. Hay que esperar que las cosas mejoren, sin embargo, y que Uberwald acabe por unirse felizmente a la comunidad de las naciones.

Vimes y Vetinari cruzaron una mirada. A veces Zanahoria hablaba como un ensayo de educación cívica escrito por un monaguillo pasmado.

—Bien explicado —dijo por fin el patricio—. Pero hasta ese día feliz, Uberwald sigue siendo un misterio dentro de un acertijo envuelto por un enigma.

—A ver si lo he entendido bien, entonces —dijo Vimes—. ¿Uberwald es como una enorme tarta de sebo en la que todo el mundo acaba de fijarse de pronto, y ahora con la excusa de la coronación esa tenemos que ir todos allí corriendo con cuchillo, tenedor y cuchara para ponernos en el plato el trozo más grande que podamos?

—Su comprensión de la realidad política es magistral, Vimes. Únicamente le falta el vocabulario apropiado. Ankh-Morpork tiene que mandar a un representante, obviamente. Un embajador, por llamarlo así.

—No estará sugiriendo que vaya y yo a ese asunto, ¿verdad? —dijo Vimes.

—Oh, nunca se me ocurriría mandar al comandante de la Guardia de la Ciudad —respondió lord Vetinari—. La mayoría de los países de Uberwald carecen de la noción de una autoridad pacificadora civil y moderna.

Vimes se relajó.

—A quien estoy mandando es al duque de Ankh.

Vimes se irguió en su asiento.

—La mayoría son sistemas feudales —continuo Vetinari—. Le dan un gran valor al rango...

—¡No acepto la orden de ir a Uberwald!

—¿Orden, su excelencia? —Vetinari se mostró asombrado y preocupado—. Por los dioses, debo de haber entendido mal a lady Sybil... Ella me dijo ayer que unas vacaciones muy lejos de Ankh-Morpork le sentarían a usted de maravilla...

—¿Ha hablado con Sybil?

—En la recepción del nuevo presidente del Gremio de Sastres, sí. Creo que usted se marchó antes de tiempo. Alguien lo llamó. Alguna emergencia, tengo entendido. Lady Sybil mencionó por casualidad que usted parecía estar, y cito sus palabras, «siempre metido en el trabajo», y una cosa llevó a la otra. Oh, cielos, confío en no haber causado ningún malentendido matrimonial...

—¡Precisamente ahora no puedo irme de la ciudad! —exclamó Vimes a la desesperada—. ¡Hay muchísimo por hacer!

—Es por eso exactamente que Sybil dice que tiene usted que salir de la ciudad —replicó Vetinari.

—Pero está la nueva escuela de formación...

—Ya funciona sin problemas, señor —dijo Zanahoria.

—La red de palomas mensajeras es un desastre completo...

—Más o menos resuelto, señor, ahora que les hemos cambiado la comida. Además, las torres de clacs parecen estar funcionando muy bien.

—Tenemos que poner en marcha la Guardia del Río...

—No se puede hacer mucho durante una semana o dos, señor, hasta que hayamos dragado la barcaza.

—Los desagües de la estación de la calle Chinchulín están...

—Tengo a los fontaneros trabajando en ello, señor.

Vimes sabía que había perdido. Había perdido nada más aparecer Sybil, porque ella siempre era una máquina de asedio fiable contra las murallas defensivas de Vimes. Pero todavía podía caer luchando.

—Ya sabe de sobra que no se me da bien el lenguaje diplomático —dijo.

—Al contrario, Vimes, parece usted haber asombrado al cuerpo diplomático aquí en Ankh-Morpork —dijo lord Vetinari—. No están acostumbrados al habla común y corriente. Les confunde. ¿Qué fue lo que le dijo usted al embajador de Istanzia el mes pasado? —Buscó entre los papeles de su escritorio—. A ver, la queja está aquí por alguna parte... Ah, sí, refiriéndose al asunto de las incursiones militares a través del río Slipnir, usted indicó que cualquier nueva transgresión resultaría en que él, personalmente, es decir el embajador, y cito: «se irá a casa en ambulancia».

—Me disculpo por eso, señor, pero yo había tenido un mal día y de verdad que él me estaba poniendo de los...

—Desde entonces las fuerzas armadas istanzianas han retrocedido tanto que ya casi han llegado al país de al lado —dijo lord Vetinari, dejando el papel a un lado—. Tengo que decir que la observación de usted únicamente seguía la orientación general de mi punto de vista, pero por lo menos fue sucinta. Al parecer usted también miró al embajador de una manera muy amenazadora.

—Solo fue la forma en que miro siempre.

—Eso está claro. Por suerte, en Uberwald usted solamente tendrá que mostrarse amigable.

—Bueno, pero no querrá que diga cosas como «¿Por qué no nos vendéis todo vuestro sebo a un precio baratísimo?», ¿verdad? —dijo Vimes a la desesperada.

—No va a hacer falta que negocie usted nada en absoluto, Vimes. De eso se encargará uno de mis secretarios, que instalará la embajada temporal y discutirá esas cuestiones con sus homólogos de las cortes de Uberwald. Todos los secretarios hablan el mismo idioma. Usted simplemente sea todo lo ducal que pueda. Y por supuesto, se hará usted con un séquito. Una comitiva —añadió Vetinari, al ver la mirada de incompreensión de Vimes. Suspiró—. Gente que vaya con usted. Sugiero a la sargento Angua, al sargento Detritus y a la cabo Culopequeño.

—Ajá —dijo Zanahoria, asintiendo con expresión alentadora.

—¿Perdón? —dijo Vimes—. Creo que debe de haber habido una conversación entera justo hace un momento y me la he perdido.

—Una mujer lobo, un troll y una enana —le aclaró Zanahoria—. Minorías étnicas, señor.

—... Pero que en Uberwald son *mayorías* étnicas —dijo lord Vetinari—. Los tres agentes vienen originariamente de allí, tengo entendido. Su presencia será

muy elocuente.

—Por ahora a mí no me ha dicho ni mu —dijo Vimes—. Preferiría llevarme...

—Señor, eso le enseñará a la gente de Uberwald que Ankh-Morpork es una sociedad multicultural, ¿lo ve? —dijo Zanahoria.

—Ah, ya veo. «Gente como nosotros.» Gente con la que puede hacer negocios —dijo Vimes en tono lúgubre.

—En ocasiones —dijo Vetinari en tono irritado— de verdad que me parece que la cultura del cinismo en la Guardia es... es...

—¿Insuficiente? —sugirió Vimes. Se hizo un silencio—. Muy bien. —Suspiró—. Será mejor que vaya a sacarles brillo a los nudos de mi corona, ¿verdad?

—La corona ducal, si no me falla la heráldica, no tiene nudos. Es decididamente... pinchuda —dijo el patricio, empujando por encima del escritorio un montoncito de papeles encima del cual había una tarjeta de invitación con los bordes dorados—. Bien. Haré que envíen un... un clac de inmediato. Recibirá instrucciones adicionales más adelante. Dele recuerdos a la duquesa. Y ahora, no quisiera robarles más tiempo del necesario...

—Siempre me dice eso —murmuró Vimes mientras los dos hombres bajaban las escaleras a toda prisa—. Sabe que no me gusta estar casado con una duquesa.

—Yo creía que usted y lady Sybil...

—Oh, estar casado con Sybil está bien, está bien —se apresuró a decir Vimes—. Lo de duquesa es lo único que no me gusta. ¿Dónde está todo el mundo esta noche?

—La cabo Culopequeño tiene turno de palomas, Detritus está en la patrulla nocturna con Swires y Angua está en misión especial en las Sombras, señor. ¿Se acuerda? Con Nobby...

—Oh, dioses. Sí. Bueno, cuando vuelvan mañana será mejor que les digas que vengan a verme. Por cierto, quítale esa puta peluca a Nobby y escóndela, ¿quieres? —Vimes hojeó los papeles—. Nunca he oído hablar del Bajo Rey de los enanos. Yo pensaba que «rey» en idioma de los enanos significa solamente una especie de ingeniero jefe.

—Ah, bueno, pero el Bajo Rey es bastante especial —dijo Zanahoria.

—¿Por qué?

—Bueno, todo empieza con el Bollo del Destino, señor.

—¿El qué?

—¿Le importaría dar un pequeño rodeo de vuelta a Pseudópolis Yard, señor? Eso aclarará las cosas.

* * *

La joven estaba de pie en una esquina de las Sombras. Su postura general indicaba que era, en el dialecto especializado de la zona, una dama de honor.

Para ser más precisos, una dama que tenía el honor de conocer a muchos caballeros.

Balanceó su bolso como con descuido.

Aquella era una señal muy reconocible para cualquiera con la inteligencia de una paloma. Cualquier miembro del Gremio de Ladrones se limitaría a pasar con cautela por el otro lado del callejón, sin dedicarle más que un saludo caballeroso y sobre todo no agresivo con la cabeza. Hasta los ladrones autónomos menos corteses que acechaban por la zona se lo pensarían dos veces antes de echar un vistazo a aquel bolso. El Gremio de Costureras llevaba a cabo un tipo muy rápido y no revocable de justicia.

El cuerpo flaco de Fui-yo Duncan, sin embargo, no tenía la inteligencia de una paloma. El hombrecillo había estado mirando el bolso como si fuera un gato durante cinco minutos largos, y ahora la idea misma de sus contenidos lo tenía hipnotizado. Prácticamente notaba el sabor del dinero. Se puso de puntillas, agachó la cabeza, echó a correr por el callejón, agarró el bolso y se alejó varios centímetros antes de que el mundo explotara detrás de él y lo dejara tendido en el barro.

Algo empezó a babear justo al lado de su oreja. Se oyó un gruñido interminable, que no cambiaba de tono en absoluto sino que se limitaba a desplegar una promesa gutural acerca de lo que ocurriría si Duncan intentaba moverse.

Oyó pasos y con el rabillo del ojo vio un movimiento de tela de encaje.

—Venga, Fui-yo —dijo una voz—. ¿Robando bolsos? Un poco bajo, ¿no te parece? Hasta para ti. Podrías haberte hecho daño de verdad. Solo es Duncan, señorita. No dará ningún problema. Puede dejar que se levante.

Duncan sintió que el peso se retiraba de su espalda. Oyó que algo se alejaba con pasos suaves hacia la penumbra de un callejón.

—¡Fui yo, fui yo! —dijo el ladronzuelo a la desesperada mientras el cabo Nobbs lo ayudaba a ponerse de pie.

—Sí, ya sé que has sido tú, te he visto —contestó Nobby—. ¿Y sabes lo que te pasaría si te viera el Gremio de Ladrones? Que acabarías muerto en el río sin reducción de condena por buena conducta.

—Me odian porque soy buenísimo —dijo Duncan a través de su barba apelmazada—. Eh, ¿sabes el robo que hubo el mes pasado en el restaurante de Todo Jolson? Pues fui yo.

—Claro, claro, Duncan. Fuiste tú.

—Y el golpe a esas cámaras llenas de oro de la semana pasada, también fui yo. No fueron Caradecarbón y sus chicos.

—Ya, fuiste tú, ¿verdad, Duncan?

—Y ese trabajito en la orfebrería que todo el mundo dice que hizo Ron el Crujiente...

—Fuiste tú, ¿verdad?

—Pues sí —dijo Duncan.

—Y también fuiste tú el que les robó el fuego a los dioses, ¿verdad, Duncan? —dijo Nobby, sonriendo con malicia por debajo de su peluca.

—Sí que fui yo. —Duncan asintió. Se sorbió la nariz—. Claro que entonces era un poco más joven.

Miró con expresión miope a Nobby Nobbs.

—¿Por qué llevas un vestido, Nobby?

—Es confidencial, Duncan.

—Ah, vale. —Duncan cambió de postura, incómodo—. No podrías dejarme cinco o diez peniques, ¿verdad, Nobby? Llevo dos días sin comer.

Hubo un destello de calderilla en la oscuridad.

—Y ahora largo de aquí —dijo el cabo Nobbs.

—Gracias, Nobby. Si tienes algún crimen sin resolver, ya sabes dónde encontrarme.

Duncan se internó dando tumbos en la noche.

La sargento Angua apareció detrás de Nobby, abrochándose la coraza.

—Pobre desgraciado —dijo.

—Era un buen ladrón en su época —dijo Nobby, sacando un cuaderno de su bolso y apuntando unas cuantas líneas.

—Has sido muy amable al ayudarlo —dijo Angua.

—Bueno, puedo recuperar el dinero cogiéndolo de la caja para gastos —se explicó Nobby—. Y ahora sabemos quién dio el golpe de los lingotes, ¿verdad? Cuando se entere el señor Vimes, será una medalla en mi pechera.

—Escote, Nobby.

—¿Qué?

—Llevas escote, Nobby. Con un brocado de encaje bien bonito.

—Ah... sí...

—No es que quiera quejarme —dijo Angua—, pero cuando nos asignaron este trabajo pensé que era yo quien iba a hacer de cebo y tú ibas a hacer de apoyo, Nobby.

—Sí, pero, como usted está... —La expresión de Nobby se arrugó al adentrarse con temor en un territorio lingüístico desconocido—...mor... for... lo... gic... amente... dotada...

—Soy una mujer lobo, Nobby. Conozco el término.

—Ya... bueno, está claro que a usted se le va a dar mucho mejor el sigilo, y... y está claro que no está bien que las mujeres tengan que hacer de cebos en el trabajo policial...

Angua vaciló, tal como hacía a menudo cuando intentaba hablar con Nobby de cuestiones difíciles, y movió las manos delante de ella como si intentara darle forma a la masa de pan invisible de sus pensamientos.

—Es que... o sea, la gente puede... —empezó a decir ella—. Quiero decir... Bueno, ya sabes cómo llama la gente a los hombres que llevan peluca y vestido, ¿no?

—Sí, señorita. Abogados, señorita.

—Bien. Sí. Bien —respondió Angua despacio—. Ahora prueba otra vez...

—Esto... ¿actores, señorita?

Angua se rindió.

—Te queda bien el tafetán, Nobby —dijo.

—¿No cree que me hace parecer gordo?

Angua olisqueó el aire.

—Oh, no... —dijo en voz baja.

—Se me ha ocurrido ponerme colonia para hacerlo más verosímil —se apresuró a explicar Nobby.

—¿Cómo? Oh... —Angua negó con la cabeza y volvió a coger aire—. Lo que huelo... es... otra... cosa...

—Pues me extraña, porque lo que llevo yo es tirando a acre, y la verdad es que no creo que el lirio de los valles huela así...

—No es la colonia.

—... pero es que la que vendían de lavanda podía usarse para limpiar la hojalata...

—¿Puedes volver tú solo a la comisaría de Chinchulín, Nobby? —sugirió Angua. A pesar de su pánico creciente, añadió para sí misma: « Al fin y al cabo, ¿qué es lo peor que puede pasar? Seamos serios... » .

—Sí, señorita.

—Hay algo que será mejor que... resuelva.

Angua se alejó a toda prisa, con el nuevo olor llenándole las fosas nasales. Tenía que ser poderoso para combatir el Eau de Nobbs, y lo era. Vaya si lo era.

Aquí no, pensó ella. Ahora no.

Él no.

* * *

El hombre que corría trepó por una rama mojada por la nieve y por fin consiguió descolgarse hasta una rama que pertenecía al árbol de al lado. Aquello lo alejó del arroyo. ¿Hasta dónde llegaba el sentido del olfato que tenían? Hasta bastante, bastante lejos, eso lo sabía. Pero ¿tanto?

Había salido del arroyo agarrándose a otra rama que colgaba por encima del mismo. Si ellos se dedicaban a seguir las riberas, y serían lo bastante listos como para hacerlo, seguro que nunca se darían cuenta de que había abandonado el arroyo.

Se oyó un aullido, lejos y a la izquierda.

Él se dirigió a la derecha, a la oscuridad del bosque.

Vimes oyó que Zanahoria hurgaba en la oscuridad y luego el ruido de una llave en la cerradura.

—Yo creía que ahora este sitio lo dirigía la Campaña de Estaturas Igualitarias —dijo.

—Cuesta mucho encontrar voluntarios —dijo Zanahoria, invitándolo a pasar por la puerta baja y encendiendo una vela—. Yo vengo todos los días para echar un vistazo, pero nadie más parece muy interesado.

—No me imagino por qué —dijo Vimes, contemplando el Museo del Pan de los Enanos.

La única cosa positiva que se podía decir sobre los productos de panadería que lo rodeaban era que probablemente eran tan comestibles ahora como lo habían sido el día que los cocieron.

«Forjaron» sería un término más preciso. El pan de los enanos se fabricaba como alimento de último recurso y también como arma y moneda de cambio. Por lo que sabía Vimes, los enanos no eran gente religiosa en absoluto, pero las ideas que tenían sobre el pan se acercaban bastante.

Se oyó un tintineo y un ruido de algo que escarbaba en la penumbra.

—Ratas —dijo Zanahoria—. Nunca dejan de intentar comerse el pan de los enanos, las pobres. Ah, aquí estamos. El Bollo del Destino. Una réplica, claro.

Vimes se detuvo a observar aquella cosa deforme colocada sobre un pedestal polvoriento. Sí que tenía cierta forma vaga de bollo, pero solamente si alguien te lo había señalado de antemano. De otra forma, las palabras «cacho de roca» resultaban bastante precisas. Venía a tener el tamaño, y la forma, de un cojín muy desgastado a base de sentarse en él. Se veían unas cuantas pasas fosilizadas.

—Mi esposa apoya los pies en algo parecido a esto cuando ha tenido un día duro —comentó.

—Tiene mil quinientos Años de antigüedad —dijo Zanahoria, con algo parecido al sobrecogimiento en la voz.

—Yo creía que este era la réplica.

—Bueno, sí. Pero es la réplica de algo muy importante, señor —dijo Zanahoria.

Vimes olfateó. El aire tenía cierto matiz acre.

—Aquí dentro huele mucho a gatos, ¿no crees?

—Me temo que entran aquí siguiendo a las ratas, señor. Cualquier rata que haya mordisqueado el pan de los enanos no suele ser capaz de correr muy deprisa.

Vimes encendió un puro. Zanahoria le dedicó una mirada de desaprobación vacilante.

—Le agradecemos a la gente que no fume aquí dentro, señor —dijo.

—¿Por qué? No sabéis seguro que no vayan a hacerlo —dijo Vimes. Se apoyó en una de las vitrinas—. Muy bien, capitán. ¿Cuál es la verdadera razón de que yo tenga que ir a... Jdienda? No es que sepa mucho de diplomacia, pero sí sé que nunca se trata de una sola cosa. ¿Qué es el Bajo Rey? ¿Por qué se pelean nuestros enanos?

—Bueno, señor... ¿Ha oído hablar alguna vez del *kruk*?

—¿La ley minera de los enanos? —dijo Vimes.

—Muy bien, señor. Pero es mucho más que eso. Trata sobre... cómo vive uno. Leyes de la propiedad, leyes matrimoniales, de herencias, reglas para resolver disputas de todas clases, esas cosas. Todo, en realidad. Y el Bajo Rey... bueno, se lo podría considerar el tribunal de apelación último. Cuenta con consejeros, claro, pero él tiene la última palabra. ¿Todavía me sigue?

—Por ahora tiene sentido.

—Y es coronado sobre el Bollo del Destino y se sienta en él para llevar a cabo sus juicios, porque todos los Bajos Reyes lo han hecho desde los tiempos de B'hrian Hachasangrienta, hace mil quinientos años. El Bollo... confiere autoridad.

Vimes asintió adustamente. Aquello también tenía lógica. Las cosas se hacían porque se habían hecho siempre, y la explicación era: «Pero es que siempre lo hemos hecho así». Un millón de personas muertas no pueden estar equivocadas, ¿verdad?

—¿Lo eligen, o ya nace rey o qué? —preguntó.

—Supongo que se puede decir que es elegido —dijo Zanahoria—. Pero la verdad es que un montón de enanos de alto rango lo acuerdan entre ellos. Después de escuchar a otros enanos, por supuesto. Se llama hacer sondeos. Tradicionalmente es un miembro de una de las grandes familias. Pero... esto...

—¿Sí?

—Este año las cosas son un poco distintas. Los nervios están un poco... a flor de piel.

Ah, pensó Vimes.

—¿Ha ganado el enano equivocado? —preguntó.

—Algunos enanos dirían que sí. Pero sucede más bien que todo el proceso ha sido cuestionado —dijo Zanahoria—. Por los enanos de la mayor ciudad de enanos fuera de Uberwald.

—No me lo digas, debe de ser esa ciudad que hay más al Eje de...

—Es Ankh-Morpork, señor.

—¿Cómo? ¡Nosotros no somos una ciudad de enanos!

—Tenemos cincuenta mil enanos ahora mismo, señor.

—¿En serio?

—Sí, señor.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor.

Claro que lo está, pensó Vimes. Probablemente los conoce a todos por su nombre de pila.

—Tiene que entender, señor, que hay una especie de gran debate abierto —dijo Zanahoria— sobre cómo definir lo que es un enano.

—Bueno, hay gente que diría que se llaman enanos porque...

—No, señor. No es el tamaño. Nobby Nobbs es más bajo que muchos enanos y a él no lo llamamos enano.

—Nosotros tampoco lo llamamos humano —dijo Vimes.

—Y por supuesto, yo también soy un enano.

—¿Sabes, Zanahoria? Hace tiempo que te quiero hablar de eso...

—Adoptado por enanos y criado por enanos. Para los enanos soy un enano, señor. Se hacer el rito de *k'zakra*, conozco los secretos del *h'ragna*, se hacerle el *ha'lk* a mi *g'rakha* correctamente... soy un enano.

—¿Qué quieren decir esas cosas?

—No se me permite contárselo a los no enanos. —Zanahoria intentó apartarse discretamente de la trayectoria del humo del puro—. Por desgracia, algunos enanos de las montañas creen que los enanos que emigraron ya no son enanos propiamente dichos. Pero esta vez han sido las ideas de los enanos de Ankh-Morpork las que han decantado la elección del Bajo Rey, y a muchos enanos de casa no les gusta. Hay un ambiente desagradable últimamente. Familias que se pelean, esas cosas. Muchos tirones de barbas.

—¿En serio? —Vimes intentó no sonreír.

—No tiene gracia si uno es enano.

—Lo siento.

—Y me temo que este nuevo Bajo Rey solamente va a empeorar las cosas, aunque por supuesto le deseo lo mejor.

—¿Es un tipo duro, entonces?

—Esto... creo que puede usted dar por sentado, señor, que cualquier enano que ascienda lo bastante en la sociedad enana como para ser tenido en cuenta siquiera como candidato para reinar no ha llegado hasta ahí cantando la canción del «aibó» ni curando a animalitos heridos en el bosque. Pero para los criterios de los enanos, el rey Rhys Hijoderhys es un pensador moderno, pese a que tengo entendido que no le gusta mucho Ankh-Morpork.

—Pues entonces también parece un pensador lúcido.

—En cualquier caso, esto ha trastornado a muchos enanos de entre los más, esto, tradicionales de las montañas, que pensaban que el próximo rey sería Albrecht Hijodealbrecht.

—¿Quién *no es* un pensador moderno, supongo?

—Cree que el mero hecho de subir a la superficie es peligrosamente antienano.

Vimes suspiró.

—Bueno, ya veo dónde está el problema, Zanahoria, pero lo que pasa con este problema, su punto crucial, es que no es mi problema. Ni el tuyo, seas enano o no. —Dio un golpecito en la vitrina del Bollo—. Conque réplica, ¿eh? —cambió Vimes de tema—. ¿Seguro que no es el de verdad?

—¡Señor! Solamente hay un Bollo auténtico. Lo llamamos «la cosa y nada más que la cosa».

—Bueno, pero si es una buena réplica, ¿quién se iba a dar cuenta?

—Cualquier enano se daría cuenta, señor.

—Lo decía en broma.

* * *

Había un villorrio allí abajo, donde confluían dos ríos. Allí habría barcas.

Aquello estaba yendo bien. Funcionaba. Las lomas que tenía detrás se veían blancas y totalmente vacías de formas oscuras. No importaba lo buenos que fueran, a ver si podían nadar más deprisa que una barca...

La nieve apelmazada crujió bajo sus pies. Pasó a trompicones por entre las casuchas escasas y toscas, vio el embarcadero, vio las barcas, forcejeó con la sogla helada que amarraba la más cercana, agarró un remo y se impulsó hacia la corriente.

Seguía sin haber movimiento en las colinas.

Ahora por lo menos podía hacer acopio de energías. La barca era demasiado grande para que la manejara un solo hombre, pero lo único que tenía que hacer era evitar las orillas. Con eso bastaría para pasar la noche. Por la mañana podía dejar la barca en cualquier lado, tal vez pedirle a alguien que hiciera llegar un mensaje a la torre, y entonces se compraría un caballo y...

Detrás de él, debajo de la lona que cubría la proa, algo empezó a gruñir.

La verdad es que eran muy, muy listos.

* * *

En un castillo no muy lejos de allí la vampira lady Margolotta estaba sentada en silencio, hojeando un ejemplar de *Nobleza de Twurp*.

No era un libro de referencia muy bueno para los países de aquel lado de las Montañas del Carnero, donde la obra fundamental era *El Almanac de Gothick*, en el que ella ocupaba casi cuatro páginas^[2], pero si uno necesitaba saber quién creía ser quién en Ankh-Morpork el *Nobleza* tenía un valor incalculable.

Ahora su ejemplar estaba repleto de puntos de lectura. Ella suspiró y lo dejó a un lado.

Junto a ella había una copa alta que contenía un líquido rojo. Lady Margolotta dio un sorbo e hizo una mueca. A continuación fijó la mirada en la luz de la vela

y trató de pensar como lord Vetinari.

¿Cuánto sospechaba él? ¿Cuánta información le había llegado? La torre de clacs solo llevaba un mes instalada, y estaba siendo duramente denunciada en todo Jdienda como una intrusión. Aun así, al parecer había un tráfico local sigiloso pero eficaz circulando a través de ella.

¿A quién mandaría el patricio?

Su elección lo diría todo, no le cabía duda. ¿Elegiría a alguien como lord Óxido o lord Selachii? Bueno, perdería bastantes puntos si se decidía por uno de ellos. A juzgar por todo lo que había oído, y lady Margolotta oía muchas cosas, el cuerpo diplomático de Ankh-Morpork en conjunto no era capaz de encontrar su propio trasero ni con un mapa. Por supuesto que a los diplomáticos les interesaba parecer tontos, justo hasta el momento en que te robaban los calcetines, pero lady Margolotta había conocido a algunos nobles de Ankh-Morpork y nadie, nadie podía ser tan buen actor.

El aullido creciente en el exterior empezaba a ponerla nerviosa. Llamó a su mayordomo.

—¿Zí, ama? —dijo Igor, materializándose de la nada entre las sombras.

—Ve a decirles a las criaturas de la noche que hagan su música maravillosa en otra parte, ¿quieres? Me duele la cabeza.

—Por zupuezo, ama.

Lady Margolotta bostezó. Había sido una noche larga. Pensaría mejor después de un buen día de reposo.

Mientras se disponía a apagar la vela volvió a echar un vistazo al libro. Había un punto de lectura en la letra V.

Pero... seguramente ni siquiera el patricio podía saber *tanto*...

Lady Margolotta vaciló y luego tiró del llamador que había encima del ataúd. Igor reapareció, al estilo de los Igors.

—Esos amables jóvenes de la torre de clacs estarán segurramente despiertos, ¿verdad?

—Zí, ama.

—Manda un clac a nuestro agente pidiéndole absolutamente toda la información que pueda reunir sobre el comandante Vimes de la Guardia, ¿quieres?

—¿Ez un diplomático, ama?

Lady Margolotta se reclinó.

—No, Igor. Él es la razón de que haya diplomáticos. Ciérrame la tapa ya que te marchas, ¿quieres?

* * *

Sam Vimes era capaz de procesar en paralelo. La mayoría de los maridos

pueden hacerlo. Aprenden a seguir el tren de sus propios pensamientos al mismo tiempo que escuchan lo que les dicen sus esposas. Y escuchar es importante, porque en cualquier momento te pueden poner a prueba y tienes que estar listo para repetir la última frase al completo. Una habilidad adicional que resulta crucial es ser capaz de sondear los diálogos en busca de expresiones delatorias, como por ejemplo «y nos lo pueden traer mañana», o bien «así que los he invitado a cenar», o «pueden hacerlo en azul, y muy barato».

Lady Sybil era consciente de esto. Sam podía llevar adelante toda una conversación coherente mientras pensaba en algo completamente distinto.

—Le diré a Willikins que ponga ropa de invierno en el equipaje —dijo ella, observándolo—. En esta época del año allí debe de hacer frío.

—Sí. Es buena idea. —Vimes continuó mirando un punto situado un poco por encima de la chimenea.

—Nosotros también tendremos que organizar una fiesta, me imagino, así que tendríamos que llevar una carreta llena de comida típica de Ankh-Morpork Enseñar la bandera, ya sabes. ¿Crees que debería llevar a un cocinero?

—Sí, cariño. Eso sería buena idea. Nadie fuera de la ciudad sabe preparar bien un bocadillo de nudillos.

Sybil estaba impresionada. Incluso funcionando totalmente en modo automático, los oídos habían sido capaces de activar la boca para que hiciera una contribución pequeña pero pertinente.

—¿Crees que deberíamos llevarnos el cocodrilo? —preguntó.

—Sí, podría ser aconsejable.

Ella le miró la cara. En el ceño de Vimes se formaron unos pequeños surcos a medida que los oídos le daban codazos al cerebro. Parpadeó.

—¿Qué cocodrilo?

—Estabas a kilómetros de distancia, Sam. En Uberwald, me imagino.

—Lo siento.

—¿Hay algún problema?

—¿Por qué me manda a mí, Sybil?

—Estoy segura de que Havelock comparte conmigo el convencimiento de que tienes profundidades ocultas, Sam.

Vimes se hundió lúgubremente en su sillón. Le parecía un fallo persistente del carácter por lo demás práctico y sensato de su esposa el que ella creyera, contra toda evidencia, que él era un hombre de muchos talentos. Él ya sabía de sobra que tenía profundidades ocultas. No contenían nada que a él le gustara ver salir flotando a la superficie. Contenían cosas que había que dejar tranquilas.

También sentía una preocupación irritante que no conseguía identificar del todo. De haber sido capaz, la habría expresado como sigue: los policías nunca se iban de vacaciones. Allí donde había policías, tal como lord Vetinari acostumbraba a comentar, había crímenes. Así que si él iba a Jdienda, o como se

pronunciara aquel condenado lugar, allí habría un crimen. Era algo que el mundo siempre les reservaba a los policías.

—Será agradable volver a ver a Serafina —dijo Sybil.

—Sí, claro —dijo Vimes.

En Jdienda, Vimes no iba a ser policía oficialmente. Aquello no le gustaba un pelo. Le gustaba menos todavía que todo lo demás.

En las pocas ocasiones en que había estado fuera de Ankh-Morpork y de su feudo circundante, o bien había ido a otras ciudades vecinas donde la placa de la Guardia de Ankh-Morpork tenía cierto peso o bien llevaba a cabo una persecución en caliente, el más antiguo y honorable de los procedimientos policiales. A juzgar por cómo hablaba Zanahoria, en Jdienda su placa simplemente figuraría como un tropezón poco digerible en el menú de alguien.

Su ceño se volvió a arrugar.

—¿Serafina?

—Lady Serafina von Uberwald —aclaró Sybil—. La madre de la sargento Angua. ¿Recuerdas que te hablé de ella el año pasado? Fuimos juntas a la escuela de señoritas. Por supuesto, todas sabíamos que era una mujer lobo, pero en aquellos tiempos a nadie se le habría ocurrido hablar de ese tipo de asuntos. Nadie lo hacía y ya está. Pasó todo aquello con el instructor de esquí, claro, pero estoy convencida de que se debió de caer por algún barranco. Ella se casó con el barón y ahora viven en las afueras de Jidaenda. Todos los años por la Vigilia de los Puercos le escribo con alguna noticia que otra. Son una familia muy antigua de hombres lobo.

—Buen pedigrí —dijo Vimes en tono distraído.

—Sabes que no te gustaría que Angua te oyera decir eso, Sam. No te preocupes tanto. Vas a tener ocasión de relajarte, estoy segura. Te irá bien.

—Sí, cariño.

—Será como una segunda luna de miel —insistió Sybil.

—Por supuesto —dijo Vimes, acordándose de que entre una cosa y la otra, en realidad nunca habían celebrado la primera.

—Hablando del, ejem, tema —dijo Sybil, en tono un poco más vacilante—. ¿Te acuerdas de que te dije que iba a ver a la señora Contento?

—Ah, sí, ¿cómo está? —Vimes volvía a dedicarse a contemplar la chimenea. No eran solamente las amigas de la escuela. A veces parecía que Sybil se mantenía en contacto con todo el mundo a quien había conocido. Su lista de tarjetas de la Vigilia de los Puercos ya tenía un segundo volumen.

—Creo que bastante bien. En todo caso, me asegura que...

Alguien llamó a la puerta.

Ella suspiró.

—Es la tarde libre de Willikins —dijo—. Será mejor que contestes, Sam. Sé que quieres hacerlo.

—Les he dicho que no me molesten a menos que sea grave —dijo Vimes, poniéndose de pie.

—Sí, pero a ti todos los crímenes te parecen graves, Sam.

Zanahoria estaba en la puerta.

—Se trata de algo un poco... político, señor —dijo.

—¿Qué puede ser tan político a las diez menos cuarto de la noche, capitán?

—Han entrado a robar en el Museo del Pan de los Enanos, señor —dijo Zanahoria.

Vimes miró a los ojos azules y sinceros de Zanahoria.

—Me viene una idea a la cabeza, capitán —dijo lentamente—. Y la idea es: se han llevado cierto objeto.

—Así es, señor.

—Y es la réplica del Bollo.

—Sí, señor. O bien han entrado después de que nos marcháramos, o bien —Zanahoria se lamió los labios en un gesto nervioso— estaban escondidos mientras estábamos allí.

—No han sido las ratas, pues.

—No, señor. Lo siento, señor.

Vimes se abrochó la capa y descolgó el casco de su percha.

—Así que alguien ha robado una réplica del Bollo del Destino pocas semanas antes de que el de verdad tenga que usarse en una ceremonia muy importante —dijo—. Me llama la atención.

—Eso es lo que he pensado yo también, señor.

Vimes suspiró.

—Odio los casos políticos.

Después de que se fueran, lady Sybil se pasó un rato sentada mirándose las manos. Luego llevó una lámpara a la biblioteca y bajó un volumen delgado y encuadernado en cuero blanco sobre el que había grabadas en color dorado las palabras «Nuestra Boda».

Había sido un acontecimiento extraño. Toda la crema de la sociedad de Ankh-Morpork —tan rancia que apesta, decía siempre Sam— había asistido, en su mayoría por curiosidad. Ella era la solterona más codiciada de Ankh-Morpork, que nunca había creído que se fuera a casar, y él era un simple capitán de la Guardia con tendencia a irritar a mucha gente.

Y allí estaban las iconografías del acontecimiento. Allí estaba ella, con aspecto bastante más expansivo que radiante, y allí estaba Sam, mirando al iconógrafo con el ceño fruncido y el pelo alisado a toda prisa y de cualquier manera. Allí estaba el sargento Colon, con el pecho tan inflado que los pies casi se le despegaban del suelo, y Nobby con una sonrisa amplia, o tal vez simplemente haciendo una mueca: con Nobby era difícil estar seguro.

Sybil pasó las páginas con cuidado. Se había dedicado a poner láminas de

papel de seda entre ellas para protegerlas.

En muchos sentidos, se dijo a sí misma, era muy afortunada. Estaba orgullosa de Sam. Él trabajaba duro para mucha gente. Se preocupaba por personas que no eran importantes. Siempre tenía muchas más cargas de las que le convenían. Era el hombre más civilizado que ella había conocido nunca. No era un noble, gracias a los dioses, sino un hombre con nobleza.

Sybil nunca tenía claro del todo qué hacía exactamente su marido. Sí, sabía cuál era su trabajo en teoría, pero todo indicaba que Sam no pasaba mucho tiempo sentado a su escritorio. Cuando por fin llegaba a la cama, solía tirar su ropa directamente en el cesto de la ropa sucia, de manera que ella no se enteraba de las manchas de sangre y barro hasta que se lo contaba la chica que lavaba la ropa. Había rumores de persecuciones por los tejados, de peleas a puñetazo limpio y a rodillazo sucio con hombres que tenían nombres como Harry « Cortapernos» Weems...

Había un Sam Vimes al que ella conocía, que salía y después volvía a casa, y allá fuera había otro Sam Vimes que apenas le pertenecía a ella y que vivía en el mismo mundo que todos aquellos hombres de nombres espantosos.

A Sybil Ramkin la habían criado para que fuera ahorradora, considerada, refinada de una forma más bien campechana y para que pensara bien de la gente.

Volvió a mirar las fotos, en medio del silencio de la casa. Luego se sonó las narices estridentemente y se fue a hacer las maletas y otras cosas sensatas.

* * *

La cabo Jovial Culopequeño pronunciaba su nombre « Jovielle» . Era una chica, y por tanto una especie rara en Ankh-Morpork

No es que a los enanos no les interesara el sexo. Entendían la necesidad vital de que hubiera nuevos enanos a los que dejarles sus bienes y para que continuaran el trabajo minero cuando ellos ya no estuvieran. Es simplemente que no veían la necesidad de distinguir entre los sexos más que en privado. Para los enanos no existían los pronombres femeninos, y en cuanto los niños empezaban a ingerir alimentos sólidos, tampoco existían las tareas de mujeres.

Entonces Jovial Culopequeño había llegado a Ankh-Morpork y había visto que allí había hombres que no llevaban cota de malla ni ropa interior de cuero^[3], pero sí lucían colores interesantes y maquillajes excitantes, y que aquellos hombres se llamaban « mujeres» ^[4]. Y en su pequeña cabeza puntiaguda había surgido la idea: « ¿Y por qué no yo?» .

Ahora estaba siendo acusada en los sótanos y en los bares de enanos de toda la ciudad, ya que fue la primera enana de Ankh-Morpork en ponerse falda. Era de cuero negro bien resistente y tan erótica desde un punto de vista objetivo

como un trozo de madera, pero, tal como señalaban algunos enanos mayores, en algún lugar ahí debajo ese enano tenía *rodillas*^[5].

Peor todavía, ahora estaban descubriendo que entre sus hijos había algunas — la palabra se les atragantaba— « hijas ». Jovial no era más que la parte espumosa en la cresta de la ola. Algunas enanas jóvenes estaban empezando tímidamente a llevar sombra de ojos y a declarar que en realidad no les gustaba la cerveza. Se estaba despertando una corriente en el seno de la sociedad de los enanos.

La sociedad de los enanos no se mostraba en contra de unas cuantas piedras bien arrojadas hacia las partes más visibles de la ola, pero el capitán Zanahoria había hecho saber en la calle que aquello se consideraría asalto a un agente de la ley, cuestión sobre la que la Guardia tenía una opinión bien definida, y también hizo público que, por cortos de estatura que fuesen los transgresores, iban a ver las estrechitas a base de bien.

Jovial había conservado su barba y el casco de hierro redondo, por supuesto. Una cosa era declarar que eras una mujer, pero sería impensable declarar que no eras un enano.

—Caso abierto y cerrado, señor —dijo cuando vio entrar a Vimes—. Han abierto la ventana de la sala del fondo para entrar, un trabajo muy limpio, y no han cerrado la puerta principal al marcharse. Han roto la vitrina del Bollo. Está lleno de cristales alrededor del pedestal. Y no he visto que se llevaran nada más. Han dejado muchas pisadas en el polvo. He sacado algunas iconografías, pero las huellas estaban unas encima de otras y de entrada ya no eran muy buenas. Y eso viene a ser todo.

—¿No han dejado caer colillas, billeteras ni pedazos de papel con una dirección? —dijo Vimes.

—No, señor. Eran unos ladrones desconsiderados.

—Eso está claro —intervino Zanahoria, sombrío.

—Una cuestión que me viene a la cabeza —dijo Vimes— es: ¿por qué ahora todavía se nota más el olor a pis de gato?

—Sí que es fuerte, ¿verdad? —coincidió Jovial—. Y tiene un matiz de azufre. El agente Ping ha dicho que el olor ya estaba al llegar él, pero no hay pisadas de gatos.

Vimes se agachó y miró los cristales rotos.

—¿Cómo nos hemos enterado de esto? —dijo, moviendo unos cuantos fragmentos con los dedos.

—El agente Ping ha oído un ruido de cristales rotos, señor. Ha ido a la parte de atrás y ha visto que la ventana estaba abierta. Y entonces los maleantes han salido por la puerta principal.

—Lo siento, señor —dijo Ping, dando un paso adelante y cuadrándose. Era un joven de aspecto cauteloso que parecía estar permanentemente en posición de responder una pregunta.

—Todos cometemos errores —dijo Vimes—. ¿Entonces has oído cristales rotos?

—Sí señor. Y alguien ha dicho una palabrota.

—¿Ah, sí? ¿Y qué han dicho?

—Ejem... « Joder », señor.

—Y has ido a la parte de atrás y has visto la ventana rota, ¿y entonces...?

—He gritado: « ¿Hay alguien ahí? », señor.

—¿En serio? ¿Y qué habrías hecho si una voz hubiera dicho: « No » ? No, no contestes a eso. ¿Y qué ha pasado después?

—Esto... He oído muchos más cristales rotos y para cuando he dado la vuelta hasta la parte delantera la puerta estaba abierta y ya se habían marchado. Así que he vuelto corriendo a Pseudópolis Yard y se lo he contado al capitán Zanahoria, señor, sabiendo que él le tiene mucho aprecio a este sitio.

—Gracias... era Ping, ¿verdad?

—Sí, señor. —Y sin que nadie le preguntara, pero obviamente preparado para contestar, Ping añadió—: Es una palabra dialectal que quiere decir « meandro », señor.

—Bien, ya puede irse.

El agente se relajó visiblemente con alivio y se marchó. Vimes dejó que su mente se desenfocara un poco. Le gustaban los momentos como aquel, los pequeños remansos de tiempo en que tenía el crimen delante y creía que el mundo podía ser resuelto. Eran los instantes en que realmente mirabas para ver lo que había, y a veces las cosas que no estaban allí eran las cosas más interesantes de todas.

El Bollo había estado reposando sobre un pedestal de un metro aproximadamente, dentro de una vitrina hecha de cinco caras de cristal que formaban una caja atornillada al pedestal.

—El cristal lo han roto por accidente —dijo al final.

—¿De veras, señor?

—Mira aquí, ¿ves? —Vimes señaló tres tornillos sueltos y pulcramente colocados en fila—. Estaban intentando desmontar la vitrina con cuidado. Se les debe de haber caído.

—Pero ¿qué sentido tiene? —preguntó Zanahoria—. ¡Si solo es una réplica, señor! Aunque se le pudiera encontrar comprador, no vale más que unos cuantos dólares.

—Si está bien hecha, se podría cambiar por el de verdad —dijo Vimes.

—Bueno, sí, supongo que se podría intentar —dijo Zanahoria—. Aunque habría un pequeño problema.

—¿Qué problema?

—Los enanos no son tontos, señor. La réplica tiene una equis enorme tallada en la parte de abajo. Y en cualquier caso, está hecha de yeso.

—Oh.

—Pero era una buena idea, señor —dijo Zanahoria, animoso—. Usted no lo podía saber.

—Me pregunto si los ladrones lo sabían.

—Aunque no lo supieran, no tendrían esperanza de salirse con la suya, señor.

—El Bollo verdadero está muy bien protegido —dijo Jovial—. La mayoría de los enanos casi nunca tienen ocasión de verlo.

—Y la gente se daría cuenta de que llevas un buen cacho de piedra dentro del jersey —dijo Vimes, más o menos para sus adentros—. Así pues, este ha sido una tontería de crimen. Pero no da la sensación de ser una tontería. A ver, ¿para qué molestarse tanto? La cerradura de esa puerta es de chiste. Se puede arrancar del marco de una patada. Si yo fuera a afanar esa cosa podría entrar y salir antes de que el cristal dejara de tintinear ¿Qué sentido tiene preocuparse del sigilo a estas horas de la noche?

La enana había estado hurgando debajo de una vitrina cercana. Por fin sacó la mano. Contenía un destornillador en cuya punta relucía un poco de sangre casi seca.

—¿Lo veis? —dijo Vimes—. Algo se les ha caído y alguien se ha hecho un corte en la mano. ¿Qué sentido tiene todo esto, Zanahoria? Pis de gato y azufre y destornilladores... Odio que haya demasiadas pistas. Hace que sea puñeteramente difícil resolver nada.

Tiró el destornillador hacia abajo. Por pura suerte dio en los tablones del suelo con la punta por delante y se quedó allí clavado y temblando.

—Me voy a casa —dijo—. Ya nos enteraremos de qué va todo esto cuando empiece a oler.

* * *

Vimes se pasó la mañana siguiente intentando documentarse sobre dos países extranjeros. Uno de ellos resultó que se llamaba Ankh-Morpork.

Uberwald era fácil. Era cinco o seis veces más grande que el conjunto de las Llanuras Sto, y se extendía hasta el mismo Eje. Estaba tan cubierto de bosques, tan hendido por pequeñas cordilleras y surcado de ríos que apenas existían mapas. Y también estaba casi sin explorar^[6]. La gente que vivía allí tenía otras cosas en mente, y la gente de fuera que iba allí a explorar entraba en los bosques y no volvía a salir nunca. Y durante siglos nadie se había tomado ningún interés en aquel lugar. No se le podían vender cosas a una gente escondida tras demasiados árboles.

Fue probablemente el camino para carruajes el que lo cambió todo, hacía unos cuantos años, cuando lo hicieron llegar hasta Genua. Las carreteras están para seguirlas. Los habitantes de las montañas siempre habían gravitado hacia los

llanos, y en los años más recientes se les había unido también la gente de Uberwald. Las noticias llegaron de vuelta a casa: en Ankh-Morpork se puede ganar dinero, traed a los niños. No hace falta traerse el ajo, tranquilos, porque todos los vampiros trabajan en las carnicerías kosher. Y en Ankh-Morpork si te empujan tienes permiso para devolver el empujón. A nadie le importas lo bastante como para querer matarte.

Vimes podía ver la diferencia entre los enanos de Uberwald y los del Cabeza de Cobre, aunque a duras penas. Estos últimos eran más bajos, más ruidosos y se sentían más a gusto entre los humanos. Los enanos de Uberwald eran silenciosos, solían escabullirse por las esquinas y a menudo no hablaban morporkiano. En algunos callejones cercanos a la Calle de la Mina de Melaza daba la impresión de que estabas en otro país. Pero eran lo que todo policía desea de un ciudadano. No causaban ningún problema. En su mayoría trabajaban los unos para los otros, pagaban sus impuestos con mejor disposición que los humanos, aunque para ser sinceros había montoncitos de cagadas de ratón que soltaban más dinero que la mayoría de los ciudadanos de Ankh-Morpork, y por lo general solucionaban entre ellos cualquier problema que tuvieran. Si una gente así llamaba alguna vez la atención de la Guardia, solía ser únicamente en calidad de contorno de tiza.

Resultaba, sin embargo, que en el seno de la comunidad, detrás de las fachadas mugrientas de todas aquellas casas alquiladas y talleres de la calle Cable y del Camino de la Barba de Ballena, se producían vendettas y contiendas que tenían su origen en dos pozos de mina adyacentes, a setecientos kilómetros y mil años de distancia. Había pubs en los que uno solamente entraba a beber si eras de una montaña en particular. Había calles por las que no caminabas si tu clan explotaba un filón en particular. La forma en que llevabas puesto el casco o la forma en que te hacías la raya en la barba eran un enorme y complicado libro abierto para los demás enanos. Para Vimes, sin embargo, ni siquiera eran un papelito.

—También es importante cómo le haces el *krazak* a tu *G'ardrgh* —dijo la cabo Culopequeño.

—Ni siquiera voy a preguntar —dijo Vimes.

—Me temo que en cualquier caso no podría responder —dijo Jovial.

—¿Yo tengo un *Gaadrerghuh*? —preguntó Vimes.

La mala pronunciación le arrancó una mueca a Jovial.

—Sí, señor. Todo el mundo lo tiene. Pero solamente los enanos pueden hacer el *krazak* al suyo como es debido —dijo—. O las enanas —añadió.

Vimes suspiró y bajó la mirada hacia las páginas que tenía escritas en su cuaderno bajo el encabezamiento «Uberwald». No era estrictamente consciente de ello, pero trataba incluso la geografía como si estuviera investigando un crimen. («¿Pudo ver usted quién ahondó ese valle? ¿Reconocería ese glaciar de ahí si lo volviera a ver?»))

—Voy a cometer un montón de equivocaciones, Jovial —dijo.

—Yo no me preocuparía por eso, señor. A los humanos les pasa siempre. Pero los enanos se dan cuenta si está usted intentando no cometerlas.

—¿Estás segura de que no te importa venir?

—Tengo que afrontarlo tarde o temprano, señor.

Vimes negó tristemente con la cabeza.

—No lo entiendo, Jovial. Menudo jaleo se ha armado porque una enana intenta actuar como, como...

—¿Como una dama, señor?

—Eso, y sin embargo a nadie le extraña que a Zanahoria lo llamen enano pese a que es humano...

—No, señor. Como él dice, es un enano. Lo adoptaron enanos, ha llevado a cabo el *Y'grad*, observa el *j'kargra* en la medida en que es posible hacerlo en una ciudad. Es un enano.

—¡Mide metro noventa!

—Es un enano alto, señor. No nos importa si también quiere ser humano. Ni siquiera a un *drudak'ak* le supondría un problema.

—Se me están acabando las pastillas para la garganta, Jovial. ¿Qué es eso?

—Mire, señor, la mayoría de los enanos de aquí son... bueno, supongo que los podría llamar liberales, señor. Casi todos son de las montañas que hay detrás de Cabeza de Cobre, ¿sabe? Se llevan bien con los humanos. Algunos de ellos hasta admiten que... que tienen hijas, señor. Pero algunos de los más... chapados a la antigua... los enanos de Uberwald, no han viajado mucho. Actúan como si B'hrian Hachasangrienta siguiera vivo. Es por eso que los llamamos *drudak'ak*.

Vimes lo intentó, pero sabía que para hablar de verdad el idioma enano hacía falta una vida entera de estudio, y, a ser posible, una infección grave de garganta.

—« Encima del suelo» ... «negativamente ellos...» —Terminó por rendirse.

—« No salen lo bastante al aire fresco» —le apuntó Jovial.

—Ah, ya. ¿Y todo el mundo creía que el nuevo rey iba a ser uno de esos?

—Dicen que Albrecht no ha visto la luz del sol ni una vez en la vida. Su clan nunca sale a la superficie de día. Todo el mundo estaba seguro de que iba a ser él.

Y ha resultado que no, pensó Vimes. Algunos de los enanos de Uberwald no lo apoyaron. Y el mundo ya había pasado página. Ahora había muchos enanos *nacidos* en Ankh-Morpork. Sus hijos iban por ahí con los cascos del revés y solamente hablaban enano en casa. Muchos de ellos no sabrían reconocer un pico ni aunque los golpearas con él^[7]. No estaban dispuestos a que les dijera cómo vivir sus vidas un enano viejo sentado sobre un bollo rancio bajo no sé qué montaña lejana.

Dio unos golpecitos pensativos con el lápiz en su cuaderno. Y por culpa de esto, pensó, los enanos se están liando a puñetazos en *mis* calles.

—Últimamente se ven más de esos palanquines de enanos —dijo—. Ya sabes, los que van a hombros de un par de trolls. Tienen cortinas gruesas de cuero...

—*Drudak'ak* —confirmó Jovial—. Enanos muy... tradicionales. Si no les queda más remedio que salir en pleno día, evitan mirar la luz.

—No los recuerdo hace un año.

Jovial se encogió de hombros.

—Ahora tenemos muchos enanos aquí, señor. Los *drudak'ak* sienten que ahora están entre enanos. No tienen que tratar con los humanos para nada.

—¿No les caemos bien?

—Se niegan hasta a hablar con los humanos. Para serle sincero, también se lo piensan antes de hablar con la mayoría de los enanos.

—¡Menuda tontería! —dijo Vimes—. ¿Cómo consiguen la comida? ¡No se puede vivir solamente de hongos! ¿Cómo comercian con mineral, construyen embalses o consiguen la madera para apuntalar los pozos de sus minas?

—Bueno, o bien pagan a otros enanos para que lo hagan o emplean a humanos —dijo Jovial—. Se lo pueden permitir. Son muy, muy buenos mineros. Bueno, o al menos son los propietarios de muy buenas minas.

—A mí me parece que son un puñado de... —Vimes se detuvo. Era consciente de que un hombre sabio siempre tenía que respetar las tradiciones de los demás, para usar la expresión risueña de Zanahoria, pero a menudo Vimes tenía dificultades con esa idea. Para empezar, en el mundo había gente cuyas tradiciones consistían en destripar a otra gente como si fueran almejas, y aquel no era un procedimiento que a Vimes le inspirara ninguna clase de respeto.

—No estoy pensando diplomáticamente, ¿verdad? —continuó. Jovial se lo quedó mirando con una expresión cautelosamente neutral.

—Oh, eso no lo sé, señor —dijo—. La verdad es que no ha terminado la frase. Y en fin, muchos enanos los respetan. Ya sabe... se sienten mejor cuando los ven.

Vimes pareció perplejo. Luego lo entendió de repente.

—Ah, ya lo cojo —dijo—. Seguro que dicen cosas como «Gracias a los dioses que todavía hay gente que sigue las viejas costumbres», ¿eh?

—Eso mismo, señor. Supongo que dentro de cada enano, o enana, de Ankh-Morpork hay una pequeña parte que sabe que los enanos de verdad viven bajo tierra.

Vimes se dedicó a hacer garabatos en su cuaderno. «De casa», pensó. Zanahoria había hablado inocentemente de los enanos «de casa». Para todos los enanos que vivían lejos, las montañas eran «allá en casa». Era curioso que la gente fuera igual en todas partes, por mucho que la gente en cuestión no siempre fuera una gente que la gente que había acuñado la expresión «la gente es igual en todas partes» hubiera considerado tradicionalmente gente. Y aunque uno no

fuera una persona virtuosa, en el sentido en que lo habían educado para entender el término, siempre estaba bien ver la virtud en los demás, siempre y cuando no costara dinero.

—Pero ¿por qué vienen aquí esos *d'r...* esos enanos tradicionales? Ankh-Morpork está lleno de humanos. Les debe de costar horrores evitar a los humanos.

—Porque se los... necesita, señor. La ley de los enanos es complicada, y a menudo se producen disputas. Y también offician bodas y cosas de esas.

—Hablas de ellos como si fueran sacerdotes.

—Los enanos no son religiosos, señor.

—Claro. Oh, bueno. Gracias, cabo. Ya puedes irte. ¿Alguna novedad sobre lo de anoche? ¿No se ha presentado ningún gato sulfúrico incontinente para confesar?

—No, señor. La Campaña de Estaturas Igualitarias ha publicado un folleto diciendo que es un ejemplo más de que aquí a los enanos se los trata como ciudadanos de segunda clase, pero es el mismo que sacan siempre. Ya sabe, ese que tiene espacios en blanco para rellenar con los detalles.

—Nada cambia, Jovial. Te veré mañana por la mañana, pues. Dile a Detritus que suba.

¿Por qué precisamente él? Ankh-Morpork estaba infestado de diplomáticos. Era prácticamente la razón de ser de las clases altas: a ellos les resultaba fácil, porque la mitad de los peces gordos extranjeros que trataban eran viejos amigos con los que habían jugado a Pillar con la Toalla Mojada en la escuela. Solían llamarse por el nombre de pila, incluso la gente que se llamaba Ahmed o Fong. Sabían qué tenedores había que usar. Cazaban, practicaban el tiro e iban de pesca. Se movían en círculos que más o menos se solapaban con los círculos de sus anfitriones extranjeros, y estaban muy lejos de los círculos más bien roñosos por los que se movía la gente como Vimes todos los días de trabajo. Conocían todos los gestos y guiños correctos. ¿Qué podía hacer él contra una corbata y un blasón heráldico?

Vetinari estaba tirándolo a los lobos. Y a los enanos. Y a los vampiros. Vimes se estremeció. Y Vetinari nunca hacía nada sin una buena razón.

—Entra, Detritus.

Al sargento Detritus siempre le asombraba que Vimes supiera que estaba en la puerta. Vimes nunca había mencionado que la pared de su despacho crujía y se combaba hacia dentro cuando el enorme troll avanzaba por el pasillo.

—Quería verme, señor.

—Sí. Siéntate, hombre. Es por este asunto de Uberwald.

—Síseñor.

—¿Qué opinas tú de esto de visitar la vieja patria?

La cara de Detritus permaneció impassible, como siempre sucedía cuando

estaba esperando con paciencia a que las cosas tuvieran sentido.

—Me refiero a Uberwald —le apuntó Vimes.

—No sé, señor. Yo era un pedrusco de nada cuando nos fuimos. Papá quería una vida mejor en la gran ciudad.

—Va a haber muchos enanos, Detritus. —Vimes no se molestó en mencionar a los vampiros y los hombres lobo. En todo caso, cualquiera de ellos que atacara a un troll estaba cometiendo el último gran error de su carrera. Detritus llevaba una ballesta de casi una tonelada de potencia como arma de mano y la cargaba usando dos dedos.

—No pasa nada, señor. Soy muy moderno con los enanos.

—Estos podrían ser un poco anticuados contigo, sin embargo.

—¿Son enanos profundos?

—Eso mismo.

—Me han hablado de ellos.

—Sigue habiendo guerras con los trolls allá arriba cerca del Eje, tengo entendido. Van a hacer falta tacto y diplomacia.

—Está hablando con su mejor troll para esas dos cosas, señor —respondió Detritus.

—Te recuerdo que empujaste a aquel hombre a través de la pared la semana pasada, Detritus.

—Fue con cantidad de tacto, señor. Y era una pared bastante fina.

Vimes decidió dejarlo estar. El hombre en cuestión acababa de dejar fuera de combate a tres miembros de la Guardia con una cachiporra, que Detritus rompió con una sola mano antes de elegir la pared con el tacto adecuado.

—Nos vemos mañana entonces. La mejor armadura de gala, acuérdate. Y ahora mándame a Angua para acá, por favor.

—No está aquí, señor.

—Mierda. Pues envía unos cuantos mensajes para buscarla, ¿quieres?

* * *

Igor renqueaba por los corredores del castillo, arrastrando correctamente un pie detrás del otro según la forma aprobada.

Era Igor, hijo de Igor, sobrino de varios Igors, hermano de Igors y primo de más Igors de los que podía recordar sin consultar su agenda. Los Igors no cambiaban nunca una fórmula que funcionaba^[8].

Y como clan, a los Igors les gustaba trabajar para los vampiros. Los vampiros tenían horarios regulares, solían ser corteses con sus sirvientes y presentaban la importante ventaja añadida de no requerir mucho trabajo de hacer camas ni de cocinar, además de tener sótanos frescos y espaciosos donde un Igor podía dedicarse a su verdadera vocación. Todo esto compensaba con creces las

ocasiones en que había que barrer sus cenizas.

Igor entró en la cripta de lady Margolotta y llamó educadamente a la tapa del ataúd. Esta se movió una pizca a un lado.

—¿Sí?

—Ziento dezpertarla en mitad de la tarde, zu zeñoría, pero dijo uzted...

—Muy bien. ¿Y...?

—Va a zer Vimez, zeñoría.

Un mano delicada salió del ataúd parcialmente abierto y dio un puñetazo al aire.

—¡Sí!

—Zí, zeñoría.

—Bueno, bueno. Samuel Vimes. Pobrrre diablo. ¿Lo saben los perritos?

Igor asintió.

—El Igor del barón también eztaba recogiendo un menzaje, zeñoría.

—¿Y los enanos?

—Ez un nombramiento oficial, zeñoría. Lo zabe todo el mundo. Zu eccelencia el duque de Ankh-Morpork, zir Zamuel Vimez, Comandante de la Guardia de la Ciudad de Ankh-Morpork

—O sea que la sangrre ha llegado al río, Igor.

—Muy bien eczprezado, zeñoría. Falta ver por dónde ze la llevará la corriente.

—Falta por verr, Igor, si él correrá más rápido que el río.

* * *

Valoremos un castillo desde el punto de vista de sus muebles.

Este castillo tiene sillas, sí, pero no parecen muy usadas. Hay un sofá enorme cerca de la chimenea, y ese sí que está raído por el uso, pero el resto del mobiliario tiene aspecto de estar simplemente en exposición.

Hay una mesa larga de roble, bien bruñida y con apariencia de estar casi sin estrenar para ser un mueble tan antiguo. Tal vez la razón de esto sea que cerca de ella, en el suelo, hay una gran cantidad de cuencos blancos de barro cocido.

Uno de ellos tiene la inscripción « Padre ».

La baronesa Serafina von Uberwald cerró de un golpe el *Nobleza de Twurp* con gesto irritado.

—Ese hombre es un... no es nada —dijo—. Un monigote. Un hombre de paja. Un insulto.

—El apellido Vimes es muy antiguo —dijo Wolfgang von Uberwald, que estaba haciendo flexiones de brazos con una sola mano delante del fuego.

—Igual que el apellido Smith. ¿Y qué?

Wolf cambió a la otra mano, en medio del aire. Estaba desnudo. Le gustaba

que se le airearan los músculos. Y le brillaban. Alguien provisto de un diagrama de anatomía podría haberlos señalado todos. También podría haber hecho un comentario sobre la forma poco habitual en que el pelo rubio le crecía no solamente en la cabeza sino también por todos los hombros.

—Ese hombre es duque, madre.

—¡Ja! ¡Ankh-Morpork ni siquiera tiene rey!

—...diecinueve, veinte... He oído historias al respecto, madre...

—Bah, historias. ¡Sybil me escribe cartitas bobas todos los años! Sam esto, Sam lo otro. Por supuesto, tiene que dar gracias de haber pillado cualquier cosa, pero... el hombre no es más que un atrapaladrones, al fin y al cabo. No tengo intención de verlo.

—Eso ni lo sueñes, madre —gruñó Wolf—. Eso sería... veintinueve, treinta... peligroso. ¿Qué le cuentas a lady Sybil de nosotros?

—¡Nada! No respondo a sus cartas, desde luego. Es una mujer más bien triste y bobalicona.

—¿Y ella sigue escribiéndote todos los años?... Treinta y seis, treinta y siete...

—Sí, cuatro páginas, normalmente. Y eso ya dice todo lo que hace falta saber de ella. ¿Dónde narices está tu padre?

Una gatera situada en la parte baja de una puerta cercana se bamboleó y un lobo grande y corpulento entró al trote. Echó un vistazo a la sala y luego se sacudió vigorosamente. La baronesa torció el gesto.

—¡Guye! ¡Ya sabes lo que te dije! ¡Son pasadas las seis! ¡Cambia cuando entres del jardín!

El lobo le dedicó una mirada torva y caminó hasta detrás de una enorme mampara de madera de roble situada en el extremo más alejado de la habitación. Se oyó un... ruido, suave y más bien extraño, no tanto un ruido en sí como un cambio de textura del aire.

El barón salió de detrás de la mampara, atándose los cordones de un camión de dormir raído. La baronesa bufó.

—Por lo menos tu padre lleva ropa —dijo.

—La ropa es insalubre, madre —replicó Wolf con calma—. La desnudez es la pureza.

El barón se sentó. Era un hombre robusto y de cara roja, en la medida en que se le veía la cara debajo de la barba, el pelo, el bigote y las cejas, todo ello enzarzado en una amarga guerra a cuatro bandas por las zonas restantes de piel desnuda.

—¿Qué pasa? —gruñó.

—¡Vimes el atrapaladrones de Ankh-Morpork va a ser el supuesto embajador! —dijo la baronesa en tono cortante.

—¿Enanos?

—Se enterarán, por supuesto.

El barón se quedó sentado sin mirar nada en particular, con la misma expresión que usaba Detritus cuando estaba formando un nuevo pensamiento.

—¿Malo? —se aventuró a decir por fin.

—¡Guye, te lo he dicho mil veces! —le gritó la baronesa—. ¡Pasas demasiado tiempo cambiado! Ya sabes cómo eres después. Imagínate que tenemos visitas formales...

—¡Los muerdo!

—¿Lo ves? ¡Vete a la cama y no bajas hasta que estés en condiciones de ser humano!

—Vimes podría estropearlo todo, padre —dijo Wolfgang. Ahora estaba haciendo el pino, usando solamente una mano.

—¡Guye! ¡Para!

El barón dejó de intentar rascarse la oreja con la pierna.

—¿Sí? —dijo.

El cuerpo reluciente de Wolfgang dejó caer algunas gotas de sudor al cambiar de una mano a la otra.

—La ciudad debilita a los hombres. Vimes será divertido. Aunque dicen que le gusta correr. —Soltó una risita—. Veremos si es rápido de verdad.

—Su mujer dice que es muy compasivo... ¡Guye! ¡No te atrevas a hacer eso! ¡Si vas a hacer esa clase de cosas, por lo menos hazlas arriba!

El barón solamente pareció levemente avergonzado, pero se recolocó la ropa de todos modos.

—¡Bandidos! —exclamó.

—Sí, podrían ser un problema en esta época del año —dijo Wolfgang.

—Por lo menos una docena —dijo la baronesa—. Sí, eso debería...

Wolf gruñó, cabeza abajo.

—No, madre. Estás siendo tonta. Su carruaje tiene que llegar aquí sin problemas ¿Lo entiendes? Cuando ya esté aquí... eso ya será otra cosa.

Un pensamiento se enredó en las cejas enormes del barón.

—¡Plan! ¡Rey!

—Exacto.

La baronesa suspiró.

—No confío en ese enanito.

Wolf se puso de pie de una voltereta.

—No. Pero sea o no de fiar, es lo único que tenemos. Vimes tiene que llegar aquí, con su corazón compasivo. Hasta puede sernos útil. Tal vez podamos... prestar cierta ayuda.

—¿Por qué? —dijo bruscamente la baronesa—. ¡Que Ankh-Morpork se cuide de los suyos!

Vimes estaba en pleno desayuno cuando llamaron a la puerta. Willikins entró acompañando a un hombrecillo flacucho y vestido con ropa negra pulcra pero raída, cuya cabeza demasiado grande le daba aspecto de piruleta que se acerca a la última chupada. Llevaba un bombín negro igual que los soldados llevan el casco, y caminaba como si le pasara algo en las rodillas.

—Siento molestar a su excelencia...

Vimes dejó el cuchillo. Había estado pelando una naranja. Sybil insistía en que comiera fruta.

—Nada de su excelencia —dijo—. Vimes a secas. Sir Samuel, si no hay más remedio. ¿Es usted el hombre de Vetinari?

—Iñigo Espumadera, señor. Ujum-ujum. Voy a viajar con usted a Uberwald.

—Ah, usted es el secretario que va a dedicarse a susurrar y hacer guiños mientras yo reparto los sándwiches de pepino, ¿no?

—Intentaré cumplir mi tarea, señor, aunque no soy un gran guiñador. Ujum-ujum.

—¿Quiere desayunar?

—Ya he comido, señor. Ujum-ujum.

Vimes miró al burócrata de arriba abajo. No era solamente que tuviera la cabeza grande, sino que además parecía que alguien hubiera estrujado su mitad inferior para empujarlo todo hacia arriba. Para colmo, se estaba quedando calvo, y se había peinado cuidadosamente los mechones que le quedaban de un lado a otro de la calva rosada. Era difícil saber qué edad tenía. Podía tener veinticinco años y ser un hombre angustiado, o bien un cuarentón lozano. Vimes se inclinó por lo primero: el hombre tenía aspecto de haberse pasado la vida mirando el mundo por encima de un libro. Y estaba aquella... bueno, ¿era una risa nerviosa? ¿Una risita tonta? ¿Una forma desafortunada de carraspear?

Y aquellos andares tan raros...

—¿Ni siquiera una tostada? ¿Ni una pieza de fruta? Estas naranjas acaban de llegar de Klatch, de veras que las recomiendo.

Vimes le tiró una al hombre. Le rebotó en el brazo, y Espumadera dio un paso atrás, vagamente horrorizado por la afición al lanzamiento frutal de la clase alta.

—¿Se encuentra bien, señor? ¿Ujum-ujum?

—Lo siento —dijo Vimes—. Me he dejado llevar por la fruta.

Dejó su servilleta a un lado y se levantó de la mesa para rodear los hombros de Espumadera con el brazo.

—Lo voy a llevar a la sala de estar Un Poco Amarilla y allí puede usted esperar —dijo, guiándolo hasta la puerta y dándole palmaditas amistosas en el brazo—. Los carruajes ya están cargados. Sybil está cambiando las baldosas del baño, aprendiendo klatchiano antiguo y haciendo todas esas cosillas de última hora que las mujeres hacen siempre. Usted irá con nosotros en el carruaje grande.

Espumadera reculó.

—¡Oh, ni hablar de eso, señor! Viajaré con su séquito. Ujum-ujum. Ujum-ujum.

—Si se refiere a Jovial y a Detritus, ellos van con nosotros —dijo Vimes, fijándose en que la mirada de horror se intensificaba un poco—. Hacen falta cuatro para jugar a cartas y el camino es un coñazo durante casi todo el trayecto.

—Y, esto, ¿sus sirvientes?

—Willikins y la cocinera y la doncella de Sybil van en el otro carruaje.

—Oh.

Vimes sonrió para sus adentros. Recordó el dicho de su infancia: demasiado pobre para pintar, pero demasiado orgulloso para encalar.

—Una elección difícil, ¿eh? —dijo—. Le diré qué haremos, puede usted venir en nuestro carruaje pero le daremos un asiento duro y de vez en cuando lo trataremos con condescendencia, ¿qué le parece?

—Me temo que está haciendo de mí un objeto de chanza, sir Samuel. Ujum-ujum.

—No, pero puede que esté ayudando. Y ahora, si me disculpa, tengo que bajar un momento a Pseudópolis Yard para resolver algunas cosas de última hora...

* * *

Un cuarto de hora más tarde, Vimes entró en la sala de denuncias de Pseudópolis Yard. El sargento Fuerteenelbrazo levantó la vista, saludó y luego se agachó para esquivar la naranja que acababan de arrojarle a la cabeza.

—¿Señor? —dijo, perplejo.

—Era una prueba, Fuerteenelbrazo.

—¿La he pasado, señor?

—Ya lo creo. Quédate la naranja. Está llena de vitaminas.

—Mi madre siempre me decía que esas cosas podían matarlo a uno, señor.

Zanahoria estaba esperando con paciencia en el despacho de Vimes. Vimes negó con la cabeza. Conocía absolutamente todos los puntos del pasillo donde había que pisar, y tenía la certeza de no hacer nunca ruido alguno, y aun así no había pillado a Zanahoria ni una sola vez leyendo sus papeles, ni siquiera del revés. Solamente por una vez no estaría mal pillarlo en medio de algo. Si el hombre fuera un poco más recto se lo podría usar como tablón.

Zanahoria se puso de pie e hizo el saludo marcial.

—Sí, sí, ahora no tenemos tiempo para eso —dijo Vimes, sentándose detrás del escritorio—. ¿Algo nuevo desde anoche?

—Un asesinato sin atribuir, señor. Un comerciante llamado Wallace Sonki. Estaba degollado dentro de una de sus propias cubas. Sin sello del Gremio ni nota ni nada. Lo estamos tratando como algo sospechoso.

—Sí, a mí me suena pero que bastante sospechoso —coincidió Vimes—. A menos que tenga antecedentes por afeitarse a lo loco. ¿Qué clase de cuba?

—Esto, caucho, señor.

—¿El caucho viene en cubas? ¿Y el tipo no rebotaría?

—No, señor. Cuando está en la cuba es líquido, señor. Wallace fabrica... cosas de caucho.

—Espera, eso que dices me suena de algo... ¿no fabricaban cosas mojándolas en el caucho? Se hacen las, esto, las formas adecuadas y se hunden en el caucho para sacar guantes, botas... esa clase de cosas, ¿no?

—Esto... esa, ejem, clase de cosas, señor.

Había algo en la actitud incómoda de Zanahoria que llamó la atención de Vimes. Y el pequeño archivo que tenía al fondo del cerebro sacó por fin un papel para enseñárselo.

—Sonki, Sonki... Zanahoria, no estaremos hablando del mismo Sonki de « un paquete de sonkis» , ¿verdad?

Ahora Zanahoria se puso al rojo vivo de la vergüenza.

—¡Sí, señor!

—Por los dioses, ¿qué es lo que estaba metiendo ahora en la cuba?

—Lo empujaron al interior, señor. Parece ser.

—¡Pero si es prácticamente un héroe nacional!

—¿Señor?

—Capitán, la escasez de viviendas de Ankh-Morpork sería mucho peor si no fuera por el viejo Sonki y sus preventivos de a penique el paquete. ¿Quién querría cargárselo?

—La gente tiene Opiniones, señor —respondió Zanahoria en tono frío.

Sí que las tenéis, ¿verdad?, pensó Vimes. Los enanos no estáis de acuerdo con esas cosas.

—Bueno, pon algunos hombres a ello. ¿Algo más?

—Un carretero asaltó anoche al agente Swires por ponerle el cepo a su carro.

—¿Asaltó?

—Intentó pisotearlo, señor.

Vimes tenía una imagen mental clara del agente Swires, un gnomo de quince centímetros de altura pero que medía una milla en términos de agresividad acumulada.

—¿Y cómo está?

—Bueno, el hombre puede hablar, pero pasará un tiempo antes de que pueda volver a subirse a una carreta. Aparte de eso, todo son cosas del montón.

—¿Nada nuevo sobre el robo del Bollo?

—La verdad es que no. Muchas acusaciones dentro de la comunidad de enanos, pero en realidad nadie sabe nada. Como dice usted, señor, lo más probable es que sepamos algo más cuando la cosa se pudra.

—¿Ni una palabra en la calle?

—Sí, señor. Una. Es «Alto». El sargento Colon la ha pintado al final de la Vía Ancha. Ahora los carreteros tienen mucho más cuidado. Por supuesto, también tiene que ir alguien a limpiar el estiércol cada hora o así.

—Todo este asunto del tráfico no nos está haciendo muy populares, capitán.

—No, señor. Pero somos impopulares de todas maneras. Y por lo menos está aportando dinero a las arcas de la ciudad. Esto... hay otra cosa, señor.

—¿Sí?

—¿Ha visto usted a la sargento Angua, señor?

—¿Yo? No. Esperaba que ella estuviera aquí. —Entonces Vimes reparó en el ligerísimo matiz de preocupación que tenía la voz de Zanahoria—. ¿Ha pasado algo?

—No se presentó a su guardia de anoche. No había luna llena, así que resulta un poco... raro. Nobby dice que la vio bastante preocupada por algo mientras los dos estaban de patrulla juntos el otro día.

Vimes asintió. Por supuesto, a la mayoría de la gente le preocupaba algo si le tocaba guardia junto a Nobby. Tendían a mirar mucho los relojes.

—¿Has estado en su habitación?

—No ha dormido en su cama —dijo Zanahoria—. Ni tampoco en su cesta —añadió.

—Bueno, pues en eso no puedo ayudarte, Zanahoria. Es tu novia.

—Creo que últimamente le preocupa un poco el futuro —dijo Zanahoria.

—Hum, ¿tú... ella... el, ejem, asunto de ser mujer lobo? —Vimes se detuvo, sumamente avergonzado.

—Siempre está dándole vueltas al tema —dijo Zanahoria.

—Tal vez se haya ido a alguna parte a pensar en sus cosas.

Por ejemplo, en cómo narices se le ocurriría ponerse a salir con un joven que, por magnífico que fuera, se sonrojaba al pensar en un paquete de sonkis.

—Eso espero, señor —dijo Zanahoria—. Lo hace a veces. Resulta muy estresante ser hombre lobo en una gran ciudad. Ya sé que nos habríamos enterado si se hubiera metido en cualquier lío...

Se oyó un ruido de arneses en el exterior y el traqueteo de un carruaje. Vimes sintió cierto alivio. Ver a Zanahoria preocupado resultaba tan poco habitual que impresionaba.

—Bueno, tendremos que irnos sin ella —zanjó—. Quiero que se me mantenga informado de todo, capitán. Que desaparezca un Bollo falso una semana o dos antes de la gran coronación de los enanos... A mí me huele a que esto va a traer cola, y no quiero tropezarme con ella. Y ya que estamos, corre la voz de que me manden todo lo que se vaya sabiendo sobre Sonki, ¿quieres? No me gustan los misterios. Los clacs tienen un servicio básico que ya llega hasta Uberwald, ¿verdad?

A Zanahoria se le iluminó la cara.

—Es maravilloso, señor, ¿verdad? Dentro de unos pocos meses dicen que podremos mandar mensajes de Ankh-Morporka Genua en menos de un día.

—Sí que es verdad. Me pregunto si para entonces tendremos algo sensato que decirnos entre nosotros.

* * *

Lord Vetinari estaba de pie frente a su ventana contemplando la torre de señales del otro lado del río. Los ocho grandes postigos que miraban en su dirección estaban parpadeando con furia: negro, blanco, blanco, negro, blanco...

La información volaba por el aire. Treinta kilómetros detrás de él, en otra torre de Sto Lat, había alguien mirando por un telescopio y gritando números.

Qué rápido se nos echa encima el futuro, pensó.

Siempre había recelado de la descripción poética del Tiempo como un arroyo que nunca se detiene. El tiempo, en su experiencia, se movía más bien como las rocas... deslizándose, presionando, acumulando fuerza bajo tierra y al fin, con una sacudida que hace temblar la vajilla, un campo entero de nabos se desplaza misteriosamente dos metros a un lado.

Las señales semafóricas llevaban siglos funcionando, y todo el mundo sabía que el conocimiento tenía un valor, y todo el mundo sabía que exportar bienes era una forma de ganar dinero. Y entonces, de repente, alguien se dio cuenta de la cantidad de dinero que se podía ganar exportando mañana a Genua las cosas que acababan de inventarse hoy en Ankh-Morpork. Y algún joven espabilado de la Calle de los Artesanos Habilidosos había sido inusualmente habilidoso.

Conocimiento, información, poder, palabras... volando por el aire, invisibles...

Y de pronto el mundo entero estaba bailando claqué sobre arenas movedizas.

En cuyo caso, el premio era para el mejor bailarín.

Lord Vetinari se dio la vuelta, sacó unos papeles de un cajón de la mesa, caminó hasta la pared, tocó cierta zona de la misma y se metió deprisa por la puerta oculta que se acababa de abrir en silencio.

Al otro lado había un pasillo, iluminado por la luz que prestaban unos ventanales altos y pavimentado con losas de pequeño tamaño. El patricio avanzó, titubeó y dijo: «No, hoy es martes», y alteró la trayectoria descendente de su pie para que aterrizara sobre una piedra que en todos los sentidos parecía ser exactamente igual que sus compañeras^[9].

Cualquiera que estuviera escuchando su avance por los pasillos y escaleras habría alcanzado a oír murmullos del tipo: «La luna está creciendo»... o «Sí, es antes de mediodía». Y alguien que escuchara con mucha atención habría podido oír el débil zumbido y el traqueteo de engranajes dentro de las paredes.

Y alguien que escuchara con mucha atención y además fuese un paranoico habría llegado a la conclusión de que cualquier cosa que lord Vetinari dijera en voz alta aun estando solo podría no ser del todo digna de crédito. Ciertamente, no si tu vida dependía de ello.

Por fin llegó a una puerta y abrió la cerradura.

Al otro lado había un desván enorme, inesperadamente espacioso y luminoso y radiante gracias a la luz del sol que entraba por las claraboyas del tejado. Parecía ser un cruce entre un taller y un almacén. Había varios esqueletos de pájaros colgando del techo y algunos huesos más sobre las mesas de trabajo, junto con rollos de alambre y muelles metálicos y tubos de pintura y más herramientas, muchas de ellas probablemente únicas, de las que se veían normalmente en ningún lugar. Solo un camastro estrecho, encajado entre una cosa que parecía un telar con brazos y una estatua grande de bronce, sugería que alguien vivía realmente allí. Y estaba claro que se trataba de alguien que estaba obsesivamente interesado en *todo*.

Lo que interesaba ahora mismo a lord Vetinari era el aparato que había en una mesa, por lo demás vacía, en el centro de la sala. Parecía una colección de bolas de cobre apoyadas las unas en las otras. De unos cuantos remaches salía humo con un susurro suave, y de vez en cuando el aparato hacía «blup» ...

—¡Su señoría!

Vetinari miró a su alrededor. Una mano le estaba haciendo señales desesperadas desde detrás de un banco volcado.

Y entonces otra cosa le hizo levantar la vista. En el techo por encima de él había enclastada una sustancia marrón, que colgaba formando estalactitas.

«Blup.»

Con una velocidad bastante sorprendente, el patricio se situó detrás del banco. Leonardo de Quirm le dedicó una sonrisa desde debajo de su casco protector de fabricación casera.

—Le presento mis disculpas —dijo—. Me temo que no me esperaba que entrara nadie. Pero estoy seguro de que esta vez va a funcionar.

«Blup.»

—¿Qué es? —preguntó Vetinari.

«Blup.»

—No estoy del todo seguro, pero confío en que sea...

Y de pronto hubo demasiado ruido para hablar.

A Leonardo de Quirm jamás se le pasaba por la cabeza que era un prisionero. Si acaso, le agradecía a Vetinari el que le proporcionara aquel lugar de trabajo tan espacioso, y comidas regulares, y ropa limpia, y que lo protegiera de aquella gente que por alguna razón siempre quería llevarse sus inventos perfectamente inocentes, diseñados para el progreso de la humanidad, y usarlos con propósitos despreciables. Era asombroso cuántos de ellos había: tanto gente como inventos.

Era como si toda la genialidad de una civilización entera hubiera convergido en una sola cabeza, que por esta razón se encontraba en un estado constante de rotación enormemente productiva. Vetinari especulaba a menudo sobre cuál sería el destino de la humanidad si Leonardo consiguiera concentrarse en una sola cosa durante más de una hora aproximadamente.

La ráfaga de ruido se fue apagando. «Blup.»

Leonardo se asomó con cautela por encima del banco y sonrió de oreja a oreja.

—¡Ah! Qué bien, parece que hemos logrado café.

—¿Café?

Leonardo caminó hasta la mesa y accionó una palanquita que había en el aparato. Una espuma de color marrón claro cayó en cascada dentro de una taza que había lista, con un ruido parecido al de un desagüe atascado.

—Café distinto —dijo—. Café muy, muy rápido. Creo que a usted le gustará. A esto lo llamo la Máquina-de-Café-Muy-Rápido.

—Y ese es el invento de hoy, ¿verdad? —dijo Vetinari.

—Bueno, sí. Iba a ser el modelo a escala de un aparato para llegar a la luna y a otros cuerpos celestes, pero es que tenía sed.

—Por fortuna. —Lord Vetinari retiró con cautela de una silla una máquina experimental a pedales para sacar brillo a los zapatos y se sentó—. Le he traído algunos... mensajitos más.

Leonardo estuvo a punto de ponerse a aplaudir.

—¡Oh, bien! Ya he terminado con los que me traje anoche.

Lord Vetinari se limpió con cuidado un bigote de café espumoso que le había quedado encima del labio.

—¿Cómo dic...? ¿*Todos*? ¿Ha descifrado ya todos esos mensajes de Uberwald?

—Bueno, fueron mucho más sencillos después de terminar el nuevo aparato —dijo Leonardo, rebuscando entre los montones de papel que había sobre una mesa y dándole al patricio varias páginas llenas de letra apretada—. Pero en cuanto te das cuenta de que solamente se puede tener un número limitado de fechas de nacimiento, y que todo el mundo tiene tendencia a pensar de la misma manera, los mensajes cifrados en realidad no son muy difíciles.

—¿Ha mencionado usted un nuevo aparato? —dijo el patricio.

—Ah, sí. El... chisme. Es todo muy tosco ahora mismo, pero resulta suficiente para esos códigos tan simples.

Leonardo sacó una hoja de papel de un objeto vagamente rectangular. A Vetinari le pareció que estaba hecho a base de ruedas de madera y de unos palos largos y finos que, al acercarse, vio que estaban inscritos con multitud de letras y números. Algunas ruedas no eran redondas, sino ovaladas o con forma de corazón, o bien trazaban alguna otra curva curiosa. Cuando Leonardo giró una

manecilla, todo el objeto se empezó a mover con una aceitosidad compleja que resultaba bastante inquietante para tratarse de algo meramente mecánico.

—¿Y cómo lo llama usted?

—Bueno, ya sabe lo mío con los nombres, milord. Yo lo considero la Máquina-para-Neutralizar-Información-mediante-la-Generación-de-Alfabetos-Miásmicos, pero comprendo que no es un nombre pegadizo, precisamente. Esto...

—¿Sí, Leonardo?

—Esto... ¿no está... mal, verdad, leer los mensajes de otra gente?

Vetinari suspiró. Aquel hombre preocupado que tenía delante, tan considerado por la vida que esquivaba las arañas al quitar el polvo, había inventado una vez un aparato que disparaba perdigones de plomo con fuerza y velocidad tremendas. Se le ocurrió que podía ser útil contra los animales peligrosos. Había diseñado una cosa capaz de destruir montañas enteras. Se le había ocurrido que podía ser útil para la industria minera. Era un hombre que, en su pausa para merendar, podía garabatear un instrumento de destrucción masiva inimaginable en los espacios en blanco que rodeaban un dibujo exquisito de la frágil belleza de la sonrisa humana. Con una lista de partes numeradas. Y si se le recalca aquel hecho, respondía: ah, pero una cosa así haría que la guerra fuera completamente imposible, ¿no lo ve? *Porque nadie se atrevería a usarlo.*

Leonardo pareció animarse al venirle una idea a la cabeza.

—Pero por otro lado, cuanto más sepamos unos de otros, más aprenderemos a entendernos. En fin, también me pidió que elaborara unos códigos nuevos para usted. Lo siento, señor, pero debo de haber entendido mal su petición. ¿Qué tienen de malo los primeros que le hice?

Vetinari suspiró.

—Me temo que eran indescifrables, Leonardo.

—Pero yo pensaba...

—Es difícil de explicar —dijo Vetinari, consciente de que lo que para él eran las cristalinas aguas de la política, para Leonardo eran en gran medida lodo—. Estos códigos nuevos que tiene ahora son solo... ¿diabólicamente difíciles?

—Usted especificó *demoniacamente*, señor —respondió Leonardo, con cara preocupada.

—Ah, sí.

—No parece haber un estándar común para los demonios mayores, milord, pero he investigado un poco los textos de ocultismo más accesibles y creo que estos códigos serán considerados «difíciles» por más del noventa y seis por ciento de demonios.

—Bien.

—Tal vez en algunos momentos rayen en lo diabólicamente difícil...

—Eso no es problema. Los usaré de inmediato.

Leonardo todavía parecía estar rumiando algo.

—No me costaría nada hacerlos archidemoníacamente dif...

—Será suficiente con estos, Leonardo —dijo Vetinari.

—Milord —casi gimió Leonardo—. ¡De verdad que no puedo garantizar que alguien lo bastante inteligente no pueda leer sus mensajes!

—Bien.

—¡Pero milord, entonces sabrán lo que usted tiene en mente!

Vetinari le dio un golpecito en el hombro.

—No, Leonardo. Sabrán solamente lo que pone en mis mensajes.

—De verdad que no lo entiendo, señor.

—No, y en cambio yo soy incapaz de fabricar café explosivo. ¿Cómo sería el mundo si todos fuéramos iguales?

A Leonardo se le nubló la cara un momento.

—No estoy seguro —dijo—. Pero si quiere que trabaje en el problema, puede que sea capaz de diseñar un...

—No era más que una figura retórica, Leonardo.

Vetinari negó tristemente con la cabeza. A menudo le parecía que Leonardo, que había llevado el intelecto hasta unas alturas hasta entonces sin descubrir, había encontrado allí algunos pozos grandes y especializados de estupidez. ¿Qué sentido tendría encriptar mensajes que un enemigo muy inteligente no pudiera descifrar? Acabarías no sabiendo qué pensaban que pensabas que ellos estaban pensando...

—Había un mensaje más bien extraño procedente de Uberwald, señor —dijo Leonardo—. De ayer por la mañana.

—¿Extraño?

—No estaba cifrado.

—¿Ni un poco? Yo creía que todo el mundo usaba códigos.

—Oh, el remitente y el destinatario eran nombres en clave, pero el mensaje era casi texto llano. Era una petición de información sobre el comandante Vimes, sobre el que usted me ha hablado a menudo.

Lord Vetinari se quedó de piedra.

—Y el mensaje de respuesta también estaba bastante claro. Era una serie de... chismes.

—¿Solamente sobre Vimes? ¿De ayer por la mañana? ¿Antes de que yo...?

—¿Milord?

—Dígame —pidió el patricio—, ese mensaje de Uberwald, ¿no da ninguna pista de quién puede ser el remitente?

A veces, como un rayo de luz entre las nubes, Leonardo podía ser bastante perspicaz.

—¿Cree que podría usted conocer el origen del mensaje, señor?

—Bueno, en mi juventud pase una temporada en Uberwald —explicó el

patricio—. En aquella época los jóvenes ricos de Ankh-Morpork solíamos emprender lo que llamábamos la Gran Mofa, consistente en visitar países y ciudades lejanos a fin de ver en persona lo inferiores que eran. O por lo menos, eso nos parecía. Oh, sí. Pasé una temporada en Uberwald.

No sucedía a menudo que Leonardo de Quirm prestara atención a lo que hacía la gente que lo rodeaba, pero ahora sí se fijó en la mirada remota que tenía lord Vetinari.

—¿Tiene buenos recuerdos de allí, milord? —se aventuró a preguntar.

—¿Hum? Oh, ella era una dama muy... inusual, pero por desgracia, bastante mayor que yo —dijo Vetinari—. Mucho mayor, tengo que decir. Pero eso fue hace mucho tiempo. La vida nos enseña sus pequeñas lecciones y nosotros seguimos nuestro camino. —Allí estaba otra vez aquella mirada remota—. Bueno, bueno, bueno...

—Y no hay duda de que la dama ya estará muerta —dijo Leonardo. No se le daban muy bien aquella clase de conversaciones.

—Oh, me extrañaría mucho —dijo Vetinari—. Sin duda estará plétórica de fuerzas. —Sonrió. El mundo se estaba volviendo más... interesante—. Dígame, Leonardo —continuó—, ¿alguna vez se le ha ocurrido que un día las guerras se librarán con los cerebros?

Leonardo cogió su taza de café.

—Oh, cielos. ¿Eso no será muy pringoso? —dijo.

Vetinari volvió a suspirar.

—Tal vez no tan pringosas como las de ahora —dijo, probando el café. La verdad es que era bastante bueno.

* * *

El carruaje ducal dejó atrás los últimos edificios de las afueras y se adentró en las enormes planicies de las Llanuras de Sto. Jovial y Detritus habían decidido cortésmente viajar en el techo durante la mañana, dejando al duque y la duquesa solos en el interior. Espumadera se estaba permitiendo cierta solidaridad de clase incómoda y viajaba de forma temporal con los sirvientes.

—Parece que Angua ha decidido esfumarse —dijo Vimes, mirando los campos de coles que iban quedando atrás.

—Pobre chica —dijo Sybil—. La ciudad no es el mejor lugar para ella.

—Bueno, a Zanahoria no se lo puede arrancar de la ciudad ni con agua hirviendo —dijo Vimes—. Y supongo que ese es el problema.

—Parte del problema —replicó Sybil.

Vimes asintió. La otra parte, de la que nadie hablaba, eran los hijos.

A veces a Vimes le parecía que todo el mundo sabía que Zanahoria era el auténtico heredero del trono superfluo de la ciudad. Lo que pasaba era que no quería serlo. Quería ser un Guardia, y a todo el mundo le parecía bien que lo

fuera. Pero la corona era un poco como un piano de cola: la podías tapar con una funda, pero aun así se notaba la forma que había debajo.

Vimes no estaba seguro de qué salía si tenían hijos un humano y una mujer lobo. Tal vez solamente salía alguien que se tenía que afeitar dos veces al día cuando la luna estaba llena y a quien de vez en cuando le venían ganas de perseguir carruajes. Y teniendo en cuenta qué clase de gobernantes había llegado a tener la ciudad, un hombre lobo declarado como líder tampoco debería aterrorizar a nadie. Eran los cabrones que parecían humanos todo el tiempo quienes daban problemas. Aunque ese era solamente su punto de vista. Había quien podía verlo distinto. No era de extrañar que Angua se hubiera marchado a pensar.

Se dio cuenta de que estaba mirando por la ventana sin ver nada.

Para dejar de darle vueltas a aquello abrió el paquete de documentos que Espumadera le había entregado nada más entrar en el carruaje. Se llamaba « expediente informativo ». El hombre parecía ser un experto en Uberwald, y Vimes se preguntó cuántos secretarios más habría en el palacio del patricio trabajando como hormiguitas, convirtiéndose en expertos. Se apoltronó con aire lúgubre y empezó a leer.

La primera página mostraba el blasón del Imperio Impío que una vez había gobernado la mayor parte del enorme país. Vimes no recordaba mucho de ello, salvo que en una ocasión un emperador clavó a un hombre su sombrero en la cabeza para gastarle una broma. Uberwald parecía ser un sitio grande, frío y deprimente, así que tal vez la gente podría hacer cualquier cosa para echarse una risa.

El blasón era, con mucho, demasiado recargado para el gusto de Vimes, y estaba dominado por un murciélago de dos cabezas.

El primer documento se titulaba: « Los estratos ricos en sebo de la región de Schmaltzberg (La tierra del Quinto Elefante) ».

Él conocía la leyenda, claro. Una vez había habido cinco elefantes, en lugar de cuatro, de pie sobre la concha de Gran A'Tuin, pero uno de ellos había dado un tropezón o se había soltado y había derivado hacia una órbita curvada para acabar estrellándose contra el suelo, mil millones de toneladas de paquidermo furioso, con una fuerza que había sacudido el mundo entero y lo había dividido en los continentes que la gente conocía hoy. Las rocas que salieron despedidas habían cubierto y comprimido el cadáver al caer, y el resto, tras milenios de cocción y fundición subterránea, era historia del sebo. Según la leyenda, el oro y el hierro y los demás metales también formaban parte de sus restos. Al fin y al cabo, un elefante lo bastante grande como para soportar el peso del mundo sobre su lomo no iba a tener huesos normales y corrientes, ¿verdad?

Las notas que tenía delante eran un poco más creíbles y hablaban de cierta catástrofe desconocida que había matado a millones de mamuts, bisontes y

musarañas gigantes y luego los había sepultado, más o menos como al Quinto Elefante de la historia. Había apuntes sobre las viejas sagas de los trolls y las leyendas de los enanos. Tal vez hubiera hielo de por medio. O una inundación. En el caso de los trolls, que se creía que eran la primera especie del mundo, tal vez habían estado allí mismo y habían visto al elefante barranto por el cielo.

El resultado, en todo caso, era el mismo. Todo el mundo —bueno, todo el mundo salvo Vimes— sabía que el mejor sebo venía de los pozos y las minas de Schmaltzberg. Daba las velas más blancas y luminosas, el jabón más cremoso y el aceite para lámparas más caliente y limpio. La manteca amarillenta de las calderas de Ankh-Morpork ni se le acercaba.

Vimes no le veía ningún sentido. El oro... aquello sí era importante. La gente moría por él. Y el hierro... Ankh-Morpork necesitaba hierro. Y madera. Hasta piedra. La plata, por ejemplo, era muy...

Volvió atrás, a una página que llevaba el encabezamiento «Recursos naturales», y debajo de «plata» leyó: «No existe minería de plata en Uberwald desde la Dieta de Bichos de 1880 AM, y poseer ese metal es técnicamente ilegal».

No había ninguna explicación. Tomó nota para preguntar a Iñigo cuando pudiese. Al fin y al cabo, donde había hombres lobo, ¿no hacía falta plata? Y las cosas debían de haber ido bastante mal si todo el mundo había tenido que comer insectos.

En todo caso, la plata también era útil, pero el sebo no era más que... sebo. Era como las galletas, o el té, o el azúcar. Era simplemente algo que aparecía en el armario. Era algo que no tenía estilo, ni romanticismo. Era algo que venía en tarrinas.

Había una nota sujeta con un clip a la página siguiente. Decía:

«El Quinto Elefante como metáfora también aparece en los idiomas de Uberwald. Dependiendo del contexto puede querer decir "algo que no existe" (igual que nosotros decimos "niebla klatchiana"), "algo que no es lo que parece" y "algo que, aunque no se ve, controla los acontecimientos" (del mismo modo que nosotros usamos las palabras "eminencia gris").»

Yo no lo hago, pensó Vimes. Yo no uso esa clase de palabras.

* * *

—Agente Shoe —dijo el agente Shoe, cuando se abrió la puerta de la fábrica de botas—. Homicidios.

—¿Viene por lo del señor Sonki? —preguntó el troll que acababa de abrir la puerta. Una ráfaga de aire cálido y húmedo salió a la calle, trayendo un olor a gatos incontinentes y a azufre.

—Quería decir que soy un zombi —dijo Reg Shoe—. Creo que decírselo de entrada a la gente ahorra malentendidos embarazosos más adelante. Pero por

pura casualidad resulta que sí, que venimos por el supuesto difunto.

—¿Venimos? —repetió el troll, sin hacer ningún comentario sobre la piel gris de Reg y las marcas de costuras.

—¡Aquíabaju, grandullón!

El troll miró hacia abajo, una dirección poco habitual en Ankh-Morpork, ya que la gente prefería no ver qué era lo que estaban pisando.

—Oh —dijo, y dio unos cuantos pasos hacia atrás.

Había gente que decía que los gnomos no eran más beligerantes que cualquier otra raza, y era cierto. Sin embargo, la beligerancia estaba comprimida dentro de un cuerpo de quince centímetros de altura e, igual que muchas cosas cuando están comprimidas, tenía tendencia a explotar. El agente Swires solamente llevaba unos pocos meses en la Guardia, pero habían corrido las noticias y el gnomo ya inspiraba respeto, o por lo menos ese terror de vejiga floja que puede pasar por respeto en ocasiones como la presente.

—No te me quedes ahí como un pámpano, ¿dónde guardas el fiambre? —dijo Swires, entrando con paso firme en la fábrica.

—Lo hemos puesto en el sótano —dijo el troll—. Y ahora tenemos media tonelada de caucho líquido echándose a perder. El jefe se pondría como una furia... si viviera, claro.

—¿Por qué se está echando a perder? —quiso saber Reg.

—Se pone todo espeso y sobado, mire si no. Tendré que tirarlo luego, y no es fácil. Hoy habíamos de meter una carga de Delicias Mágicas Estriadas, además, pero cuando lo he sacado de la cuba todas las señoras se han mareado y se han largado a casa.

Reg Shoe se escandalizó. Él no era, por razones diversas, cliente de los productos del señor Sonki, y es que el romance no era un rasgo habitual de la vida de los muertos, pero seguramente el mundo de los vivos debía tener unos mínimos valores morales, ¿no?

—¿Tienen a *mujeres* empleadas aquí? —preguntó.

El troll pareció sorprendido.

—Sí. Claro. Trabajo bueno y fijo. Y ellas son buenas trabajadoras. Siempre se ríen y hacen chistes mientras hunden y empaquetan, sobre todo cuando hacemos los Chico Grande. —El troll se sorbió la nariz—. Personalmente yo no entiendo los chistes.

—Los Chico Grande son una compra cojonuda —aportó Buggy Swires.

Reg Shoe se quedó mirando a su diminuto compañero. De ninguna de las maneras iba a hacerle la pregunta. Pero Swires debió de ver su expresión.

—Después de darle un poco a las tijerías, no encontrarás mejor chubasqueiro en toda la ciudad.

El agente Shoe suspiró. Sabía que el señor Vimes tenía una política no oficial de meter a minorías étnicas en la Guardia^[10], pero no estaba seguro de que

aquello fuera buena idea en el caso de los gnomos, por mucho que fuese cierto que no había grupo étnico menor que ellos. Tenían una resistencia natural a las normas. Y esto no abarcaba solamente la ley, sino también todas esas normas invisibles que la mayoría de la gente obedecía sin pensar, como «No intentes comerte esa jirafa» o «No le des un cabezazo a la gente en el tobillo solamente porque no te quieren dar una patata frita». Al agente Swires era mejor considerarlo simplemente un arma pequeña e independiente.

—¿Por qué no nos enseña al mu... a la persona que está teniendo actualmente problemas de vitalidad?—dijo.

El troll los acompañó al sótano. Lo que había colgado de una viga allí abajo había matado de horror a cualquiera que no fuera ya un zombi.

—Lo siento —dijo el troll, descolgándolo y echándolo en un rincón, donde se enrolló formando un montón de goma.

—¿Qué c'rallu era eso?—exclamó el agente Swires.

—Tuvimos que quitarle el caucho de encima —dijo el troll— Cuaja muy deprisa, ¿saben? Una vez lo sacas al aire.

—Eh, es el sonki más grande que viera nunca. —Buggy soltó una risilla—. ¡Un sonki de cuerpo entero! Imagínome que es así como quería diseñarla...

Reg miró el cadáver. No le importaba que lo asignaran a asesinatos, ni aunque fueran de los asquerosos. Tal como él lo veía, morir se era un simple cambio de carrera. Reg iba sobrado de experiencia en morir: solamente había que superarlo y seguir con tu vida. Por supuesto, había mucha gente que no lo superaba, por una razón u otra, pero él consideraba que era porque no tenían voluntad suficiente para hacer el esfuerzo.

Había una herida irregular en el cuello.

—¿Algún pariente?—preguntó.

—Tenía un hermano en Uberwald. Hemos mandado mensaje —añadió el troll—. Con los clacs. ¡Cuesta veinte dólares! ¡Eso es una clavada!

—¿Se le ocurre alguna razón para que alguien quisiera matarle?

El troll se rascó la cabeza.

—Bueno, porque lo querían muerto, creo yo. Esa es buena razón.

—¿Y por qué cree usted que iba alguien a quererlo muerto?—Reg Shoe podía ser muy, muy paciente—. ¿Ha habido algún problema?

—El negocio no ha ido muy bien, eso lo sé.

—¿En serio? Yo pensaba que aquí os haciais de oro.

—Bueno, sí, eso es lo que la gente cree, pero no todo lo que la gente llama un sonki lo hacemos nosotros, ¿sabe? Tiene que ver con que nos hemos vuelto... —la cara del troll se retorció por el esfuerzo cerebral—... ge-nér-ri-cos. Un montón de cabrones se están apuntando al tema, y tienen fábricas buenas y también ideas nuevas, como hacerlos con sabor a queso y cebolla, y con cascabeles, y cosas así. El señor Sonki no quiere saber nada de esas cosas y eso nos cuesta

ventas.

—Me imagino que eso le preocuparía —dijo Reg, con su tono de voz de « siga hablando» .

—Se encerraba mucho en su despacho.

—¿Ah? ¿Y por qué? —preguntó Reg.

—Es el jefe. Nadie pregunta al jefe. Pero él dijo que ahora nos venía un encargo especial y que eso nos metería otra vez en el juego.

—¿En serio? —dijo Reg, tomando una nota mental—. ¿Qué clase de encargo?

—No sé. Al jefe...

—...nadie le pregunta —dijo Reg—. Ya. Supongo que nadie vio el asesinato, ¿verdad?

Una vez más el troll retorció su cara enorme para pensar.

—El asesino, sí, y probablemente el señor Sonki.

—¿Y no hubo ningún tercero en discordia?

—No sé, yo nunca salgo de Ankh-Morpork

—Además del señor Sonki y del asesino —insistió Shoe, que seguía tan paciente como una tumba—, ¿había alguien aquí anoche?

—No sé —dijo el troll.

—Gracias, ha sido usted de gran ayuda —dijo Shoe—. Vamos a echar un vistazo, si no le importa.

—Claro.

El troll regresó a su cuba.

Reg Shoe no había esperado encontrar nada y no se sintió decepcionado. Pero era un tipo concienzudo. Los zombis suelen serlo. El señor Vimes le había dicho que nunca se emocionara demasiado con las pistas, porque las pistas podían hacerte bailar un baile funesto. Se podían convertir en costumbre. Uno terminaba encontrando una pierna de madera, una zapatilla de seda y una pluma en la escalera del crimen y construyendo una elegante teoría sobre una bailarina coja de ballet y una producción de *El lago de los pollos*.

La puerta del despacho estaba abierta. Costaba saber si algo había sido movido de su sitio. A Shoe le dio la impresión de que el desorden era normal. Había un escritorio lleno de papeles, debido a que el señor Sonki había seguido el habitual método « Déjalo por ahí» de clasificación. Había una mesa cubierta con muestras de caucho, trozos de arpillera, frascos grandes de productos químicos y unos moldes de madera que Reg evitó mirar demasiado de cerca.

—¿Has oído a la cabo Culopequeño hablar de ese robo en el museo cuando hemos empezado el turno hoy, Buggy? —preguntó, abriendo un frasco de polvos amarillos y oliéndolos.

—No.

—Yo sí —dijo Reg.

Volvió a tapar el frasco de azufre y olisqueó el aire de la fábrica. Olía a

caucho líquido, que huele muy parecido a los gatos incontinentes.

—Y hay cosas que se quedan en la cabeza —dijo—. Conque un trabajo especial, ¿eh?

* * *

Era la semana del agente Visita-Al-Infiel-Con-Panfletos-Explicativos como oficial de comunicaciones, trabajo que en buena parte consistía en cuidar a las palomas y no perder de vista los clacs, por supuesto con la ayuda del agente Tubería. El agente Tubería era una gárgola. Cuando se trataba de mirar algo fijamente no había nadie mejor que una gárgola. A las gárgolas les estaba saliendo mucho trabajo en la industria de los clacs.

Al agente Visita le gustaban bastante las palomas. Les cantaba himnos. Ellas escuchaban sus homilias cortas, inclinando la cabeza a un lado y al otro. Al fin y al cabo, razonó, ¿acaso no había predicado el obispo Cuerno a los moluscos del mar? Y en ninguna parte decía que los moluscos lo hubieran escuchado, mientras que él estaba seguro de que las palomas sí le prestaban atención. Y parecía que también les interesaban sus panfletos sobre las virtudes del omnianismo, es cierto que de momento solamente como material para hacer nidos, pero por algo había que empezar.

Entró una paloma revoloteando mientras él frotaba las perchas.

—Ah, Zebedinah —dijo, levantándola y quitándole la cápsula del mensaje de la pata—. Buen trabajo. Esto es del agente Shoe. Y a ti te toca un poco de maíz, suministrado localmente por Josiah Frumento e Hijos, Mercaderes de Semillas, pero en última instancia por la gracia de Om.

Hubo un frufú de alas y otra paloma se posó en la percha. El agente Visita la reconoció como Wilhelmina, una de las palomas de la sargento Angua.

Sacó la cápsula del mensaje. El papel fino del interior estaba doblado bien prieto y en él alguien había escrito: « Cap. Zanahoria. Personal ».

Vaciló un momento, después metió el mensaje de Reg Shoe en el tubo neumático y oyó el « zuuum » de la succión que lo llevaba a la oficina principal. El otro papel, decidió, requería una entrega más cuidadosa.

Zanahoria se encontraba trabajando en la oficina de Vimes, pero Visita se fijó en que no estaba en el escritorio del comandante. Lo que había hecho era colocar una mesa plegable en un rincón. Los montones tambaleantes de papeles que había sobre el escritorio eran ligeramente menos alpinos que el día anterior. Hasta se veía algún que otro retazo de mesa.

—Mensaje personal para usted, capitán.

—Gracias.

—Y el agente Shoe quiere un sargento en la fábrica de botas de Sonki.

—¿Ha enviado el mensaje a la oficina?

—Sí, señor. El tubo neumático es muy útil —añadió Visita obedientemente.

—Al comandante Vimes no le gusta mucho, pero yo estoy seguro de que al final nos acabará ahorrando tiempo —dijo Zanahoria. Desenrolló la nota.

Visita observó al capitán. Zanahoria movía levemente los labios al leer.

—¿De dónde venía la paloma?—dijo por fin, arrugando el papel.

—Parece bastante fatigada, señor. No viene de dentro de la ciudad, eso seguro.

—Ah. Ya. Gracias.

—¿Malas noticias, señor?—probó Visita.

—Noticias a secas, agente. No lo entretengo más.

Después de que Visita se marchara decepcionado, Zanahoria fue a mirar por la ventana. Fuera había una típica escena callejera de Ankh-Morpork, aunque la gente estaba intentando separarlos.

Al cabo de unos minutos regresó a su mesa, escribió una nota breve, la metió dentro de capsulita y la envió con un siseo de aire.

Pocos minutos después el sargento Colon llegó jadeando por el pasillo. Zanahoria tenía muchas ganas de modernizar la Guardia, y de cierta manera extraña, mandar un mensaje por el tubo era mucho más *moderno* que limitarse a abrir la puerta y gritar, que es lo que hacía el señor Vimes.

Zanahoria le dedicó una amplia sonrisa a Colon.

—Ah, Fred. ¿Va todo bien?

—¿Siseñor?—dijo Fred Colon con incertidumbre.

—Bien. Me voy a ver al patricio, Fred. Como el sargento de mayor veteranía, quedas a cargo de la Guardia hasta que vuelva el señor Vimes.

—Siseñor. Esto... querrá decir hasta que vuelva usted...

—Yo no voy a volver, Fred. Dimíto.

* * *

El patricio miró la placa que tenía sobre la mesa.

—... y hombres bien entrenados —estaba diciendo Zanahoria, en algún lugar delante de él—. Al fin y al cabo, hace unos años en la Guardia solamente éramos cuatro. Y ahora todo funciona como una máquina.

—Sí, aunque hay partes de ella que de vez en cuando hacen «boing» —dijo lord Vetinari, sin dejar de mirar la placa—. ¿Puedo invitarle a que se lo piense otra vez, capitán?

—Lo he pensado varias veces, señor. Y no me llame capitán, señor.

—La Guardia lo necesita, señor Fundidordehierroson.

—La Guardia es más grande que un solo hombre, señor —respondió Zanahoria, sin dejar de mirar al frente.

—No estoy seguro de que sea más grande que el sargento Colon.

—La gente se equivoca con el viejo Fred, señor. Es un hombre que tiene un

carácter bien aposentado.

—Lo que tiene es un trasero bien aposentado, cap... señor Fundidordehierrosón.

—Quiero decir que no pierde los nervios en una emergencia, señor.

—Porque no hace *nada* en una emergencia —dijo el patricio—. Salvo tal vez esconderse. Incluso diría que ese hombre parece constituir una emergencia en sí mismo.

—Mi decisión está tomada, señor.

Lord Vetinari suspiró, se volvió a sentar y alzó la mirada al techo durante un momento.

—Entonces lo único que puedo hacer es darle las gracias por sus servicios, *capitán*, y desearle buena suerte en sus empresas futuras. ¿Tiene dinero suficiente?

—He ahorrado una buena suma, señor.

—Aun así, Uberwald está muy lejos.

Hubo un silencio.

—¿Señor?

—¿Sí?

—¿Cómo lo sabe?

—Oh, la gente lo midió hace mucho tiempo. Agrimensores y gente así.

—¡Señor!

Vetinari suspiró.

—Creo que el término exacto es... deducción. Sea como sea... capitán... he decidido creer que simplemente está tomándose usted un permiso largo. Tengo entendido que no ha hecho usted vacaciones desde que llegó. Estoy seguro de que se le deben unas pocas semanas.

Zanahoria no dijo nada.

—Y si yo fuera usted, empezaría mi búsqueda de la sargento Angua por la Puerta Trompicón —añadió Vetinari.

Al cabo de un momento Zanahoria dijo en voz baja:

—¿Eso lo dice como resultado de una información recibida, milord?

Vetinari esbozó una ligera sonrisa.

—No. Pero Uberwald está atravesando una época complicada, y por supuesto ella pertenece a una de las familias aristocráticas. Me figuro que ha sido convocada. Más allá de eso, no puedo ayudar en mucho. Tendrá usted que seguir, tal como suele decirse, su olfato.

—No, creo que puedo encontrar un olfato mucho más fiable que el mío —respondió Zanahoria.

—Bien. —Lord Vetinari regresó a su mesa y se sentó—. Le deseo suerte en su búsqueda. Y en cualquier caso, estoy seguro de que lo volveremos a ver. Hay mucha gente aquí que depende de usted.

—Sí, señor.

—Que tenga un buen día.

Después de que Zanahoria se fuera, lord Vetinari se levantó y fue a la otra punta de la sala, donde había un mapa de Uberwald desplegado sobre una mesa. Era bastante antiguo, pero en los últimos años cualquier cartógrafo que se apartara de los caminos habituales en aquel país se había dedicado a intentar actualizarlo. Había unos cuantos ríos, cuyo curso solía ser simple conjetura, y de vez en cuando algún que otro pueblo, o por lo menos el nombre de un pueblo, probablemente puesto allí para ahorrarle al cartógrafo la vergüenza de tener que rellenar su mapa con lo que en el ramo llaman KKPU[11].

Se abrió la puerta y el jefe de secretarios de Vetinari, Drumknott, entró sutilmente y con el silencio de una pluma al caer dentro de una catedral.

—Un acontecimiento bastante inesperado, señoría —dijo en voz baja.

—Ciertamente poco característico —dijo Vetinari.

—¿Desea usted que le mande un clac a Vimes, señor? Podría estar de vuelta en un día o dos.

Vetinari estaba mirando fijamente aquel mapa vacío y ciego. Tenía la impresión de que se parecía mucho al futuro: había unos cuantos contornos, algunas suposiciones aventuradas, pero todo lo demás estaba esperando a ser creado...

—¿Hum? —dijo.

—¿Desea que haga volver a Vimes, señor?

—Por los dioses, no. Vimes en Uberwald va a ser más divertido que un armadillo enamorado en una bolera. ¿Y a quién más iba a mandar? Solamente Vimes podía ir a Uberwald.

—Pero ¿no cree que esto es una emergencia, señor?

—¿Hum?

—¿Cómo llamarlo si no, señor, cuando un joven tan prometedor echa a perder su carrera para ir detrás de una chica?

El patricio se acarició la barba y sonrió pensando en algo.

Había una línea que cruzaba el mapa: el avance de las torres de señales. Era matemáticamente recta, una declaración de intelecto en la oscuridad avasalladora de las millas y millas de puto Uberwald.

—Posiblemente, una mejora —dijo—. Uberwald tiene mucho que enseñarnos. Tráigame la documentación sobre los clanes de hombres lobo, ¿quiere? Ah, y aunque juré no hacer nunca esto, por favor prepare también un mensaje para el sargento Colon. El ascenso, desgraciadamente, llama a su puerta.

En la acera había tirado un gorro de tela mugriento. En la acera junto al gorro alguien había escrito con tiza mojada: « POr faBor allUDAr a eSTE pERRito » .

A su lado había sentado un perro pequeño.

La naturaleza no había querido que fuera un perrillo amistoso de esos que menean la cola, pero él se esforzaba. Siempre que alguien pasaba a su lado, se sentaba sobre las patas traseras y gemía lastimeramente.

Algo aterrizó sobre el gorro. Era una arandela.

El peatón caritativo solamente había avanzado unos cuantos pasos más cuando oyó:

—Así se te caigan las piernas, amigo.

El hombre se giró. El perro lo estaba mirando fijamente.

—¿Guau? —dijo.

El hombre puso cara perpleja, se encogió de hombros, se dio la vuelta y siguió caminando.

—Sí, guau guau, joder —dijo la extraña voz, cuando ya estaba a punto de doblar la esquina.

Alguien estiró el brazo hacia el suelo y agarró al perro por el pellejo del pescuezo.

—Hola, Gaspode. Creo que acabo de resolver un pequeño misterio.

—Oh, no... —gimió el perro.

—Eso no es de perro bueno, Gaspode —dijo Zanahoria, levantando al perro para que pudieran mirarse a la cara.

—Vale, vale, déjame, ¿quieres? Me haces daño, oye.

—Necesito tu ayuda, Gaspode.

—La mía no. Yo no ayudo a la Guardia. No es nada personal, pero no me va nada bien para mi prestigio callejero.

—No te estoy hablando de ayudar a la Guardia, Gaspode. Esto es personal. Necesito tu hocico. —Zanahoria dejó al perro en la acera y se frotó la mano contra la camisa—. Por desgracia, eso significa que también necesito al resto de ti, aunque por supuesto soy consciente de que bajo ese exterior sarnoso late un corazón de oro.

—¿Ah, sí? —dijo Gaspode—. Nada bueno empieza con « necesito tu ayuda » .

—Se trata de Angua.

—Oh, cielos.

—Quiero que encuentres su rastro.

—Ja, no hay muchos perros capaces de seguir el rastro de un hombre lobo, colega. Son muy astutos.

—Siempre digo que hay que acudir a los mejores —dijo Zanahoria.

—El mejor hocico conocido por hombre o bestia —dijo Gaspode, arrugándolo—. ¿Y adonde ha ido?

—Creo que a Uberwald.

Zanahoria se movió deprisa. La huida de Gaspode fue atajada por la mano que le agarraba la cola.

—¡Eso está a cientos de kilómetros! ¡Y cada kilómetro canino es como siete humanos! ¡Ni de coña!

—¿No? Muy bien, pues. No sé ni cómo se me ha ocurrido sugerirlo —dijo Zanahoria mientras lo soltaba—. Tienes razón. Es ridículo.

Gaspode se giró, ahora lleno de recelo.

—No, yo no he dicho que fuera ridículo —dijo—. Solamente he dicho que está a cientos de kilómetros de aquí...

—Sí, pero has dicho que ni de coña podías hacerlo.

—No, lo que he dicho es que ni de coña me ibas a convencer para hacerlo.

—Sí, pero se acerca el invierno y, como tú dices, es muy difícil seguirles el rastro a los hombres lobo, y para rematarlo Angua es policía. Se le ocurrirá que he intentado usarte, así que cubrirá su rastro.

Gaspode gimió.

—Mira, colega, en esta ciudad de perros cuesta ganarse el respeto. Si nadie nota mi olor en las farolas durante un par de semanas, mi caché se va directo al garete, ¿me entiendes?

—Sí, sí, lo entiendo. Ya me buscaré la vida. Nigel el Nervioso todavía anda por aquí, ¿verdad?

—¿Cómo? ¿Ese spaniel? ¡Pero si no podría oler su propio culo aunque se lo pusieras delante!

—Dicen que es bastante bueno, nasalmente.

—¡Y se mea cada vez que alguien lo mira! —ladró Gaspode.

—He oído que puede oler a una rata muerta a tres kilómetros de distancia.

—¿Sí? ¡Bueno, pues yo puedo oler de qué color es!

Zanahoria suspiró.

—Bueno, no tengo elección, me temo. Tú no lo puedes hacer, o sea que...

—Yo no he dicho... —Gaspode se detuvo y luego continuó—: Lo voy a hacer, ¿verdad? Coño si lo voy a hacer. Me vas a engañar o a chantajear o lo que haga falta, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo te las apañas para escribir, Gaspode?

—Agarro la tiza con la boca. Fácil.

—Eres un perro listo. Lo he dicho siempre. Además de ser el único perro del mundo que habla.

—¡Baja la voz, baja la voz! —le urgió Gaspode, mirando a su alrededor—. Oye, Uberwald es país de lobos, ¿verdad?

—Ya lo creo.

—Yo podría haber sido lobo, ¿sabes? Con unos padres distintos, claro. —Gaspode olisqueó y miró de nuevo con aire furtivo a un lado y otro de la calle—. ¿Bistec?

—Todas las noches.

—Vale.

* * *

El sargento Colon era la viva imagen de la tristeza dibujada sobre un pavimento con baches con una cera de mala calidad en un día lluvioso. Estaba sentado en una silla y de vez en cuando echaba un vistazo al mensaje que le acababan de entregar, como si esperase que las palabras se desvanecieran de alguna forma.

—Me cago en la puta, Nobby —gimió.

—Tranquilo, tranquilo, Fred —dijo Nobby, que en esos momentos era una visión vestida de organdí.

—¡No me pueden ascender! ¡Yo no soy oficial! ¡Soy vulgar, común y popular!

—Yo siempre lo he dicho de ti, Fred. Eres ordinario hasta la médula.

—¡Pero está escrito, Nobby! ¡Mira, su señoría lo ha firmado!

—Bueeno, tal como y o lo veo tienes tres opciones —dijo Nobby.

—¿Sí?

—Puedes ir y decirle que no piensas hacerlo...

El pánico de la cara de Colon fue reemplazado por un terror gris de ojos vidriosos.

—Muchas gracias, Nobby —dijo amargado—. Avisame si tienes más propuestas como esa, porque voy a tener que ir a cambiarme la ropa interior.

—O puedes aceptar y cagarla tanto que él te acabe echando...

—¡Estás haciendo esto a propósito, Nobby!

—Puede valer la pena probarlo, Fred.

—Sí, pero lo que pasa con las cagadas, Nobby, es que es difícil hacerlas, ya sabes, con precisión. Puedes pensar que la estás cagando un poco y de pronto te explota en la cara y resulta que en realidad es una cagada enorme, y bajo esas circunstancias, Nobby, me preocupa un poco que lo que su señoría pueda quitarme no sea solamente el trabajo. Espero que no haga falta que te lo dibuje.

—Tienes razón, Fred.

—Lo que estoy diciendo es que las cagadas son como... bueno, las cagadas son... bueno, lo que tienen las cagadas es que nunca sabes lo grandes que van a ser.

—Bueno, Fred, la tercera opción es que des la cara.

—Eso no ayuda en nada, Nobby.

—Solamente será durante un par de semanas, hasta que vuelva el señor Vimes.

—Sí, pero ¿y si no vuelve? Es un sitio feo, Uberwald. He oído que es un ministerio envuelto por un enema. Eso no suena demasiado bien. Seguro que es fácil caerse por algún sitio. Y entonces me quedaría atrapado, ¿verdad? Y yo no

tengo ni idea de cómo se hace lo de oficialear.

—Nadie sabe cómo hay que oficialear, Fred. Es por eso que son oficiales. Si supieran lo más mínimo, serían sargentos.

La cara de Colon se volvió a fruncir entre pensamientos desesperados. Como hombre que llevaba toda la vida de uniforme, como tornillo con tres galones que había encontrado su tuerca con tres galones siendo muy joven, suscribía de forma automática e inconsciente la creencia de que los oficiales en su conjunto no eran capaces de ponerse los pantalones sin un mapa. A Vimes y a Zannah los excluía deliberadamente de la lista y los elevaba al rango de sargento honorario.

Nobby lo estaba observando con una expresión donde se combinaban la preocupación, el espíritu amigable y la intención depredadora.

—¿Qué puedo hacer, Nobby?

—Bueno, «capitán» —dijo Nobby, y luego soltó un ligero carraspeo—. Lo que los oficiales tienen que hacer principalmente, como bien sabes, es firmar cosas...

Un agente aturullado llamó a la puerta y la abrió al mismo tiempo.

—Sargento, el agente Shoe dice que de verdad que necesita un oficial ya en la fábrica de Sonki.

—¿Cómo, el fabricante de gomitas? —dijo Colon—. Bueno. Un oficial, vale. Ya vamos.

—Y es *capitán* Colon —se apresuró a decir Nobby.

—Esto... esto... sí, soy el capitán Colon, muchas gracias —dijo Colon, y a medida que su resolución se afirmaba, añadió—: ¡Y le agradecería que no lo olvidara!

El agente se los quedó mirando y luego dejó de intentar entender nada.

—Y abajo hay un troll que insiste en hablar con quien sea que esté al mando...

—¿No puede encargarse Fuerteenelbrazo?

—Ejem... ¿el sargento Fuerteenelbrazo todavía es sargento? —preguntó el agente.

—¡Sí!

—¿Aunque esté inconsciente?

—¿Cómo?

—Ahora mismo está tirado en el suelo, sar... capitán.

—¿Y qué quiere el troll?

—Ahora mismo quiere matar a alguien, pero sobre todo creo que quiere que alguien le quite el cepo del pie.

Gaspode corría de un lado a otro, con la nariz a apenas tres centímetros del suelo. Zanahoria esperaba, sujetando a su caballo. Era un buen caballo. Hasta entonces Zanahoria apenas se había gastado nada de su salario.

Por fin el perro se sentó e hizo una mueca deprimida.

—Háblame de esa nariz maravillosa que tiene el patricio, pues —dijo.

—¿Ni rastro?

—Será mejor que traigas a Vetinari, si tan bueno es —dijo Gaspode—. ¿Qué sentido tiene empezar por aquí? ¡Es el peor sitio de toda la ciudad! Es la entrada del mercado de ganado, ¿tengo razón? Quiero decir que aquí lo difícil es intentar no oler las cosas. Hay una peste arraigada. Si hay que seguir el rastro de alguien, este es el último sitio por donde yo empezaría.

—Muy bien pensado —dijo Zanahoria lentamente—. ¿Y cuál es el olor más fuerte que va hacia el Eje?

—Los carros de estiércol, claro. Ayer. Siempre se vacían los corrales a primera hora del viernes por la mañana.

—¿Puedes seguir el rastro?

Gaspode puso los ojos en blanco.

—Con la cabeza dentro de un cubo.

—Bien. Vamos.

—Así pues —dijo Gaspode, mientras empezaban a dejar atrás el bullicio de la puerta—, estamos persiguiendo a esa chica, ¿verdad?

—Sí.

—¿Solamente tú?

—Sí.

—¿No pasa como con los perros, entonces, que podría haber veinte o treinta haciendo lo mismo?

—No.

—¿O sea que no nos espera un cubo de agua fría?

—No.

* * *

El agente Shoe se cuadró, aunque se lo veía un poco irritado. Llevaba un buen rato esperando.

—Buenas tardes, sargento...

—Soy capitán —dijo el capitán Colon—. ¿Ves la estrella que llevo en el hombro, Reg?

Reg miró de cerca.

—Pensaba que era culpa de algún pájaro, sargento.

—Soy capitán —dijo Colon automáticamente—. Por ahora solamente es de tiza porque no he tenido tiempo de ponerla como es debido —añadió—. Así que no te pases.

—¿Qué le pasa a Nobby?—preguntó Reg. El cabo Nobbs se estaba sujetando un paño húmedo sobre el ojo.

—Ha tenido un pequeño cupdegrás con un troll que estaba mal aparcado —dijo el capitán Colon.

—Para que veas qué clase de troll era, que ha pegado a una señora —murmuró Nobby.

—Pero tú no eres una señora, Nobby. Solamente llevas tu disfraz para calmar el tráfico.

—Él no lo podía saber.

—Llevabas casco. Además, no tendrías que haberle puesto el cepo.

—Estaba aparcado, Fred.

—Lo había atropellado un carro —replicó el capitán Colon—. Y llámame capitán.

—Bueno, siempre tienen excusas —dijo Nobby, con resentimiento.

—Será mejor que nos enseñes el corpus, Reg —dijo Colon.

El cuerpo que había en el sótano fue debidamente inspeccionado.

—...y recuerdo que Jovial dijo que en el Museo del Pan de los Enanos olía a pis de gato y a azufre —terminó Reg de explicarles.

—Sí que se huele bastante —dijo Colon—. Seguro que si te pasas un día trabajando aquí se te cura la sinusitis.

—Y he pensado: « A ver si es que alguien está intentando hacer un molde de la réplica del Bollo» , señor —dijo Reg.

—Muy, muy astuto —dijo Fred Colon—. Así volverías a tener el de verdad, ¿no?

—Esto, no, sar... capitán. Pero se obtendría una copia de la réplica.

—¿Y eso sería legal?

—No lo sé, señor. Yo creo que no. Y no engañaría a un enano ni durante cinco minutos.

—¿Entonces quién querría matarlo?

—¿Alguien con trece hijos, tal vez?—dijo Nobby— Ja, ja.

—Nobby, ¿quieres dejar de mangar la mercancía? —dijo Colon—. Y no discutas. Te he visto meterte un par de docenas en el bolso.

—Da igual —retumbó el troll—. El señor Sonki siempre decía que eran gratis para la guardia.

—Qué detalle tan... cívico —dijo el capitán Colon.

—Sí, decía que lo último que quería eran más jodidos maderos en la ciudad.

Una paloma eligió aquel momento tan diplomático para entrar revoloteando en la fábrica, aterrizar en el hombro de Colon y dejarle un ascenso. Colon levantó la mano, recogió la cápsula del mensaje y desenrolló su contenido.

—Es de Visita —dijo—. Dice que hay una Pista.

—¿De qué?—preguntó Nobby.

—De nada, Nobby. Una Pista y ya está.

Colon se quitó el casco y se secó la frente. Aquello era precisamente lo que estaba intentando evitar. En el recodo más atormentado de su corazón, sospechaba que a Vimes y Zanahoria se les daba bien poner pistas al lado de otras pistas y pensar en ellas. Aquel era su talento. Él tenía otros... bueno, sabía tratar a la gente, y tenía una coraza muy brillante, y podía sargentear incluso dormido.

—Muy bien, escribe tu informe —dijo—. Buen trabajo. Nos volvemos al Yard. Ya voy teniendo claro que esto va a ser un agobio —comentó mientras se alejaban caminando—. Y además está el papeleo. Ya sabes cómo soy con el papeleo, Nobby.

—Eres un lector muy minucioso, eso es lo único que pasa, Fred —dijo Nobby—. Te he visto dedicarle una eternidad a leer solamente una página. La digeriste magistralmente, en mi opinión.

Colon se animó un poco.

—Sí, eso es lo que hago —dijo.

—Aunque solamente sea el menú del restaurante klatchiano de comida para llevar. Te he visto mirar cada línea durante minutos enteros.

—Bueno, es obvio que no puedes dejar que la gente te tome el pelo —dijo Colon sacando pecho, o por lo menos subiéndolo un poco.

—Lo que te hace falta es un ayuda de campo —dijo Nobby, levantándose el vestido para pasar por encima de un charco.

—¿Ah, sí?

—Ya te digo. Porque ahora eres un estandarte y todo un ejemplo para tus hombres —dijo Nobby.

—Ah. Claro. Sí —dijo Colon, aferrándose aliviado a la idea—. No se puede esperar que un hombre haga todo eso y *encima* lea palabras largas, ¿verdad que no?

—Exacto. Y por supuesto, ahora nos falta un sargento en el Yard —dijo Nobby.

—Bien pensado, Nobby. Va a haber mucho trabajo.

Siguieron caminando un rato.

—Podrías ascender a alguien —le apuntó Nobby.

—¿Podría?

—¿Para qué sirve ser el jefe si no puedes?

—Pues es verdad. Y esto viene a ser una situación de emergencia. Hum... ¿se te ocurre alguien, Nobby?

Nobby suspiró para sus adentros. Las indirectas cruzaban más deprisa el cemento armado que la cabezota de Fred Colon.

—Me viene un nombre a la cabeza —dijo.

—Ah, ya. Sí. Reg Shoe, ¿verdad? Se le da bien escribir, es espabilado y por

supuesto siempre mantiene fría la cabeza —dijo Colon—. Congelada, casi.

—Pero está un pelín muerto —dijo Nobby.

—Sí, supongo que eso cuenta en su contra.

—Y se desmorona cuando menos te lo esperas —dijo Nobby.

—Es verdad —dijo el capitán Colon—. A nadie le gusta darle la mano a alguien y terminar con más dedos de los que tenía al principio.

—Así que lo mismo sería mejor considerar a alguien a quien siempre se ha pasado por alto contra toda lógica —lanzó su órdago Nobby—. Alguien a quien nunca elegirías por su cara, tal vez. Alguien cuya experiencia en la Guardia en general y en tráfico en concreto podría ser de gran servicio a la ciudad si la gente dejara de hablar de un par de equivocaciones como mucho que en realidad no ocurrieron.

El alba de la inteligencia asomó sobre los paisajes de la cara de Colon.

—Ah —dijo—. Ya lo capto. Bueno, ¿por qué no lo decías desde el principio, Nobby?

—Bueno, la decisión es tuya, Fred... quiero decir, capitán —dijo Nobby en tono solemne.

—Pero supongamos que el señor Vimes no está de acuerdo. Volverá dentro de un par de semanas.

—Con ese tiempo bastará —dijo Nobby.

—¿Y a ti no te importa?

—¿A mí? ¿Importarme? No. Ya me conoces, Fred, siempre estoy dispuesto a poner mi granito de arena.

—¿Nobby?

—¿Sí, Fred?

—El vestido...

—¿Sí, Fred?

—Yo creía que ya no estábamos haciendo lo de... calmar el tráfico.

—Ya, Fred. Pero se me ha ocurrido dejármelo puesto y así estoy listo para entrar en acción por si decides que hay que hacerlo.

* * *

Un viento helado recorría los campos de coles.

A Gaspode le traía, además de los efluvios abrumadores a coles y el olor rojo oscuro de los carros de estiércol, matices de pino, montañas, nieve, sudor y humo rancio de puro. Este último venía del hábito que tenían los carreteros de fumar puros grandes y baratos. Mantenían alejadas a las moscas.

Era mejor que la visión. El mundo de los olores yacía desplegado ante Gaspede.

—Me duelen las patas —dijo.

—Buen perro, sí señor —dijo Zanahoria.

El camino se bifurcaba. Gaspode se detuvo y olisqueó el lugar.

—Vaya, aquí tenemos algo interesante —dijo—. Una parte de la mierda ha saltado del carro y se ha largado por esos huertos de ahí. Tenías razón.

—¿Puedes oler agua por aquí cerca? —preguntó Zanahoria, examinando la planicie.

La nariz moteada de Gaspode se arrugó a causa del esfuerzo.

—Estanque —informó—. No muy grande. A kilómetro y medio o así.

—Ahí es donde habrá ido. Angua es muy meticulosa con la limpieza. Es bastante poco habitual en los hombres lobo.

—A mí nunca me ha gustado el agua —dijo Gaspode.

—¡No me digas!

—¡Eh, no seas así! Una vez me di un be-a-ñe-o, ¿sabes? Tampoco es que no sepa lo que es.

El estanque estaba en medio de un puñado de árboles azotados por el viento. La hierba seca susurraba bajo la brisa. Una focha solitaria se escurrió entre las cañas al acercarse Zanahoria y Gaspode.

—Sí, es aquí —dijo Gaspode—. Entra un montón de porquería, y... — olisqueó el barro removido— esto, sí, sale ella. Hum.

—¿Hay algún problema? —dijo Zanahoria.

—¿Cómo? No, no. Un rastro bien claro. Se dirige a las montañas, tal como dijiste. Hum. —Gaspode se sentó y se rascó con una pata trasera.

—Hay algún problema, ¿verdad? —dijo Zanahoria.

—Bueno, suponiendo que hubiera algo muy malo que tú no quisieras saber realmente, y que yo sí lo supiera... ¿Querías que te lo dijera o no? O sea, hay gente que prefiere no saber esas cosas. Es algo personal.

—¡Gaspode!

—No está sola. Hay otro lobo.

—Ah. —La sonrisa ligera e inexpresiva de Zanahoria no cambió.

—Ejem, del tipo masculino —dijo Gaspode—. Un lobo chico. Ejem. Y mucho.

—Gracias, Gaspode.

—Extremadamente masculino. Hum. De forma muy definida. Inconfundible.

—Sí, creo que lo entiendo.

—Y esto son solo palabras. En olores es mucho más, bueno, enfático.

—Gracias por contármelo, Gaspode. Y se dirigen a...

—Siguen rectos a las montañas, jefe —dijo Gaspode, con tanta amabilidad como pudo. No estaba seguro de conocer todos los detalles de las relaciones sexuales humanas, y le costaba creer en aquellos de los que estaba seguro, pero sabía que eran relaciones mucho más complicadas que las que disfrutaba la fraternidad perruna.

—Ese olor...

—¿El olor extremadamente masculino del que te estaba hablando?

—Ese mismo, sí —dijo Zannahoria sin alterar el tono—. También podrías olerlo aunque fueras montado a caballo, ¿verdad?

—Podría olerlo aunque tuviera la nariz dentro de un saco de cebollas.

—Bien. Porque pienso que a partir de ahora tendríamos que avanzar un poco más deprisa.

—Sí, ya pensaba que pensarías eso.

* * *

El agente Visita hizo el saludo marcial cuando Nobby y Colon entraron en Pseudópolis Yard.

—He pensado que tenía que informarlo a usted de esto inmediatamente, señor —dijo, enseñándoles un papel cuadrado—. Me lo acaba de mandar Rodney.

—¿Quién?

—El diablillo del puente, señor. El que hace pinturas de los carros que van demasiado deprisa... No ha ido nadie a darle de comer —añadió Visita en tono vagamente acusador.

—Ah. Alguien iba muy deprisa —dijo Colon—. ¿Y qué? —Volvió a mirar la imagen—. Es uno de esos palanquines que usan los enanos profundos, ¿no? ¡Esos trolls tenían que ir a toda pastilla!

—Fue justo después del robo del Bollo —dijo Visita—. Rodney apunta la hora en la esquina, ¿lo ve? Me ha parecido un poco raro. Como si alguien estuviera huyendo en ese vehiculo, señor...

—¿Para qué iba un enano a robar un cacho de roca sin valor? —dijo Colon—. Sobre todo esos enanos oscuros. Me ponen los pelos de punta con esa ropa estúpida que llevan.

El silencio furioso resonó como una viga cayendo dentro de un templo. En la sala había tres enanos.

—¡Vosotros dos! ¡Tendríais que estar patrullando! —ladró el sargento Fuerteenelbrazo—. ¡Yo tengo cosas que hacer en la calle Chinchulín!

Los tres enanos salieron con paso firme, consiguiendo que hasta sus andares fueran furiosos.

—Pero bueno, ¿a qué ha venido eso? —dijo Fred Colon—. Un poco quisquillosos, ¿no? El señor Vimes no para de decir esas cosas y a nadie le importa.

—Sí, pero es porque es Sam Vimes —dijo Nobby.

—Ah, ¿y estás sugiriendo que yo no lo soy? —dijo el capitán Colon.

—Bueno, pues sí, Fred. Tú eres Fred Colon —Nobby se armó de paciencia.

—Ah, con que lo soy, ¿eh?

—Sí, capitán Colon.

—¡Y será mejor que nadie lo olvide, joder! —gritó Colon—. No soy un blandengue, yo. ¡No voy a aceptar esa clase de insubordinaciones! ¡Siempre he dicho que Vimes era un poco demasiado blando con esos enanos! ¡Reciben la misma paga que nosotros cuando solamente miden la mitad!

—Sí, sí —dijo Nobby, haciendo gestos aplacadores con las manos en un intento desesperado de rebajar la tensión—. Pero Fred, los trolls son el doble de grandes que nosotros y cobran lo mismo, así que...

—Pero solamente tienen la cuarta parte de cerebro, así que al final es lo mismo, como yo dec...

El ruido que oyeron fue largo y rechinante y amenazador.

Era el sonido de la silla del guardia interino Bluejohn al arrastrarse hacia atrás.

El suelo crujió mientras el troll pasaba arrastrando los pies junto a Colon. Descolgó el casco de su percha con una mano enorme y se dirigió a la puerta.

—Me voy de patrulla —murmuró.

—No te toca patrulla hasta dentro de una hora —señaló el agente Visita.

—Me voy ya —dijo Bluejohn.

La sala se oscureció durante el instante en que el troll eclipsó el umbral, y un momento después ya no estaba.

—¿Por qué se ha puesto todo el mundo tan cascarrabias de repente? —preguntó Colon. Los agentes que quedaban evitaron cruzar la mirada con él—. ¿He oído que alguien soltaba una risita?

—Yo no he oído ninguna risita, sargento —dijo Nobby.

—¿Oh? ¿Oh? Te parece que soy sargento, ¿verdad, cabo Nobbs?

—No, Fred, yo... Oh, dioses...

—Veo que las cosas están demasiado relajadas por aquí —dijo el capitán Colon, con un pequeño destello malicioso en la mirada—. Seguro que estáis todos pensando, hey, si es solo el viejo gordo de Fred Colon, a partir de ahora esto va a ser jauja, ¿eh?

—Venga, Fred, nadie cree que seas viejo... Oh, dioses...

—Solamente gordo, ¿eh? —Fred hizo arder la sala con la mirada.

De pronto, y contra cualquier precedente, todo el mundo estaba enfascadísimo en su papeleo.

—¡Bueno! Bien, de ahora en adelante las cosas van a ser muy distintas —dijo el capitán Colon—. Ya lo creo que sí. Me conozco todos vuestros truquitos... ¿Quién ha dicho eso?

—¿Quién ha dicho qué, capitán? —dijo Nobby, que también había oído cómo alguien susurraba por lo bajo « los hemos aprendido todos de ti, sargento », pero en aquel momento estaría dispuesto a comer ascuas al rojo vivo antes que admitirlo.

—Alguien ha dicho algo bloto voche —dijo el capitán Colon.

—Estoy seguro de que no, capitán —dijo Nobby.

—¡Y tampoco toleraré que nadie me mire por encima del hombro!

—¡Nadie te está mirando! —chilló Nobby.

—Aja, ¿y te crees que esa no me la sé? —gritó Colon—. Hay muchas maneras de mirar a alguien por encima del hombro sin usar los ojos, cabo. ¡Ese hombre de ahí está oyéndome por debajo de la nuca!

—Me parece que al agente Ping le interesa de verdad el informe que está escribiendo, nada más, Fre... sar... capitán.

Las plumas erizadas de Colon se asentaron un poco.

—Bueno, de acuerdo. Y ahora me voy a mi oficina, ¿vale? Va a haber algunos cambios por aquí. Y que alguien me traiga una taza de té.

Los demás miraron cómo subía las escaleras, entraba en su despacho y cerraba de un portazo.

—Pero qué... —empezó a decir el agente Ping, pero Nobby, que tenía mucha más experiencia en la personalidad de Colon, le hizo gestos frenéticos con una mano para que se callara mientras se acercaba la otra a la oreja, muy teatralmente.

Entonces todos oyeron cómo la puerta se abría con un clic, suavemente.

—La vida es cambio, supongo. Será para bien —dijo el agente Ping.

—Como dice el profeta Osorio, es mejor un buey en el campo del alfarero de Hershebia que una sandalia en las prensas de uvas de Mutilia —dijo el agente Visita.

—Sí, eso he oído —dijo Nobby—. Bueno, voy a hacerle un té. Todo el mundo se siente mejor después de una taza de té.

Un par de minutos más tarde los agentes oyeron gritar a Colon, incluso a través de su puerta.

—¡¿Qué le pasa a este tazón, cabo?!

—Nada, sa... señor. Es el tazón de usted. Siempre toma el té en él.

—Ah, pero fíjese en que es un tazón *de sargento*, cabo. ¿Y cómo toman el té los oficiales?

—Bueno, Zanahoria y el señor Vimes también tienen sus tazones...

—No, puede que elijan beber de tazones, cabo, pero las regulaciones de la Guardia dicen que a los oficiales les pertoca taza y platillo. Lo dice aquí mismo, regulación 301, subsección C. ¿Me entiende?

—Creo que no tenemos ninguna...

—Ya sabe dónde está el dinero para gastos. Normalmente suele usted ser el único que lo sabe. Retírese, cabo.

Nobby bajó las escaleras con la cara lívida, sosteniendo en la mano el recipiente de la ofensa.

La puerta se volvió a abrir.

—¡Y que ninguno de vosotros le tire ningún escupitajo! —gritó Colon—. ¡Esa ya me la sé! Y lo vais a remover con *cucharilla*, ¿entendido? Que ese también me lo conozco. —La puerta se cerró de golpe.

El agente Visita cogió el tazón de la mano temblorosa de Nobby y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Pizarroso el troll tiene muy buenos artículos con defectos de fábrica, por lo que tengo entendido... —empezó a decir.

La puerta se abrió.

—¡Y que sean de jodida porcelana!

Se oyó un portazo.

—¿Alguien ha visto el dinero para gastos últimamente? —preguntó el agente Ping.

Nobby se metió la mano lastimeramente en el bolsillo y sacó algunos dólares. Se los dio a Visita.

—Mejor ve a esa tienda finolis del Camino de los Reyes —dijo—. Compra una de esas tazas con platillo tan finas que se puede ver a través. Ya sabes, las que tienen el reborde dorado. —Echó un vistazo a los demás agentes—. ¿Qué estáis haciendo todos aquí? ¡Aquí dentro no vais a atrapar a ningún criminal!

—¿Cuenta el dinero de gastos, Nobby? —dijo Ping.

—¡No me vengas con Nobby, Ping! ¡Te quiero ver fuera! ¡Y a los demás también!

* * *

Los días pasaron volando. O para ser más precisos, pasaron traqueteando. Era un carruaje cómodo, dentro de lo que cabía esperar en un carruaje, y como en aquel camino lo que cabía esperar era una sucesión continua de baches, el vehículo se mecía y se bamboleaba como una cuna. Al principio el movimiento resultaba relajante. Al cabo de un par de días se empezó a hacer pesado. Y el paisaje también.

Vimes se dedicó a mirar por la ventanilla con expresión abatida.

En el horizonte había otra torre de clacs. Las estaban poniendo cerca del camino, recordó, por mucho que aquella no fuera la ruta más directa. Había que ser tonto para construirlas en medio de los páramos. A veces había que recordar que a pocos cientos de kilómetros alrededor de Ankh-Morpork todavía había trolls que no se habían enterado de que los humanos no eran digestibles. Además, la mayoría de los asentamientos estaban cerca del camino.

El nuevo Gremio debía de estar forrándose. Incluso desde allí podía ver los andamios donde los trabajadores añadían febrilmente todavía más castilletes de señalización y palas a la torre principal. Lo más probable es que la construcción entera quedara reducida a cerillas después del próximo huracán, pero para

entonces los propietarios probablemente ya habrían ganado lo bastante como para construir cinco más. O cincuenta.

Todo había pasado muy deprisa. ¿Quién lo habría creído? Pero todos los componentes llevaban años funcionando. Los semáforos eran antiguos: hacía un siglo que la Guardia ya había usado unas cuantas torres de señales para pasarles mensajes a los agentes de patrulla. Y las gárgolas no tenían nada que hacer en todo el día más que estar sentadas y mirar las cosas, y por lo general no tenían la bastante imaginación como para equivocarse.

Lo que había pasado era que ahora la gente tenía una idea distinta de las noticias. Tiempo atrás habrían usado un invento como aquel para transmitir información sobre movimientos de tropas y muertes de reyes. Cierto, esas eran cosas que la gente necesitaba saber, pero no necesitaban saberlas todos los días. No, lo que necesitaban saber todos los días eran cosas del tipo «¿A cuánto se vende hoy el ganado en Ankh-Morpork?». Porque si se estaba vendiendo a bajo precio tal vez era mejor llevar las reses a Quirm. La gente necesitaba saber aquellas cosillas. Montones y más montones de cosillas. Cosillas como «¿Ha llegado mi barco a su destino sano y salvo?». Es por eso que el Gremio estaba cruzando obstinadamente las montañas en dirección a Genua, situada a seis mil quinientos kilómetros de distancia. Los barcos tardaban muchos meses en bordear el cabo del Terror. ¿Cuánto exactamente estaba dispuesto a pagar un comerciante por saber en un solo día cuándo había llegado la carga? ¿Y qué valor había alcanzado el cargamento? ¿Se había vendido? ¿Le reportaba eso crédito al comerciante en Ankh-Morpork?

¿Qué si se estaban forrando? ¡Desde luego!

Y se había implantado tan deprisa como se implantaban todas las modas en la gran ciudad. Parecía que cualquiera que podía reunir un poste, un par de gárgolas y algo de maquinaria de molino de segunda mano se estaba metiendo en el negocio. Hoy en día no se podía salir a cenar sin ver a gente que salía un momento del restaurante cada cinco minutos para ver si había algún mensaje para ellos en el poste más cercano. En cuanto a aquellos que prescindían de intermediarios y les hacían señales directamente a sus amigos a través de una sala abarrotada, causando contusiones leves a los que estaban cerca, bueno...

Vimes negó con la cabeza. Aquello eran mensajes sin sentido, telepática sin cerebro.

Y sin embargo habían dado buenos resultados la semana pasada, ¿verdad? Cuando Jack No Sé robó aquella plata en Sto Lat y luego cabalgó a toda velocidad hacia el refugio de Las Sombras en Ankh-Morpork. Y el sargento Reborde de la Guardia de Sto Lat, que se había formado a las órdenes de Vimes, había mandado un mensaje por clacs que llegó a la mesa de Vimes más de una hora antes de que Jack entrara despreocupadamente por las puertas de la ciudad y cayera en los brazos expectantes del sargento Detritus... Legalmente había sido

un poco complicado, ya que el delito no se había cometido en suelo de Ankh-Morpork y un mensaje de semáforo no entraba, hablando en términos estrictos, bajo el epígrafe de «persecución en caliente» que le habría garantizado la colaboración de la Guardia local, pero Jack había tenido la amabilidad de solucionar aquello intentando darle un puñetazo al troll, lo cual había resultado en su detención por Asalto a un Agente de la Guardia y a su tratamiento médico por fractura de muñeca.

Se oyó un ronquido suave procedente de lady Sybil. Los matrimonios siempre se componen de dos personas dispuestas a jurar que es solamente el otro quien ronca.

Iñigo Espumadera estaba encorvado en un rincón, leyendo un libro. Vimes lo observó durante un tiempo.

—Me voy al techo a tomar un poco de aire —dijo por fin, abriendo la portezuela. El traqueteo de las ruedas llenó el espacio diminuto y caluroso, y entró una ráfaga de polvo.

—Excelencia... —empezó a decir Iñigo, poniéndose de pie.

Vimes, que ya estaba trepando por un costado del carruaje, volvió a meter la cabeza en el interior.

—No va a hacer usted muchos amigos con esa actitud —dijo, y cerró la puerta de una patada.

Jovial y Detritus se habían puesto cómodos en el techo. El aire estaba un poco menos cargado y por lo menos había vistas, si es que a alguien le atraían las verduras como paisaje.

Vimes se encajó en el hueco que quedaba entre dos fardos y se inclinó hacia Jovial.

—Conoces los clacs, ¿verdad? —dijo.

—Bueno, más o menos, señor...

—Bien. —Vimes le pasó un papel—. Va a haber una torre cerca de donde paremos esta noche. Cifra esto y mándalo a la Guardia, ¿quieres? Tendrían que poder dar respuesta al cabo de una hora, si se lo preguntan a la gente correcta. Diles que prueben con Topsy el Lavable, que es quien hace la colada allí. O con Gilbert Gilbert, que parece que siempre sabe todo lo que pasa.

Jovial leyó el mensaje y se quedó mirando a Vimes.

—¿Está usted seguro, señor? —preguntó.

—Tal vez. Tú asegúrate de mandar bien la descripción. Los nombres no significan gran cosa.

—¿Puedo preguntarle qué le hace pensar...?

—Su forma de andar. Y no atrapó una naranja —dijo Vimes—. Ujum. Ujum.

* * *

El agente Visita estaba limpiando la vieja buhardilla de las palomas cuando llegó

el clac.

Últimamente pasaba cada vez más tiempo con las palomas. No era un trabajo popular, así que nadie había intentado quitárselo, y por lo menos allí arriba los gritos y los portazos se oían menos.

Las perchas relucían.

Al agente Visita le gustaba su trabajo. No tenía muchos amigos en la ciudad. A decir verdad, tampoco tenía muchos amigos en la Guardia. Pero por lo menos había gente con la que hablar, y estaba haciendo progresos con la instrucción religiosa de las palomas.

Pero ahora sucedía esto...

El mensaje iba dirigido al capitán Zanahoria. Aquello quería decir que probablemente ahora se lo tendría que entregar al capitán Colon, y en persona, porque el capitán Colon pensaba que la gente espía los mensajes que recibía por el tubo de succión.

Hasta ahora el agente Visita se había mantenido bastante a salvo de líos. A los omnianos se les daba bien no cuestionar las órdenes, incluso las que no tenían sentido. Visita respetaba instintivamente la autoridad, por muy loca que esta fuera, ya que le habían dado una educación como es debido. Y tenía mucho tiempo para sacarle brillo a su armadura. Por alguna razón, que la armadura reluciera se había vuelto muy importante en la Guardia.

Aun así, entrar en el despacho de Colon requería todo el coraje que había mostrado el legendario obispo Cuerno al entrar en la ciudad de los Oolitas, y eso que todo el mundo sabía lo que estos les hacían a los extranjeros.

Visita bajó de la buhardilla y se dirigió nerviosamente al edificio principal, procurando caminar con paso marcial.

La oficina central estaba más o menos vacía. Últimamente parecía haber menos agentes por allí. Por lo general cuando hacía un frío como aquel la gente prefería holgazanear en la oficina, pero de pronto todo el mundo estaba ansioso por desaparecer de la vista del capitán Colon.

Visita subió al despacho y llamó a la puerta.

Volvió a llamar.

Como nadie contestaba abrió, caminó con cautela hasta el escritorio tan limpio que relucía y se dispuso a meter el papel de copia del mensaje debajo del tintero para que no se lo llevara el aire...

—¡Ajá!

La mano de Visita experimentó tal sacudida que una ola de tinta se elevó por los aires. Alcanzó a ver la cresta de la ola de color negro azulado que le pasaba junto a la oreja, y oyó el «splat» que hacía al golpear algo detrás de él.

Se giró como un autómatas para ver a un capitán Colon que habría estado lívido si no fuera por la tinta.

—Ya veo —dijo Colon—. Conque asalto a un oficial superior, ¿eh?

—¡Ha sido un accidente, capitán!

—¿Ah, sí? ¿Y por qué, si puede saberse, estaba usted colándose en mi despacho?

—¡Pensé que no estaba usted aquí dentro, capitán! —farfulló Visita.

—¡Ajá!

—¿Cómo?

—Conque intentando fisgar en mis papeles privados, ¿eh?

—¡No, capitán! —Visita se recuperó un poco—. ¿Por que estaba usted detrás de la puerta, capitán?

—¿Ah? ¿O sea que no me está permitido estar detrás de mi propia puerta?

Fue entonces cuando el agente Visita cometió su siguiente equivocación. Intentó sonreír.

—Bueno, es que es un poco extraño, señor...

—¿Está sugiriendo que yo tengo algo de extraño, agente? —exigió saber el capitán Colon—. ¿Hay algo en mí que le remite a usted gracioso?

Visita miró la cara moteada y salpicada de tinta.

—Nada de nada, señor.

—Ha estado usted trabajando de forma aceptable, agente —dijo Colon, acercándose un poco demasiado a Visita—, y por tanto no tengo intención de ser duro con usted. Nadie puede decir que yo sea injusto. Queda usted degradado a agente interino, ¿me entiende? Se le ajustará la paga, y de forma retroactiva hasta principios de este mes.

Visita saludó. Probablemente fuera la única forma de salir de allí vivo. A Colon le temblaba un párpado.

—Sin embargo, puede redimirse —dijo Colon—, si está dispuesto a decirme quién ha estado robando, y digo *robando*, los azucarillos.

—¿Señor?

—Sé que anoche había cuarenta y tres. Los conté muy a conciencia. Y esta mañana hay cuarenta y uno, agente. Y están bajo llave en el escritorio. ¿Puede explicar eso?

Si Visita hubiera sido suicida y sincero, habría dicho: bueno, capitán, aunque por supuesto pienso que tiene usted muchas cualidades valiosas, lo cierto es que le he visto contarse los dedos dos veces seguidas y llegar a soluciones distintas.

—Esto... ¿ratones? —gimió.

—¡Ja! ¡Ya puede irse, agente interino, y piense en lo que le he dicho!

Cuando el abatido Visita se hubo marchado, el capitán Colon se sentó frente a su mesa grande y limpia.

La parte minúscula y parpadeante de su cerebro que seguía chispeando pensamientos coherentes a través de la niebla de terror atontado que le llenaba la cabeza le dijo que no es que estuviera a dos velas: es que apenas le quedaba un cabo mal encendido.

Sí, tenía un escritorio limpio. Pero era porque estaba tirando todo el papeleo.

No es que Fred Colon fuera analfabeto, pero sí que necesitaba pensarlo bien y calentar un poco antes de afrontar cualquier cosa mucho más larga que una lista, y solía perderse con cualquier palabra de más de tres sílabas. Estaba, de hecho, solo funcionalmente alfabetizado. Es decir, pensaba en leer y escribir igual que pensaba en los repollos: eran necesarios pero tampoco es que fueran divertidos, y había que desconfiar de la gente que les encontraba el gusto.

En fin, el señor Vimes siempre tenía buenos montones de papeles en la mesa, pero a Colon se le ocurrió que tal vez entre Vimes y Zanahoria habían desarrollado una forma de mantenerse al día, y el truco era saber qué era importante y qué no. Para Colon, todo era angustiosamente misterioso. Había quejas y memorandos e invitaciones, y cartas que solicitaban «unos pocos minutos de su tiempo» e impresos para rellenar, y frases que contenían palabras como «inicio» y «acción inmediata», todo ello oscilando en su mente como una ola enorme, lista para desplomarse sobre él.

El núcleo cuerdo de Colon se estaba preguntando si el propósito de los oficiales no sería precisamente interponerse entre los sargentos y toda aquella m... aquella maraña, para que ellos pudieran dedicarse a sargentear.

El capitán Colon efectuó una inspiración honda y temblorosa.

Por otro lado, ¡si la gente se dedicaba a manganar azucarillos, no era de extrañar que las cosas no funcionaran como era debido! ¡Había que arreglar el tema de los azucarillos, y todo el resto vendría detrás!

¡Aquello tenía sentido!

Se dio la vuelta y su mirada cayó en el enorme montón acusatorio de papeles que había en la esquina.

Y también en la chimenea vacía.

Pero es que en aquello consistía oficiallear, ¿no? ¡En tomar *decisiones*!

* * *

El agente interino Visita regresó con andar abatido a la oficina central, que se había llenado durante el cambio de turno.

Todo el mundo se había congregado alrededor de una de las mesas, sobre la cual se encontraba, un poco sucio de barro, el Bollo del Destino.

—El agente Muerdemuslos lo ha encontrado en la calle Céforo, tirado por ahí —dijo el sargento Fuerteenelbrazo—, Seguro que al ladrón le ha entrado miedo.

—Muy lejos del museo, sin embargo —objetó Reg Shoe—. ¿Para qué arrastrarlo hasta la otra punta de la ciudad y dejarlo en un barrio de pijos donde alguien va a acabar tropezando con él?

—¡Ay de mí, que soy muerto! —exclamó el agente Visita, que tenía la sensación de actuar de figurante para lo que él diría, si no tuviese mucho aprecio

a sus piernas, que era una imagen pagana.

—Pues sal antes de que empieces a oler —dijo el cabo Nobbs, que era un hombre poco compasivo.

—Quiero decir que me han degradado a agente interino —explicó Visita.

—¿Cómo? ¿Por qué? —preguntó el sargento Fuerteenelbrazo.

—No... no estoy seguro —dijo Visita.

—¡Ya no lo aguanto más! —gritó el enano—. Ayer echó a tres agentes allá en Hermanas Dolly. Pues no pienso esperar a que me pase a mí. Yo me largo a Sto Lat. Allí siempre andan buscando a guardias bien entrenados. Soy sargento. Puedo hacerme valer.

—Pero escucha, Vimes también decía siempre cosas así. Yo se las he oído —dijo Nobby.

—Sí, pero era distinto.

—¿Por qué?

—Porque era el señor Vimes —dijo Fuerteenelbrazo—. ¿Os acordáis de aquel disturbio el año pasado en la calle Tranquila? Un tipo vino a por mí con una cachiporra cuando yo estaba en el suelo y el señor Vimes le agarró el brazo y le dio un puñetazo en la cabeza.

—Sí —dijo el agente Cortarrodilla, otro enano—. Cuando tu espalda está contra la pared, siempre sabes que tienes al señor Vimes detrás.

—Pero el viejo Fred... todos conocéis al viejo Fred Colon, chicos —casi suplicó Nobby, sacando un hervidor del fogón de la oficina y vertiendo el agua en una tetera—. Se sabe el oficio de policía de cabo a rabo.

—Su forma de hacer de poli, sí —dijo Cortarrodilla.

—Quiero decir que lleva más tiempo siendo poli que nadie de la Guardia —dijo Nobby.

Uno de los enanos dijo algo en enano. Hubo varias sonrisas entre los miembros más bajos de la Guardia.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Nobby.

—Bueno, traducido aproximadamente —dijo Fuerteenelbrazo—, « Mi culo lleva mucho tiempo siendo un culo pero no tengo por qué escuchar nada de lo que dice ».

—A mí me puso una multa de medio dólar por ir de gorrón —dijo Cortarrodilla—. ¡Fred Colon! ¡Pero si él prácticamente sale de patrulla con la bolsa de la compra! Y lo único que me tomé fue una pinta gratis en el Puñado de Uvas, y de paso descubrí que Wally el Pijo ha estado enseñando mucho más dinero de lo normal últimamente. Eso es bueno saberlo. Recuerdo haber ido de patrulla con Fred Colon cuando empecé y prácticamente lo podías ver poniéndose la servilleta al cuello cada vez que pasábamos por delante de un café. « Oh, no, sargento, no quiero ni oírle hablar de pagar. » En cuanto le veían doblar la esquina ya le estaban poniendo la mesa.

—Todo el mundo lo hace —dijo Fuerteenelbrazo.

—El capitán Zanahoria nunca lo hizo —dijo Nobby.

—El capitán Zanahoria era... especial.

—Pero ¿qué se supone que voy a hacer yo con esto? —preguntó Visita, mostrando el mensaje manchado de tinta—. ¡El señor Vimes dice que necesita una información urgente!

Fuerteenelbrazo cogió el papel y lo leyó.

—Bueno, esto no debería ser difícil —dijo—. El viejo Caguetas Solemne de la calle Patadatumba fue conserje allí durante muchos años y me debe un favor.

—Si vamos a mandarle un clac al señor Vimes, entonces tendríamos que decirle lo del Bollo y lo de Sonki —dijo Reg Shoe—. Ya sabéis que dejó un mensaje al respecto. He escrito un informe con todo.

—¿Para qué? Si está a cientos de kilómetros.

—Me quedaría más contento si él lo supiera —dijo Reg—. Porque a mí me preocupa.

—¿Entonces de qué le va a servir saberlo?

—Porque entonces le preocupará a él y yo podré dejar de preocuparme —dijo Reg.

—¡Cabo Nobbs!

—Se dedica a escuchar junto a la puerta, os juro que lo hace —dijo Fuerteenelbrazo—. Yo me largo.

—¡Ya voy, capitán! —gritó Nobby.

Abrió el cajón de debajo de su escritorio maltrecho y manchado, sacó un paquete de galletas de chocolate y colocó algunas de ellas primorosamente sobre un plato.

—No me hace ninguna gracia verte actuar así —continuó Fuerteenelbrazo, guiñándole el ojo a los demás enanos—. Tienes lo que hay que tener para ser un madero pésimo, Nobby. Me rompe el corazón ver que lo tiras todo por la borda para ser una camarera pésima.

—Ja, ja, ja —dijo Nobby—. Tú espera, no te digo más. —Levantó la voz—. ¡Voy ahora mismo, capitán!

Cuando Nobby entró en el despacho del capitán se notaba un olor acre a papel quemado.

—Nada alegre el día como un buen fuego, yo siempre lo digo —comentó, colocando la bandeja sobre el escritorio.

Pero el capitán Colon no estaba prestando atención. Había sacado el cuenco del azúcar del cajón cerrado de su mesa y estaba organizando los azucarillos en hileras.

—¿Ve usted algún problema en estos azucarillos, cabo? —preguntó en voz baja.

—Bueno, están un poco guarros de haberlos estado manoseando cada...

—Hay treinta y siete, cabo.

—Lo siento, capitán.

—Debe de haberlos mangado Visita cuando ha estado aquí. Seguro que ha usado algún sofisticado truco extranjero. Pueden hacer esas cosas, ¿sabe? Trepar por cuerdas y desaparecer en la parte de arriba, cosas de esas.

—¿Tenía una cuerda? —dijo Nobby.

—¿Se está burlando usted de mí, cabo?

Nobby hizo el saludo marcial.

—¡Noseñor! Tal vez fuera una cuerda invisible, señor. Al fin y al cabo, si pueden desaparecer usando una cuerda, también pueden hacer que la cuerda desaparezca. Es obvio.

—Bien pensado, cabo.

—Hablando de pensar, señor —dijo Nobby, tirándose a la piscina—, ¿ha tenido tiempo en su apretada agenda para pensar un poco en el ascenso del nuevo sargento?

—Pues ahora que lo dice, ya me he puesto manos a la obra con eso, cabo.

—Bien, señor.

—He tenido en cuenta todo lo que me dijo usted y la decisión estaba más clara que el agua.

—¡Siseñor! —dijo Nobby, sacando pecho y saludando.

—Solamente confío en que no cause un daño moral. Ascender a alguien puede tener ese efecto. Así que si hay problemas de ese tipo, quiero que se me informe inmediatamente del ladrón de azúcar, ¿lo entiende?

—¡Siseñor! —Los pies de Nobby estaban a punto de despegarse del suelo.

—Y confío en usted, cabo, para que me lo haga saber si el sargento Pedernal tiene cualquier problema.

—El sargento Pedernal —dijo Nobby, en voz muy baja.

—Sé que es un troll, pero no quiero que se diga que soy un hombre injusto.

—El sargento *Pedernal*.

—Sé que puedo confiar en usted, cabo.

—El *sargento Pedernal*.

—Eso es todo. Tengo que ir a ver a su señoría dentro de una hora y quiero tener tiempo para pensar. Ese es mi trabajo, pensar.

—*El sargento Pedernal*.

—Sí. Y si yo fuera usted, iría a darle parte.

* * *

Por todo el campo había desperdigadas plumas blancas de pollo. El granjero estaba de pie frente a la puerta de su gallinero, negando con la cabeza. Levantó la vista al oír acercarse a un jinete.

—¡Buenos días, señor! ¿Está usted teniendo dificultades?

El granjero abrió la boca para dar una respuesta ingeniosa o por lo menos cortante, pero algo lo detuvo. Tal vez fuera la espada que el jinete tenía sujeta a la espalda. Tal vez fuera la vaga sonrisa del hombre. Por alguna razón la sonrisa era lo que más miedo daba.

—Ejem... ha entrado algo en mi corral —se aventuró a decir—. Un zorro, creo.

—Un lobo, sospecho —dijo el jinete.

El hombre abrió la boca para decir: « No seas bobo, en esta época del año no hay lobos por aquí abajo» , pero de nuevo la sonrisa confiada le hizo vacilar.

—¿Se han llevado muchas gallinas?

—Seis —dijo el granjero.

—Y han entrado por...

—Bueno, eso es lo raro de... ¡Eh, que no se acerque ese perro!

Un pequeño chucho acababa de saltar de la silla del caballo y estaba olisqueando los gallineros.

—No va a causar ningún problema —dijo el jinete.

—Yo no me la jugaría, colega, está un poco de mal humor —dijo una voz detrás del granjero. Este se giró de golpe.

El perro lo estaba mirando con expresión inocente. Todo el mundo sabía que los perros no hablan.

—¿Guau? ¿Bup? ¿Yip? —dijo.

—Está muy bien adiestrado —informó el jinete.

—Sí, claro —dijo la voz de detrás del granjero. El hombre sintió un deseo abrumador de ver marcharse al jinete. La sonrisa le estaba poniendo de los nervios, y ahora empezaba a oír cosas.

—No entiendo cómo han entrado —dijo—. La puerta está cerrada con pestillo...

—Y los lobos no suelen pagar lo que se llevan, ¿verdad? —dijo el jinete.

—¿Cómo demonios lo ha sabido?

—Bueno, por varias razones, señor, pero no he podido evitar fijarme en que cerraba usted su puño con fuerza en cuanto me ha oído llegar, y eso me hace suponer que ha encontrado usted, déjeme que piense, tres dólares que alguien ha dejado en el gallinero. Tres dólares comprarían seis buenos pollos en Ankh-Morpork

El hombre abrió el puño, enmudecido. Las monedas relucieron bajo el sol.

—¡Pero... pero yo los vendo en la entrada por diez peniques! —se lamentó—. ¡Solamente tenían que pedírmelos!

—Probablemente no querían molestarlo —dijo el jinete—. Y ya que estoy aquí, señor, le agradecería que me vendiera también a mí un pollo...

Detrás del granjero el perro dijo:

—¡Guau guau!

—... dos pollos, y ya no le robaré más de su tiempo.

—Guau guau guau.

—Tres pollos —dijo el jinete, resignado—. Y si los tiene preparados y cocinados para cuando termine de atender a mi caballo le pagaré con gusto un dólar por cada uno.

—Guau, guau.

—Déjeme dos de los pollos sin ajo y sin sazonar, por favor —dijo el jinete.

El granjero asintió con la cabeza, atónito. Un dólar por pollo no era moco de pollo. No se le hacían ascos a una oferta como aquella. Pero sobre todo no se desobedecía a un hombre que tenía una sonrisita vaga como aquella en la cara. En materia de sonrisas, era una de esas que querías que se esfumara lo antes posible.

Fue corriendo al corral que tenía sus mejores aves, estiró el brazo para elegir la más gorda... y se detuvo. Al fin y al cabo, un hombre que estaba lo bastante loco como para pagar un dólar por un buen pollo bien podría quedarse satisfecho simplemente con un pollo razonable. Se puso de pie.

—Solamente los mejores, jefe.

Se giró de golpe. No había nadie más que aquel perrillo desaliñado, que lo había seguido y ahora estaba levantando una nubecilla de polvo al rascarse.

—¿Guau? —dijo.

Le tiró una piedra y el animal se fue al trote. Luego eligió tres de sus pollos más excelentes.

Zanahoria estaba tumbado debajo de un árbol, intentando acomodar la cabeza sobre una alforja.

—¿Has visto el sitio donde ella ha borrado casi todas sus huellas del polvo? —preguntó Gaspode.

—Sí —dijo Zanahoria, cerrando los ojos.

—¿Y siempre paga por los pollos?

—Sí.

—¿Por qué?

Zanahoria se dio la vuelta.

—Porque los animales no lo hacen.

Gaspode miró la nuca de Zanahoria. En conjunto le gustaba el poco habitual don del habla, pero había algo en el enrojecimiento de las orejas de Zanahoria que le dijo que aquel era un buen momento para emplear el todavía menos habitual don del silencio.

Se aposentó en la postura que él clasificaba, casi inconscientemente, como Compañero Fiel En Guardia, se aburría, se rascó de forma distraída, se enroscó en la posición conocida como Compañero Fiel Enroscado Con La Nariz Pegada Al Culo^[12] y se quedó dormido.

Poco más tarde lo despertó el ruido de voces. También le llegaba un ligero olor a pollo asado desde la granja.

Gaspode se dio la vuelta y vio que el granjero estaba hablando con otro hombre subido a un carro. Escuchó un momento y luego se sentó, atrapado en un laberinto metafísico. Por fin despertó a Zanahoria lamiéndole la oreja.

—Fzwi... ¿qué?

—Tienes que prometerme que recogerás primero los pollos asados, ¿de acuerdo?—dijo Gaspode en tono urgente.

—¿Qué?—Zanahoria se incorporó hasta sentarse.

—Coges los pollos y entonces nos tenemos que ir, ¿vale? Prométemelo.

—Vale, vale, lo prometo. Pero ¿qué está pasando?

—¿Has oído hablar de un pueblo llamado Phalda Scasa?

—Creo que está a veintipocos kilómetros de aquí.

—Un vecino del señor granjero le acaba de decir que allí han cogido a un lobo.

—¿Lo han matado?

—No, no, no, pero los cazadores de lobos... hay cazadores de lobos por estos pagos, ¿sabes?, por las ovejas que pastan en las colinas y... primero tienen que adiestrar a los perros *jacuérdate de lo que me has prometido de los pollos!*

A las once en punto exactamente se oyeron unos golpecitos enérgicos en la puerta de lord Vetinari. El patricio, perplejo, frunció el ceño a la madera labrada. Por fin dijo:

—Entre.

Fred Colon entró con dificultad. Vetinari lo observó unos momentos hasta que la compasión lo venció incluso a él.

—Capitán en funciones, no es necesario que permanezca usted firme todo el tiempo —dijo con amabilidad—. Se le permite desdoblarse lo bastante para la correcta manipulación de un pomo de la puerta.

—¡Sí, señor!

Lord Vetinari se llevó una mano a la oreja para protegérsela.

—Puede tomar asiento.

—¡Sí, señor!

—Y también puede tomarse los gritos con más calma.

—¡Sí, señor!

Lord Vetinari se retiró hasta la protección de su escritorio.

—Permítame que le felicite por su armadura reluciente, capitán en funciones...

—¡Escupitajo y frotar, señor! ¡No hay nada mejor, señor! —A Colon le caía el sudor a mares por la cara.

—Oh, bien. Claramente ha estado usted adquiriendo nuevas reservas de escupitajo. De acuerdo, vamos a ver... —Lord Vetinari sacó una hoja de papel

de uno de los montoncitos que tenía delante—. A ver, capi...

—¡Señor!

—Sí, sí. Tengo aquí otra queja por exceso de celo en la colocación de cepos. Estoy seguro de que sabe a qué me refiero.

—¡Estaba causando una congestión grave de tráfico, señor!

—Cierto. Y es bien conocida por ello. Pero es que resulta que es la ópera.

—¡Señor!

—El propietario tiene la sensación de que los cepos enormes y amarillos en las esquinas desmerecen lo que yo llamaría el tono del edificio. Y por supuesto, también le impiden conducirla a otro lugar.

—¡Señor!

—Ciertamente. Pienso que en este caso sería recomendable la discreción, capitán.

—¡Hay que dar ejemplo para los demás, señor!

—Ah. Sí. —El patricio sostuvo otro papel con delicadeza entre el pulgar y el índice, como si se tratara de alguna criatura rara y poco común—. Y los demás son... a ver si me acuerdo, hay cosas que no se te van de la cabeza, así que... ah, sí, otros tres edificios, seis fuentes, tres estatuas y la horca de la calle Noexiste. Ah, y mi palacio.

—¡Ya sé que está aparcado por trabajo, señor! ¡La multa la pagará la empresa!

Lord Vetinari hizo una pausa. Le resultaba difícil hablar con Frederick Colon. Tenía trato diario con gente que consideraba la conversación como si fuera un juego complejo, y con Colon se veía obligado a ir ajustando la mente todo el tiempo para no pasarse.

—Al contemplar la carrera reciente de usted con, tengo que admitirlo, una fascinación considerable y creciente, me siento impelido a preguntarle por que ahora la Guardia tiene veinte empleados.

—¿Señor?

—Tenía unos sesenta hace muy poco, estoy seguro.

Colon se secó el sudor de la cara.

—¡Estoy cortando las ramas muertas, señor! ¡Haciendo la Guardia más delgada y ágil, señor!

—Ya veo. El número de cargos disciplinarios internos que ha presentado contra sus hombres —y aquí el patricio sacó un documento mucho más abultado—, parece algo excesivo. Veo no menos de ciento setenta y tres acusaciones de mirar por encima del hombro, oír por debajo de la nuca y oler por detrás del codo, por ejemplo.

—¡Señor!

—¿Oler por detrás del codo, capitán en funciones?

—¡Señor!

—Oh. Y también hay, ah, sí, un cargo de « hacer que se le caiga un brazo de forma insubordinada » presentado contra el agente Shoe. El comandante Vimes siempre habla maravillas de este agente.

—¡Es un mal bicho, señor! ¡En los muertos no se puede confiar!

—Y parece que en la mayoría de los vivos tampoco.

—¡Señor! —Colon se inclinó hacia delante, con la cara retorcida en una mueca atroz de conspiración—. Entre usted y yo, señor, el comandante Vimes era demasiado blando con todos ellos. Les pasaba demasiado por alto. ¡No hay azucarillo que esté a salvo, señor!

Vetinari entrecerró los ojos, pero los telescopios del planeta Colon no eran lo bastante sofisticados como para detectar su humor.

—Ciertamente recuerdo que mencionó a un par de agentes cuya impuntualidad, conducta e inutilidad generalizada eran un pésimo ejemplo para el resto de los hombres —dijo el patricio.

—A eso voy —dijo Colon en tono triunfal—. ¡Una manzana podrida estropea el tonel entero!

—Creo que ahora solamente hay una cesta —replicó el patricio—. O tal vez una cajita.

—¡No se preocupe por nada, señoría! Voy a cambiar las cosas. ¡Los voy a espabilar bien pronto!

—Estoy seguro de que es usted capaz de sorprenderme todavía más —dijo Vetinari, echándose hacia atrás—. Le aseguro que voy a prestarle toda la atención que se merece. Y ahora, capitán en funciones, ¿tiene usted algo más que informar?

—¡Todo sigue tranquilo, señor!

—Ya me gustaría que así fuera —dijo Vetinari—. Me estaba preguntando si había pasado algo relacionado con alguien de esta ciudad llamado... —Miró otra hoja de papel—. ¿Sonki?

El capitán Colon estuvo a punto de tragarse la lengua.

—¡Un asunto de poca monta, señor! —consiguió decir.

—¿O sea que Sonki está vivo?

—Esto... ¡hallado muerto, señor!

—¿Asesinado?

—¡Señor!

—Caramba. Mucha gente no consideraría eso un asunto de poca monta, capitán en funciones. El propio Sonki, por ejemplo.

—Bueno, señor, no todo el mundo está de acuerdo con lo que él hace, señor.

—¿Estamos hablando por casualidad de Wallace Sonki, el fabricante de artículos de goma?

—¡Señor!

—A mí las botas y los guantes no me parecen cosas controvertidas, capitán en

funciones.

—¡Es... esto... lo otro, señor! —Colon carraspeó nerviosamente—. Él fabrica las cositas esas de goma, señor.

—Ah. Los preventivos.

—Mucha gente no está de acuerdo con esas cosas, señor.

—Eso tengo entendido.

Colon se volvió a poner firme.

—Yo no lo veo natural, señor. Estoy en contra de lo que no es natural.

Vetinari pareció perplejo.

—¿Quiere decir... que se come la carne cruda y duerme en un árbol?

—¿Señor?

—No, nada, nada. Parece que alguien de Uberwald se ha estado interesando por él últimamente. Y ahora aparece muerto. Pero no se me ocurriría en la vida decirle a la Guardia cómo tiene que hacer su trabajo, claro.

Se quedó mirando a Colon con atención para ver si captaba la indirecta.

—Le acabo de decir que le corresponde a usted totalmente la decisión de qué investigar en esta ciudad tan bulliciosa —apuntó.

Colon estaba perdido en terreno desconocido y sin mapa.

—¡Gracias, señor! —ladró.

Vetinari suspiró.

—Y ahora, capitán en funciones, estoy seguro de que hay muchas cosas que requieren su atención.

—¡Señor! Tengo planes para...

—Quiero decir que no le entretengo más.

—Ah, no pasa nada, señor. Tengo mucho tiempo...

—*Adiós*, capitán en funciones Colon.

Fuera en la antesala, Fred Colon permaneció un momento muy quieto, hasta que su ritmo cardíaco se fue reduciendo y pasó de ser un redoble a un mero ronroneo.

En conjunto, había ido bastante bien. Muy bien. Asombrosamente bien, en realidad. Su señoría prácticamente se le había confiado. Le había dicho que le iba a prestar « toda la atención que se merecía ».

Fred se preguntó por qué había tenido tanto miedo a oficiallear durante todos aquellos años. La verdad es que estaba chupado, en cuanto se le cogía el tranquillo. ¡Ojalá hubiera empezado años atrás! Por supuesto, él no toleraría que se dijera nada malo del señor Vimes, que ciertamente tenía que andarse con mucho cuidado en aquellos países extranjeros tan peligrosos, pero... bueno, Fred Colon ya era sargento cuando Sam Vimes era un novato, ¿no? Era solamente su natural deferencia lo que le había impedido progresar durante todo aquel tiempo. Cuando Sam Vimes regresara, y con el patricio allí para recomendarlo, estaba claro que Fred Colon estaría en la lista de los ascensos.

Solamente a capitán de pleno derecho, claro, pensó mientras bajaba pavoneándose por las escaleras: con mucha cautela, porque pavonearse suele ser imposible cuando uno está bajando. No quería tener más rango que el capitán Zanahoria. Eso... no estaría bien.

Este dato demuestra que, por mucho que a alguien lo enloquezca el poder, siempre queda un pequeño instinto de conservación.

* * *

Ha cogido los pollos primero, pensó Gaspode, avanzando en zigzag por entre las piernas de la multitud. Asombroso.

No se habían detenido a comerlos, sin embargo. Gaspode había sido metido de cualquier modo en la otra alforja, y no le gustaría tener que recorrer otros veinte kilómetros como aquellos, sobre todo tan cerca del olor a pollos asados.

Parecía que se estaba celebrando un mercado, y que se estaban reservando el acoso del lobo para una especie de ceremonia de clausura. Se habían desplegado vallas formando un círculo irregular. Los hombres agarraban a los perros de los collares: mastines grandes, pesados y de aspecto desagradable, que ya se mostraban trastornados por la excitación y la estupidez desquiciada.

Junto a las vallas había una jaula grande. Gaspode se acercó y echó un vistazo a través de los barrotes de madera al montón de pelo gris apelmazado que había en las sombras.

—Parece que estás un pelín apuradillo, amigo —dijo.

En contra de lo que dice la leyenda —y hay muchas leyendas sobre lobos, aunque en su mayoría son leyendas sobre lo que piensan los hombres de los lobos —, es más probable que un lobo atrapado gimotee y se muestre sumiso que no que se vuelva loco de furia.

Aquel, sin embargo, debía de pensar que no tenía nada que perder. Las mandíbulas moteadas de saliva mordieron los barrotes.

—¿Y dónde anda el resto de tu manada? —preguntó Gaspode.

—¡No hay manada, pequeñajo!

—Ah. Un lobo solitario, ¿eh? —Que son los peores, pensó Gaspode—. No vale la pena hacer esto por un pollo asado —murmuró. Y en voz alta, gruñó—: ¿Has visto algún otro lobo por aquí?

—¡Sí!

—Bien. ¿Quieres salir vivo de aquí?

—¡Los mataré a todos!

—Ya, ya... pero hay docenas, ¿lo ves? No tienes ninguna posibilidad. Te harán pedazos. Los perros son mucho más crueles que los lobos.

En la sombra, los ojos se entrecerraron.

—¿Por qué me estás diciendo esto, perro?

—Porque he venido a ayudarte, ¿sabes? Tú haz lo que te digo y podrás estar

fuera de aquí dentro de media hora. Si no, mañana serás una alfombra en el suelo de alguien. Tú eliges. Claro que también puede que no quede lo bastante de ti para hacer una alfombra.

El lobo escuchó el aullido de los perros. Sus intenciones eran inconfundibles.

—¿Qué es lo que tienes en mente?—preguntó.

Unos minutos más tarde Zanahoria estaba apartando amablemente a la multitud mientras se abría paso a caballo hacia el cercado. El alboroto se apagó. Una espada a caballo siempre imponía respeto. A menudo el jinete no era más que un simple detalle de cortesía, pero en este caso no lo era. La Guardia había acabado de poner volumen y lustre en los músculos de Zanahoria.

Y estaba aquella débil sonrisa. Era de esas que lo hacían a uno retroceder.

—Buenos días. ¿Quién está al mando aquí?—preguntó.

Hubo cierta cantidad de comparaciones de estatus, y por fin un hombre levantó la mano con timidez.

—Yo soy el teniente de alcalde, excelencia —dijo.

—¿Y qué se está celebrando aquí?

—Estamos a punto de acosar al lobo, excelencia.

—¿Ah, sí? Pues yo poseo un perro lobo de inusual fuerza y habilidad. ¿Puedo medirlo contra la criatura?

Hubo más murmullos entre los espectadores y se llegó a la conclusión de que: ¿por qué no? Además, estaba aquella sonrisa...

—Adelante, excelencia —dijo el teniente de alcalde.

Zanahoria se metió los dedos en la boca y silbó. Los aldeanos miraron boquiabiertos cómo Gaspode salía de entre sus piernas y se sentaba. Entonces empezaron las risotadas.

Al cabo de un momento se desvanecieron, porque la sonrisita no lo hacía.

—¿Hay algún problema?—dijo Zanahoria.

—¡Lo va a hacer picadillo!

—¿Y qué? ¿Es que os importa lo que le pase a un lobo?

Estallaron otra vez las risas. El teniente de alcalde tuvo la sensación de que le estaban tomando el pelo.

—El perro es de usted, señor —dijo, encogiéndose de hombros.

El perrillo ladró.

—Y para hacerlo interesante, nos apostamos un kilo de filete —dijo Zanahoria.

El perro volvió a ladrar.

—Dos kilos de filete —se corrigió Zanahoria.

—Oh, me parece que ya va a ser bien interesante tal y como está —dijo el teniente de alcalde. La sonrisa estaba empezando a atacarle los nervios—. Muy bien, chicos... ¡traed al lobo!

La criatura fue arrastrada hasta el círculo de vallas, babeando y gruñendo.

—No, no lo atéis —dijo Zanahoria, mientras un hombre se disponía a enrollar la correa en torno a un poste.

—Si no lo atamos se escapará.

—No va a tener ocasión de hacerlo, creedme.

Ellos miraron la sonrisa, le quitaron el bozal al lobo y se pusieron a salvo de un salto.

—Y ahora, en caso de que te estés replanteando nuestro acuerdo —le dijo Gaspode al lobo—, te sugiero que mires al tipo del caballo a la cara, ¿vale?

El lobo levantó la vista. Vio la sonrisa rasposa del jinete.

Gaspode ladró. El lobo soltó un gemido y se desplomó.

La multitud esperó. Y entonces...

—¿Ya está?

—Sí, así es como suele pasar —repuso Zanahoria—. Es que es un ladrillo especial. A la víctima se le coagula toda la sangre en un instante, de puro terror.

—¡Ni siquiera ha tocado el cuerpo!

—¿Cómo? —dijo Zanahoria—. ¿Y para qué iba a hacer eso?

Se bajó del caballo, se abrió paso hasta el círculo vallado, recogió el cuerpo del lobo y lo echó encima de la silla de montar.

—¡Ha gruñido! Lo he oído... —empezó a decir alguien.

—Probablemente ha sido el aire que salía a presión del cadáver —dijo Zanahoria. La sonrisa seguía en su sitio, y llegado aquel punto sugería de forma muy sutil que Zanahoria había oído el último suspiro de cientos de cadáveres.

—Sí, es verdad —dijo una voz entre el público—. Lo sabe todo el mundo. Y ahora, ¿qué hay del filete para ese perrito tan valiente?

La gente se giró para ver quién había dicho aquello. Ninguno miró hacia abajo, porque los perros no hablan.

—Podemos renunciar al filete —dijo Zanahoria, montando.

—No, no podem... no puedes —dijo la voz—. Un trato es un trato. ¿Quién es el que ha arriesgado la vida aquí? Eso me gustaría saber a mí...

—Vamos, Gaspode —dijo Zanahoria.

Gimiendo y refunfuñando, el perrillo emergió de entre la multitud y siguió al caballo.

No fue hasta que llegaron al margen de la plaza del pueblo que uno de los aldeanos dijo: «Eh, ¿qué demonios ha pasado aquí?», y el hechizo se rompió. Pero para entonces tanto el caballo como el perro ya habían partido muy, muy deprisa.

* * *

Vimes odiaba y despreciaba los privilegios del rango, pero había que decir una cosa en beneficio de los mismos: que por lo menos significaban que uno podía odiarlos y despreciarlos cómodamente.

Willikins llegaba a las posadas una hora antes que el carruaje de Vimes y, con una arrogancia que Vimes nunca se atrevería a emplear, tomaba varias habitaciones e instalaba al cocinero de Vimes en la cocina. Vimes se quejó de esto ante Iñigo.

—Pero entiéndalo, excelencia, no está usted aquí en calidad de individuo, sino en calidad de Ankh-Morpork. Cuando la gente lo mira a usted, lo que ven es la ciudad, ujum-ujum.

—¿Ah, sí? ¿Debería dejar de lavarme?

—Muy ingenioso, señor. Pero entiéndalo, señor, usted y la ciudad son la misma cosa. Ujum-ujum. Si lo insultan a usted, están insultando a Ankh-Morpork. Si hace usted amigos, los está haciendo Ankh-Morpork.

—¿En serio? ¿Y qué pasa cuando voy al lavabo?

—Eso es cosa de usted, señor. Ujuum-ujum f.

A la hora del desayuno del día siguiente, Vimes le cortó la parte superior a un huevo duro, pensando: aquí tenemos a Ankh-Morpork cortándole la parte de arriba al huevo duro. Si corto la tostada en picatostes, lo mismo entramos en guerra.

La agente Culopequeño entró con cautela y saludó.

—Su mensaje ya tiene respuesta, señor —dijo, entregándole un papel—. Del sargento Fuerteenelbrazo. Ya se lo he descifrado. Esto... ha aparecido el Bollo del museo, señor.

—Bueno, ahí está la cola que tenía que traerse este asunto —dijo Vimes—. Ya empezaba a preocuparme.

—Esto, de hecho el agente Shoe está preocupado —dijo Jovial—. Cuesta un poco seguir lo que dice, pero parece pensar que alguien lo ha usado para hacer una copia.

—¿Cómo, una falsificación de una falsificación? ¿Para qué iban a hacer eso?

—La verdad es que no lo sé, señor. Su otra... suposición era correcta.

Vimes echó un vistazo al papel.

—Ja. Gracias, Jovial. Bajaremos enseguida.

—Estás silbando, Sam —dijo Sybil al cabo de un momento—. Eso quiere decir que a alguien le va a pasar algo horrible.

—Es algo maravilloso, la tecnología —dijo Vimes, untando una tostada de mantequilla—. Y veo que tiene sus usos.

—Y cuando pones esa sonrisita reluciente, quiere decir que alguien está intentando jugar contigo y no sabe que acabas de sacar un seis.

—No sé a qué te refieres, cariño. Probablemente sea el aire del campo, que me está sentando bien.

Lady Sybil dejó su taza de té.

—¿Sam?

—¿Sí, cariño?

—Probablemente este no sea el mejor momento para mencionarlo, pero ¿sabes que te dije que fui a ver a la señora Contento? Pues bueno, dice...

Volvieron a llamar a la puerta. Lady Sybil suspiró.

Esta vez fue Iñigo el que entró.

—Tenemos que marcharnos, excelencia, si no le importa. Me gustaría que llegáramos a Slake a la hora de comer y que cruzáramos el paso de Wilinus antes del anochecer, ujum-ujum.

—¿Es necesaria tanta prisa? —dijo Sybil con un suspiro.

—El paso de Wilinus es... ligeramente peligroso —dijo Iñigo—. Un poco sin ley. Ujum-ujum.

—¿Solo un poco? —preguntó Vimes.

—Simplemente me quedaré más contento cuando lo hayamos dejado atrás —dijo Iñigo—. Sería buena idea que el segundo carruaje nos siguiera de cerca y que sus hombres permanecieran alerta, excelencia.

—¿Le enseñan a usted táctica en la oficina política de lord Vetinari, Iñigo? —preguntó Vimes.

—Simple sentido común, ujum-ujum, señor.

—¿Por qué no esperamos a mañana para intentar el paso?

—Con todos los respetos, excelencia, le sugiero que no. Para empezar, el tiempo está empeorando. Y estoy seguro de que nos vigilan. Tenemos que demostrarles que en la bandera de Ankh-Morpork no está el color blanco, ujum-ujum.

—Sí que está —replicó Vimes—. Hay un poco en el búho y en los ojos de los hipopótamos.

—Quiero decir —aclaró Iñigo— que los colores de Ankh-Morpork no corren.

—Solamente desde que tenemos los tintes nuevos —dijo Vimes—. Vale, vale. Ya le entiendo. Pero mire, si hay peligro no quiero que corran ningún riesgo los sirvientes. Y no pienso discutir, ¿lo entiende? Pueden quedarse aquí y coger la diligencia del correo mañana. Ya nadie ataca las diligencias del correo.

—Sugiero que lady Sybil también se quede aquí, señor. Ujum.

—Ni de milagro —intervino Sybil—. ¡De eso ni hablar! Si no es demasiado peligroso para Sam, tampoco lo es para mí.

—Yo en su lugar no discutiría con ella —sugirió Vimes a Iñigo—. Se lo digo en serio.

Al lobo no le hacía mucha gracia que lo ataran a un árbol pero, como decía Gaspode, no hay que confiar en nadie.

Se habían detenido un rato en un bosquecillo situado a unos ocho kilómetros del pueblo. Zanahoria había dicho que sería una parada breve. Algunos de los individuos que había en la plaza parecían ser de esa gente que aprecia mucho su propia falta de sentido del humor.

Después de ladrar y gruñir un poco, Gaspode dijo:

—Tienes que entender que mi colega aquí presente es persona non gratis en la sociedad lobuna local, porque es un poquillo, ja, ja, lobo estepario...

—¿Sí? —Zanahoria estaba sacando los pollos asados de su saco. Los ojos de Gaspode se clavaron en ellos.

—Pero oye los aullidos por la noche.

—Ah, ¿los lobos se comunican?

—Básicamente el aullido del lobo viene a ser como mear en un árbol para decir que es tu puñetero árbol, pero también lleva siempre trozos de noticias. En Uberwald está pasando algo feo. Él no sabe qué. —Gaspode bajó la voz—. Entre tú y yo, nuestro amigo aquí presente estaba el último en la fila cuando repartieron los cerebros. Si los lobos fueran gente, este sería como Viejo Apestoso Ron.

—¿Cómo se llama? —preguntó Zanahoria, pensativo.

Gaspode lanzó a Zanahoria una Mirada. ¿A quién le importaba cómo se llamaba un lobo?

—Los nombres de lobos son difíciles —dijo—. Son más bien una descripción, ¿entiendes? No es como llamarte Señor Cariñitos o Bonzo, no sé si me sigues...

—Sí, y a sé. ¿Y cómo se llama este?

—¿Quieres saber cómo se llama?

—Sí, Gaspode.

—O sea que, de hecho, lo que quieres saber es el nombre de este lobo...

—Correcto.

Gaspode se movió incómodamente.

—Ojete —dijo.

—Oh. —Para sincero asombro del perro, Zanahoria se ruborizó.

—Viene a ser un resumen, pero es una traducción bastante buena —dijo—. Yo no lo habría mencionado, pero tú has insistido...

Gaspode se detuvo y gimoteó un momento, intentando transmitir el mensaje de que estaba perdiendo la voz por efecto de la falta de pollo.

—Esto... en los aullidos se ha hablado mucho de Angua —continuó, cuando Zanahoria se mostró incapaz de captar la indirecta—. Ejem... creen que ella no trae más que problemas.

—¿Por qué? Al fin y al cabo, viaja como loba.

—Los lobos odian a los hombres lobo.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Cuando tiene forma de loba es igual que una loba!

—¿Y qué? Cuando tiene forma de humana es igual que una humana. ¿Y eso qué tiene que ver? A los humanos no les gustan los hombres lobo. Y a los lobos no les gustan los hombres lobo. A la gente no le gustan los lobos que son capaces de pensar como la gente y a la gente no le gusta la gente que es capaz de actuar como lobos, lo cual viene a demostrar que la gente es igual en todas partes —dijo Gaspode. Reflexiono sobre aquella frase y añadió—: Aunque sean lobos.

—Nunca lo había visto así.

—Y ella huele raro. Los lobos son muy sensibles a esa clase de cosas.

—Dime más sobre los aullidos.

—Bueno, son un poco como eso del clic-clac. Las noticias corren cientos de kilómetros.

—¿Y los aullidos... mencionan a su... compañero?

—No. Si quieres, se lo pregunto a Oj...

—Preferiría usar otro nombre, si no te importa —dijo Zanahoria—. Las palabras como esa no son muy sabias.

Gaspode puso los ojos en blanco.

—Esa palabra no tiene nada de malo entre los miembros de las especies pedestrementemente dotadas —dijo—. Estamos muy orientados al olor. —Suspiró—. ¿Qué te parece « Rastrero »? En el sentido de, ejem, seguidor de huellas... Es un olfateador de pollos autónomo, por así decirlo.

Se volvió hacia el lobo y le habló en canino.

—A ver, Rastrero, este humano está loco, y créeme, yo reconozco a un humano loco cuando lo veo. Le sale espuma de la boca de dentro y te va a arrancar el pellejo y clavarlo a un árbol si no nos dices la verdad, ¿entendido?

—¿Qué le acabas de decir? —preguntó Zanahoria.

—Solamente que somos amigos —dijo Gaspode. Y pasó a ladrar hacia el lobo atemorizado—. Bueno, probablemente lo hará de todos modos, pero yo puedo hablar con él, así que tu única esperanza es contárnoslo todo...

—¡No sé nada! —gimió el lobo—. ¡Ella estaba con un lobo macho bien grande de Uberwald! ¡Era del Clan Que Huele Así!

Gaspode olisqueó.

—Entonces está muy lejos de casa.

—¡Ese lobo trae problemas!

—Dile que le daremos pollo asado por las molestias —dijo Zanahoria.

Gaspode suspiró. Qué vida tan dura la del intérprete.

—Muy bien —gruñó—. Lo convenceré para que te desate. No me va a ser fácil, créeme. Si te ofrece un pollo, no lo cojas porque estará envenenado. Cómo son los humanos, ¿eh?

Zanahoria miró cómo el lobo huía.

—Qué raro —dijo—. Lo normal sería que tuviera hambre, ¿no?

Gaspode levantó la vista de su pollo asado.

—Cómo son los lobos, ¿eh? —farfulló con la boca llena.

Esa noche, cuando oyeron a los lobos aullar en las montañas lejanas, Gaspode distinguió un aullido solitario y triste detrás de ellos.

Las torres los siguieron a medida que se adentraban en las montañas, aunque Vimes se fijó en que allí estaban construidas de forma algo distinta. Abajo en los llanos eran poco más que un castillete alto de madera con un cobertizo al pie, pero aquí, aunque el diseño era el mismo, se trataba claramente de algo provisional. Al lado había hombres trabajando en una pesada base de piedra: fortificaciones, comprendió Vimes, lo cual quería decir que realmente ahora estaba en una tierra sin ley. Por supuesto, técnicamente estaba en una tierra sin ley desde que salió de Ankh-Morpork, pero las leyes estaban allí donde conseguías que se quedaran, y hoy en día una placa de la Guardia de la Ciudad te garantizaba por lo menos respeto, cuando no cooperación, por todos los llanos. Aquí arriba no era más que un broche feo.

Slake resultó ser una posada para carruajes con las paredes de piedra y no mucho más. Vimes se fijó en que tenía unas persianas muy recias en las ventanas. También tenía algo que a él le pareció una extraña parrilla de hierro sobre la chimenea, hasta que se dio cuenta de lo que era: una especie de rejilla con la que se podía bloquear el tiro. Aquel lugar estaba preparado para resistir algún asedio ocasional que tal vez incluyese a enemigos capaces de volar.

Caía aguanieve cuando salieron a los carruajes.

—Se acerca una tormenta, ujum-ujum —dijo Iñigo—. Vamos a tener que darnos prisa.

—¿Por qué? —preguntó Sybil.

—Es probable que el paso permanezca varios días cerrado, lady Sybil. Si esperamos, puede que nos perdamos la coronación. Y... esto... puede que haya una pizca de actividad de bandoleros...

—¿Una *pizca* de actividad de bandoleros? —dijo Vimes.

—Sí, señor.

—¿Quiere decir que se despiertan y deciden volverse a la cama? ¿O que roban solo lo justo para una taza de café?

—Muy ingenioso, señor. Es notorio que suelen tomar rehenes...

—Los bandidos no me asustan —afirmó Sybil.

—Si me permite... —empezó a decir Iñigo.

—Señor Espumadera —le interrumpió lady Sybil, irguiéndose cuan ancha era—, de hecho, le estaba diciendo lo que vamos a hacer. Encárguese de ello, por favor. Hay sirvientes en el consulado, ¿verdad?

—Hay uno, creo...

—Entonces nos apañaremos como buenamente podamos. ¿Verdad, Sam?

—Por supuesto, querida.

Estaba nevando abundantemente para cuando partieron, con copos enormes como plumas que caían con un ligero susurro húmedo, amortiguando el resto de los ruidos. Vimes no se habría dado cuenta de que llegaban al paso si los coches no se hubieran parado.

—El carruaje donde van sus... hombres tendría que ir delante —dijo Iñigo, mientras esperaban de pie en la nieve junto a los caballos humeantes—. Nosotros los seguiremos de cerca. Yo iré sentado con nuestro cochero, por si acaso.

—¿Para que si nos ataca alguien pueda darles usted un resumen de la situación política? —dijo Vimes—. No, usted irá dentro con lady Sybil y yo iré en el pescante. Hay que proteger a los civiles, ¿eh?

—Excelencia, y o...

—Sin embargo, se aprecia su sugerencia —continuó Vimes—. Tire para dentro, señor Espumadera.

El hombre abrió la boca. Vimes levantó una ceja.

—Muy bien, excelencia. Pero es extremadamente...

—Así me gusta.

—Quisiera el maletín de piel que tengo en el techo, sin embargo.

—Por supuesto. Comprobar unos pocos datos le irá bien para distraerse.

Vimes avanzó hasta el otro carruaje, asomó la cabeza al interior e informó:

—Nos van a tender una emboscada, chicos.

—Interesante —dijo Detritus. Gruñó por lo bajo mientras tensaba el cabrestante de su ballesta.

—Oh —dijo Jovial.

—No intentarán matarnos, o eso creo —continuó Vimes.

—¿Eso quiere decir que nosotros no intentamos matarlos a ellos?

—Eso lo dejo a vuestro juicio.

Detritus colocó un grueso puñado de flechas en la ballesta. Aquello había sido idea suya. Como su ballesta gigante era capaz de mandar un proyectil de hierro a través de las puertas de una ciudad asediada, le parecía un desperdicio usarla contra una sola persona, así que la había adaptado para que disparara un haz de varias docenas de flechas a la vez. En teoría, los cordeles que las sujetaban juntas debían partirse a causa de la aceleración. Y en la práctica también. Bastante a menudo las flechas también se hacían trizas en medio del aire al sucumbir a la enorme presión.

Él lo llamaba el Pedacificador. Solamente lo había probado una vez, en el campo de tiro. Vimes había visto desaparecer una diana entera. Y también las dianas que había a los lados y el talud de tierra que había detrás, mientras que una nube de plumas cayendo en espiral fue todo lo que quedó de un par de gaviotas que habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado. En aquel caso, el lugar equivocado había sido justo encima de Detritus.

Ahora ningún otro miembro de la Guardia quería ir de patrulla con el troll a menos que pudieran permanecer por lo menos un centenar de metros directamente detrás de él. Pero la prueba tuvo el efecto deseado, porque en Ankh-Morpork siempre había alguien que lo veía todo, y la noticia de las dianas corrió por ahí. Ahora el mero conocimiento de que Detritus estaba en camino

vaciaba una calle mucho más deprisa que cualquier arma.

—Yo tengo montones de juicio —aseguró.

—Tú ve con cuidado con esa cosa —dijo Vimes—. Podrías hacer daño a alguien.

La comitiva se volvió a poner en marcha a través de los remolinos de nieve. Vimes se puso cómodo entre el equipaje, encendió un puro y luego, cuando estuvo seguro de que el traqueteo del carruaje enmascararía el ruido, se puso a hurgar bajo la lona y sacó el maletín barato y ajado de Iñigo.

Se sacó del bolsillo un rollito de tela negra y lo desplegó sobre la rodilla. Una serie de pequeñas e intrincadas ganzúas relució un momento bajo la luz de los faroles del carruaje.

Un buen policía tiene que ser capaz de pensar como un criminal. Vimes era un muy buen policía.

También era un policía que estaba muy vivo, y tenía intención de seguir estándolo. Es por eso que, cuando la cerradura del maletín hizo clic, lo dejó sobre el techo bamboleante girado para que se abriese en la dirección contraria, se echó hacia atrás y levantó cuidadosamente la tapa con la bota.

Una larga cuchilla salió disparada. A un ladrón despreocupado le habría estropeado la digestión para siempre. Era obvio que alguien esperaba que la seguridad de los hoteles durante aquel viaje fuera muy mala.

Vimes la volvió a cargar con cuidado en los muelles de su vaina, examinó los contenidos del maletín, sonrió sin demasiada alegría y levantó con cautela algo que relucía con la luz plateada de una maldad meticulosamente diseñada, hermosamente construida y muy manejable.

Y pensó: A veces estaría bien equivocarse sobre la gente.

* * *

Gaspode sabía que ahora estaban en las estribaciones altas. Empezaban a escasear los sitios donde comprar comida. Por mucho cuidado que pusiera Zanahoria al llamar a la puerta de alguna granja aislada, terminaba teniendo que hablar con gente que estaba escondida debajo de la cama. La gente de allí no estaba acostumbrada a la idea de hombres musculosos con espadas que de verdad tenían ganas de *comprar* cosas.

Al final lo más rápido y sencillo solía ser entrar sin más, buscar en la despensa y dejar algo de dinero sobre la mesa para cuando la gente saliera del sótano.

Hacia dos días desde la última cabaña, y en ella había tan poco que Zanahoria, para disgusto de Gaspode, se había limitado a dejar algo de dinero.

El bosque se hizo más denso. Los alisos dieron paso a los pinos. Había nevadas todas las noches. Las estrellas eran puntitos diminutos de escarcha. Y todavía más

áspero y más frío, elevándose con cada puesta de sol, estaba el aullido.

Se alzaba por todos los lados, un enorme ulular plañidero que cruzaba los bosques helados.

—Están tan cerca que puedo olerlos —dijo Gaspode—. Llevan días siguiéndonos.

—Nunca se ha dado ningún caso comprobado de un lobo que atacara sin provocación a un humano adulto —dijo Zanahoria. Estaban los dos acurrucados bajo su capa.

Al cabo de un momento Gaspode preguntó:

—¿Y se supone que eso es bueno?

—¿A qué te refieres?

—Bueeno, y a sabes que los perros tenemos el cerebro pequeño, pero a mí me parece que eso viene a ser más o menos lo mismo que decir que ningún humano adulto que no los provocara ha regresado vivo para contar la historia, ¿no? Vamos, que el lobo solamente ha de asegurarse de que mata a la gente en sitios tranquilos donde nadie lo descubra nunca, ¿me equivoco?

Se posó más nieve sobre la capa. Era extensa y gruesa, una reliquia de muchas noches largas bajo la lluvia de Ankh-Morpork. Delante de ella, un fuego destellaba y siseaba.

—Desearía que no hubieras dicho eso, Gaspode.

Los copos de nieve que caían eran grandes de verdad. El invierno se estaba cerniendo deprisa sobre las montañas.

—¿Tú desearías que yo no lo hubiera dicho?

—Pero... no, estoy seguro de que no hay nada que temer.

La nieve ya cubría casi toda la capa.

—No tendrías que haber cambiado el caballo por esas raquetas para la nieve en el último sitio.

—El pobre estaba hecho polvo. Además, no fue exactamente un cambio. Aquella gente se negaba a salir de la chimenea. Dijeron que cogiésemos lo que quisiéramos.

—Dijeron que nos lo lleváramos todo pero que los dejásemos vivos.

—Sí. No sé por qué. Yo les sonreí.

Se oyó un suspiro perruno.

—El problema es que, fíjate, en el caballo me podías llevar, pero esta es nieve profunda y yo soy un perrito. Mis problemas están más cerca del suelo. Espero no tener que hacerte un dibujo.

—Tengo alguna ropa de sobra en mi mochila. Tal vez te podría hacer un... abrigo...

—Un abrigo no va a servir.

Otro aullido arrancó, esta vez muy cerca.

La nieve estaba cayendo mucho más deprisa. El susurro del fuego se

convirtió en un chisporroteo. Y luego se apagó.

A Gaspode no se le daba bien la nieve. No era una precipitación que tuviera que afrontar normalmente. En la ciudad siempre había un sitio caliente si uno sabía dónde mirar. Además, la nieve solamente seguía siendo nieve durante una hora o dos, y luego se volvía lodo marrón y las pisadas la mezclaban con el barro general de las calles.

Calles. Gaspode echaba muchísimo de menos las calles. En las calles podía ser listo. Aquí fuera no tenía dos dedos de frente, aunque sí muchos de nieve.

—El fuego se ha apagado —dijo.

Zanahoria no contestó.

—Digo que se ha apagado el fuego...

Esta vez se oyó un ronquido.

—¡Eh, no te puedes dormir! —gimió Gaspode—. Ahora no. ¡Moriremos congelados!

La última voz que se sumó al aullido parecía estar solamente a unos pocos árboles de distancia. Gaspode atisbo unas siluetas oscuras bajo la cortina infinita de nieve.

—... si tenemos suerte —balbució. Lamió la cara de Zanahoria, un gesto que por lo general resultaba en la persona lamida persiguiendo a Gaspode por la calle con una escoba. A modo de respuesta obtuvo únicamente otro ronquido.

Gaspode pensó a toda prisa.

Por supuesto, era un perro, y los perros y los lobos... bueno, eran lo mismo, ¿no? Lo sabía todo el mundo. Así pues, dijo una voz interior traicionera, tal vez no fuera exactamente que Zanahoria y Gaspode estuvieran en apuros. Tal vez fuera solamente Zanahoria. ¡Sí, eso es, hermanos! ¡Unámonos en las carreras salvajes bajo la luz de la luna! ¡Pero antes, comámonos a este mono!

Aunque bien olfateado...

Había padecido endurecimiento plantar, reblandecimiento plantar, el moquillo, trasero pringoso, costras, sarna y algo muy extraño en el pescuezo que no podía alcanzar. A Gaspode le costaba bastante imaginar a los lobos diciendo: «¡Eh, es uno de los nuestros!».

Además... aunque había mendigado, peleado, engañado y robado, la verdad es que nunca había sido un Perro Malo.

Había que ser un polemista teológico moderadamente bueno para aceptar esto, sobre todo teniendo en cuenta el gran número de salchichas y solomillos que habían desaparecido de las carnicerías con un revuelo de color gris y un olor persistente a alfombrilla de lavabo, pero aun así Gaspode creía a pies juntillas que nunca había pasado de ser meramente un Chico Travieso. Nunca había mordido la mano que lo alimentaba^[13]. Nunca había hecho Eso en la alfombra. Nunca había rehuído un Deber. Era una mierda, pero así estaban las cosas. Los perros eran así.

Soltó un gimoteo cuando el cerco de siluetas oscuras se estrechó a su alrededor.

Hubo un centelleo de ojos.

Volvió a gimotear y luego gruñó al verse rodeado por la muerte invisible y con colmillos.

Estaba claro que aquello no impresionaba a nadie, ni siquiera al propio Gaspode.

Meneó la cola, nervioso.

—¡Estamos de paso! —dijo, con voz estranguladamente jovial—. ¡No buscamos líos!

Tuvo la sensación clara de que las sombras que había detrás de los copos de nieve se poblaban cada vez más.

—¿Y bien, os habéis tomado ya las vacaciones este año? —preguntó con voz de pito.

Aquello tampoco tuvo aspecto de ser bien recibido.

Bueno, pues ya estaba. La Famosa Ultima Resistencia. Perro Valiente Defiende A Su Amo. Qué Perro Tan Bueno. Lástima que no fuera a quedar nadie para contarlos...

Ladró: « ¡Mío! ¡Mío!» y saltó gruñendo hacia la silueta más cercana.

Una pata enorme lo derribó en el aire y luego lo sujetó contra el suelo, despatarrado sobre la nieve.

Levantó la vista más allá de los colmillos blancos y del largo hocico hasta ver unos ojos que le resultaban familiares.

—*Mío* —gruñó la loba. Era Angua.

* * *

Los carruajes aminoraron la marcha hasta un trote lento por un camino que era todo baches bajo la nieve intacta, cada uno de ellos una trampa romperruedas en la oscuridad.

Vimes asintió para sí mismo cuando vio luces que parpadeaban junto al camino, tras adentrarse unos pocos kilómetros en el paso. A ambos lados, los antiguos desprendimientos de tierra habían formado taludes de pedregal, por entre los cuales se habían extendido los bosques.

Se descolgó sin hacer ruido por la parte trasera del carruaje y desapareció en las sombras.

El carruaje que iba en cabeza se detuvo frente a un tronco que había sido colocado de lado a lado del camino. Hubo cierto movimiento y entonces el cochero se dejó caer sobre el barro y echó a correr como alma que lleva el diablo por el desfiladero.

Varias figuras salieron de entre los árboles. Una de ellas se detuvo junto a la

portezuela del primer carruaje y probó a abrir la manecilla.

Durante un momento el mundo entero contuvo la respiración. La figura debió de notarlo, porque ya estaba saltando a un lado cuando se oyó un chasquido y la portezuela entera y el marco que la rodeaba estallaron hacia fuera en medio de una nube de astillas.

Lo que tenían los fuegos, había comentado una vez Vimes, era que solamente un idiota aparecía entre ellos y un troll que empuñaba una ballesta de una tonelada. No es que se hubiera desatado el infierno. Solamente era Detritus. Pero desde unos cuantos metros de distancia no se veía la diferencia.

Otra figura extendió el brazo hacia la portezuela del segundo carruaje justo antes de que Vimes disparara desde la oscuridad y le diese en el hombro con un ruido como de carnicero. A continuación Iñigo saltó de cabeza por la ventanilla, rodó por el suelo con elegancia poco propia de un secretario, se incorporó delante de un bandolero e hizo girar el brazo, con el borde de la mano por delante, hacia el cuello del tipo.

Vimes había visto aquel truco antes. Por lo general solamente servía para enfadar a la gente. De vez en cuando conseguía dejar a la víctima fuera de combate.

Era la primera vez que lo veía cercenar una cabeza.

—¡Quieto todo el mundo!

Alguien sacó a Sybil del carruaje a empujones. Detrás de ella salió un hombre. Tenía una ballesta en la mano.

—¡Su excelencia Vimes! —gritó.

La palabra rebotó de un lado a otro entre los acantilados.

—¡Sé qué está aquí, su excelencia Vimes! ¡Y aquí está su dama! ¡Y somos muchos! ¡Salga de una vez, su excelencia Vimes!

Los copos de nieve siseaban por encima de las hogueras.

Se oyó un susurro en el aire seguido de un segundo impacto de acero contra músculo. Una de las figuras encapuchadas se desplomó sobre la nieve, agarrándose la pierna.

Iñigo se puso lentamente de pie. El hombre que sostenía la ballesta no dio signos de darse cuenta.

—¡Es como el ajedrez, su excelencia Vimes! ¡Hemos desarmado al troll y al enano! ¡Y tengo a la reina! Y si ahora me dispara, ¿puede estar seguro de que no tendré tiempo de disparar yo?

El fuego relució entre los árboles retorcidos que bordeaban el camino.

Pasaron varios segundos.

Luego la ballesta de Vimes aterrizó en el círculo de luz haciendo mucho ruido.

—¡Bien hecho, su excelencia Vimes! ¡Y ahora usted, se lo ruego!

La figura que apareció en el borde mismo de la luz, con los dos brazos en alto, se convirtió en Iñigo.

—¿Te encuentras bien, Sybil? —preguntó Vimes.

—Tengo un poco de frío, Sam.

—¿No te han hecho daño?

—No, Sam.

—¡Las manos donde yo pueda verlas, su excelencia Vimes!

—¿Y vas a prometerme que la soltarás? —dijo Vimes.

Una llama ardió cerca de la cara de Vimes, un brillante punto luminoso en la oscuridad, mientras encendía un puro.

—Venga, su excelencia Vimes, ¿por qué iba yo a hacer eso? ¡Pero estoy seguro de que Ankh-Morpork va a pagar muy bien por ustedes!

—Ah. Ya me lo parecía —dijo Vimes. Agitó la cerilla para apagarla y la punta del puro resplandeció un momento—. ¿Sybil?

—¿Sí, Sam?

—Al suelo.

Hubo un segundo dedicado solamente a inspirar aire y a continuación, mientras lady Sybil se lanzaba hacia delante, la mano de Vimes apareció trazando un arco desde detrás de su espalda, hubo un sonido sedoso y la cabeza del hombre salió despedida hacia atrás.

Iñigo saltó y recogió la ballesta del bandido en plena caída, luego rodó por el suelo y se levantó al tiempo que disparaba. Otra figura se tambaleó.

Vimes fue consciente de un alboroto en los alrededores mientras agarraba a Sybil y la ayudaba a entrar otra vez en el carruaje. Iñigo acababa de desaparecer, pero en la oscuridad se oyó gritar a una voz que Vimes no conocía.

Y luego... nada más que el susurro de la nieve sobre el fuego.

—Yo... creo que se han ido, señor —dijo la voz de Jovial.

—¡No tan deprisa como nosotros! ¿Detritus?

—¿Señor?

—¿Estás bien?

—Sintiéndome muy diplomático, señor.

—Vosotros dos cogéis ese carruaje, yo cojo este y salimos de aquí cagando leches, ¿de acuerdo?

—¿Dónde está el señor Espumadera? —preguntó Sybil.

Se oyó otro grito procedente del bosque.

—¡Olvidate de él!

—Pero si es...

—¡Olvidate de él!

La nevada se hizo más densa mientras subían por el paso. La nieve profunda entorpecía el avance de las ruedas, y lo único que podía ver Vimes eran las siluetas más oscuras de los caballos sobre el fondo blanco. Más adelante las nubes escamparon brevemente y él deseó que no lo hubieran hecho, porque de pronto se pudo ver que la oscuridad que quedaba a la izquierda de él ya no eran rocas

sino un verdadero abismo.

En la cima del paso las luces de una posada derramaban su resplandor sobre la nieve cada vez más espesa. Vimes condujo el carruaje hasta el patio.

—¿Detritus?

—¿Señor?

—Yo vigilo la retaguardia. Asegúrate de que no hay sorpresas, ¿quieres?

—Sí señor.

El troll saltó del vehículo y encajó un haz nuevo de flechas en el Pedacificador. Vimes le vio las intenciones justo a tiempo.

—Basta con llamar, sargento.

—Lo que usted diga, señor.

El troll llamó a la puerta y entró. El murmullo procedente del interior cesó de repente. Amortiguadas por la puerta Vimes oyó las palabras:

—Va a entrar el duque de Ankh-Morpork ¿Alguien tiene algún problema con eso? Quien lo tenga, que lo diga. —Y de fondo, el ligero zumbido cantarín que hacía el Pedacificador cuando estaba tenso.

Vimes ayudó a Sybil a bajar del carruaje.

—¿Cómo te sientes ahora? —le preguntó.

Ella le dedicó una débil sonrisa.

—Creo que este vestido ha quedado para hacer trapos —dijo.

Sonrió un poco más cuando vio la expresión de él.

—Sabía que se te ocurriría algo, Sam. Te pones todo lento y frío y eso quiere decir que va a pasar algo terrible de verdad. No me he asustado.

—¿De veras? Yo estaba cag... muerto de miedo —dijo Vimes.

—¿Qué le ha pasado al señor Espumadera? Recuerdo que se ha puesto a hurgar en su maletín y a maldecir...

—Sospecho que Iñigo Espumadera está sano y salvo —dijo Vimes con el rostro serio—. Que es más de lo que se puede decir de los que había con él.

El salón de la posada estaba en silencio. Un hombre y una mujer, presumiblemente el posadero y su esposa, tenían la espalda pegada a la pared de detrás de la barra. Los demás ocupantes, alrededor de una docena, estaban contra las paredes, con las manos en alto. Goteaba cerveza de un par de jarras volcadas.

—Todo está normal y en paz —dijo Detritus, dándose la vuelta.

Vimes se dio cuenta de que todo el mundo lo estaba mirando. Bajó la vista. Tenía la camisa rasgada. La ropa embadurnada de barro y sangre. De la ropa le goteaba nieve fundida. En la mano derecha, sin darse cuenta, todavía llevaba la ballesta.

—Hemos tenido algún problemilla en el camino —dijo—. Esto... ya saben cómo es.

Nadie se movió.

—Oh, por los dioses... Detritus, baja de una vez ese maldito trasto, ¿quieres?

—Bien, señor.

El troll bajó su ballesta. Dos docenas de personas empezaron a respirar otra vez.

Luego la mujer flaca salió de detrás de la barra, saludó con la cabeza a Vimes, cogió con cuidado la mano de lady Sybil que él tenía en la suya y señaló en dirección a la ancha escalera de madera. La mirada lúgubre que le dedicó a Vimes lo dejó perplejo.

Solamente entonces se dio cuenta de que lady Sybil estaba temblando. Y de que le caían lágrimas por la cara.

—Y... esto... mi mujer está un poco agitada —dijo con voz débil—. ¡Cabo Culopequeño! —gritó, para ocultar su confusión.

Jovial entró por la puerta.

—Vete con lady Syb...

Un barullo incipiente le hizo detenerse. Un par de personas señalaron. Alguien se rió. Jovial se detuvo y bajó la vista.

—¿Qué pasa? —masculló Vimes entre dientes.

—Esto... es por mí, señor. La moda de los enanos de Ankh-Morpork no ha calado mucho aquí, señor —explicó Jovial.

—¿La falda? —dijo Vimes.

—Sí, señor.

Vimes miró las caras que lo rodeaban. Parecían más asombradas que enfadadas, aunque vio a un par de enanos en un rincón que no estaban nada contentos.

—Ve con lady Sybil —repitió.

—Puede que no sea muy buena id... —empezó a decir Jovial.

—¡Por todos los demonios! —gritó Vimes, incapaz de refrenarse. La multitud guardó silencio. Un loco desarrapado y manchado de sangre con una ballesta en la mano siempre puede contar con un público absorto.

Entonces se estremeció. Lo que quería ahora era una cama, pero lo que realmente quería, antes de irse a la cama, y más que nada en el mundo, era una copa. Y no se la podía tomar. Eso lo había aprendido hacía mucho. Una sola copa era siempre una de más.

—Muy bien, cuéntame —dijo.

—Todos los enanos son hombres, señor —explicó Jovial—. O sea... tradicionalmente. Así es como todo el mundo piensa por aquí arriba.

—Bueno... quédate al otro lado de la puerta, o... o cierra los ojos, o algo, ¿vale?

Vimes levantó la barbilla de lady Sybil.

—¿Te encuentras bien, querida? —preguntó.

—Siento decepcionarte, Sam —susurró ella—. Es que ha sido horrible.

Vimes, diseñado por la naturaleza para ser uno de esos hombres incapaces de besar a su esposa en público, le dio unos golpecitos impotentes en el hombro. Y ella pensaba que era ella quien lo había decepcionado a él. Resultaba insoportable.

—Tú solamente... o sea, Jovial irá... y yo voy a... solucionar cuatro cosas y enseguida estoy contigo —dijo—. Me imagino que nos darán un buen dormitorio.

Ella asintió, sin levantar la vista.

—Y... voy afuera a por un poco de aire fresco.

Vimes salió. Había dejado de nevar un momento. La luna estaba medio escondida detrás de las nubes, y el aire olía a escarcha.

Cuando la figura se dejó caer del alero del tejado, se quedó asombrada por la forma en que Vimes se dio la vuelta y la estampó contra la pared.

Vimes miró a través de una niebla roja la cara iluminada por la luna de Iñigo Espumadera.

—Te voy a... —empezó a decir.

—Mire abajo, excelencia —le interrumpió Espumadera—, Ujum-ujum.

Vimes notó el ligerísimo pinchazo de un cuchillo en su estómago.

—Mira tú más abajo —dijo.

Iñigo bajó la vista. Tragó saliva. Vimes también tenía un cuchillo.

—Realmente no es usted ningún caballero, pues —dijo.

—Prueba a hacer un movimiento brusco y tú tampoco lo serás —informó Vimes—. Y ahora parece que hemos llegado a lo que el sargento Colon persiste en llamar un «pimpas».

—Le aseguro que no lo voy a matar —dijo Iñigo.

—Eso ya lo sé —respondió Vimes—. ¿Pero lo vas a intentar?

—No, estoy aquí para su protección, ujum-ujum.

—Te manda Vetinari, ¿verdad?

—Ya sabe que nunca divulgamos el nombre de...

—Es verdad. Tu gente es muy *honorable*. —Vimes escupió la palabra—. En ese sentido.

Los dos hombres se relajaron un poco.

—Me ha dejado usted solo y rodeado de enemigos —dijo Iñigo, pero sin un tono demasiado acusatorio.

—¿Por qué me va a importar lo que le pase a un puñado de bandidos? —dijo Vimes—. Eres un asesino.

—¿Cómo lo ha averiguado? ¿Ujum?

—Los polis se fijan en cómo camina la gente. Los klatchianos dicen que la pierna de un hombre es su segunda cara, ¿lo sabías? Y esos pequeños andares tuyos de secretario, de mira lo inofensivo que soy, eran demasiado buenos para ser verdad.

—¿Quiere decir que solamente por mi forma de andar usted...?

—No. No cogiste la naranja —dijo Vimes.

—Venga ya...

—No. La gente o bien la coge o bien se encoge. Pero tú viste que no era ningún peligro. Y cuando te agarré del brazo noté metal debajo de tu ropa. Así que mandé un clac a la ciudad con tu descripción.

Soltó a Iñigo y caminó hasta el carruaje, dejando su espalda desprotegida. Cogió algo del pescante, regresó y se lo enseñó al hombre.

—Sé que esto es tuyo —dijo—. Te lo birlé del maletín. Si alguna vez pilló a alguien en Ankh-Morpork con uno de estos, haré que su vida sea un verdadero infierno como solamente sabe hacerlo un poli. ¿Queda claro?

—Si alguna vez pilló usted a alguien con uno de estos en Ankh-Morpork, excelencia, ujum, aun así tendrán suerte de que no los haya encontrado primero el Gremio de Asesinos, ujumf. Están en nuestra lista de cosas prohibidas dentro de la ciudad. Pero ahora estamos muy lejos de Ankh-Morpork Ujum-ujum.

Vimes le dio vueltas y más vueltas al objeto en sus manos. Se parecía vagamente a un martillo con el mango muy largo, o tal vez a un telescopio de extraña factura. Lo que era, básicamente, era un muelle. Eso es lo único que era una ballesta, al fin y al cabo.

—Cuesta horrores de cargar —dijo—. Casi me he roto el brazo al amartillarlo con una roca. Solamente vale para un tiro.

—Pero es el tiro que nadie espera, ujum-ujum.

Vimes asintió. Aquella cosa incluso se podía esconder dentro de los pantalones, aunque la mera idea de que tanta potencia tensada estuviera tan cerca requeriría nervios de acero y también otras partes de acero, ya puestos.

—Esto no es un arma. Es para matar gente —dijo.

—Eh... la mayoría de las armas lo son —replicó Iñigo.

—No, no lo son. Son para *no tener* que matar gente. Son para... para tenerlas. Para enseñarlas. Para avisar. Esto es distinto. Esto es para tenerlo escondido hasta el momento de sacarlo y matar a gente en la oscuridad. ¿Y dónde está esa otra cosa?

—¿Excelencia?

—La daga de palma. No intentes mentirme.

Iñigo se encogió de hombros. El movimiento hizo asomar algo plateado de su manga. Era una cuchilla cuidadosamente diseñada, con un lado acolchado, que se deslizaba junto al borde de su mano. Se oyó un clic procedente del interior de su chaqueta.

—Por los dioses —susurró Vimes—. ¿Sabes cuántas veces han intentado asesinarme, hombre?

—Sí, excelencia. Nueve veces. El Gremio ha establecido su precio en seiscientos mil dólares. La última vez que se presentó un encargo, ningún miembro del Gremio se prestó voluntario. Ujum-ujum.

—¡Ja!

—Por cierto, y extraoficialmente, desde luego, nos gustaría saber el paradero del cuerpo del Honorable Eustace Bassingly-Gore, ujum-ujum.

Vimes se rascó la nariz.

—¿Ese fue el que intentó envenenar mi crema de afeitarse?

—Sí, excelencia.

—Bueno, a menos que su cuerpo sea un excelente nadador, sigue a bordo de un barco rumbo a Ghat pasando por el cabo del Terror —dijo Vimes—. Y además, le pagué al capitán mil dólares para que no le quitara las cadenas antes de Zambingo. Eso le deja a su cuerpo una buena caminata de vuelta a casa a través de las selvas de Klatch, donde estoy seguro de que su conocimiento de los venenos poco comunes le irá muy bien, aunque tal vez no tan bien como tener conocimiento de los antídotos.

—¡Mil dólares!

—Bueno, el tipo llevaba mil doscientos dólares encima. El resto lo doné al Santuario Rayo de Sol para Dragones Enfermos. Tengo un recibo, por cierto. A vosotros os gustan los recibos, tengo entendido.

—¿Le robó usted su dinero? Ujum-ujum.

Vimes respiró muy hondo. La voz, cuando le salió, era como una balsa de aceite.

—No iba a desperdiciar ni un penique del mío. Y él acababa de intentar matarme. Piensa en ello como una inversión, por el bien de su salud. Por supuesto, si en el futuro se le ocurre venir a verme, me aseguraré de que reciba lo que merece.

—Estoy... atónito, excelencia. Ujum-ujum. Bassingly-Gore era un espadachín extremadamente competente.

—¿En serio? Por lo general nunca espero a averiguar esa clase de cosas.

Iñigo sonrió con aquella sonrisita fina suya.

—Y hace dos meses sir Richard Liddleley apareció atado a una fuente en la plaza Sator, pintado de rosa y con una bandera metida en el...

—Me sentía generoso aquel día —dijo Vimes—. Lo siento, yo no juego a vuestros juegos.

—El asesinato no es ningún juego, excelencia.

—Lo es tal y como los tuyos lo practican.

—Tiene que haber reglas. De otra forma sería pura anarquía. Ujum-ujum. Usted tiene su código y nosotros el nuestro.

—¿Y a ti te han mandado aquí para protegerme?

—Tengo otras habilidades, pero... sí.

—¿Qué te hace creer que te necesito?

—Bueno, excelencia... Aquí sí que no tienen reglas. Ujum-ujum.

—¡Llevo casi toda la vida tratando con gente que no tiene reglas!

—Sí, claro. Pero a esos, cuando uno los mata, no se vuelven a levantar.

—¡Yo nunca he matado a nadie! —gritó Vimes.

—Ha disparado a ese bandido a la garganta.

—Le estaba apuntando al hombro.

—Sí, el trasto desvía a la izquierda —dijo Iñigo—. Quiere usted decir que nunca ha *intentado* matar a nadie. Yo, por mi parte, sí. Y ahí no existe la opción de dudar. Ujumf.

—¡Yo no he dudado!

Iñigo suspiró.

—En el Gremio, excelencia, no... no nos pavoneamos.

—¿Me he pavoneado?

—Todo el asunto del puro...

—¿Te refieres a cuando he cerrado los ojos y ellos han tenido que mirar a una llama en la oscuridad?

—Ah... —Iñigo vaciló—. Pero podían haberle disparado a usted en ese mismo momento.

—No. Yo no suponía ninguna amenaza. Y ya has oído su voz. Yo oigo mucho esa clase de voces. Ese hombre no era de los que disparan a alguien demasiado pronto y arruinan la diversión. Doy por sentado que no tienes un contrato para liquidarme a mí...

—Correcto.

—¿Y puedes jurarlo?

—Por mi honor como Asesino.

—Sí —dijo Vimes—. Ahí es donde yo tengo un problema, claro. Y no sé cómo explicar esto, Iñigo, pero no actúas como el típico asesino del Gremio. Lord esto, sir aquello... vale que el Gremio es una escuela de caballeros, pero tú... y los dioses saben que no tengo ánimo de ofender... no eres exactamente...

Iñigo se tocó un mechón de pelo.

—Estudié con una beca, señor —dijo.

Pues claro que sí, pensó Vimes. A los asesinos aficionados y vulgares te los encuentras en cualquier calle. La mayoría están trastornados o son unos borrachos o bien es una pobre mujer que ha tenido un mal día y su marido le ha levantado la mano una vez de más y de pronto se deja llevar por veinte años de frustración. Matar a un completo desconocido sin malicia ni satisfacción, sin nada más que el orgullo artesanal del trabajo bien hecho, es un talento tan poco común que los ejércitos se pasan meses enteros intentando infundírselo a los soldados jóvenes. La mayoría de la gente no se atrevería a matar a personas que no le han presentado.

El Gremio debía tener a un par como Iñigo. ¿Acaso algún cabrón filósofo no dijo una vez que un gobierno necesita carniceros tanto como pastores?

Vimes señaló la pequeña ballesta.

—Muy bien, cógela —dijo—. Pero puedes hacer correr la voz de que si alguna vez, cuando sea, veo una en las calles, el propietario se la encontrará metida allí donde el sol no brilla.

—Ah —dijo Iñigo—. Es ese sitio con un nombre tan gracioso que hay en Lancre, ¿verdad? Creo que solo está a unos cien kilómetros de aquí. Ujum-ujum.

—Puedes estar seguro de que me sé un atajo.

* * *

Gaspede probó a soplar otra vez en la oreja de Zanahoria.

—Hora de despertarse —gruñó.

Zanahoria abrió los ojos, parpadeó para quitarse la nieve, y luego intentó moverse.

—Mejor quédate quieto ahí, ¿vale? —dijo Gaspede—. Si te sirve de algo, prueba a pensar que son como un edredón muy pesado.

Zanahoria forcejeó débilmente. Los lobos que había amontonados sobre él cambiaron de posición.

—Tiene que ser calentito, calentito —dijo Gaspede con una sonrisa nerviosa—. Una manta de lobos, ¿eh? Claro que vas a echar un poquillo de peste durante un tiempo, pero lo que no mata, pica ¿no? —Se rascó una oreja concienzudamente con una pata trasera. Uno de los lobos le gruñó—. Lo siento. El papeo estará listo en un momento.

—¿Comida? —murmuró Zanahoria.

Angua apareció en el campo de visión de Zanahoria, vestida con una camisa de cuero y leotardos. Se lo quedó mirando de pie, con los brazos en jarras. Para asombro de Gaspede, Zanahoria consiguió incorporarse hasta apoyarse en los codos, desplazando a varios lobos.

—¿Nos estabas siguiendo tú? —preguntó.

—Yo no, ellos —dijo Angua—. Pensaban que eras tonto del culo. Lo oí en su aullido. ¡Y tenían razón! ¡Llevas tres días sin comer nada! Y aquí arriba el invierno no se pasa un mes entero dejando caer pistas de que viene. ¡Aparece de la noche a la mañana! ¿Por qué has sido tan idiota?

Gaspede examinó el claro. Angua había reavivado el fuego.

Gaspede no lo habría creído si no lo hubiera visto, pero los lobos, lobos de verdad, habían traído leña caída para ella. Y luego había aparecido otro con un ciervo pequeño, todavía gordo después del otoño. El olor del ciervo al asarse le estaba haciendo babear.

Algo humano y complicado estaba teniendo lugar entre Zanahoria y Angua. Sonaba como una discusión pero no *olía* a discusión. En cualquier caso, todos los acontecimientos recientes tenían una lógica perfecta para Gaspede. La hembra se había escapado y el macho la perseguía. Así solían ser las cosas. En realidad,

solían ser como unos veinte machos de todos los tamaños, pero obviamente, admitió Gaspode, las cosas eran un poco distintas para los humanos.

Muy pronto, pensó, Zanahoria se fijaría en el lobo macho enorme que había sentado junto al fuego. Y entonces volarían los pellejos. Cómo son los humanos, ¿eh?

Gaspode no estaba nada seguro de su propia ascendencia. Tenía algo de terrier, y una pizca de spaniel, y probablemente la pata de alguien, y una gran cantidad de chuchó. Pero él creía a pies juntillas que todos los perros tenían una pequeñísima parte de lobo, y la suya le estaba mandando mensajes urgentes de que el lobo que estaba junto al fuego era uno de esos a los que no hay ni que mirar de frente.

No es que el lobo se mostrara visiblemente feroz. No le hacía falta. Aun sentado y sin moverse, irradiaba la confianza del poder competente. Gaspode era, si no el vencedor, por lo menos sí el superviviente de muchas peleas callejeras, y como tal no se habría enfrentado a aquel animal ni aunque lo respaldaran un par de leones y un hombre con un hacha.

En cambio, se acercó con sigilo a una loba que estaba mirando el fuego con altivez.

—Eh, perra —dijo.

—¿Qué me has dicho?

Gaspode se replanteó su estrategia.

—Eh, perrill... esto... lobita —probó.

Cierto descenso de la temperatura sugirió que aquello tampoco había funcionado.

—Hola, señorita —dijo, esperanzado.

El hocico de ella se giró en dirección a él. Sus ojos se entrecerraron.

—¿Tú qué eres? —De cada una de sus sílabas se desprendía hielo.

—Me llamo Gaspode —ladró Gaspode, con jovialidad demente—. Soy un perro. Es un tipo de lobo, más o menos. Y... ¿cómo te llamas tú?

—Lárrgate.

—No quería ofenderte. Oye, he oído que los lobos se emparejan para toda la vida, ¿no?

—¿Y qué?

—Ojalá me pasara a mí.

Gaspode se quedó paralizado mientras el hocico de la loba se cerraba en un mordisco a pocos centímetros de la nariz de él.

—De donde yo vengo, devorramos a las cosas como tú —dijo ella.

—Muy bien, muy bien —murmuró Gaspode, retrocediendo—. Hay que ver, uno intenta ser amable y esto es lo que pasa...

Junto al fuego, los humanos se estaban poniendo complicados. Gaspode regresó a hurtadillas y se tumbó.

—Me lo podrías haber dicho —estaba diciendo Zanahoria.

—Habría tardado demasiado. Tú siempre quieres entenderlo todo. Además, no es cosa tuya. Es un asunto de familia.

Zanahoria hizo un gesto de la mano en dirección al lobo.

—¿Es un pariente?

—No. Es un... amigo.

A Gaspode se le movieron las orejas. Pensó: Ay, ay, ay ...

—Es muy grande para ser un lobo —dijo Zanahoria despacio, como si estuviera archivando información nueva.

—Es un lobo muy grande —dijo Angua, encogiéndose de hombros.

—¿Otro hombre lobo?

—No.

—¿Solo lobo?

—Sí —respondió Angua en tono sarcástico—. *Solo lobo.*

—¿Y se llama...?

—No pondría problemas si lo llamaras Gavin.

—¿Gavin?

—Una vez se comió a alguien llamado Gavin.

—¿Cómo, entero?

—Claro que no. Solamente lo bastante como para asegurarse de que el hombre no pusiera más trampas para lobos. —Angua sonrió—. Gavin es... bastante inusual.

Zanahoria miró al lobo y sonrió. Cogió un trozo de madera y se lo tiró suavemente. El lobo lo atrapó en medio del aire como si fuera un perro.

—Estoy seguro de que seremos amigos —dijo.

Angua suspiró.

—Espera.

Gaspode, el espectador desapercibido, miró cómo Gavin, sin quitarle la vista de encima a Zanahoria, partía la madera muy lentamente en dos con los dientes.

—¿Zanahoria? —dijo Angua con dulzura—. No vuelvas a hacer eso. Gavin ni siquiera es del mismo clan que estos lobos, y se ha hecho el amo de la manada sin que nadie soltara un solo gañido. No es un perro. Y mata, Zanahoria. Oh, no pongas esa cara. No quiero decir que se abalance sobre los niños perdidos o se coma a alguna que otra abuela. Quiero decir que si cree que un humano merece morir, ese humano está muerto. Siempre, siempre luchará hasta el final. Es así de simple.

—¿Es un *viejo* amigo tuyo?

—Sí.

—Un... amigo.

—Sí. —Angua puso los ojos en blanco y dijo, en tono de sarcasmo cantarín —: Un día yo estaba en el bosque y me caí en un viejo foso bajo la nieve y unos

lobos me encontraron y me habrían matado si no fuera porque Gavin apareció y les hizo frente. No me preguntes por qué. A veces la gente hace cosas. Los lobos también. Punto final.

—Gaspode me dijo que los lobos y los hombres lobo no se llevan bien —dijo Zanahoria con paciencia.

—Tiene razón. Si Gavin no estuviera aquí ya me habrían hecho pedazos. Puedo parecer una loba, pero no lo soy. ¡Soy una mujer lobo! Y tampoco soy humana. ¡Soy una mujer lobo! ¿Lo entiendes? ¿Sabes algunos de esos comentarios que hace la gente? Pues bueno, los lobos no hacen comentarios. Van directos a la garganta. Los lobos tienen muy buen olfato. No se los puede engañar. Puedo pasar por humana, pero no puedo pasar por loba.

—Nunca lo había pensado así... O sea, lo normal sería que los lobos y los hombres lobo...

—Así son las cosas —dijo Angua con un suspiro.

—Has dicho que era un asunto de familia —prosiguió Zanahoria, como si estuviera repasando mentalmente una lista.

—Quiero decir que es personal. Gavin bajó desde aquí y *se metió en Ankh-Morpork* para avisarme. Hasta dormía en las carretas de la leña durante el día para no dejar de avanzar. ¿Te puedes imaginar las agallas que hay que tener? Esto no tiene nada que ver con la Guardia. Esto no tiene nada que ver contigo.

Zanahoria miró a su alrededor. Volvía a nevar y la nieve se convertía en lluvia sobre el fuego.

—Ahora estoy aquí.

—Vete. Por favor. Yo puedo solucionar esto.

—¿Y luego volverás a Ankh-Morpork? ¿Después?

—Yo... —Angua vaciló.

—Creo que me tengo que quedar —dijo Zanahoria.

—Escucha, la ciudad te necesita —dijo Angua—. Ya sabes que Vimes confía en...

—He dimitido.

Por un momento a Gaspode le pareció que podía oír el ruido que hacía cada copo de nieve al posarse en el suelo.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Y qué ha dicho el viejo Carapiedra?

—Hum, nada. Ya se había marchado a Uberwald.

—¿Vimes viene a Uberwald?

—Sí. Para la coronación.

—¿Se ha mezclado en esto? —preguntó Angua.

—¿Mezclado en qué?

—Oh, mi familia ha sido... estúpida. No estoy segura de saberlo todo, pero

los lobos están preocupados. Cuando los hombres lobo causan problemas, son los lobos de verdad los que siempre sufren. La gente quiere matar cualquier cosa que tenga pelo. —Angua se quedó mirando el fuego durante un momento y luego dijo, con jovialidad forzada—: Entonces, ¿quién se ha quedado al mando?

—No lo sé. Por veteranía le toca a Fred Colon.

—Ja, sí. En sus pesadillas. —Angua vaciló—. ¿De verdad te has marchado?

—Sí.

—Oh.

Gaspode oyó caer algunos copos más de nieve.

—Bueno, ahora no llegaréis muy lejos por vuestra cuenta —dijo Angua, poniéndose de pie—. Descansa otra hora. Luego cruzaremos las profundidades del bosque. Allí todavía no hay mucha nieve. Tenemos mucho terreno que cubrir. Espero que puedas seguir el ritmo.

* * *

A la mañana siguiente temprano, mientras desayunaban, Vimes vio que el resto de los clientes se mantenía tan lejos de él que casi estaban agarrados a las paredes.

—Los hombres que salieron volvieron sobre la medianoche, señor —informó Jovial en voz baja.

—¿Y atraparon a alguien?

—Hum... más o menos, señor. Encontraron siete cadáveres.

—¿Siete?

—Creen que los demás pueden haberse escapado por un caminito que sube entre las rocas.

—Pero... ¿siete? Detritus se cargó a uno y... yo a otro, y un par más estaban heridos, e Iñigo se cargó a... uno... —La voz de Vimes descendió gradualmente.

Contempló a Iñigo Espumadera, que estaba sentado al otro lado de la sala, en una mesa pública llena de gente. Las sillas alrededor de Vimes y lady Sybil estaban desiertas. Sybil lo había achacado a la deferencia. El hombrecillo estaba comiendo sopa en un pequeño mundo hermético rodeado de brazos que se agitaban y codos que se entrometían. Hasta se había metido una servilleta por el cuello de la camisa.

—Estaban... muy muertos, señor —susurró Jovial.

—Bueno, esto ha sido... interesante —dijo Sybil, secándose la boca con delicadeza—. Nunca había tomado sopa con salchichas dentro para desayunar. ¿Cómo se llama, Jovial?

—Sosiebo, milady —dijo Jovial—. Quiere decir «sopa de sebo». Ahora estamos cerca de los estratos de sebo de Schmaltzberg y, bueno, es nutritiva y protege contra el frío.

—Qué interesante.

Lady Sybil miró a su marido. Este no le había quitado la vista de encima a Iñigo.

La puerta se abrió y Detritus se agachó para entrar, golpeándose los nudillos para quitarles la nieve.

—No está tan mal —comentó—. Dicen que sería buena idea salir temprano, señor.

—No me cabe duda —dijo Vimes, y pensó: No quieren a alguien como yo por aquí, a saber quién moriría.

Varias caras que recordaba vagamente de la noche anterior ya no estaban. Era de suponer que algunos viajeros habían partido más temprano todavía, lo cual quería decir que probablemente las noticias lo precedieran. Había entrado dando tumbos, cubierto de sangre y de barro, llevando una ballesta, y mira por dónde, cuando habían ido a mirar, se habían encontrado con *siete* hombres muertos. Para cuando una historia como aquella hubiera recorrido veinte kilómetros, él llevaría también un hacha, y ya puestos que sean treinta hombres muertos y un perro.

Estaba claro que la carrera diplomática había empezado bien, ¿eh?

Mientras entraban en el carruaje, vio el pequeño dardo clavado en el marco de la portezuela. Era de metal, con alerones metálicos y tenía un aspecto general de velocidad, como si nada más tocarlo te fueras a quemar los dedos.

Caminó hasta la parte de atrás del carruaje. Había otra flecha mucho más larga en la parte alta de la decoración de madera.

—Intentaron alcanzarlo a usted en el repecho —dijo Iñigo detrás de él.

—Tú los has matado.

—Algunos se han escapado.

—Me sorprende.

—Solamente tengo dos manos, excelencia.

Vimes levantó la mirada hacia el letrero de la posada. Toscamente pintada en los tablones había una cabeza grande y roja, provista de trompa y colmillos.

—Esta es la posada del Quinto Elefante —dijo Iñigo—. Dejó usted atrás la ley cuando rebasamos Lancre, excelencia. Aquí manda la *tradición*. Lo que conservas es lo que puedes conservar. Lo que tienes es aquello por lo que luchas. Los más preparados sobreviven.

—Ankh-Morpork también es bastante salvaje, señor Espumadera.

—Ankh-Morpork tiene muchas leyes. Sucede solamente que la gente no las obedece. Y eso, excelencia, ya es sebo de otro cuenco, ujum-ujumf.

Se pusieron en marcha formando caravana. Detritus iba sentado en el techo del primer carruaje, al que le faltaba una portezuela y la mayor parte de un costado. El paisaje era llano y blanco, una extensión monótona de nieve.

Al cabo de un rato pasaron junto a una torre de clacs. Las quemaduras en un costado de la base de piedra sugerían que alguien había pensado que la falta de

noticias es la mejor noticia, pero los postigos de los heliógrafos estaban tableteando y centelleando bajo el sol.

—El mundo entero está mirando —dijo Vimes.

—Pero nunca le ha importado este sitio —repuso Espumadera—. Hasta ahora. Y ahora quiere arrancarle la tapa al país y llevarse lo que hay debajo, ujumf-ujum.

Vaya, pensó Vimes, nuestro secretario asesino sí que tiene más de una emoción.

—Ankh-Morpork siempre ha intentado llevarse bien con las demás naciones —dijo Sybil—. Bueno, por lo menos en los últimos tiempos.

—Yo no creo que sea exactamente que lo *intentamos*, querida —dijo Vimes—. Es tan solo que hemos descubierto que... ¿Por qué nos paramos?

Bajó la ventanilla.

—¿Qué está pasando, sargento?

—Esperamos a esos enanos, señor —gritó el troll desde arriba.

Varios centenares de enanos, en columna de a cuatro, se acercaban al trote cruzando la llanura blanca. A Vimes le pareció que tenían un aspecto muy decidido.

—¿Detritus?

—¿Siseñor?

—Intenta no tener demasiada pinta de troll, ¿quieres?

—Intentándolo a destajo, señor.

La columna los alcanzó justo antes de que alguien les aullara la orden de detenerse. Un enano se separó del resto y caminó hasta el carruaje.

—*ĴTā'grdzk!* —bramó.

—¿Quiere que me encargue yo de esto, excelencia? —se ofreció Iñigo.

—Yo soy el maldito embajador —dijo Vimes.

Se bajó del vehículo.

—*Buenos días, enano* [indicando bellaco], *soy Capataz Vimes de la Cuidadora.*

Lady Sybil oyó que Iñigo soltaba un pequeño gemido.

—*¿Krz? ¿Gr'dazak yadf?*

—Espera, espera, que eso me lo sé... *Estoy seguro de que eres un enano sin convicciones. Sacudamos nuestros asuntos, enano* [indicando bellaco].

—Sí, me parece que bastará con eso —dijo Iñigo—. Ujumf-ujum.

Al enano que estaba al mando se le habían ruborizado aquellas zonas de la cara que eran visibles debajo del pelo. El resto del escuadrón estaba mostrando un interés renovado en el carruaje.

El líder respiró hondo.

—*¿D'kraha?*

Jovial se dejó caer del carruaje. Su falda de cuero ondeó al viento.

Como un solo enano, la columna entera se giró para mirarla fijamente. A su líder se le pusieron unos ojos como platos.

—¿B'dan? ¡K'raa! ¡D'kraga «ha'ak»!

Vimes vio la expresión que apareció en la cara pequeña y redonda de Jovial.

Por encima de él se oyó un golpetazo metálico cuando Detritus apoyó el Pedacificador cargado en el borde del carruaje.

—Yo conozco esa palabra que le ha dicho —anunció al mundo—. No es una buena palabra. No quiero volver a oír esa palabra.

—Bueno, qué bien nos lo estamos pasando todos, ujumf-ujum —dijo Iñigo, bajando—. Y ahora, si todo el mundo quiere calmarse un momento, tal vez podamos salir de aquí vivos, ujumf.

Vimes levantó la mano y apartó con cautela la punta de la ballesta de Detritus hacia una dirección menos amenazadora.

Iñigo habló muy deprisa en lo que a Vimes le pareció un torrente de perfecto idioma enano, aunque le pareció oír algún «ujumf» de vez en cuando. Abrió su maletín de cuero y sacó un par de documentos provistos de gruesos sellos de cera. Los documentos fueron inspeccionados con recelo considerable. El enano señaló a Jovial y a Detritus. Iñigo hizo un gesto impaciente con la mano, el símbolo universal de descartar aquello que no es importante. Más papeles fueron examinados.

Al final, con algo más de lenguaje corporal universal que daba a entender: «Podría hacerte algo malo si quisiera pero ahora mismo no me apetece», el enano le hizo una señal a Iñigo para que se fuera, le dedicó a Vimes una mirada que sugería que, en contra de toda evidencia física, Vimes estaba por debajo de él, y regresó dando zancadas con su tropa.

Aulló otra orden. Los enanos se pusieron en marcha de nuevo, dejando el camino y dirigiéndose hacia el bosque.

—Bueno, parece que todo está resuelto —dijo Iñigo, volviendo a entrar en el carruaje—. La señorita Culopequeño ha sido un asunto un poco delicado, pero los enanos respetan los documentos muy complicados. Pasa algo. No me ha querido decir qué es. Quería registrar el carruaje.

—Y un cuerno. ¿Para qué?

—¿Quién sabe? Lo he convencido de que tenemos inmunidad diplomática.

—¿Y qué le has dicho de mí?

—He intentado convencerlo de que era usted un pobre cretino, excelencia. Ujumf-ujum.

—¿Ah, sí? —Vimes oyó que lady Sybil contenía la risa.

—Ha sido necesario, créame. Usar idioma enano callejero no ha sido buena idea, excelencia, pero cuando le he hecho saber que era usted aristócrata, él...

—Yo no soy ... bueno, no realmente...

—Sí, excelencia. Pero si quiere mi consejo, una gran parte de la diplomacia

se basa en aparentar ser mucho más tonto de lo que uno es. Ha empezado usted con buen pie, excelencia. Y ahora, creo que será mejor que partamos, ujum.

—Me alegro de ver que estás siendo menos deferente, Iñigo —dijo Vimes, mientras se ponían nuevamente en marcha.

—Ah, bueno, excelencia. Ahora ya lo conozco a usted un poco mejor.

* * *

Gaspode tenía recuerdos confusos del resto de aquella noche. La manada se movía deprisa, y se dio cuenta de que la mayoría de los lobos corría por delante de Zanahoria, para aplanar la nieve.

Aun así no era lo bastante llana para Gaspode. Al final un lobo lo cogió por el pellejo del pescuezo y lo llevó en volandas, mientras hacía comentarios por lo bajo sobre el mal sabor.

Al cabo de un rato la nevada se detuvo y por entre las nubes asomó una franja de luna.

Y por todas partes, cerca y lejos, se oía el aullido. De vez en cuando la manada se detenía, en un claro o sobre la cima blanca y fría de una colina, y le agregaba su voz.

Gaspode fue cojeando a reunirse con Angua mientras alrededor de ellos se elevaban los gritos.

—¿Para qué es esto?—preguntó.

—Política —respondió Angua—. Negociación. Estamos atravesando territorios.

Gaspode echó un vistazo a Gavin. No se había unido al aullido, sino que estaba sentado un poco apartado, dividiendo regiamente su atención entre Zanahoria y la manada.

—¿Él tiene que pedir permiso?—dijo.

—Él tiene que asegurarse de que me dejan pasar a mí.

—Oh. ¿Y eso le está trayendo problemas?

—Ninguno que no pueda deshacer a mordiscos.

—Oh. Esto... ¿y el aullido está diciendo algo sobre mí?

—« Perro pequeñajo, horrible y maloliente.»

—Ah, ya.

Volvieron a partir al cabo de unos minutos por una enorme ladera recubierta de nieve helada, bajo la luz de la luna y de nuevo en dirección al bosque, y Gaspode vio sombras que cruzaban a toda prisa el prado nevado en ángulo oblicuo y hacia ellos. Por un momento se vio flanqueado por dos manadas, la vieja y la nueva, y luego su escolta original se separó de ellos.

Así que tenemos una nueva guardia de honor, pensó, mientras corría por el centro de una muralla de patas grises borrosas. Lobos a los que no conocemos de

antes. Solamente confió en que el aullido mencionara que «no tiene buen sabor».

Al poco tiempo Zanahoria se desplomó sobre la nieve. Pasó un momento antes de que se volviera a levantar. Los lobos lo rodearon, vacilantes, echando vistazos de vez en cuando a Gavin. Gaspode fue dando brincos incómodos por la nieve hasta alcanzar a Zanahoria.

—¿Estás bien?

—Me... cuesta... correr...

—No quiero, ya sabes, preocuparte ni nada —gimoteó Gaspode—, pero por aquí no estamos exactamente entre amigos, ¿me entiendes? Nuestro Gavin no va a ganar el premio al lobo que más meneas la colita en ninguna parte.

—¿Cuándo fue la última vez que durmiste? —exigió saber Angua, abriéndose paso entre los lobos.

—La verdad es que no lo sé —dijo Gaspode—. Llevamos unos días avanzando bastante deprisa...

—Sin dormir, sin comer y sin la ropa adecuada —gruñó Angua—. ¡Idiota!

Se oyeron gruñidos y gimoteos procedentes de algunos de los lobos que estaban con Gavin. Gaspode se sentó junto a la cabeza de Zanahoria y miró cómo Angua... discutía.

No entendía el idioma lobo puro, y además los gestos y el lenguaje corporal tenían un papel mucho mayor que en el idioma canino. Pero no hacía falta ser muy listo para ver que las cosas no estaban yendo bien. Definitivamente había mucho Ambiente en el ambiente. Y Gaspode tenía la sensación de que, si las cosas se iban al carajo deprisa, un perrito tenía tantas opciones de sobrevivir como una tetera de chocolate sobre un fogón muy caliente.

Se oyeron muchos gruñidos y gimoteos. Había un lobo —para sí mismo Gaspode lo llamaba Torpe— que no estaba contento. Y parecía que varios de los demás estaban de acuerdo con él. Uno de ellos le enseñó los dientes a Angua.

Entonces Gavin se puso de pie. Se sacudió unos cuantos copos de nieve del pelo, miró a su alrededor con aire tranquilo, y caminó suavemente hacia Torpe.

Gaspode notó que se le erizaban todos los pelos del cuerpo.

Los demás lobos se apartaron. Gavin no les prestó atención. Cuando estaba a un metro o dos de Torpe, giró la cabeza a un lado y dijo: «¿Hrurrrm?».

Fue un ruido casi agradable. Pero en el tuétano de los huesos de Gaspode arrancó una armonía que decía: llegado este punto, podemos seguir dos caminos. Uno es el camino fácil, que es fácil de verdad.

Del difícil nunca llegarás ni a *enterarte*.

Torpe le sostuvo la mirada un momento y luego bajó la suya.

Gavin gruñó algo. Media docena de los lobos, liderados por Angua, se adentraron al trote en el bosque.

Regresaron al cabo de veinte minutos. Angua volvía a ser humana —o por lo

menos, se corrigió a sí mismo Gaspode, volvía a tener forma humana— y los lobos estaban enjaezados a un enorme trineo de perros.

—Se lo he pedido prestado a un hombre de la aldea que hay al otro lado de la colina —dijo ella mientras el trineo se deslizaba hasta detenerse junto a Zanahoria.

—Muy amable de su parte —dijo Gaspode, y decidió no hacer preguntas—. Aunque me sorprende ver lobos con arneses.

—Bueno, este era el camino fácil —repuso Angua.

Es raro, meditó Gaspode, mientras se tumbaba en el trineo junto al cuerpo adormilado de Zanahoria. Estaba interesadísimo cuando Rastrero hablaba del aullido y de cómo mandaba mensajes por todas las montañas. Si yo fuera un perro desconfiado, me estaría preguntando si él sabía que Angua iba a volver para ayudarlo en caso de que tuviera problemas graves, si Zanahoria había decidido apostar todo a aquella carta...

Asomó la cabeza por debajo de la manta. La nieve le escocía en los ojos. Junto al trineo, a un par de metros escasos de Zanahoria, y emitiendo un resplandor plateado bajo la luz de la luna, galopaba Gavin.

Así me tengo que ver, pensó Gaspode, atrapado entre los humanos y los lobos. Menuda vida de perros.

* * *

Esto sí que es vida, pensó el capitán en funciones Colon. Apenas llegaba ya ningún papeleo allá arriba, y a base de gran esfuerzo había liquidado por completo lo que tenía atrasado. También había mucho más silencio.

Cuando Vimes estaba allí —y Fred Colon se encontró de repente a sí mismo pensando en la palabra «Vimes» sin ponerle el prefijo «señor»—, la oficina central estaba tan llena de ruido y de bullicio que apenas te oías hablar. Lo cual era completamente ineficaz. ¿Cómo podía esperar alguien trabajar así?

Volvió a contar los azucarillos. Veintinueve. Pero le había puesto dos a su te, o sea que no pasaba nada. Actuar con dureza estaba dando resultados.

Colon fue a abrir su puerta un poquito para poder ver lo que pasaba en la oficina. Era asombroso cómo de esa manera se los podía pillar con las manos en la masa.

Silencio. Y todo ordenado. Todas las mesas estaban despejadas. Mucho mejor que el desorden que había antes.

Volvió a su mesa y contó los azucarillos. Había veintisiete.

¡Aja! Alguien estaba intentando volverle loco. Bueno, él también sabía jugar a aquello.

Volvió a contar los azucarillos. Había veintiséis, y alguien llamó a la puerta.

Aquello hizo que se abriera un poco hacia dentro, y que Colon saltara de su asiento con expresión de triunfo diabólico.

—¡Ajá! Conque entrando sin llamar, ¿eh?... oh...

El «oh» era porque el que había llamado era el agente Dorfl, el gólem. Era más alto que el umbral, y lo bastante fuerte para partir a un troll por la mitad. Nunca había hecho nada parecido, puesto que era un ser intensamente moral, pero aun así ni siquiera Colon iba a discutir con alguien que tenía agujeros de color rojo resplandeciente en lugar de ojos. Los gólems normales y corrientes no hacían daño a los humanos porque tenían palabras mágicas dentro de la cabeza que les ordenaban que no se lo hicieran. Dorfl no tenía palabras mágicas, pero no le hacía daño a la gente porque había decidido que hacerlo sería inmoral. Aquello dejaba abierta la preocupante posibilidad de que, si alguien le provocaba lo bastante, se lo repensara.

Junto con el gólem estaba el agente Shoe, haciendo un elegante saludo marcial.

—Hemos venido a buscar el recibo de los salarios, señor —dijo.

—¿Lo qué?

—El recibo de los salarios, señor. El recibo mensual, señor. Nos lo llevamos a palacio y a cambio traemos los salarios, señor.

—¡Yo no sé nada de eso!

—Lo dejé en su mesa ayer, señor. Firmado por lord Vetinari, señor.

Colon no pudo reprimir un movimiento involuntario de los ojos. La chimenea, a aquellas alturas, ya rebosaba de ceniza negra.

Shoe siguió su mirada.

—Yo no he visto nada de eso —dijo Colon, mientras el color abandonaba sus mejillas como un polo recién chupado.

—Estoy seguro de que lo traje, señor —dijo el agente Shoe—. Yo no me olvidaría de algo así, señor. De hecho, recuerdo claramente haberle dicho al agente Visita: «Coladas, voy a llevar esto a»...

—¡Mire, ya ve usted que soy un hombre ocupado! —le espetó Colon—. ¡Que lo resuelva uno de los sargentos!

—Ya no quedan más sargentos que el sargento Pedernal, señor, que se pasa todo el tiempo preguntándole a la gente qué debería estar haciendo —informó el agente Shoe—. Además, *señor*, es el oficial superior el que tiene que firmar el recibo...

Colon se puso de pie, apoyándose en los nudillos, y gritó:

—¡Ah! Con que tengo que hacerlo, ¿eh? ¡Eso sí que es echarle cara! «Tengo», ¿eh? ¡La mayoría de vosotros tenéis suerte de que alguien os dé un trabajo! ¡Pandilla de zombis y chiflados y adornos de jardín y rocas! ¡Ya estoy hasta las narices de todos vosotros!

Shoe se apartó del alcance de la lluvia de saliva.

—Entonces me temo que tengo que llevar este asunto al Gremio de Guardias, señor —dijo.

—¿Gremio de Guardias? ¡Ja! ¿Y desde cuándo existe un Gremio de Guardias?

—No sé. ¿Qué hora es? —dijo el cabo Nobbs, entrando con toda tranquilidad en la sala—. Ya tiene que hacer por lo menos dos horas. Buenos días, capitán.

—¿Qué estás haciendo aquí, Nobby?

—Para usted soy el señor Nobbs, capitán. Y ya que me lo pregunta, soy el presidente del Gremio de Guardias.

—¡Eso no existe, coño!

—Todo legal, capitán. Registrado en palacio y todo, Y es increíble cuánta gente se ha apuntado en un momento. —Sacó su cuaderno mugriento—. Tengo unos pocos asuntos que discutir con usted, si tiene un momento. Bueno, digo unos pocos pero...

—¡No pienso soportar esto! —vociferó Colon, con la cara amarotada—. ¡Esto es alta traición! ¡Estáis todos despedidos! Estáis todos...

—Estamos todos en huelga —dijo Nobby con calma.

—¡No os podéis poner en huelga mientras os estoy echando!

—Nuestras oficinas de huelga están en el reservado del Cubo, en la calle del Brillo —dijo Nobby.

—Eh, ahí es donde yo bebo! ¡Os prohíbo que os vayáis de huelga en mi propio bar!

—Estaremos allí cuando desee usted negociar. Vamos, hermanos. Ahora estamos oficialmente en situación de disputa.

Salieron con paso firme.

—¡No os molestéis en volver! —gritó Colon detrás de ellos.

* * *

Jdienda no era lo que Vimes había esperado. De hecho, no le habría resultado fácil decir qué era lo que había esperado, pero aquello no era.

La ciudad ocupaba un valle angosto por el que serpenteaba un río de aguas blancas. Y tenía murallas. No eran como las de Ankh-Morpork, que se habían convertido inicialmente en un obstáculo para la expansión y luego en una fuente de mampostería para la misma. Estas tenían un interior y un exterior. Sobre las colinas había castillos. Por aquella región había castillos en la mayoría de las colinas. Y el camino estaba interrumpido por unos portones enormes.

Detritus dio un golpe en el costado del carruaje. Vimes asomó la cabeza.

—Hay unos tipos en el camino —dijo el troll—. Y tienen alabanzas.

Vimes miró por la ventanilla. Había media docena de guardias, y era cierto que tenían alabardas.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó.

—Me imagino que también querrán ver nuestros documentos y llevar a cabo un registro de los carruajes —dijo Iñigo.

—Los documentos son una cosa —dijo Vimes mientras salía del carruaje—, pero nadie va a hurgar en nuestras cosas. Ese truco ya me lo sé. No están buscando nada, solamente quieren enseñarnos quién manda aquí. Ven conmigo y encárgate de traducir. —Y añadió—: No te preocupes, seré diplomático.

Los dos hombres que impedían el paso llevaban cascos y empuñaban armas, pero sus uniformes no se ajustaban a la uniformidad normal. Ningún guardia, pensó Vimes, tendría que ir vestido de rojo, azul y amarillo. Así la gente podría verlos venir de lejos. A Vimes le gustaban los uniformes con los que se pudiera acechar.

Sacó su placa de la Guardia y la sostuvo en alto, avanzando con una sonrisa obsequiosa.

—Limítese a repetir esto, señor Espumadera. —Vimes levantó la voz—: Hola, compañero agente de la ley, tal como puede ver soy el comandante V...

El filo de un arma osciló en su dirección. Si Vimes no se hubiera detenido, se habría ensartado.

Iñigo dio un paso adelante, con el maletín de cuero ya abierto, sosteniendo con una mano varios documentos de aspecto imponente y empezando ya a articular varias frases adecuadas a la situación. Un guardia cogió uno de los documentos y lo miró fijamente.

—Esto es un insulto estudiado —dijo Iñigo, apañándose las manos para hablar con la comisura de la boca mientras mantenía la sonrisa—. Alguien quiere ver cómo reacciona usted, ujum-ujum.

—¿Ellos?

—No. Alguien nos vigila.

El documento fue devuelto. Hubo una conversación breve y concisa.

—El capitán de la guardia dice que las circunstancias son especiales y que va a registrar los carruajes —tradujo Iñigo.

—No —declaró Vimes, examinando la expresión de la cara pálida del capitán—. Sé cuándo la gente está tocando las narices porque yo también lo he hecho.

Señaló la portezuela de su carruaje.

—¿Ve esto? —preguntó—. Dile que esto es un escudo de *Ankh-Morpork*. Y que *este* es un carruaje de *Ankh-Morpork*, propiedad de *Ankh-Morpork*. Y si le ponen las manos encima, eso supondrá un acto de *guerra* contra *Ankh-Morpork*. Dile eso.

Vio que el hombre se lamía los labios con gesto nervioso mientras Iñigo traducía. Pobre desgraciado, pensó. No se merecía aquello. Probablemente se había esperado un día tranquilo guardando la puerta. Pero alguien le había dado órdenes.

Iñigo tradujo:

—Dice que lo siente mucho, pero que esas son las instrucciones que tiene, y que lo entenderá si su excelencia quiere elevar una protesta a las más altas

instancias, ujum-ujum.

Uno de los guardias giró la manecilla de la portezuela del carruaje. Vimes la cerró de un portazo.

—Dile que la guerra empezará ahora mismo —espetó—. Y que luego ya irá cogiendo ritmo.

—¡Excelencia!

Los guardias miraron a Detritus. Era bastante difícil sostener el Pedacificador como quien no quiere la cosa, y Detritus ni siquiera lo estaba intentando.

Vimes le sostuvo la mirada al capitán de la guardia. Si el hombre tenía algo de sentido común, se daría cuenta de que si Detritus disparaba su arma, los mataría a todos, además de mandar el carruaje hacia atrás a gran velocidad.

Por favor, que tenga el bastante sentido común para saber cuándo ceder, rezó.

Con el rabillo de la oreja, pudo oír que los guardias hablaban en voz baja. Distinguió la palabra « Wilinus » .

El capitán dio un paso atrás y saludó.

—Se disculpa por cualquier inconveniente que haya causado y espera que disfrute usted de su estancia en esta hermosa ciudad —tradujo Iñigo—. En concreto confía en que visite usted el Museo del Chocolate de la plaza del Príncipe Vodorny, donde trabaja su hermana.

Vimes saludó.

—Dile que creo que tiene un gran futuro por delante —dijo Vimes—. Un futuro que espero que incluya muy pronto abrir las condenadas puertas.

El capitán había hecho un gesto a sus hombres antes de que Iñigo llegara a la mitad de su traducción. *Ajá...*

—Y pregúntale cómo se llama —ordenó.

El hombre fue lo bastante listo como para no contestar hasta que el otro terminara de traducir.

—Capitán Pelele —dijo Iñigo.

—Me acordaré —dijo Vimes—. Ah... y dile que tiene una mosca en la nariz. Pelele ganó un premio. Sus ojos apenas se movieron. Vimes sonrió.

En cuanto a la ciudad en sí... no era más que una ciudad. Los tejados eran más inclinados que en Ankh-Morpork, a algún maniaco se le había permitido divertirse con la arquitectura de madera y una sierra de ebanista, y había más pintura de la que se veía en casa. No es que nada de esto significara nada: muchos hombres ricos se habían enriquecido, metafóricamente, por no pintar su casa.

Los carruajes iban como una exhalación sobre los adoquines. No eran adoquines como debían ser, claro. Eso lo sabía Vimes.

El carruaje se volvió a detener. Vimes asomó la cabeza por la ventanilla. Esta vez les impedían el paso dos guardias más bien desaliñados.

—Ah, a estos los reconozco —la voz de Vimes era lúgubre—. Imagino que esta vez nos hemos topado con Colonesco y Nobbski.

Salió y se acercó a ellos.

—¿Y bien?

El más gordo de los dos vaciló y luego extendió la mano.

—Picaporte —dijo.

—¿Iñigo? —llamó Vimes en voz baja, sin girar la cabeza.

—Ah —dijo Iñigo, tras conversar un momento en voz baja—. Ahora el problema es el sargento Detritus. Resulta que en esta parte de la ciudad no pueden circular los trolls de día sin un pasaporte firmado por su... propietario. Hum... en Jdienda los únicos trolls que puede haber son los prisioneros de guerra. Y tienen que llevar identificación.

—Detritus es un ciudadano de Ankh-Morporky y mi sargento —replicó Vimes.

—Sin embargo, es un troll. Tal vez en interés de la diplomacia podría usted escribir un breve...

—¿Yo necesito un picaporte?

—Un pasaporte... no, excelencia.

—Pues entonces él tampoco.

—No obstante, excelencia...

—No obstante *nada*.

—Pero puede ser aconsejable...

—De aconsejable nada, tampoco.

Se habían acercado varios guardias más. Vimes era consciente de los ojos que lo miraban.

—Lo podrían expulsar por la fuerza —dijo Iñigo.

—Ese experimento sí que no me lo perdería por nada del mundo —replicó Vimes.

Detritus habló con voz retumbante.

—No me importa volverme si...

—Cállate, sargento. Tú eres un troll libre. Es una orden.

Vimes se permitió otro breve vistazo a la multitud creciente y silenciosa. Y vio el miedo en las miradas de los hombres de las alabardas. No tenían más ganas de hacer aquello de las que había tenido el capitán.

—Te diré qué haremos, Iñigo —empezó—. Dile a los... guardias que el embajador de Ankh-Morpork los elogia por su diligencia, los felicita por su elegancia en el vestir y se encargará de que sus instrucciones sean obedecidas de inmediato. Con eso debería bastar, ¿no?

—Ciertamente, excelencia.

—Y ahora da media vuelta con el carruaje, Detritus, ¿Tú vienes, Iñigo?

La expresión de Iñigo cambió rápidamente.

—Hace unos quince kilómetros hemos pasado por una posada —continuó

Vimes—. Tendríamos que llegar al anochecer, ¿no?

—¡Pero no puede usted irse, excelencia!

Vimes se giró, muy despacio.

—¿Quiere repetir eso, señor Espumadera?

—Quiero decir...

—Nosotros nos vamos, Espumadera. Lo que tú hagas, por supuesto, es cosa tuya.

Se sentó dentro del carruaje. Delante de él, Sybil cerró un puño y dijo:

—¡Bien hecho!

—Lo siento, querida —dijo Vimes, mientras el carruaje daba media vuelta—. No parecía una posada muy buena.

—Les está bien empleado, a esos matones —dijo Sybil—. Les has dado una lección.

Vimes echó un vistazo afuera y al fondo de la multitud vio una carroza negra con cortinas oscuras. Pudo atisbar una figura en la penumbra del interior. Los desafortunados guardias la estaban mirando como si esperaran instrucciones. La figura hizo un gesto lánguido con una mano enguantada.

Él empezó a contar para sí mismo.

Al cabo de once segundos, Iñigo apareció trotando junto al carruaje y saltó al estribo.

—Excelencia, parece que los guardias actuaron en gran medida sin autorización y serán castigados...

—No es verdad. Yo los estaba mirando. Habían recibido una orden —dijo Vimes.

—Aun así, diplomáticamente sería buena idea aceptar la explicación...

—¿Para que a los pobres desgraciados los cuelguen por los pulgares? —preguntó Vimes—. No. Vete y dile a quien sea que está dando las órdenes que toda nuestra gente puede ir adonde quiera en esta ciudad, ¿de acuerdo?, da igual la forma que tengan.

—No creo que pueda usted exigir eso, señor...

—Esos tipos llevaban armas Burleigh y Fuerte en el brazo antiguas, señor Espumadera. Fabricadas en Ankh-Morpork. Igual que los hombres del portón. Comercio, señor Espumadera. ¿No es parte de la esencia de la diplomacia? Ahora vuélvete y habla con quien sea que está en esa carroza negra y luego será mejor que hagas que te presten un caballo, porque creo que para entonces ya estaremos lejos.

—Tal vez pueda usted esperar...

—Ni se me ocurriría.

De hecho, el carruaje ya estaba al otro lado de las puertas de la ciudad antes de que Espumadera lo volviera a alcanzar.

—No va a haber problema con ninguna de sus peticiones —jadeó, y por un

momento pareció que había un asomo de admiración en su voz.

—Así me gusta. Pídele a Detritus que dé media vuelta otra vez, ¿quieres?

—Estás sonriendo, Sam —comentó Sybil, mientras Vimes se volvía a sentar.

—Solo pensaba que podría acostumbrarme a la vida diplomática —dijo Vimes.

—Pasa otra cosa —dijo Iñigo, entrando en el carruaje—. Hay cierto... artefacto histórico propiedad de los enanos, y se rumorea...

—¿Cuánto tiempo hace que han robado el Bollo del Destino?

Iñigo se quedó boquiabierto. Luego cerró la boca y frunció los ojos.

—¿Y cómo demonios ha sabido usted eso, excelencia? ¿Ujumf?

—Por el hormigueo de mis pulgares. —La cara de Vimes estaba meticulosamente vacía de expresión—. Tengo unos pulgares muy raros en materia de hormigueos.

—¿En serio?

—Ya lo creo.

* * *

Los perros tenían una vida sexual mucho más fácil que los humanos, decidió Gaspode. Era algo que lo alegraba, si es que alguna vez se las apañaba para conseguir una.

No iba a empezar ahora, eso estaba claro. Las lobas amenazaban con morderlo si se acercaba demasiado, y no eran simples advertencias. Se estaba viendo obligado a tener mucho cuidado con dónde pisaba.

Lo más raro del sexo humano, sin embargo, era que continuaba teniendo lugar incluso cuando la gente llevaba puesta la ropa y estaban sentados con una fogata entre ellos. Estaba en las cosas que decían y en las que no decían, en la forma en que se miraban y luego apartaban la vista.

Había habido otro cambio de manada por la noche. Las montañas eran más altas y la nieve más dura. La mayoría de los lobos estaban sentados a cierta distancia del fuego que Zanahoria había encendido... a la bastante distancia, de hecho, como para dejar claro que eran criaturas salvajes y orgullosas que no tenían que depender de aquellas cosas, aunque lo bastante cerca como para disfrutar de sus beneficios.

Y luego estaba Gavin, sentado un poco más lejos, mirándolos alternativamente a unos y a otros.

—La gente de Gavin odia a mi familia —estaba diciendo Angua—. Ya te lo he dicho, son siempre los lobos los que sufren cuando los hombres lobo se vuelven demasiado poderosos. Los hombres lobo son más listos a la hora de escaparse de los cazadores. Por eso los lobos prefieren con diferencia a los vampiros. Los vampiros los dejan en paz. Y los hombres lobo a veces cazan lobos.

—Me sorprende —dijo Zanahoria.

Angua se encogió de hombros.

—¿Por qué? Cazan humanos, ¿no? No somos buena gente, Zanahoria. Somos todos bastante espantosos. Pero mi hermano Wolfgang es algo *especial*. Mi padre le tiene miedo, y mi madre también, aunque no lo admite, pero al mismo tiempo ella cree que mi hermano va a hacer poderoso al clan, así que se lo permite todo. Wolfgang expulsó a mi otro hermano y mató a mi hermana.

—¿Qué...?

—Él dijo que había sido un accidente. Pobrecita Elsa. Era una yennork igual que Andrei. O sea, una hombre lobo que no cambia, ¿sabes? Estoy segura de que te lo he mencionado alguna vez. De vez en cuando aparecen en nuestra familia. Wolfgang y yo fuimos los únicos dimorfos clásicos de la camada. Elsa tenía siempre forma humana, hasta con luna llena. Andrei siempre era un lobo.

—¿Quieres decir que tenías una hermana humana y un hermano lobo?

—No, Zanahoria. Los dos eran hombres lobo. Pero el, bueno, el pequeño... interruptor... que tenían dentro no funcionaba. ¿Lo entiendes? Siempre tenían la misma forma. En los viejos tiempos, el clan mataba enseguida a los yennorks, y Wolfgang va de tradicionalista cuando le interesa para hacer crueldades. Dice que los yennorks vuelven la sangre impura. Mira, los yennorks pueden ser todo el tiempo humanos o lobos, pero siguen llevando la sangre de hombre lobo, y entonces se casan y tienen hijos... o cachorros... y bueno, de ahí vienen los monstruos de los cuentos. La gente que tiene un poco de lobo, y los lobos con ese poquito más de capacidad para la violencia tan típica de los humanos. —Suspiró y echó un vistazo breve a Zanahoria—. Pero Elsa era inofensiva. Después de aquello, Andrei no se quedó a esperar a que le pasara lo mismo. Ahora trabaja de perro pastor en Borogravia. Le va bien, por lo que he oído. Gana campeonatos —añadió en tono amargo.

Avivó ociosamente el fuego.

—Hay que detener a Wolfgang. Está planeando algo con algunos enanos. Se reúnen en el bosque, dice Gavin.

—Parece estar muy bien informado para ser un lobo —dijo Zanahoria.

Angua estuvo a punto de gruñirle.

—No es tonto, ¿sabes? Entiende más de ochocientas palabras. ¡Muchos humanos pasan con menos! ¡Y además tiene un sentido del olfato casi tan bueno como el mío! Los lobos lo ven todo. Ahora los hombres lobo pasan fuera todo el tiempo. Se dedican a cazar a gente. Lo llamamos el Juego. Y los lobos se llevan las culpas. Parece que están rompiendo el Acuerdo. Y ha habido una serie de reuniones, en medio del bosque donde creen que no los va a ver nadie. Hay unos enanos que tienen alguna clase de plan sucio, por lo que se ve. ¡Y le han pedido ayuda a Wolfgang! Que es como pedirle ayuda a un buitre para hurgarte los dientes.

—¿Qué puedes hacer tú? —preguntó Zanahoria—. Si ni siquiera tus padres lo pueden controlar...

—Cuando éramos más jóvenes nos solíamos pelear. «Sin Reglas», lo llamaba él. Pero yo podía hacerle huir aullando. Wolfgang odia la idea de que haya alguien que lo pueda vencer, así que no creo que le haga mucha gracia que aparezca yo. Tiene planes. Esta parte de Uberwald siempre ha, bueno, funcionado, porque no había nadie que fuera demasiado poderoso, pero si los enanos empiezan a pelearse entre ellos entonces quien va a sacar tajada es Wolfgang, con sus estúpidos uniformes y su estúpida bandera.

—Pero creo que no quiero verte pelear.

—¡Pues entonces mira para otro lado! ¡Yo no te pedí que me siguieras! ¿Te crees que estoy orgullosa de esto? ¡Tengo un hermano que es perro pastor!

—Un perro pastor *campeón* —dijo Zanahoria seriamente.

Gaspode miró la expresión de Angua. Era una expresión que no se veía nunca en un perro.

—Lo dices en serio —dijo ella por fin—. Lo dices en serio de verdad, ¿a que sí? Totalmente. Y si lo conocieras no te molestaría, ¿verdad? Para ti todo el mundo es una persona. Yo tengo que dormir siete noches al mes en una canasta para perros y eso tampoco te importa, ¿verdad?

—No. Ya sabes que no.

—¡Pues debería importarte! ¡No me preguntes por qué pero debería! ¡Lo llevas con total... *amabilidad*, sin pensarlo siquiera! ¡Y tarde o temprano una chica se cansa de tanta amabilidad!

—Yo no intento ser amable...

—Ya lo sé. Lo sé. Solo me gustaría que tú... oh, no lo sé... que te quejaras un poco. Bueno, no que te quejaras exactamente. Que simplemente suspiraras o algo.

—¿Por qué?

—Porque... ¡porque me haría sentir mejor! Oh, es demasiado difícil de explicar. Probablemente sea una cosa de hombres lobo.

—Lo siento...

—¡Y tampoco lo sientas todo el tiempo!

Gaspode se enroscó tan cerca del fuego que empezó a soltar vapor. Los perros lo tenían mucho mejor, decidió.

* * *

El edificio que iba a ser la embajada estaba apartado de la carretera, en una calle secundaria tranquila. Pasaron traqueteando por debajo de un arco y llegaron a un pequeño patio trasero donde había algunos establos. A Vimes le recordó a una posada grande para carruajes.

—De momento es solamente un consulado —dijo Iñigo, hojeando sus papeles—. Nos tendría que recibir... ah, sí. Wando Duerme. Lleva varios años aquí, ujum.

Detrás de los carruajes se cerraron un par de portones. Se oyó el ruido de gruesos cerrojos que se encajaban en su sitio. Vimes se quedó mirando la aparición que se acercaba cojeando hacia la portezuela del carruaje.

—Lo aparenta —dijo.

—No, no creo que este sea...

—Buenaz tardez, amoz y ama... —dijo la figura—. Bienvenidoz a Ankh-Morpork Zoy Igor.

—¿Igor qué más? —preguntó Iñigo.

—Igor a zecaz, zeñor. *Ziempre*... Igor a Zecaz —dijo Igor tranquilamente, desplegando el escalón—. Zoy el chico de laz chapuzaz.

—Vaya, no me diga —dijo Vimes, fascinado.

—¿Ha tenido usted algún terrible accidente? —quiso saber lady Sybil.

—Zí que ez verdad que me he derramado té encima de la camiza eza mañana —respondió Igor—. Muy amable de fijarze.

—¿Dónde está el señor Duerme? —preguntó Iñigo.

—Me temo que el zeñor Duerme ez tá dezaparecido. Yo confiaba en que uztedez zupieran qué ha zido de él.

—¿Nosotros? —se sorprendió Iñigo—. ¡Ujum-ujumf! ¡Dábamoz por sentado que estaba aquí!

—Ze marchó con baztantez prizaz hace doz zemanaz —dijo Igor—. No me informó de adonde ze iba. Pero entren, yo me encargaré de zuz equipajez.

Vimes levantó la vista. Estaba nevando un poco, pero había la bastante luz como para ver que el patio entero estaba rodeado de una verja de hierro. Si a eso le sumaban las puertas con cerrojos y las murallas del edificio por todo su alrededor, estaban dentro de una jaula.

—Un mero reziduo de loz viejoz tiempoz —dijo Igor jovialmente—. Nada de qué preocuparze, zeñor.

—Qué hombre más bien plantado —musitó Sybil, mientras entraban.

—Tenía pinta de ser más de un hombre.

—¡Sam!

—Lo siento. Estoy seguro de que tiene un gran corazón.

—Bien.

—Aunque no sé si será el suyo.

—¡Sam, de verdad!

—Muy bien, muy bien, pero tendrás que admitir que tiene un aspecto un poco... raro.

—Cada uno está hecho de una manera y no puede cambiarse, Sam.

—Parece que él lo haya intentado... por todos los dioses...

—Oh, cielos —dijo lady Sybil.

Vimes no estaba en contra de la caza, aunque solamente fuera porque Ankh-Morpork casi nunca ofrecía ninguna presa mejor que las ratas enormes que se encontraban por los muelles del río.

Pero la imagen de las paredes de la nueva embajada podría haber bastado para hacer que el cazador más entusiasta diera un paso atrás y exclamara: «Oye, oye, un momento...».

El anterior ocupante había sido aficionado a cazar, a disparar y a pescar, y a fin de poder cubrir hasta la última pared con los trofeos resultantes, debía de haberse dedicado a hacer las tres cosas al mismo tiempo.

Cientos de ojos de cristal, obscenamente vivos a la luz del fuego en el enorme hogar, miraban fijamente a Vimes.

—Es igual que el estudio de mi abuelo —dijo lady Sybil—. En él había una cabeza de ciervo que me ponía los pelos de punta.

—Pues aquí hay absolutamente de todo... oh, no...

—Por los dioses... —susurró lady Sybil.

Vimes miró a su alrededor a la desesperada. Detritus estaba entrando con algunos de los baúles a cuestas.

—Ponte delante de él —masculló Vimes entre dientes.

—¡No soy tan alta, Sam! ¡Ni tan ancha!

El troll los miró, luego miró los trofeos y por fin sonrió. Aquí arriba hace más frío, pensó Vimes. Eso lo espabila^[14]. Ni siquiera Nobby quiere jugar al póquer con él en invierno. ¡Mierda!

—¿Ocurre algo? —preguntó Detritus.

Vimes suspiró. ¿Para qué molestarse? Tarde o temprano lo acabaría viendo.

—Lo siento mucho, Detritus —dijo, apartándose a un lado.

Detritus miró el espantoso trofeo y asintió.

—Sí, antiguamente había muchas cosas de esas —dijo tranquilamente, dejando el equipaje en el suelo—. Los dientes no son los de diamante de verdad, claro. Se los quitaban y les ponían otros más grandes de cristal.

—¿Y no te importa? —preguntó lady Sybil—. ¡Es una cabeza de troll! ¡Alguien ha enmarcado una cabeza de troll y la ha colgado en la pared!

—No es la mía —repuso Detritus.

—¡Pero es espantoso!

Detritus permaneció pensativo un momento, y luego abrió el arcón de madera manchada que contenía todo lo que le había parecido necesario traer.

—Esto es la vieja patria, al fin y al cabo —dijo—. Así que si les hace sentirse mejor...

Sacó una caja más pequeña y hurgó entre lo que parecían ser trozos de piedra y de tela hasta encontrar algo de color marrón amarillento y redondo, parecido a un tazón poco profundo.

—Tendría que haberlo tirado —dijo—. Pero es el único recuerdo que me queda de mi abuelita. Lo usaba para guardar cosas dentro.

—Es un trozo de cráneo humano, ¿verdad? —dijo Vimes por fin.

—Sí.

—¿De quién?

—¿Alguien le ha preguntado al troll ese de ahí cómo se llama? —dijo Detritus, y por un momento el timbre de su voz tuvo un matiz crispado. Luego guardó el cuenco con cuidado—. En aquellos tiempos todo era distinto. Ahora vosotros no nos cortáis la cabeza y nosotros no nos hacemos tambores con vuestra piel. Todo va de perlas. Eso es lo único que nos hace falta saber.

Volvió a coger las cajas y siguió a lady Sybil hacia la escalera. Vimes echó otro vistazo a la cabeza colgada. Los dientes eran más largos, mucho más largos de lo que serían en un troll de verdad. Un cazador tendría que ser muy valiente y tener mucha suerte para enfrentarse a un troll en combate y sobrevivir. Sería mucho más fácil ir a por uno viejo y después reemplazar los muñones desgastados de los dientes por colmillos centelleantes.

Por los dioses, qué cosas hacemos...

—¿Igor? —llamó, mientras el chico de las chapuzas pasaba tambaleándose bajo el peso de dos bolsas más.

—¿Zi, eccelentísimo?

—¿También soy excelentísimo? —le preguntó Vimes a Iñigo.

—En tanto que embajador, sí, su excelencia.

—¿Y también sigo siendo una excelencia?

—Sí, su excelencia. Usted es su excelentísima excelencia el duque de Ankh-Morpork, comandante sir Samuel Vimes, excelencia.

—Espera, espera, lo de excelencia cancela el sir, eso lo sé. Es como tener un as en el póquer.

—Hablando estrictamente eso es cierto, excelencia, pero aquí se les da mucha importancia a los títulos y es mejor jugar con la baraja completa, ujumf.

—Una vez fui el encargado de la pizarra en la escuela —casi gruñó Vimes—. Durante todo un trimestre. ¿Eso cuenta para algo? La señorita Venting dijo que nadie borraba la pizarra como yo.

—Un dato útil, excelencia, que tal vez nos resulte útil si hay que romper algún empate, ujumf-ujum —dijo Iñigo, con cara cuidadosamente inexpresiva.

—Loz Igorz ziempre hemoz preferido « amo » —intervino Igor—. ¿Qué ez lo que uzted necezitaba?

Vimes señaló las cabezas que cubrían todas las paredes.

—Quiero que las descuelgue lo antes posible. Eso lo puedo hacer, ¿verdad, señor Espumadera?

—Usted es el embajador, señor. Ujumf-ujum.

—Bueno, pues que los descuelguen. Todos.

Igor miró con expresión preocupada a la multitud con olor a alcanfor.

—¿También el pez espada?

—También el pez espada —dijo Vimes con firmeza.

—¿Y loz leopardoz de laz nievez?

—Los dos, sí.

—¿Y qué paza con el troll?

—*Sobre todo* el troll. Encárguese.

Se podría decir que Igor se quedó con pinta de acabársele de caer el mundo entero en la cabeza de no ser porque ya de entrada tenía aspecto de que era eso lo que le había pasado.

—¿Qué quiere hacer con ellaz, amo?

—Eso es cosa suya. Tirelos al río, tal vez. Pregúntele a Detritus sobre el troll... Tal vez haya que enterrarlo o algo. ¿Hay algo de cena?

—Hay walago^[15], noggi^[16], zelot^[17], carne de porcachón y zalchichaz —dijo Igor, todavía claramente alterado por lo de los trofeos—. Mañana iré a hacer la compra, zi lady Zybil me da inztruccionez.

—¿Carne de porcachón es lo mismo que cerdo? —preguntó Vimes. La gente de zonas azotadas por la sequía pagaría generosamente porque Igor pronunciara «salchichas».

—Sí —dijo Iñigo.

—¿Y de qué son las salchichas?

—Ezto... ¿de carne? —dijo Igor, con aspecto de estar a punto de huir.

—Bien. Las probaremos.

Vimes subió la escalera y siguió el sonido de una conversación hasta llegar a un dormitorio, donde Sybil estaba colocando ropa sobre una cama tan grande como un país pequeño. Jovial la estaba ayudando.

Las paredes eran paneles labrados de madera. La cama eran paneles labrados de madera. Y el Ebanista Loco de Jdienda también había trabajado a conciencia allí. Lo único que no era de madera eran los suelos: eran de piedra, e irradiaban frío.

—Es un poco como estar dentro de un reloj de cuco, ¿verdad? —comentó Sybil—. Jovial se ha prestado voluntaria para ser mi doncella de momento.

Jovial hizo el saludo marcial.

—¿Por qué no? —dijo Vimes. Al cabo de un día como el que habían tenido, una doncella con una barba larga y ondeante ya le parecía perfectamente normal.

—Los suelos son un poco fríos, sin embargo. Mañana los mediré para poner moqueta —dijo Sybil con firmeza—. Sé que no vamos a estar mucho tiempo aquí, pero deberíamos dejar algo para la gente que vendrá después.

—Sí, querida. Eso sería buena idea.

—Ahí hay un baño. —Sybil señaló con la cabeza—. Parece que por aquí

cerca hay manantiales termales. Los canalizan hasta aquí dentro. Te sentirás mejor después de un baño caliente.

Diez minutos después Vimes se mostró felizmente de acuerdo. El agua era de un color raro y olía un poco a lo que él llamaría por cortesía huevos pachuchos, pero estaba bien caliente y él notó que le extraía la tensión de los músculos.

Un olor perturbador a judías estofadas de segunda mano lo envolvió mientras se reclinaba. Al otro extremo de la enorme bañera, el trozo de piedra pómez que había estado usando para rascarse la piel muerta de los pies golpeó contra el costado. Vimes lo miró sin verlo mientras archivaba los pensamientos del día.

Las cosas estaban empezando a oler igual que el agua de aquel baño. Habían robado el Bollo del Destino, ¿verdad? Je, vaya a coincidencia.

Había sido un disparo a ciegas. Pero últimamente tenía bastante suerte cuando disparaba casi sin apuntar. Alguien había mangado la réplica del Bollo y ahora el de verdad había desaparecido, y habían encontrado muerto en Ankh-Morpork a alguien muy bueno haciendo moldes de caucho. No hacía falta tener el cerebro de Detritus en medio de una ventisca de nieve para sospechar que había una conexión.

Un recuerdo lo fastidiaba. Alguien había dicho algo y a él le había parecido raro en su momento pero entonces había pasado alguna otra cosa y se le había ido de la cabeza. Era algo sobre... una bienvenida a Jdienda. Pero...

Bueno, aquí estaba. De eso no había duda.

Media hora más tarde se le presentó la confirmación absoluta de aquel hecho. Vimes cortó una salchicha y se la quedó mirando.

—¿De qué son estas salchichas? ¿Qué es esta... cosa rosada? —preguntó en tono imperioso.

—Hum... es la carne, excelencia —dijo Iñigo, desde el otro lado de la mesa.

—Pero ¿dónde está la textura? ¿Dónde están los trocitos blancos y los trocitos amarillos y esos trocitos verdes que siempre esperas que sean hierbas?

—Para los entendidos de aquí, excelencia, una salchicha de Ankh-Morpork no merece ser llamada salchicha, ujum f-ujum.

—¿Ah, no? ¿Y cómo la llaman?

—Pan de molde, excelencia. O tal vez leño. Aquí, a un carnicero lo pueden colgar si sus salchichas no son todo carne, y además tienen que ser de carne de un animal criado y con nombre, y tal vez debería añadir que no me refiero a nombres del tipo «Toby» o «Minino», ujum-ujum. Estoy seguro de que si su excelencia prefiere el sabor más genuino de Ankh-Morpork, Igor podría preparar una buena guarnición de pan rancio y serrín.

—Gracias por el comentario patriótico —dijo Vimes—. No, estas ya están bien... supongo. Solo es que me han sorprendido un poco, eso es todo. ¡No!

Tapó su jarra con la mano para evitar que Igor se la llenara de cerveza.

—¿Eccizte algún problema, amo?

—Agua nada más, por favor —dijo Vimes—. Nada de cerveza.

—¿El amo no bebe... cerveza?

—No. ¿Y me puede traer una jarra que no tenga una cara? —Echó otro vistazo a la jarra—. ¿Por qué tiene tapa, por cierto? ¿Tienen miedo de que le entre la lluvia?

—De eso nunca he estado muy seguro —dijo Iñigo mientras Igor salía arrastrando los pies—. A juzgar por lo que he observado, sin embargo, creo que el propósito de la tapa es evitar que la cerveza se derrame mientras se usa la jarra para llevar el compás de la canción, ujum-ujum.

—Ah, el viejo problema del beodo —dijo Vimes—. Qué idea tan inteligente. Sybil le dio una palmadita en la rodilla.

—Ya no estás en Ankh-Morpork, querido —le dijo.

—Ahora que estamos a solas, excelencia —dijo Iñigo, acercándose a Vimes—. Estoy muy preocupado por el *señor* Duerme. El cónsul en funciones, ¿se acuerda? Da la impresión de haberse esfumado, ujum-ujum. También han desaparecido algunos de sus objetos personales.

—¿Vacaciones?

—¡No en un momento como este, señor! Y...

Se oyó un golpeteo de madera contra madera mientras Igor volvía a entrar, cargando teatralmente con una escalera de mano, Iñigo se reclinó en su respaldo.

Vimes descubrió que estaba bostezando.

—Será mejor que hablemos de eso por la mañana —dijo, mientras la escalera era arrastrada hacia los espantosos trofeos de caza—. Ha sido un día agotador, entre una cosa y otra.

—Por supuesto, excelencia.

El colchón de la cama era tan blando que Vimes se hundió en el mismo con aprensión, temeroso de que se le fuera a cerrar por encima de la cabeza. Casi mejor así, porque la almohada era... bueno, todo el mundo sabía que una almohada era un saco lleno de plumas, ¿verdad? No un aprendiz de edredón como aquella.

—Dóblala y ya está, Sam —dijo Sybil, desde las profundidades del colchón—. Buenas noches.

—Buenas noches.

—¿Sam...?

Se oyó un ronquido procedente de Sam Vimes. Sybil suspiró y se dio la vuelta.

Vimes se despertó varias veces como resultado de una serie de golpes sordos procedentes de abajo.

—Leopardos de las nieves —murmuró, y se volvió a quedar dormido.

Se oyó un estruendo más fuerte.

—Ciervo —murmuró lady Sybil.

—¿Alce? —murmuró Vimes.

—Ciervo, está claro.

Un poco más tarde se oyó un grito amortiguado, un trompazo y un ruido muy parecido al ruido que hacía una regla enorme de madera cuando la sostenías sobre el borde de una mesa, la doblabas y la dejabas ir.

—Pez espada —dijeron Sam y Sybil al mismo tiempo, y se volvieron a dormir.

* * *

—Debería usted presentarle sus credenciales a los gobernantes de Jdienda —dijo Iñigo por la mañana.

Vimes estaba mirando por la ventana. Había dos guardias con aquellos uniformes multicolores firmes y muy tiesos delante de la embajada.

—¿Qué están haciendo esos aquí? —preguntó.

—Están de guardia —dijo Iñigo.

—¿De guardia para quién, y de qué?

—Están de guardia en general, ujumf. Supongo que se considera que los guardias le dan un aspecto *acabado* a los edificios importantes.

—¿Qué me decías de unas credenciales?

—No son más que cartas formales de lord Vetinari que confirman el nombramiento de usted. Ujum, ujum... La tradición es un poco compleja, pero de momento el orden de precedencia es el futuro Bajo Rey, lady Margolotta y el barón Von Uberwald. Cada uno de ellos, por supuesto, fingirá que no está usted visitando a ninguno de los otros dos. Es lo que se llama el Acuerdo. Es un sistema raro pero funciona para mantener la paz.

—Si he entendido bien esos informes que tengo —dijo Vimes, sin dejar de mirar a los guardias—, en los días del Uberwald imperial todo el puto tinglado lo manejaban los hombres lobo y los vampiros, y todos los demás eran el almuerzo.

—Un poco simplista, pero cierto a grandes rasgos, ujum —dijo Iñigo, sacudiéndole un poco de polvo del hombro a Vimes.

—Y luego todo cambió y los enanos se volvieron poderosos porque hay enanos de una punta a otra de Uberwald y todos se mantienen en contacto...

—Su sistema ciertamente sobrevive a las convulsiones políticas, sí.

—Y luego... ¿qué pasó? ¿Una dieta de escarabajos?

—La Dieta de Bichos, ujum. Dieta es una palabra uberwaldiana que quiere decir reunión, y Bichos es una población importante que hay río arriba, famosa por sus pastelillos hechos de lino. Todo el mundo llegó a un... acuerdo. Nadie le haría la guerra a ninguno de los otros y así todo el mundo podría vivir en paz. No se plantaría más ajo, no se extraería más plata. Y los hombres lobo y los vampiros prometieron que esas cosas ya no volverían a hacer falta. Ujum-um.

—Me parece un poco cándido —dijo Vimes.

—Pues se ve que ha funcionado, ujum.

—¿Y qué pensaban los humanos de todo eso?

—Bueno, los humanos siempre han sido más bien un ruido de fondo en la historia de Uberwald, excelencia.

—Los no-muertos se deben de estar aburriendo un poco, sin embargo.

—Bueno, los que son listos saben que los viejos tiempos no pueden volver.

—Ah, bueno... Ese es el truco siempre, ¿verdad? Encontrar a los que son listos... —Vimes se puso su casco—. ¿Y cómo son los enanos?

—Al futuro Bajo Rey se lo considera muy listo, excelencia. Ujum.

—¿Qué opinión tiene sobre Ankh-Morpork?

—Podría querer relaciones con Ankh-Morpork o no querer saber nada de ella, excelencia. Si hubiera que decantarse, creo que no le caemos muy bien.

—Yo creía que era Albrecht a quien no le gustábamos.

—No, su excelencia. Albrecht es el que sería feliz si viera Ankh-Morpork reducida a cenizas. Rhys solamente desearía que no existiéramos.

—¡Yo pensaba que era uno de los buenos!

—Excelencia, le he oído expresar algunos sentimientos negativos sobre Ankh-Morpork de camino aquí, ujum-ujum.

—¡Sí, pero yo vivo allí! ¡A mí me está permitido! ¡Es patriótico!

—A través del mundo entero, excelencia, y por extraño que parezca, hay definiciones de, ujumf-ujum, «uno de los buenos» que no significan automáticamente «le gusta Ankh-Morpork». Me atrevo a decir que ya lo descubrirá usted. Con los otros dos es mucho más fácil tratar. Puede que haya sido lady Margolotta la que probó aquel truco anoche con los guardias. O por lo menos es quien me hizo traerlo a usted de vuelta. Lo ha invitado a usted a una copa.

—Oh.

—Es una vampira, ujum, ujum.

—¿Qué?

Iñigo suspiró.

—Su excelencia, creí que usted lo entendía. Los vampiros son una parte más de Uberwald. Este es su hogar. Me temo que es algo que va a tener usted que asimilar. Tengo entendido que ahora... obtienen la sangre por acuerdo. Hay gente a quien... le impresiona un título, excelencia.

—Por todos los...

—Y que lo diga. En cualquier caso, usted estará a salvo. Recuerde su inmunidad diplomática, ujum-ujum.

—No vi que funcionara mucho el otro día en el paso de Wilinus.

—Oh, esos eran bandidos vulgares.

—¿En serio? ¿Y ha aparecido ese tal Duerme? ¿Has llevado el asunto a la

Guardia de aquí?

—Aquí no hay Guardia, tal como usted entiende el término. Ya los ha visto. Son... guardias de las puertas, matones a sueldo de los gobernantes, ujum-ujum, no agentes de la ley. Pero... se está investigando el caso.

—¿A esto me va a acompañar Sybil? —preguntó Vimes, y pensó: No hace tanto que nosotros mismos éramos guardias de esa clase...

—Normalmente asisten el embajador y sus guardias.

—Bueno, pues Detritus se queda aquí para echarle un ojo, ¿de acuerdo? Esta mañana ha dicho que está convencida de que a este sitio le irían bien unas moquetas como es debido, y nada la detiene cuando está en su fase de cinta métrica. Yo me llevaré a Jovial y a uno de los chavales de fuera, por las apariencias. Supongo que tú vienes, ¿no?

—No será necesario, señor. Ujum. El nuevo cochero conoce el camino, el morporkiano es al fin y al cabo el idioma de la diplomacia y yo... estaré investigando por mi cuenta.

—¿Algún asunto delicado?

—Por supuesto, excelencia.

—Si lo han matado, ¿no será una declaración de guerra?

—Sí y no, excelencia.

—¿Cómo? Duerme era... ¿es uno de los nuestros!

Iñigo pareció incómodo.

—Dependería de... dónde estuviera exactamente y de qué estuviera haciendo...

Vimes mantuvo la mirada inexpresiva hasta que le entró la idea en la cabeza y puso su cerebro en marcha.

—¿Espionando?

—Adquiriendo información. Lo hace todo el mundo, ujum-ujum.

—Sí, pero si uno encuentra a un diplomático que se está pasando de la raya, simplemente se lo manda a casa con una nota bien aguda para su jefe, ¿no?

—Alrededor del Mar Circular, excelencia, así se hace. Aquí puede que tengan un método distinto.

—¿Algo más agudo que una nota?

—Exacto, ujum.

El capitán Pelele sería uno de los acompañantes. Hubo alguna que otra pequeña dificultad, pero al final el argumento de que, ya que estaba montando guardia a Vimes, podía ser bueno estar donde estuviera Vimes, adquirió cierta fuerza. Pelele tenía aspecto de ser un hombre angustiadamente lógico.

No paró de dirigirle miradas de curiosidad a Vimes mientras el carruaje se dirigía a la salida de la ciudad. A su lado, Jovial iba sentada con las piernas colgando. Vimes se fijó, aunque no era la clase de cosa en que tenía costumbre de fijarse, en que la forma de su coraza había sido sutilmente alterada,

probablemente por el mismo armero al que recurría Angua, para indicar que el pecho que había dentro no tenía la misma forma que había dentro de la coraza de, por ejemplo, el cabo Nobbs, aunque por supuesto nadie tenía un pecho con la misma forma que el del cabo Nobbs.

Y también llevaba sus botas de hierro de tacón alto.

—Oye, no hace falta que vengas tú —dijo Vimes en voz alta.

—Sí que hace falta.

—Quiero decir que puedo ir a buscar a Detritus en tu lugar. Aunque supongo que armaría aún más revuelo meter a un troll en una mina de enanos. Quiero decir, más que si llevo a...

—...una chica —lo ayudó Jovial a terminar la frase.

—Ejem, sí. —Vimes sintió que el carruaje aminoraba la marcha hasta detenerse, aunque todavía no habían salido de la ciudad, y miró afuera.

Delante de ellos, al otro lado de la pequeña plaza, había una especie de fuerte, pero con unos portones mucho más grandes de lo que cabría esperar viendo su tamaño. Mientras Vimes los estaba mirando, se abrieron desde dentro.

Al otro lado había una rampa. El fuerte entero consistía en cuatro murallas que rodeaban la rampa de entrada a un gran túnel.

—¿Los enanos viven debajo de la ciudad? —se sorprendió, mientras la luz del día era gradualmente reemplazada por un resplandor infrecuente de antorchas. Estas, sin embargo, le mostraron con claridad cómo el carruaje pasaba traqueteando junto a una hilera muy larga de carromatos estacionados. Allí donde había un poco de luz se veían caballos y cocheros hablando en grupos.

—Debajo de gran parte de Uberwald —dijo Jovial—. Esta es solamente la entrada más cercana, señor. Probablemente tengamos que parar un minuto, porque a los caballos no les gusta... ah.

El carruaje se volvió a parar, y el cochero dio una serie de golpes en el costado del mismo para indicar que habían llegado al final de la cola. La hilera de carromatos se alejaba serpenteando por otro túnel descendente, pero el carruaje de Vimes se había detenido en una caverna de pequeño tamaño con una puerta grande. Allí había un par de enanos esperando. Llevaban hachas colgadas a las espaldas, aunque para los estándares de los enanos aquello solo contaba como «vestidos con cortesía» y no como «fuertemente armados». Su actitud, sin embargo, se ajustaba al lenguaje internacional de la gente que vigila puertas en cualquier parte.

—Comandante Sam Vimes, Guardia de la ciud... embajador de Ankh-Morpork —dijo Vimes, entregándole sus documentos a uno de ellos. Por lo menos con los enanos no resultaba difícil adoptar un aire altivo.

Para su sorpresa, el documento fue leído en su totalidad, con uno de los enanos mirando por encima del hombro del otro y señalando las subcláusulas más interesantes. El sello oficial fue examinado minuciosamente.

Un guardia señaló a Jovial.

—¿*Kra'k*?

—Mi guardia oficial —dijo Vimes—. Forma parte de « miembros del séquito asociado », en la página dos —señaló, solícito.

—Tengo que registrarle el carruaje —dijo el guardia.

—No. Inmunidad diplomática —dijo Vimes—. Díselo, Jovial.

Ellos escucharon cómo Jovial les apremiaba en el idioma de los enanos. A continuación el otro enano, cuya cara había dado indicaciones de que tenía algo en mente y que ese algo estaba dando saltitos impacientes, le dio un codazo a su compañero y se lo llevó aparte.

Hubo un torrente de susurros. Vimes no lo pudo entender, pero sí oyó la palabra « *Wilinus* ». Y poco después la palabra « *hr'grag* », que quería decir « treinta » en enano.

—Oh, dioses —dijo—. ¿Y un perro?

—Lo ha acertado usted, señor —dijo Jovial.

El documento fue devuelto a toda prisa. Vimes pudo leer el lenguaje corporal, aunque estaba escrito con letra más pequeña que de costumbre: probablemente acababa de aparecer un problema caro, así que los guardias preferían dejárselo a alguien que ganara más dinero que ellos.

Uno de los guardias tiró de un llamador que había junto a la puerta corredera. Al cabo de un momento la puerta se deslizó a un lado, revelando una sala pequeña.

—Tenemos que entrar, señor —dijo Jovial.

—¡Pero si no hay más puertas!

—No pasa nada, señor.

Vimes entró. Los enanos cerraron otra vez la puerta, dejándolos en la sala iluminada por una única vela.

—¿Es alguna clase de sala de espera? —preguntó Vimes.

En algún punto lejano, algo hizo « clonk ». El suelo tembló un momento y enseguida Vimes tuvo una extraña sensación de movimiento.

—¿La sala se mueve? —dijo.

—Sí, señor. Probablemente baje unos cien metros. Creo que todo se hace con contrapesos.

Permanecieron en silencio, sin saber muy bien qué decir, mientras a su alrededor las paredes chirriaban y crujían. Luego hubo una sacudida, una sensación pasajera de gravedad, y la sala dejó de moverse.

—Sea donde sea que vamos, presta mucha atención —dijo Vimes—. Está pasando algo, lo noto.

La puerta se volvió a abrir.

Vimes contempló el cielo nocturno, bajo tierra. Las estrellas lo rodeaban por todos lados... hasta por debajo...

—Creo que hemos bajado demasiado —dijo. Y entonces su cerebro asimiló lo que sus ojos acababan de ver. La sala móvil los había dejado en el costado de una caverna enorme. Lo que estaba viendo era un millar de puntos de luz de velas, dispersos por el suelo de la caverna y por otras galerías. Ahora que comprendía la escala de las cosas, se dio cuenta de que muchas de las luces se estaban moviendo.

El aire transportaba un solo estruendo compuesto de miles de voces, de sus ecos y de los ecos de sus ecos. De vez en cuando un grito o una risa se destacaban del resto, pero en gran medida era un solo mar interminable de sonido, que rompía en las orillas del tímpano.

—Yo creía que tu gente vivía en minas pequeñas —dijo Vimes.

—Bueno, yo creía que los humanos vivían en casitas de campo, señor —dijo Jovial cogiendo una vela de la gran estantería que estaba junto a la puerta y encendiéndola—. Y luego vi Ankh-Morpork

Había algo familiar en el movimiento de las luces. Una constelación entera de ellas avanzaba rumbo a una pared invisible, donde ahora el reflejo de la luz dejaba ver, débilmente, la boca de un túnel grande. Delante de la entrada había una hilera de luces.

Vimes podía imaginarse a un montón de gente yendo hacia algo que otra hilera de gente estaba... guardando.

—La gente de ahí abajo no está contenta —dijo—. A mí eso me parece una multitud protestando por algo. Mira, se ve por la forma en que se mueven.

—¿Comandante Vimes?

Se giró. En la penumbra pudo distinguir a varios enanos, cada uno de ellos con una vela sujeta al casco. Delante de ellos había algo que supuso que sería otro enano.

Había visto enanos como aquel en Ankh-Morpork, pero siempre alejándose, ahuyentados. Aquello era un enano de las profundidades.

Lo que vestía era una especie de túnica hecha de placas de cuero superpuestas. En lugar del casco de hierro pequeño y redondo con el que Vimes siempre había creído que nacían los enanos, llevaba un sombrero puntiagudo de cuero con más faldones de cuero colgando por todos los lados. El faldón delantero estaba recogido y atado, para permitir que el usuario pudiera mirar el mundo, o por lo menos aquella parte del mundo que quedaba bajo tierra. La impresión general que daba era la de ser un cono móvil.

—Esto, sí, soy yo —dijo Vimes.

—Bienvenido a Schmaltzbezg, excelentísimo embajador. Yo soy el *jar'ahk'haga* del rey, lo que en su idioma ustedes llamarían...

Pero Vimes ya estaba moviendo a toda prisa los labios mientras intentaba traducir.

—¿Catador... de... ideas? —dijo.

—¡Ja! Esa sería una forma de expresarlo, sí. Yo me llamo Dee. ¿Le importa seguirme? Esto no debería llevarnos mucho tiempo.

La figura se alejó majestuosamente. Otro de los enanos dio un golpecito muy suave a Vimes, indicándole que tenía que seguirlo.

El ruido procedente de las profundidades se redobló. Alguien estaba gritando.

—¿Hay algún problema? —preguntó Vimes mientras alcanzaba al veloz Dee.

—Nosotros no tenemos problemas.

Ah, ya me ha mentado, pensó Vimes. Ya estamos siendo diplomáticos.

Vimes siguió al enano por una serie de cuevas. O túneles... costaba distinguir una cosa de la otra, porque en la oscuridad Vimes solamente podía guiarse por la sensación de espacio que lo rodeaba. De vez en cuando pasaban frente a la entrada iluminada de otra cueva o túnel. En cada una de ellas había varios guardias con velas en los cascos.

Su bien entrenado radar de policía no paraba de soltar pitidos. Algo malo estaba pasando. Oía la tensión, la sensación de pánico silencioso. Ponia denso el aire. En ocasiones pasaban correteando otros enanos, entretenidos con alguna misión. Era algo muy, muy malo. La gente estaba sin saber qué hacer, así que intentaban hacerlo *todo*. Y en medio de todo aquello, una serie de funcionarios importantes tenían que dejar lo que estaban haciendo porque un idiota de una ciudad extranjera tenía que entregar un papel.

Al final se abrió una puerta en la oscuridad. La puerta llevaba a una caverna larga y más o menos rectangular que, con sus paredes recubiertas de libros y sus mesas llenas de papeles, tenía cierto aspecto de oficina.

—Siéntese, por favor, comandante.

Una cerilla cobró vida. Se encendió una única vela, perdida y solitaria en medio de la oscuridad.

—Intentamos que nuestros invitados se sientan cómodos —dijo Dee, sentándose apresuradamente a su mesa.

Se quitó el sombrero puntiagudo y, para asombro de Vimes, se puso unas gafas gruesas y ahumadas.

—¿Trae usted documentos? —preguntó.

Vimes se los entregó.

—Aquí dice: « Su excelencia » —dijo el enano, después de leerlos durante un rato.

—Sí, ese soy yo.

—Y hay un sir.

—También soy yo.

—Y aparece un excelentísimo.

—Eso me temo. —Vimes entrecerró los ojos—. También fui el encargado de la pizarra durante una temporada.

Se oyó un ruido de voces furiosas procedentes de detrás de una puerta situada

en la otra punta de la sala.

—¿A qué se dedica un encargado de la pizarra? —preguntó Dee, levantando la voz.

—¿Cómo? Esto... Me tocaba borrar la pizarra después de las clases.

El enano asintió. La voces subieron de volumen y se volvieron más intensas. El idioma de los enanos era ideal para estar enfadado.

—¡Borrar las enseñanzas cuando ya se han aprendido! —respondió Dee, gritando para hacerse oír.

—¡Esto... sí!

—¡Una tarea encargada únicamente a aquellos dignos de confianza!

—¡Es posible, sí!

Dee dobló la carta y se la devolvió, echándole un breve vistazo a Jovial.

—Bueno, los papeles parecen estar en orden —dijo—. ¿Le apetece una copa antes de irse?

—¿Cómo? Yo creía que tenía que presentarme ante su rey. —Las palabrotas procedentes del otro lado de la puerta ya amenazaban con quemar un agujero en la madera.

—Oh, no va a ser necesario —dijo Dee—. En estos momentos no deberíamos molestarlo con...

—¿...asuntos triviales? —lo interrumpió Vimes—. Yo creía que era así como había que hacer las cosas. Yo creía que los enanos siempre hacían las cosas como es debido.

—En estos momentos no es... aconsejable —levantó de nuevo la voz Dee por encima del ruido—. Estoy seguro de que lo entiende.

—Demos por sentado que soy muy tonto —dijo Vimes.

—Le aseguro, excelentísimo embajador, que lo que yo veo el rey lo ve, y lo que yo oigo el rey lo oye.

—Eso último es inevitable ahora mismo, ¿no?

Dee tamborileó con los dedos sobre la mesa.

—Excelentísimo embajador, he pasado el suficiente tiempo en su... ciudad como para aprender bastante de sus costumbres, pero tengo la sensación de que se está burlando usted de mí.

—¿Puedo hablar con libertad?

—Por lo que he oído de usted, señor encargado, es lo que suele hacer.

—¿Han encontrado ya el Bollo del Destino?

La expresión de la cara de Dee le dijo a Vimes que acababa de dar en el clavo. Y que era casi seguro que lo siguiente que iba a decir el enano sería otra mentira.

—¡Pero qué idea tan extraña e infundada! ¡No hay ninguna posibilidad de que el Bollo pueda haber sido robado! ¡Hay una declaración firme al respecto! ¡Esa no es una mentira que deseemos oír otra vez!

—Me ha dicho usted que yo... —intentó decir Vimes.

A juzgar por lo que se oía, ahora había una pelea al otro lado de la puerta.

—¡En la coronación todo el mundo podrá ver el Bollo! ¡Esto no es asunto de Ankh-Morpork ni de nadie más! ¡Protesto por esta intrusión en nuestros asuntos privados!

—Yo solamente...

—¡Y tampoco tenemos que enseñarle el Bollo a ningún fisgón buscapleitos! ¡Es un legado sagrado y está bien protegido!

Vimes guardó silencio. Dee era mejor que Fui-yo Duncan.

—¡Se vigila con atención a todo el mundo que sale de la Caverna del Bollo! ¡No se puede sacar el Bollo de allí! ¡Está perfectamente a salvo!

Ahora Dee estaba gritando.

—Ah, ya entiendo —dijo Vimes en voz baja.

—¡Bien!

—Así que todavía no lo han encontrado.

Dee abrió la boca, la cerró otra vez y por fin se desplomó en su asiento.

—Creo, su excelencia, que sería mejor que usted...

La puerta del otro lado de la sala se abrió pesadamente. Otro enano, vestido con otra túnica cónica, apareció con andar decidido, se detuvo, echó un vistazo a su alrededor, regresó una vez más a la puerta para gritar algo que se le acababa de ocurrir a quien fuera que estaba al otro lado, y por fin se dispuso a abandonar la sala. Se detuvo en seco cuando estuvo a punto de chocar con Vimes.

El enano levantó la cabeza hacia un lado para mirarlo. Allí no había ninguna cara propiamente dicha, solamente un asomo del destello de unos ojos furiosos entre los faldones de cuero.

—¿Anak-Morporak?

—Sí.

Vimes no entendió las palabras que siguieron a aquello, pero el tono desagradable resultaba inconfundible. Lo importante era no dejar de sonreír. Aquel era el método diplomático.

—Vaya, gracias —dijo—. Y si me permite decirlo...

El enano dejó escapar un gruñido. Acababa de ver a Jovial.

—¡Ha'ak! —gritó.

Vimes oyó un respingo. Había más enanos apiñados en la puerta. Luego bajó la vista para mirar a Jovial. Tenía los ojos cerrados. Y estaba temblando.

—¿Quién es este enano? —le preguntó a Dee.

—Es Albrecht Hijodealbrecht —dijo el catador de ideas.

—¿El aspirante?

—Sí —dijo Dee con voz ronca.

—Entonces puede usted decirle a esa criatura que si vuelve a usar esa palabra en presencia de mí o de cualquiera de mi séquito habrá, como decimos los

diplomáticos, repercusiones. Envuelva eso en diplomacia y entregúeselo, ¿quiere?

Los rabillos de las orejas de Vimes captaron indicios de que no todos los enanos que estaban escuchando desconocían su idioma. Ya había un par de enanos acercándose con determinación hacia ellos.

Dee balbució un torrente histérico en su idioma en el preciso momento en que los otros enanos alcanzaban al boquiabierto Albrecht y lo llevaban a un lado en silencio pero con firmeza, no sin que antes uno de ellos le susurrara algo al catador de ideas.

—El, ejem, el rey desea verle —murmuró.

Vimes miró en dirección a la puerta. Ahora había más enanos saliendo por la misma. Algunos iban vestidos con lo que a Vimes le parecía ropa «normal» de enanos, otros con el cuero negro y pesado de los clanes de las profundidades. Todos ellos lo miraron con el ceño fruncido al pasar.

Luego no quedó más que suelo vacío entre él y la puerta.

—¿Usted también viene?

—No a menos que él me requiera —dijo Dee—. Le deseo suerte, señor encargado.

Al otro lado de la puerta había una sala llena de estanterías con libros, que se extendían hacia lo alto y a lo lejos. Aquí y allí una vela lograba apenas cambiar la densidad de la oscuridad. Había muchas, sin embargo, puntuando la distancia. Vimes se preguntó cómo de grande debía de ser aquella sala...

—Aquí están los registros de todos los matrimonios, todos los nacimientos, todas las muertes y todas las mudanzas de enanos de una mina a otra, la sucesión del rey de cada mina, el progreso de cada enano por el *k'zakra*, las reclamaciones de minas, la historia de las hachas famosas... y otros asuntos relevantes —dijo una voz detrás de él—. Y lo que es tal vez más importante, todas las decisiones tomadas bajo la ley de los enanos durante mil quinientos años están anotadas en esta sala, contemplándolo a usted.

Vimes se dio la vuelta. Detrás de él había un enano, bajo hasta para ser un enano. Parecía estar esperando una respuesta.

—Esto, ¿todas las decisiones?

—Oh, sí.

—Hum, ¿y todas fueron buenas? —preguntó Vimes.

—Lo importante es que todas fueron tomadas —dijo el rey—. Gracias, joven... enano. Puedes incorporarte.

Jovial estaba haciendo una reverencia.

—Lo siento, ¿debería hacer yo también eso? —dijo Vimes—. Usted... no es el rey, ¿verdad?

—Todavía no.

—Yo, y o lo, lo siento, esperaba a alguien más, esto...

—Continúe, por favor.

—... a alguien más... majestuoso.

El Bajo Rey suspiró.

—Quiero decir... o sea, parece usted un enano normal y corriente —dijo Vimes con un hilo de voz.

Esta vez el rey sonrió. Era un poco más bajo que la media de los enanos, e iba vestido con el cuasiuniforme habitual de cuero y cota de malla de forja casera. Parecía viejo, aunque los enanos empezaban a parecer viejos a los cinco años y seguían pareciéndolo trescientos años más tarde; y tenía aquella cadencia musical cuando hablaba que Vimes asociaba con Nellofselek. Si aquel enano le hubiera pedido a Vimes que le pasara el ketchup en el Delicatessen de Comida Integral de Tal'Adr, no lo habría mirado dos veces.

—Esta cosa de la diplomacia —dijo el rey—, ¿cree que le está cogiendo usted el tranquillo?

—Tengo que admitir que me está costando un poco... esto, majestad.

—Tengo entendido que hasta ahora ha sido usted miembro de la Guardia de Ankh-Morpork...

—Esto, sí.

—Y tengo entendido que tenía usted un famoso antepasado que era un regicida, ¿no?

Ya vamos otra vez, pensó Vimes.

—Sí, Carapiedra Vimes —dijo, con toda la tranquilidad que pudo—. Siempre me ha parecido un poco injusto llamarlo regicida. Solamente lo hizo una vez. Tampoco es que lo tuviera como afición ni nada.

—Pero a usted no le gustan los reyes —dijo el enano.

—No conozco a muchos, señor —dijo Vimes, confiando en que aquello pasara por una respuesta diplomática. Pareció que por lo menos satisfacía al rey.

—Yo fui una vez a Ankh-Morpork, cuando era joven —dijo este, caminando hacia una mesa alargada y cubierta de montones altos de pergaminos.

—Esto... ¿Ah, sí?

—Adorno de jardín, me llamaron. Y... ¿cómo era? Ah, sí... tapón... Algunos niños me tiraban piedras.

—Lo siento.

—Supongo que me dirá usted que esas cosas ya no pasan.

—Ya no pasan tanto. Pero siempre hay idiotas que no se adaptan a los nuevos tiempos.

El rey clavó una mirada penetrante en Vimes.

—Claro. Los nuevos tiempos... Pero ahora los tiempos siempre son los de Ankh-Morpork, ¿verdad?

—¿Perdone?

—Cuando la gente dice «hay que adaptarse a los nuevos tiempos», lo que

realmente quiere decir es « hay que hacer las cosas a mi manera ». Y hay quien diría que Ankh-Morpork es... una especie de vampiro. Que muerde, y lo que muerde lo convierte en copias de sí mismo. Y también chupa la sangre. Parece que nuestros mejores enanos se marchan a Ankh-Morpork, donde viven en la miseria. Nos están dejando ustedes secos.

Vimes no supo qué decir. Estaba claro que la pequeña figura que ahora estaba sentada a la mesa alargada era mucho más lista que él, aunque de todos modos ahora mismo se sentía más tonto que un zapato. También estaba claro que el rey llevaba bastante tiempo sin dormir. Decidió ser sincero.

—Para eso no tengo respuesta —dijo, adoptando una variante de su método para hablar con Vetinari—. Pero...

—¿Sí?

—Yo me preguntaría... Ya sabe, si yo fuera rey... Me preguntaría por qué la gente es más feliz viviendo en la miseria en Ankh-Morpork que quedándose en casa... señor.

—Ah. ¿Ahora me está diciendo cómo tengo que pensar?

—No, señor. Solamente le cuento cómo pienso yo. Pero Ankh-Morpork está lleno de bares de enanos, y tienen herramientas de minería colgadas en las paredes, y todas las noches se llenan de enanos que engullen cerveza y cantan canciones tristes sobre cómo les gustaría volver a las montañas a buscar oro en las minas. Pero si les dijeras: « Vale, las puertas están abiertas, tirad para allá y mandadnos una postal », ellos responderían: « Ya, bueno, me encantaría, pero es que acabamos de terminar el taller nuevo... tal vez el año que viene sí que nos iremos a Uberwald ».

—Vienen de vuelta a las montañas para morir —dijo el rey.

—Pero viven en Ankh-Morpork

—¿Y por qué cree que pasa eso?

—No sabría decirle. Porque nadie les dice cómo tienen que hacerlo, me imagino.

—Y ahora ustedes quieren nuestro oro y nuestro hierro —dijo el rey—. ¿Es que no hay nada que podamos quedarnos?

—Eso tampoco lo sé, señor. No estoy entrenado para este trabajo.

El rey murmuró algo entre dientes. Y luego, en voz mucho más alta, dijo:

—No le puedo ofrecer favores, excelentísimo embajador. Estos son tiempos difíciles, entiéndalo.

—Pero mi verdadero trabajo es averiguar cosas —respondió Vimes—. Si hay algo que yo pueda hacer para...

El rey le plantó a Vimes sus documentos delante de las narices.

—Sus cartas de acreditación, excelentísimo embajador. ¡Puede darlas por entregadas!

Y con eso me hace callar, pensó Vimes.

—Pero quiero preguntarle una cosa —continuó el rey.

—¿Sí, señor?

—¿Es verdad lo de los treinta hombres y un perro?

—No. Solamente había siete hombres. Mate a uno de ellos porque no me quedó más remedio.

—¿Cómo murieron los otros?

—Esto, víctimas de las circunstancias, señor.

—Pues bueno... su secreto está a salvo conmigo. Buenos días, señorita Culopequeño.

Jovial se quedó estupefacta.

El rey le dedicó una ligera sonrisa.

—Ah, los derechos del individuo, un famoso invento de Ankh-Morpork, o eso dicen. Pero ¿qué derechos son esos en realidad, y de dónde vienen? Gracias, Dee, el excelentísimo embajador ya se estaba marchando. Puede usted hacer entrar a la delegación de Cabeza de Cobre.

Mientras Vimes era conducido afuera vio a un grupo distinto de enanos reunidos en la antesala. Uno o dos de ellos lo saludaron con la cabeza mientras los acompañaban al interior.

Dee se volvió hacia Vimes.

—Confío en que no haya cansado usted a su majestad.

—A eso ya se ha dedicado otro, a juzgar por su aspecto.

—Corren tiempos de insomnio —dijo el catador de ideas.

—¿Ha aparecido ya el Bollo? —preguntó Vimes con inocencia.

—¡Embajador, si persiste usted en esa actitud, elevaré una queja a lord Vetinari!

—A él le encantan las quejas. ¿La salida era por aquí?

Fue la última palabra que se dijo antes de que Vimes y sus guardias estuvieran de vuelta en el carruaje y las puertas que daban a la luz del día se abrieran delante de ellos.

Con el raballo del ojo Vimes vio que Jovial estaba temblando.

—Pega bien fuerte, ¿eh?, el aire frío después del calor que hay bajo tierra... —se aventuró a decir.

Jovial dejó escapar una sonrisita aliviada.

—Sí, sí que pega —dijo.

—Me ha parecido un tipo bastante decente —comentó Vimes—. ¿Qué es eso que ha murmurado cuando le he dicho que no estoy entrenado?

—Ha dicho, «¿y quién lo está?», señor.

—Sonaba a algo por el estilo. Tantas discusiones... así pues, no es cuestión de sentarse en el trono y decir «haced esto y haced aquello».

—Los enanos discutimos mucho, señor. Por supuesto, muchos no estarían de acuerdo. Pero ninguno de los clanes grandes de enanos está contento con esta

cuestión. Ya sabe cómo va: los de Cabeza de Cobre no querían a Albrecht, los schmaltzburgueses nunca apoyarían alguien llamado Hijodeodro, los enanos de Ankh-Morpork estaban divididos entre ambos bandos, y Rhys viene de un pequeño clan de mineros de carbón situado cerca de Nellofselek que no es lo bastante importante como para estar de lado de nadie...

—¿Quieres decir que no ha llegado a ser rey porque le gustara a nadie, sino porque a nadie le disgustaba demasiado?

—Eso es, señor.

Vimes echó un vistazo a las cartas arrugadas que el rey le había metido en la mano. A la luz del sol pudo ver lo que alguien había escrito con letra poco firme en una esquina. Solamente eran tres palabras.

MEDIANOCHE, ¿VE USTED?

Tararareando una tonadilla para sus adentros, arrancó el trozo de papel e hizo una bola con él.

—Y ahora a por la maldita vampira —dijo.

—No se preocupe, señor —dijo Jovial—. ¿Qué es lo peor que le puede hacer? ¿Arrancarle la cabeza a mordiscos?

Vimes gruñó.

—Gracias por los ánimos, cabo. Dime... esas túnicas que llevaban algunos de los enanos, sé que las llevan en la superficie para que no los contamine la horrible luz del sol, pero ¿por qué llevarlas allí abajo?

—Es tradicional, señor. Ejem, las llevaban los... bueno, usted los llamaría tanteadores, señor.

—¿Y a qué se dedicaban?

—Bueno, ¿ha oído hablar del grisú? Es un gas que hay a veces en las minas. Explota.

Vimes fue viendo las imágenes en su mente mientras Jovial se lo explicaba.

Los mineros dejaban libre la zona, si tenían suerte. Y entonces entraba el tanteador, vestido con una capa tras otra de cota de malla y de cuero, llevando su saco lleno de pelotas de mimbre rellenas de trapos y de aceite. Y su pértiga bien larga. Y su tirachinas.

Abajo en las minas, completamente solo, oía el repicar. Oía a Agi Robamartillos y todas las demás cosas que hacían ruidos en las profundidades de la tierra. No podía haber ninguna luz, porque la luz habría significado una muerte repentina y estruendosa. El tanteador avanzaba a tientas por la oscuridad absoluta, muy por debajo de la superficie.

Había una especie de grillo que vivía en las minas. Y que hacía un cri-cri muy fuerte en presencia del grisú. El tanteador llevaba uno en una jaula, atado a su sombrero.

Cuando el animal cantaba, los tanteadores muy seguros de sí mismos o bien los extremadamente suicidas daban un paso atrás, encendían la antorcha que tenían al final de la pértiga y la arrojaban hacia delante. Los tanteadores más cuidadosos daban muchos más pasos atrás y tiraban con el tirachinas una pelota de trapos en llamas en dirección a la muerte invisible. En cualquier caso, confiaban en sus gruesos ropajes de cuero para protegerse de lo peor de la explosión.

Era un oficio honorable, pero, por lo menos de entrada, no se heredaba de padres a hijos. Porque los tanteadores no tenían hijos. ¿Quién se iba a casar con uno de ellos? Eran enanos muertos en vida. Pero a veces un enano joven expresaba su deseo de convertirse en uno de ellos. Su familia se mostraba orgullosa, le decía adiós y luego empezaba a hablar de él como si estuviera muerto, porque eso facilitaba las cosas.

A veces, sin embargo, los tanteadores regresaban. Y los que sobrevivían continuaban sobreviviendo, porque sobrevivir es cuestión de práctica. Y a veces hablaban un poco de lo que habían oído, a solas en las minas profundas... el golpeteo de los enanos muertos que intentaban regresar al mundo, la risa lejana de Agi Robamartillos, los latidos del corazón de la tortuga que llevaba el mundo a cuestas.

Los tanteadores se convirtieron en reyes.

Vimes, escuchando con la boca abierta, se preguntó por qué demonios los enanos creían que no tenían religión ni sacerdotes. Ser un enano ya era una religión de por sí. La gente se adentraba en las tinieblas por el bien del clan, y oía cosas, y quedaba transformada, y regresaba para contarlo...

Y más tarde, hacía solamente cincuenta años, un enano que tenía un taller en Ankh-Morpork descubrió que si ponías una simple malla fina sobre la llama de tu farol, esta se ponía azul en presencia del gas pero no explotaba. Fue un descubrimiento de inmenso valor para el bien de los enanos y tal como suele pasar con esa clase de descubrimientos, llevó casi de inmediato a la guerra.

—Y a partir de entonces ha habido dos clases de enanos —se entristeció Jovial—. Están los de Cabeza de Cobre, que usan todos la lámpara y el detonador de gas patentado, y los schmaltzbergueses, que mantienen las antiguas costumbres. Por supuesto, somos todos enanos —dijo—, pero las relaciones son más bien... tensas.

—Apuesto a que lo son.

—Oh, no, todos los enanos reconocen que hace falta un Bajo Rey, es solamente que...

—¿... que no acaban de ver por qué los tanteadores todavía son tan poderosos?

—Es todo muy triste —dijo Jovial—. ¿Le he contado alguna vez que mi hermano Roncador se marchó para hacerse tanteador?

—Creo que no.

—Murió en una explosión en algún sitio por debajo de Borogravia. Pero al menos estaba haciendo lo que quería hacer. —Al cabo de un momento añadió, muy seria—: Bueno, hasta el momento en que lo alcanzó la explosión. Después ya no lo creo.

Ahora el carruaje subía con estrépito por una montaña que había a un lado de la ciudad. Vimes bajó la vista para mirar el casco pequeño y redondo que había a su lado. Tiene gracia cómo nos creemos que conocemos a la gente, pensó.

Las ruedas traquetearon contra la madera de un puente levadizo.

Comparado con otros castillos, aquel daba la impresión de que lo podía conquistar un pequeño pelotón de soldados no muy eficaces. Su constructor no había estado pensando en fortificaciones. Se había inspirado en los cuentos de hadas y posiblemente en los tipos más decorativos de pasteles. Era un castillo para mirarlo. En materia defensiva, echarse una manta sobre la cabeza podía resultar ligeramente más seguro.

El carruaje se detuvo en el patio. Para asombro de Vimes, una figura familiar ataviada con una chaqueta negra raída se acercó arrastrando los pies para abrirle la puerta.

—¿Igor?

—¿Zí, amo?

—¿Qué demonios está haciendo aquí?

—Ezo... eztoy abriendo eza puerta, amo —dijo Igor.

—Pero ¿por qué no está...?

En aquel momento Vimes cayó en la cuenta de que Igor era distinto. Este Igor tenía los dos ojos del mismo color, y algunas de sus cicatrices estaban en sitios distintos.

—Lo siento —murmuró—. Pensaba que era usted Igor.

—Ah, quiere decir mi primo Igor —dijo Igor—. Ez el que trabaja en la embajada. ¿Cómo le va?

—Eh... tiene buen... aspecto —dijo Vimes—. Bastante... bueno. Sí.

—¿Y no habrá mencionado cómo le va a Igor, zeñor? —dijo Igor, y se alejó dando tumbos tan deprisa que Vimes tuvo que correr para no quedarse atrás—. Ez que ninguno de noztroz ha tenido notiziaz zuyaz, ni ziquiera Igor, que ziempre ha tenido una relación muy eztrecha con él.

—¿Perdone? ¿Es que toda su familia se llama Igor?

—Oh, zí, zeñor. Azi ze evita la confuzión.

—¿En serio?

—Zí, zeñor. A nadie que zea alguien en Uberwald ze le ocurriría emplear a ningún zirviente que no fuera un Igor, Ah, ya ezta moz, zeñor. La zeñora lo ezta ezperando.

Pasaron por debajo de un arco e Igor se puso a abrir una puerta que tenía

muchas más tachuelas de lo que era respetable. Así llegaron a un pasillo.

—¿Estás segura de que quieres venir? —le preguntó Vimes a Jovial—. Es una vampira.

—Los vampiros no me preocupan, señor.

—Qué suerte tienes. —Vimes miró a Pelele, que estaba en silencio. El hombre parecía agobiado—. Dile a nuestro amigo aquí presente que no lo necesitamos y que puede esperarnos en el carruaje, el cabrón con suerte —dijo—. Pero no traduzcas eso último.

Igor abrió una puerta interior mientras Pelele se alejaba casi corriendo por el pasillo.

—Zu eccelentízima eccelencia...

—Ah, sir Samuel —dijo lady Margolotta—. Entre, por favor. Sé que no le gusta ser una excelencia. Esto se le hace muy pesado, ¿verdad? Pero se tiene que hacer, ¿no?

Aquello no era lo que él había esperado. En teoría los vampiros no llevaban perlas, ni jerséis de color rosa. Y en el mundo de Vimes tampoco llevaban zapatos cómodos y sin tacón. Ni tenían una sala de estar en la que hasta el último mueble estaba tapizado con tela de chintz.

Lady Margolotta parecía la típica madre, aunque tal vez la típica madre de alguien que hubiera tenido una educación cara y un poni llamado Saltitos. Se movía como alguien muy acostumbrado a su propio cuerpo, y en general tenía un aspecto que Vimes había oído describir como de «mujer de cierta edad». Nunca había estado muy seguro de qué edad era aquella.

Pero... había ciertos detalles raros. Lady Margolotta llevaba murciélagos bordados en el jersey de color rosa, y el dibujo del chintz de los muebles se parecía un poco a... murciélagos. El perrito con un lazo alrededor del cuello que había tumbado y encogido sobre un cojín tenía más aspecto de rata que de perro. Vimes no estaba seguro de que esto último fuera raro, sin embargo, ya que los perros de aquella naturaleza siempre solían tener un poco de aspecto de rata. La impresión que daba todo era la de alguien que hubiera leído una partitura pero nunca la hubiera oído interpretada.

Se dio cuenta de que ella estaba esperándolo cortésmente, e hizo una reverencia rígida.

—Oh, no se moleste con eso, por favor —dijo lady Margolotta—. Siéntese, ¿quierre? —Fue caminando hasta el armario de las bebidas y lo abrió—. ¿Le apetece Sangre de Toro?

—¿Esa es la bebida que tiene vodka? Porque...

—No —dijo lady Margolotta en voz baja—. Me temo que esta es una bebida del otro tipo. Aun así, tenemos eso en común, ¿no? Ninguno de nosotros bebe... alcohol. Tengo entendido que erra usted un alcohólico, sir Samuel.

—No —dijo Vimes, completamente desconcertado—. Era un borracho. Hay

que ser más rico de lo que yo era para ser un alcohólico.

—Ah, bien dicho. Tengo limonada, si quiere. ¿Y la señorrita Culopequeño? Le alegrará oír que no tenemos cerveza.

Jovial miró a Vimes con asombro.

—Esto... ¿tal vez un jerez? —dijo.

—Por supuesto. Ya puedes dejarnos, Igor. ¿Verdad que es un tesorro? —añadió ella, mientras Igor se retiraba.

—Sí que parece que lo acaben de desenterrar, sí —dijo Vimes. Aquello no estaba yendo de acuerdo con su guión mental.

—Oh, todos los Igors tienen ese mismo aspecto. Este lleva casi doscientos años en la familia. O por lo menos, la mayor parte de él.

—¿En serio?

—Extremadamente popular entre las señorritas, por alguna razón. Todos los Igors lo son. He llegado a la conclusión de que es mejor no especular con el porqué. —Lady Margolotta le dedicó a Vimes una sonrisa alegre—. Bueno, brindemos por su estancia, sir Samuel.

—Sabe usted mucho de mí —dijo Vimes en voz baja.

—Casi todas las cosas buenas, se lo aseguro —dijo—. Aunque tiene usted tendencia a descuidar su papeleo, se exaspera fácilmente, es demasiado sentimental, lamenta su propia falta de educación y desconfía de la errudición ajena, está usted inmensamente orgulloso de su ciudad y se pregunta si no estará traicionando a su clase social. Mis... amigos en Ankh-Morpork no han sido capaces de descubrir nada muy malo sobre usted, y créame que se les dan bastante bien esas cosas. Y detesta usted a los vampiros.

—Yo...

—Bastante comprensible. Somos una gente espantosa, en líneas generales.

—Pero usted...

—Yo intento mirar el lado bueno —dijo lady Margolotta—. Pero en fin, ¿qué le ha parecido el rey?

—Es muy... callado —dijo Vimes el diplomático.

—Más bien astuto. Él habrá averiguado mucho más sobre usted de lo que ha averiguado usted sobre él, estoy segura. ¿Le apetece una galleta? Yo no las como, claro, pero hay un hombrecillo en la ciudad que hace un chocolate excelente... ¿Igor?

—Zí, ama —dijo Igor.

Vimes estuvo a punto de rociar de limonada la sala entera.

—¡Estaba fuera de la habitación! —exclamó—. ¡Yo lo he visto marcharse! ¡He oído cómo se cerraba la puerta!

—Igor tiene extraños caminos. Dale una servilleta a sir Samuel, Igor.

—Decía usted que el rey es astuto —dijo Vimes, limpiándose limonada de las calzas. Igor dejó una bandeja de galletas y abandonó la sala arrastrando los pies.

—¿Lo he dicho? No, me parece imposible que yo haya dicho una cosa semejante. No es nada diplomático —dijo lady Margolotta con voz suave—. Estoy segura de que todos apoyamos al nuevo Bajo Rey, elegido por el conjunto del pueblo de los enanos, por mucho que ellos creyerran que iban a elegir a un tradicionalista y acabarían con una incógnita.

—¿Acaba usted de decir eso último? —preguntó Vimes, ahogándose en un mar de diplomacia y pantalones mojados.

—Porr supuesto que no. ¿Sabe usted que ese Bollo del Destino que tienen ha sido robado?

—Ellos lo niegan —dijo Vimes.

—¿Y usted los cree?

—No.

—La coronación no puede celebrarse sin él, ¿lo sabía usted?

—¿Tendremos que esperar a que horneen otro? —preguntó Vimes.

—No. Ya no habrá más Reyes Bajos —dijo lady Margolotta—. Es una cuestión de legitimidad, ¿lo ve? El Bollo representa la continuidad desde los tiempos de B'hrian Hachasangrienta. Dicen que se sentó en él cuando todavía estaba blando y que dejó su huella, por expresarlo de alguna manera.

—¿Quiere decir que el reinado ha pasado de cu... de trasero a trasero?

—Los humanos creen en las coronas, ¿verdad?

—¡Sí, pero por lo menos se ponen en la otra punta!

—En los tronos, pues. —Lady Margolotta suspiró—. La gente le da mucha importancia a unas cosas muy extrañas. Coronas. Reliquias. Ajo. En fin, habrá una guerra civil por el liderrazgo que seguramente ganará Albrecht, y entonces detendrá todo el comercio con Ankh-Morpork. ¿Sabía eso? Él cree que la ciudad de usted es maligna.

—Yo sé que lo es —dijo Vimes—. Y yo vivo allí.

—He oído que planea declarar a todos los enanos de allí *d'hrarak* —continuó la vampira. Vimes oyó que Jovial tragaba saliva—. Quiere decir «no enanos».

—Sí que va a lo grande —dijo Vimes—. No creo que a nuestros muchachos les importe eso.

—Ejem —dijo Jovial.

—Yo diría que sí. La señorrita parece preocupada, y haría usted bien en escucharla, sir Samuel.

—Perdone —dijo Vimes—, pero ¿a usted qué más le da todo esto?

—¿De veras no bebe usted nada, sir Samuel?

—No.

—¿Ni siquiera una?

—No —repitió Vimes en tono más cortante—. Lo sabría usted, si supiera algo de...

—Y sin embargo guardra usted media botella en su cajón de abajo como una

especie de prueba perrmanente —dijo lady Margolotta—. Pues bien, eso, sir Samuel, describe a un hombre que se hurriga en su propia herida.

—¡Exijo saber quién ha estado contando todo eso!

Lady Margolotta suspiró. A Vimes le dio la sensación de haber fallado otra prueba.

—Soy rica, sir Samuel. Los vampiros suelen serlo. ¿No lo sabía? Lord Vetinari, eso lo sé, considera la información una moneda. Pero todo el mundo sabe que la moneda siempre ha sido información. Al dinero no le hace falta hablar, solamente tiene que escuchar.

Se detuvo y se quedó sentada mirando a Vimes, como si de pronto hubiera decidido escuchar. Vimes se movió incómodamente bajo aquella mirada penetrante.

—¿Cómo está Havelock Vetinari? —preguntó ella.

—¿El patricio? Bueno... bien.

—Ya debe de ser bastante mayor.

—Nunca he estado muy seguro de qué edad tiene —dijo Vimes—. Supongo que más o menos la misma que yo.

Entonces ella se puso de pie de repente.

—Ha sido una reunión muy interesante, sir Samuel. Esperro que lady Sybil esté bien...

—Esto, sí.

—Bien. Me alegro mucho. Nos volveremos a ver, estoy segurra. Igor lo acompañará afuera. Dele mis recuerdos al barón cuando lo vea. Dele una palmadita en la cabeza, de mi parte.

—¿De qué demonios iba todo eso, Jovial? —preguntó Vimes, mientras el carruaje volvía a bajar la colina.

—¿Qué parte, señor?

—Pues prácticamente todas. ¿Por qué tendría que importarles a los enanos de Ankh-Morpork que alguien diga que no son enanos? Ellos saben de sobra que lo son.

—Ya no estarían sujetos a la ley de los enanos, señor.

—No sabía que lo estuvieran.

—Me refiero a como... a como uno vive su vida, señor. Las bodas, los entierros, esa clase de cosas. Las bodas no serían legales. A los enanos ancianos no se los podría enterrar aquí en casa. Y eso sería terrible. Todos los enanos sueñan con volver a casa cuando sean viejos y fundar una pequeña mina.

—¿Todos los enanos? ¿Hasta los que han nacido en Ankh-Morpork?

—«Casa» puede significar toda clase de cosas, señor —dijo Jovial—. Y eso no es todo. Los contratos no serían válidos. A los enanos les gustan las reglas bien firmes y sólidas.

—En Ankh-Morpork también tenemos leyes. Más o menos.

—Entre ellos los enanos prefieren usar las suyas propias, señor.

—Seguro que a los enanos de Cabeza de Cobre no les va a gustar nada si ocurre eso.

—No, señor. Habrá una división. Y otra guerra. —Ella suspiró.

—Pero ¿por qué hablaba todo el tiempo de bebida?

—No lo sé, señor.

—No me gustan. Nunca me han gustado y nunca me gustarán.

—No, señor.

—¿Has visto esa rata?

—Sí, señor.

—Creo que la vampira se estaba riendo de mí.

El carruaje volvía a rodar por las calles de Jdienda.

—¿Una guerra cómo de grande?

—Probablemente peor que la de hace cincuenta años, me imagino —dijo Jovial.

—No he oído a nadie hablar de esa —dijo Vimes.

—La mayoría de los humanos no se enteraron —explicó Jovial—. Tuvo lugar sobre todo bajo tierra. Socavando pasadizos y cavando túneles de invasión y esas cosas. Tal vez unas cuantas casas cayeron dentro de agujeros misteriosos y la gente no recibió el carbón que había pedido, pero eso fue todo.

—¿Me estás diciendo que los enanos intentan hundirles las minas encima a otros enanos?

—Oh, sí.

—Yo creía que eran todos cumplidores de la ley.

—Oh, sí, señor. A rajatabla. Simplemente no somos muy compasivos.

Por los dioses, pensó Vimes, mientras el carruaje cruzaba el puente que había en el centro de la ciudad, no me han mandado a una coronación. Me han mandado a una guerra que todavía no ha empezado.

Levantó la vista. Pelele lo estaba mirando fijamente, pero apartó la vista a toda prisa.

* * *

Lady Margolotta estuvo contemplando el carruaje hasta que este llegó a las puertas de la ciudad. Se mantuvo todo el tiempo un poco apartada de la ventana. El cielo estaba un poco nublado, pero costaba abandonar los hábitos de supervivencia.

—Qué hombre tan furioso, Igor.

—Zí, ama.

—Se nota cómo se le acumula la furia por detrás de la paciencia. Me pregunto hasta dónde se le puede presionar.

—He traído el coche fúnebre, ama.

—Vaya, ¿tan tarde es? Será mejor que nos vayamos, pues. Todo el mundo se entristece si me pierdo una reunión, y a lo sabes.

* * *

El castillo del otro lado del valle era mucho más robusto que el artículo de pastelería de lady Margolotta. Aun así, los portones estaban abiertos de par en par y no daba la impresión de que los cerraran a menudo.

La puerta principal era alta y de aspecto pesado. Lo único que sugería que no había sido encargada del catálogo estándar para castillos era la portezuela más pequeña y estrecha, de un metro de alto, que tenía tallada en su parte inferior.

—¿Y eso para qué es? —preguntó Vimes—. Hasta un enano se daría en toda la cabeza.

—Supongo que depende de qué forma tengas al entrar —dijo Jovial, malhumorada.

La puerta principal se abrió nada más poner Vimes la mano sobre el llamador en forma de cabeza de lobo. Pero esta vez estaba listo.

—Buenos días, Igor —saludó.

—Buenos días, excelentísimo —dijo Igor, haciendo una reverencia.

—Igor e Igor te mandan recuerdos, Igor.

—Graciaz, embajador. Ya que lo menciona, ¿puedo poner un paquete en tu carruaje para Igor?

—¿Se refiere al Igor de la embajada?

—Eso es lo que he dicho, señor —dijo Igor con paciencia—. Me ha pedido si le podía prestar una mano.

—Claro, no hay problema.

—Bien. Ya está bien envuelta y el hielo la mantendrá fresca. ¿Quiere venir por aquí? El amo se está cambiando en estos momentos.

Igor se adentró renqueando en un amplio recibidor, un lado del cual estaba ocupado en su mayoría por una chimenea, y salió haciendo una reverencia.

—¿Ha dicho lo que creo que ha dicho? —preguntó Vimes—. ¿Lo de la mano y el hielo?

—No es lo que parece, señor —dijo Jovial.

—Eso espero. ¡Por los dioses, mira esa maldita cosa!

De las vigas del techo colgaba una bandera roja enorme. En medio de la misma había una cabeza de lobo negra, con la boca llena de relámpagos estilizados.

—Su nueva bandera, creo —comentó Jovial.

—Yo creía que solamente tenían el escudo ese con el murciélago de dos cabezas...

—Tal vez han pensado que era hora de cambiar, señor...

—¡Ah, excelentísimo embajador! ¿No está Sybil con usted?

La mujer que acababa de entrar era Angua, pero con unos cuantos años encima. Llevaba un vestido de noche verde largo y holgado, muy anticuado para los estándares de Ankh-Morpork, aunque había ciertos estilos que con la figura adecuada nunca pasaban de moda. Se iba cepillando el pelo mientras cruzaba la sala.

—Esto... hoy se ha quedado en la embajada. Hemos tenido un viaje más bien difícil. Usted debe de ser la baronesa Serafina von Uberwald.

—Y usted es Sam Vimes. Todas las cartas de Sybil hablan de usted. El barón no tardará mucho. Hemos salido a cazar y hemos perdido la noción del tiempo.

—Supongo que es mucho trabajo, atender a los caballos —fue el comentario educado de Vimes.

La sonrisa de Serafina se volvió extraña durante un momento.

—Ja. Sí —dijo—. ¿Puedo hacer que Igor le traiga una copa?

—No, gracias.

Ella se sentó en uno de los sillones demasiado acolchados y le dedicó una sonrisa abierta.

—¿Ha conocido ya al nuevo rey, excelentísimo embajador?

—Esta mañana.

—Tengo entendido que está teniendo problemas.

—¿Qué le hace pensar eso? —dijo Vimes.

Serafina pareció sorprendida.

—Yo creía que lo sabía todo el mundo...

—Bueno, yo prácticamente acabo de llegar —aclaró Vimes—. Probablemente no cuento como « todo el mundo» .

Ahora le complació ver que ella parecía desconcertada.

—Nosotros... hemos oído que había algún problema —dijo la mujer.

—Bueno, ya se sabe... un rey nuevo, una coronación que organizar... es normal que haya unos cuantos problemas. —Bueno, pensó Vimes, así que esto es la diplomacia. Es como mentir, pero para una clase superior de gente.

—Sí. Por supuesto.

—Angua está bien —dijo Vimes.

—¿Y está seguro de que no quiere una copa? —se apresuró a ofrecer Serafina, poniéndose de pie—. Ah, aquí está mi marido...

El barón entró en la sala como un torbellino que hubiera arrastrado a varios perros consigo. Los perros se dedicaban a saltar delante de él y a bailar a su alrededor.

—¡Hola! ¡Hola! —dijo con voz profunda.

Vimes miró a un hombre enorme: no gordo, ni tampoco alto, sino construido tal vez a una escala una décima parte más grande. No es que tuviera una cara con barba, sino más bien una barba por encima de la cual asomaban pequeños restos de su cara, en el espacio estrecho que quedaba entre el bigote y las cejas.

El hombre se cernió sobre Vimes, envuelto en una nube de cuerpos saltarines, pelo y olor a alfombra mojada.

Vimes estaba listo para el apretón de manos que se le venía encima, pero aun así tuvo que hacer una mueca mientras le molían los huesos de la mano.

—Qué bien que haya venido, ¿eh? ¡He oído hablar mucho de usted!

Pero no lo bastante, pensó Vimes. Se preguntó si alguna vez recuperaría el uso de aquella mano. Todavía se la estaba agarrando. Los perros habían trasladado su atención hacia él. Estaba siendo olisqueado.

—Mucho respeto para Ankh-Morpork, ¿eh? —dijo el barón.

—Esto... bien —dijo Vimes. La sangre no le llegaba más allá de la muñeca.

—¡Sientese! —ladró el barón. Vimes había estado intentando evitar la palabra, pero es que era así exactamente como hablaba el hombre: con frases breves y afiladas, todas ellas exclamaciones.

Lo condujeron hasta un sillón como si fuese ganado. Luego el barón le soltó la mano y se dejó caer sobre la alfombra enorme, con los perros excitados amontonándose encima de él.

Serafina hizo un ruido a medio camino entre un gruñido Y ese «¡tch!» de desaprobación de las esposas. Obedientemente, el barón apartó a los perros con la mano y se desplomó en un sillón.

—Va a tener que perdonarnos usted —dijo Serafina, sonriendo únicamente con la boca—. Este ha sido siempre un hogar muy informal.

—Tienen una casa muy agradable —consiguió decir Vimes, contemplando el salón enorme. Las paredes estaban cubiertas de trofeos de caza, pero por lo menos no había ninguna cabeza de troll. Ni tampoco armas. No había lanzas ni tampoco espadas viejas y oxidadas, ni siquiera un arco roto colgado en ninguna parte, lo cual iba prácticamente en contra de las leyes sobre decoración de castillos. Volvió a fijarse en la pared y luego en el tallado que había sobre la chimenea. Y por fin su mirada viajó hacia abajo.

Uno de los perros, y Vimes tenía claro que estaba usando el término «perros» solamente porque estaban de puertas adentro y aquel era un ámbito donde no encajaba bien la palabra «lobo», lo estaba escrutando. Nunca había visto una mirada tan calculadora en la cara de un animal. La bestia estaba sopesándolo.

Había algo familiar en aquel pelo de color dorado pálido que formaba una especie de melena. De hecho, el perro se parecía bastante a Angua, aunque era más corpulento. Y había otra diferencia, pequeña pero horriblemente elocuente. Igual que con Angua, daba una sensación de movimiento contenido; pero mientras que Angua siempre parecía a punto de salir huyendo, aquel parecía estar listo para saltar al ataque.

—¿La embajada es de su gusto? Era propiedad nuestra, ¿sabe? Antes de que se la vendiéramos a lord V... Ve...

—Vetinari —acabó Vimes, apartando de mala gana la mirada del lobo.

—Por supuesto, su gente ha hecho muchos cambios —continuó ella.

—Nosotros hemos hecho algunos más —dijo Vimes, recordando todas las zonas de madera reluciente que habían quedado al retirar los trofeos de caza—. Tengo que decir que me han impresionado mucho los cuartos de baño... ¿Ocurre algo?

El barón casi acababa de soltar un gañido. Serafina fulminó con la mirada a su marido.

—Sí —dijo ella bruscamente—. He oído que se han hecho cosas interesantes.

—Tienen mucha suerte de tener manantiales termales —dijo Vimes. Y aquello también era diplomacia, pensó, cuando dejabas que tu boca charlara mientras tú vigilabas los ojos de la gente. Era lo mismo que ser un poli—. Sybil quiere ir a tomar las aguas a Bad Heisses Bad...

Detrás de él oyó un gruñido débil procedente del barón y vio la expresión de fastidio que cruzaba por un instante la cara de Serafina.

—¿Estoy diciendo algo que no debería? —preguntó en tono inocente.

—Mi marido no se encuentra muy bien en este momento —dijo Serafina, con la voz especial de las esposas cuyo significado Vimes identificó como «ahora se cree que no pasa nada pero espera a que lo pille yo a solas».

—Supongo que le tengo que presentar mis credenciales —dijo Vimes, sacando la carta.

Serafina estiró rápidamente el brazo y se las quitó de la mano.

—Voy a leerlas —dijo, con una sonrisa dulce—. Por supuesto, no es más que un trámite. Todo el mundo ha oído hablar del comandante Vimes. No es por ofender, por supuesto, pero nos quedamos un poco sorprendidos cuando el patricio...

—Lord Veteri... Vetinari —se corrigió Vimes con amabilidad al escuchar el gruñido que aquello había provocado.

—Sí, claro... cuando él dijo que usted vendría. La verdad, nosotros esperábamos a alguno de los diplomáticos con más... experiencia.

—Pero si se me da de maravilla repartir los sándwiches de pepino —dijo Vimes—. Y si quieren pelotitas doradas de chocolate colocadas en montones, yo soy su hombre.

Ella le dedicó una mirada lenta e inexpresiva.

—Disculpe, excelentísimo embajador —dijo—. El morporkiano no es mi idioma materno, y me temo que podamos habernos inducido mutuamente a error sin querer. Tengo entendido que en la vida real es usted policía...

—En la vida real, sí —dijo Vimes.

—En Jdienda siempre hemos estado en contra de tener una fuerza policial —dijo la baronesa—. Creemos que interfiere con las libertades del individuo.

—Bueno, no es la primera vez que alguien me presenta ese argumento —dijo

Vimes—. Por supuesto, depende de si el individuo del que me habla es usted misma o el que está saliendo por la ventana del cuarto de baño —se fijó en la mueca que provocaban sus palabras—, con la plata de la familia dentro de un saco.

—Por fortuna, la seguridad nunca ha sido un problema para nosotros —dijo Serafina.

—No me sorprende —dijo Vimes—. Quiero decir... con todos esos muros y verjas y demás.

—Confío en que traiga usted a Sybil esta tarde a la recepción. Pero veo que lo estamos entreteniendo, y sé que debe de tener usted mucho que hacer. Igor lo acompañará afuera.

—Zí, ama —dijo Igor, detrás de Vimes.

Vimes sintió el río de furia que se estaba acumulando detrás de los diques de su mente.

—Le diré a la sargento Angua que han preguntado por ella —dijo, poniéndose de pie.

—Por supuesto —dijo Serafina.

—Pero ahora mismo lo que me apetece de verdad es relajarme con un buen baño —dijo Vimes, y comprobó con satisfacción que tanto el barón como su esposa hacían un gesto de dolor—. Que tengan un buen día.

Jovial desfiló a su lado por el pasillo.

—No digas ni una palabra hasta que estemos fuera de aquí —masculló Vimes entre dientes.

—¿Señor?

—Porque quiero *salir* de aquí —dijo Vimes.

Varios de los perros los habían seguido afuera. No estaban gruñendo, ni tampoco habían enseñado los dientes, pero sí que se comportaban como si tuvieran las ideas bastante más claras que los olisqueadores de entrepiernas que Vimes había visto hasta el momento.

—He puzto el paquete en el carruaje, eccelentísimo embajador —dijo Igor, abriendo la portezuela del carruaje y tocándose la frente con los nudillos.

—Me aseguraré de que llegue a Igor —dijo Vimes.

—Oh, no, a Igor no, zeñor. Ez para *Igor*.

—Ah, vale.

Vimes miró por la ventanilla mientras los caballos se alejaban al trote. El lobo de pelo dorado había llegado a la escalera y estaba contemplando su partida.

Se reclinó en su asiento mientras el carruaje salía traqueteando del castillo y cerró los ojos. Jovial tuvo el bastante juicio como para no decir nada.

—No había armas en las paredes, ¿te has dado cuenta? —dijo él al cabo de un rato. Seguía sin abrir los ojos, como si estuviera mirando una imagen que tuviera en el interior de los párpados—. La mayoría de los castillos de ese tipo tienen

armas colgadas por todas partes.

—Bueno, es que son hombres lobo, señor.

—¿Angua habla alguna vez de sus padres?

—No, señor.

—Ellos no querían hablar de ella, eso está claro.

Vimes abrió los ojos.

—¿Los enanos? —dijo—. Siempre me he llevado bien con los enanos. Y los hombres lobo... bueno, nunca he tenido ningún problema con ellos. Entonces, ¿cómo es que la única persona que no ha intentado tocarme las narices esta mañana ha sido la vampira chupasangres?

—No lo sé, señor.

—Tenían una chimenea muy grande.

—A los hombres lobo les gusta dormir delante del fuego por las noches, señor —respondió Jovial.

—Está claro que el barón no estaba nada cómodo en el sillón, en eso me he fijado. ¿Y que era ese lema que había grabado en la repisa enorme de la chimenea? « Homo » ...

—« Homo homini lupus », señor —dijo Jovial—. Quiere decir: El hombre es un lobo para los demás hombres.

—¡Ja! ¿Por qué no te he ascendido nunca, Jovial?

—Porque me da vergüenza gritarles a los demás, señor ¿Se ha dado cuenta de que había algo raro en los trofeos que tenían en la pared?

Vimes volvió a cerrar los ojos.

—Ciervos, osos, una especie de león de las montañas... ¿A qué viene la pregunta, cabo?

—¿Y ha visto algo debajo de todo eso?

—A ver... creo que debajo de ellos solamente había un espacio.

—Sí, señor. Con tres ganchos. Se podían distinguir si te fijabas.

Vimes vaciló.

—¿Quieres decir —dijo muy despacio— tres ganchos que podrían haber sujetado trofeos hasta que alguien los ha retirado?

—Exactamente esa clase de ganchos, señor, sí. Aunque tal vez las cabezas todavía no estaban colgadas...

—¿Cabezas de trolls?

—¿Quién sabe, señor?

El carruaje entró en la ciudad.

—Jovial, ¿conservas todavía ese chaleco de malla de plata que tenías?

—Esto... no, señor. Lo dejé de llevar porque me parecía un poco desleal hacia Angua, señor. ¿Por qué?

—Una idea que se me ha pasado por la cabeza. Oh, por los dioses... ¿Eso que hay debajo del asiento es el paquete de Igor?

—Creo que sí, señor. Pero mire, yo conozco a los Igors. Si eso es una mano de verdad, al propietario original ya no le hacía falta, créame.

—¿Cómo? ¿Cortan trozos de gente muerta?

—Mejor que de gente viva, señor.

—¡Ya me entiende!

—Señor, se considera de buena educación que si uno de los Igors ayuda a alguien, esa persona ponga en su testamento que ellos pueden coger cualquier... trozo que pueda servir para ayudar a otro. Nunca piden ningún dinero. La gente lleva unas tarjetitas. En Uberwald se los respeta mucho. Y son muy hábiles con el escarpelo y la aguja. En realidad es una especie de vocación.

—¡Pero si están cubiertos de cicatrices y costuras!

—Nunca le harían a otro lo que no estuviesen dispuestos a hacerse a sí mismos.

Vimes decidió explorar todo el alcance de aquel horror. Le ayudaba a no pensar en los trofeos que faltaban.

—¿Y también hay... Igorinas? ¿Igoresas?

—Bueno, cualquier Igor se considera un buen partido para una señorita...

—¿Ah, sí?

—Y sus hijas suelen ser muy atractivas.

—¿Y tienen los ojos a la misma altura y todo?

—Oh, sí.

Pero la puerta, cuando por fin se abrió en respuesta a los golpes impacientes, no reveló los rasgos en zigzag de Igor, sino el extremo operativo de la ballesta de Detritus, que era un poco peor.

—Somos nosotros, sargento —dijo Vimes.

La ballesta se apartó y la puerta se abrió más.

—Lo siento, señor, pero me dijo que tenía que montar guardia —dijo Detritus.

—No hace falta que...

—Igor está herido, señor.

* * *

Igor estaba sentado en la enorme cocina, con la cabeza vendada. Lady Sybil lo estaba atendiendo como si le fuera la vida en ello.

—Hace un par de horas que fui a buscarlo y me lo encontré tirado en la nieve —informó. Se acercó a Sam Vimes para hablarle en voz baja—. No recuerda gran cosa.

—¿Recuerdas lo que estabas haciendo, amigo? —pregunto Vimes, sentándose.

Igor le dirigió una mirada adormilada.

—Bueno, señor, fui a desempaquetar la comida del otro carruaje, y acababa de agarrar algo cuando la luz se apagaron, señor. Me imagino que me habré

rezbalado.

—¿O alguien te ha golpeado?

Igor se encogió de hombros. Por un momento, sus dos hombros estuvieron al mismo nivel.

—¡En el carruaje no hay nada que merezca la pena robar! —dijo lady Sybil.

—No a menos que alguien se muriera de ganas de comerse un bocadillo de nudillos —dijo Vimes—. ¿Se han llevado algo?

—Lo he comprobado con la lista que me ha dado lady Sybil, señor —dijo Detritus, mirando a Vimes a los ojos—. No faltaba nada, señor.

—Voy a echar un vistazo en persona —dijo Vimes.

Cuando salieron, caminó hasta el carruaje y miró la nieve que lo rodeaba. Aquí y allá se podían ver los adoquines. Luego levantó la vista hasta las rejas.

—Muy bien, Detritus. Cuéntame.

—Es una sensación y ya está, señor —retumbó el troll—. Ya sé que « corto » es mi segundo apellido...

—No sabía ni que tuvieras primer apellido, sargento.

—A mí me da que esto no ha sido un accidente de esos que pasan por accidente.

—Siempre es posible que se haya caído del carruaje cuando estaba descargando el equipaje —dijo Vimes.

—Y lo mismo yo soy el hada Cangapanilla, señor.

Vimes estaba impresionado. Detritus estaba pensando a bajas temperaturas.

—Las puertas de la calle están abiertas —dijo Detritus—. Yo creo que Igor ha sorprendido a alguien que estaba mangando cosas.

—Pero me has dicho que no faltaba nada.

—Lo mismo el ladrón se ha asustado, señor.

—¿Cómo? ¿Al ver a Igor? Puede ser...

Vimes miró las bolsas y las cajas. Y volvió a mirar. Las cosas estaban tiradas de cualquier modo. No era así como se descargaba un carruaje, a menos que uno estuviera buscando algo a toda prisa. Nadie se tomaría tantas molestias para robar comida.

—No falta nada... —Se frotó la barbilla—. ¿Quién *cargó* las cosas en el carruaje, Detritus?

—No sé, señor. Creo que lady Sybil encargó montones de cosas y ya está.

—Y además partimos con bastantes prisas... —Vimes se detuvo. Era mejor dejarlo ahí. Tenía una idea, pero, en fin, ¿dónde estaban las pruebas? Se podía decir lo siguiente: no faltaba nada de lo que debía estar ahí, así que lo que se habían llevado era algo que *no debía* estar ahí. No, no. De momento lo único que tenía era algo para recordar más adelante.

Entraron en el vestíbulo y la mirada de Vimes se posó sobre un montón de tarjetas que había en una mesa junto a la puerta.

—Ha habido muchas visitas —dijo Detritus.

Vimes cogió un puñado de tarjetas. Algunas de ellas tenían los rebordes dorados.

—Un capazo de diplomáticos, quieren todos que se pase usted a tomar copas y explosivos con ellos —explicó el troll, solicitó.

—Cócteles, creo que quieres decir —dijo Vimes mientras leía varias cartulinas—. Hum... Klatch... Muntab... Genua... Lancre... ¿Lancre? ¡Pero si se puede cruzar el reino de un escupitajo! ¿Tienen una embajada aquí?

—No, señor, mayormente tienen un buzón.

—¿Y cabremos todos?

—Han alquilado una casa para la coronación, señor.

Vimes volvió a dejar las invitaciones sobre la mesa.

—Creo que no tengo fuerzas para nada de esto —dijo—. Hay un límite para la cantidad de zumo de fruta que puede beber un hombre y la cantidad de chistes malos que puede escuchar. ¿Dónde está la torre de clacs más cercana, Detritus?

—A unos veinticinco kilómetros en dirección eje, señor.

—Me gustaría enterarme de lo que está pasando en casa. Creo que esta tarde lady Sybil y yo daremos un paseo tranquilo y agradable por el campo. Así se distraerá de todo esto.

Y luego, pensó, esperaré a la medianoche, ¿ve usted?

Y todavía es la hora del almuerzo.

* * *

Al final, Vimes tomó a Igor como cochero y como guía, y como guardias a Pelele y al que ya para siempre llamaría mentalmente Colonesco. Espumadera todavía no había regresado de cualquiera que fuese la vil expedición que estaba ocupando su tiempo, y Vimes no tenía ninguna intención de dejar la embajada desprotegida.

Otro sinónimo de diplomático, reflexionó Vimes, era «espía». La única diferencia era que el gobierno anfitrión sabía quién eras. El juego consistía presumiblemente en ser más listo que ellos.

El sol era cálido, la brisa era fría y el aire de las montañas hacía que todos los picos dieran la impresión de que Vimes podía extender las manos y tocarlos. Fuera de la ciudad los viñedos nevados y las granjas se aferraban a unas laderas que en Ankh-Morpork recibirían el nombre de paredes, pero un poco más allá los bosques de pinos se fueron haciendo más densos. De vez en cuando, en algún recodo del camino, se podía ver el río mucho más abajo.

En el pescante, Igor estaba canturreando una lamentación.

—Me ha dicho que los Igors se curan muy deprisa —comentó lady Sybil.

—Más les vale.

—El señor Espumadera ha dicho que son unos cirujanos muy hábiles, Sam.

—Salvo quizá en el terreno cosmético.

El carruaje aminoró la marcha.

—¿Vienes mucho por aquí, Igor? —pregunto Vimes.

—El señor Duerme me hacía venir una vez por zemana para recoger mensajes, amo.

—¿No sería mucho más fácil poner una torre de recogida en Jdienda?

—El conzejo ze opone frontalmente a ello, zeñor.

—¿Y tú?

—Yo zoy de actitudez modernaz, zeñor.

Ahora la torre estaba bastante cerca, y resultaba imponente. Los primeros seis metros aproximadamente eran de piedra, con ventanas estrechas y provistas de barrotes. Encima había una plataforma amplia sobre la cual se elevaba la torre principal. Era un arreglo sensato. Al enemigo no le resultaría fácil entrar por la fuerza o pegarle fuego, dentro había bastante espacio de almacén como para resistir un asedio y los enemigos podrían ver que los tipos de dentro habían mandado señales pidiendo ayuda treinta segundos después de que empezara el ataque. La empresa tenía dinero. En ese sentido eran como los dueños del negocio de diligencias. Si una torre dejaba de funcionar, se presentaría alguien y empezaría a hacer preguntas bastante caras. Y allí no había ley: la clase de gente que aparecería se vería inclinada a dejarle al mundo el mensaje de que las torres no había que tocarlas.

Aquello era algo que tenía que saber todo el mundo, y por eso era tan raro ver que los enormes brazos de señales estaban inmóviles.

A Vimes se le erizaron los pelos del pescuezo.

—Quédate en el carruaje, Sybil —dijo.

—¿Pasa algo malo?

—No estoy seguro —dijo Vimes, que sí estaba seguro. Se bajó del carruaje y le hizo una señal con la cabeza a Igor—. Voy a echar un vistazo dentro. Si hay algún... problema, llévate de vuelta a lady Sybil a la embajada, ¿de acuerdo?

Vimes se asomó al interior del carruaje y, tratando de no mirar a Sybil, levantó uno de los asientos y sacó la espada que había escondido allí.

—¡Sam! —le acusó ella.

—Lo siento, querida, que era buena idea traerme una de más.

Junto a la puerta de la torre había un llamador. Vimes tiró de la cuerda y oyó un « clang » en algún lugar más arriba.

Como no pasó nada más, probó la puerta. Se abrió sin dificultad.

—¿Hola?

Hubo un silencio.

—Aquí la Gua... —Vimes se detuvo. No era la Guardia, ¿verdad? Allí no. La placa no funcionaba. Él no era más que un cabrón metomentodo que estaba

invadiendo una propiedad privada—. ¿Hay alguien ahí?

La sala estaba llena de montones altos de sacos, cajas y toneles. Una escalera de madera llevaba al piso de arriba. Vimes subió a un espacio que combinaba el comedor colectivo y el dormitorio. Solamente había dos literas, con las mantas echadas a un lado.

En el suelo había una silla. Una comida a medio comer en la mesa, con el cuchillo y el tenedor dejados cuidadosamente a un lado. En el fogón algo había hervido hasta secarse dentro de una cazuela de hierro. Vimes abrió la portezuela de la estufa y se oyó un « fuuum » cuando el aire que entró volvió a encender la madera calcinada.

Y más arriba, un « chink » metálico.

Miró la escalera de mano y la trampilla que llevaban al siguiente piso. Cualquiera que subiera por ella estaría presentando la cabeza a una altura conveniente para que le aplicaran una espada o una bota.

—Arriesgado, ¿verdad, excelencia? —dijo alguien desde arriba—. Será mejor que suba usted. Ujum-ujum.

—¿Iñigo?

—Es seguro, excelencia. Aquí solamente estoy y o. Ujum-ujum.

—Y eso cuenta como seguro, ¿eh?

Vimes subió por la escalera. Iñigo estaba sentado a una mesa, hojeando una pila de papeles.

—¿Dónde están los operarios?

—Ese, excelencia —dijo Iñigo—, es uno de los misterios, ujum-ujum.

—¿Y los otros son...?

Iñigo señaló con la cabeza los peldaños que llevaban más arriba.

—Véalo usted mismo.

Los controles de los brazos habían sido destrozados a conciencia. De su compleja estructura colgaban con tristeza varios listones y trozos de cable.

—Varias horas de reparación a manos de trabajadores cualificados, diría yo —aventuró Iñigo, cuando Vimes regresó.

—¿Qué ha pasado aquí, Iñigo?

—Yo diría que alguien ha obligado a marcharse a los hombres que vivían aquí, ujumf-ujum. Con cierto alboroto.

—¡Pero si es una torre fortificada!

—¿Y qué? Bien tienen que cortar leña para el fuego. Sí, la compañía tiene sus normas, pero luego van y ponen a tres jóvenes durante semanas enteras en una torre solitaria y esperan que actúen como piezas de relojería. ¿Ve la trampilla que lleva a los controles? Tendría que estar siempre cerrada. Ahora bien, usted, excelencia, y yo también, como somos unos... unos...

—¿Unos hijos de puta? —sugirió Vimes.

—Bueno, sí... ujum... nosotros habríamos diseñado un sistema con el que los

clacs no pudieran operarse siquiera a menos que la trampilla estuviera cerrada, ¿verdad?

—Algo parecido, sí.

—Y también habríamos incorporado a las normas el que la presencia de *cualquier* visitante en la torre fuera, ujum, transmitida automáticamente a las torres vecinas.

—Probablemente. Eso para empezar.

—En cambio, yo sospecho que cualquier visitante de aspecto inofensivo que trajera una tarta de manzana recién hecha para los chavales recibiría una cálida bienvenida —dijo Iñigo con un suspiro—. Hacen turnos de dos meses seguidos. Sin nada que mirar más que los árboles, ujum.

—No hay sangre, ni tampoco muchas señales de resistencia —dijo Vimes—. ¿Has comprobado el exterior?

—En el establo tendría que haber un caballo. No está. Esto está construido más o menos sobre roca. Hay huellas de lobos, pero por estos lugares hay huellas de lobos por todas partes. Y el viento se ha llevado la nieve. Se han... esfumado, excelencia.

—¿Estás seguro del todo de que dejaron entrar a alguien por la puerta? —preguntó Vimes—. Cualquiera que pudiera aterrizar en la plataforma podría llegar a una de estas ventanas en un santiamén.

—¿Un vampiro, hum?

—Es una idea, ¿no?

—No hay sangre por ningún lado...

—Es una lástima echar a perder la comida —dijo Vimes—. Piensa en esos pobres niñitos que se mueren de hambre en Muntab. ¿Qué narices es esto?

Sacó una caja de debajo de la litera de abajo. Dentro había varios tubos largos, de unos treinta centímetros, abiertos por un lado.

—«Badger & Normal, Ankh-Morpork» —leyó en voz alta—. «Bengala De Mortero (Roja). Mecha Rápida. No Introducir En La Boca.» Es una bengala, señor Espumadera. Las he visto a bordo de los barcos.

—Ah, sí que había algo... —Iñigo hojeó el libro que había en la mesa—. Podían mandar una bengala de emergencia en caso de problema grave. Sí, la torre más cercana a Ankh-Morpork mandará un par de hombres y también vendrá una patrulla más grande desde el cuartel de los llanos. Se toman muy en serio lo de las torres inutilizadas.

—Sí, bueno, les podría costar dinero —dijo Vimes, mirando por la boca del mortero—. Necesitamos esta torre en funcionamiento, Iñigo. No me gusta estar atrapado aquí.

—Los caminos todavía no están muy mal. Podrían llegar aquí para mañana al atardecer... ¡Yo en su lugar no haría eso, señor!

Vimes había sacado el mortero de su tubo. Miró a Iñigo con expresión

socarrona.

—No se disparan si no se enciende la carga que hay en la base —dijo—. Son seguras. Y serían un arma estúpida, porque no se puede apuntar con ellas ni de coña, y en cualquier caso están hechas de cartón. Venga, llevémosla al tejado.

—No hasta que oscurezca, excelencia, ujum. De esa forma la verán dos o tres torres a cada lado, no solamente la más cercana.

—Pero las torres más cercanas que están mirando seguro que verán...

—No sabemos si queda alguien en ellas para mirar, señor. Tal vez lo que ha pasado aquí también ha pasado allí. Ujum.

—¡Por los dioses! No pensarás que...

—No, yo no pienso, señor. Soy un funcionario. Yo aconsejo a otra gente, ujum-ujumf. Y ellos son los que piensan. Mi consejo es que no nos hará daño esperar un par de horas, señor. Mi consejo es que regrese usted ahora con lady Sybil, señor. Yo lanzaré una bengala tan pronto como oscurezca y volveré por mi cuenta a la embajada.

—Un momento, soy yo el comandante de...

—Aquí no, excelencia. ¿Recuerda? Aquí es usted un civil que estorba, ujum-ujum. A mí no me pasará nada...

—A los operarios sí les pasó.

—Ellos no eran yo, ujum-ujum. Por el bien de lady Sybil, excelencia, le *aconsejo* que se marche *ahora*.

Vimes vaciló, odiando el hecho de que Iñigo no solamente tenía razón, sino que además, pese a afirmar que no pensaba, se le estaban ocurriendo las cosas que se le tendrían que estar ocurriendo a él. Se suponía que había salido a dar un paseo vespertino en carruaje con su esposa, por todos los cielos.

—Bueno, de acuerdo. Tan solo una cosa más. ¿Qué estás haciendo tú aquí?

—La última vez que alguien lo vio, Duerme venía de camino hacia aquí con un mensaje.

—Ah. ¿Y tengo razón al pensar que el señor Duerme no era exactamente el tipo de diplomático que se dedica a repartir sándwiches de pepino?

Iñigo le dedicó una débil sonrisa.

—Eso mismo, señor. Era... de la otra clase. Ujum.

—De la misma clase que tú.

—Ujum. Y ahora váyase, excelencia. El sol se va a poner pronto. Ujum-ujum.

* * *

El cabo Nobbs, Presidente y Coordinador del Gremio de Guardias, pasó revista a sus tropas.

—Muy bien, una vez más —dijo—. ¿Qué es lo que queremos?

El comité de huelga ya llevaba un buen rato reunido y la reunión estaba teniendo lugar en un bar. Los agentes de la Guardia ya estaban un poco distraídos.

El agente Ping levantó la mano.

—Esto... un procedimiento compensatorio adecuado, un comité de quejas, una revisión de los procedimientos de ascenso... esto...

—... mejor vajilla en la cantina —añadió alguien.

—... que se ponga fin a las acusaciones injustificadas de robo sacrífero...

—... no más de siete días seguidos en turno de noche...

—... un incremento en la asignación para botas...

—... por lo menos tres tardes libres al año para funerales de abuelas...

—... no tener que pagar de nuestro bolsillo la comida de las palomas...

—... otra copa. —Esta última exigencia recibió una aprobación generalizada.

El agente Shoe se puso de pie. Seguía siendo, en su tiempo libre, organizador de la Campaña por los Derechos de los Muertos, y sabía cómo funcionaban aquella clase de cosas.

—¡No, no, no, no, no! —gritó—. Tenéis que decirlo todo mucho más simple. Tiene que tener cadencia. Y ritmo. Como por ejemplo: «¿Qué es lo que queremos? Da-da-da-dá. ¿Cuándo lo queremos? ¡Ya!» . ¿Lo veis? Necesitamos una exigencia única y simple. Intentémoslo otra vez. ¿Qué es lo que queremos?

Los agentes se miraron entre ellos, sin que ninguno quisiera ser el primero.

—¿Otra copa? —sugirió alguien.

—¡Sí! —dijo alguien desde el fondo—. ¿Cuándo la queremos? ¡YA!

—Bueno, esa parece que ha funcionado —dijo Nobby, mientras los policías se agolpaban en la barra—. ¿Qué más nos va a hacer falta, Reg?

—Letreros para los piquetes —dijo el agente Shoe.

—¿Vamos a hacer piquetes?

—Ya lo creo que sí.

—En ese caso —dijo Nobby con firmeza—, necesitamos un bidón grande de metal para quemar dentro trozos viejos de madera mientras piqueteamos.

—¿Por qué? —preguntó Reg.

—Hay que ponerse alrededor de un bidón grande y calentarse las manos —dijo Nobby—. Así es como sabe la gente que somos un piquete oficial y no una pandilla de vagos.

—Pero es que sí que somos una pandilla de vagos, Nobby.

O por lo menos la gente cree que lo somos.

—Bueno, pero seamos vagos calentitos.

* * *

El sol estaba un dedo por encima del Borde del Disco cuando el carruaje de Vimes partió de la torre. Igor azotaba a los caballos. Vimes miró por la ventanilla el margen del camino, a un par de metros de donde él estaba y a un par de

centenares por encima del río.

—¿A qué tanta prisa?—gritó.

—¡Hay que ezar en caza para cuando ze ponga el zol! —gritó Igor—. Ez tradicional.

El sol rojo y enorme se movía tras las franjas de nubes.

—Oh, déjalo, querido, si le da algo de alegría al pobre hombre —dijo lady Sybil, cerrando la ventanilla—. A ver, Sam. ¿Qué ha pasado en la torre?

—De verdad que no quiero preocuparte, Sybil.

—Bueno, pero ahora que ya me has preocupado a base de bien, da igual que me lo digas. ¿No te parece?

Vimes se rindió y contó lo poco que sabía.

—¿Alguien los ha matado?

—Es posible.

—¿La misma gente que nos tendió una emboscada en aquel desfiladero?

—No lo creo.

—No nos están saliendo unas vacaciones muy buenas, Sam.

—Lo que me pone enfermo es no poder hacer nada —dijo Vimes—. En Ankh-Morpork... bueno, tendría pistas, contactos, alguna clase de mapa. Aquí todo el mundo está, bueno, ocultando algo, creo. El nuevo rey cree que soy tonto, los hombres lobo me han tratado como si yo fuera algo que el gato se ha traído a casa... ¡La única persona que ha sido más o menos educada era una vampira!

—El gato no —dijo Sybil.

—¿Qué?—dijo Vimes, desconcertado.

—Los hombres lobo odian a los gatos —dijo Sybil—. Me acuerdo muy bien de eso. No son gente de gatos.

—Ja. No. Son gente de perros. Tampoco les gustan palabras como « baño » o « veterinario ». Me imagino que si alguien le tirara un palo al barón, saltaría de su sillón para atrapararlo...

—Supongo que tendría que decirte lo de las moquetas —dijo Sybil, mientras el carruaje se mecía al doblar un recodo.

—¿Qué pasa, no lo han enseñado a aguantarse hasta que salga?

—Me refiero a las moquetas de la embajada. ¿Te acuerdas de que te dije que iba a medir los suelos para poner moquetas? Pues pasa algo raro con las medidas, en la primera planta...

—No quiero parecer impaciente, querida, pero ¿este es momento para hablar de moquetas?

—¿Sam?

—¿Sí, querida?

—Deja de pensar como un marido y ponte a escuchar como un... como un poli, ¿quieres?

Vimes entró con paso firme en la embajada y llamó a Detritus y a Jovial.

—Los dos vais a venir con nosotros al baile esta noche —dijo—. Será una cosa bastante cursi. ¿Tienes algo que ponerte aparte del uniforme, sargento?

—No, señor.

—Bueno, pues vete a ver a Igor. Seguro que tiene que ser bueno con la aguja. ¿Qué me dices de ti, Jovial?

—Yo, esto, tengo un vestido —dijo Jovial, bajando la vista con timidez.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor.

—Oh. Vale. Bien. Os voy a poner también a los dos en el personal de la embajada. Jovial, tú eres... agregada militar.

—Oh —dijo Detritus, decepcionado.

—Y Detritus, tú eres agregado cultural.

Al troll se le iluminó considerablemente la cara.

—¡No se arrepentirá de esto, señor!

—Estoy seguro de que no —dijo Vimes—. Y ahora mismo, me gustaría que vinieras conmigo.

—¿Es un asunto cultural, señor?

—Más o menos. Tal vez.

Vimes llevó al troll y a Sybil escalera arriba y hasta la oficina, donde se detuvo delante de una pared.

—¿Esta? —preguntó.

—Sí —dijo su mujer—. Es difícil de ver hasta que mide uno las habitaciones, pero esta pared es realmente muy gruesa...

Vimes pasó las manos por los paneles, buscando cualquier cosa que pudiera hacer « clic ». Luego retrocedió un paso.

—Dame la ballesta, Detritus.

—Aquí la tiene, señor.

Vimes se tambaleó bajo su peso, pero consiguió apuntar con ella a la pared.

—¿Esto es buena idea, Sam? —dudó Sybil.

Vimes dio un paso atrás para apuntar y un tablón del suelo se movió bajo su pie. Un panel de la pared se desplazó suavemente.

—Le ha dado un susto de muerte, señor —dijo lealmente Detritus.

Vimes le devolvió con cuidado la ballesta e intentó dar la impresión de que había pretendido que las cosas sucedieran de aquella manera.

Había esperado encontrar un pasadizo secreto. Pero lo que había allí era un taller diminuto. Había estantes con frascos etiquetados: « Nuevos Estratos de Grasa, Área 21 », « Sebo de Clase A, El Gran Hoyo ». También había pedazos desmigajados de roca, con pulcros letreritos de cartón pegados que decían cosas

como « Nivel 3, Pozo 9, Mina de Doble Tiro» .

También había una serie de cajones. Uno de ellos estaba lleno de maquillaje, incluyendo una selección de bigotes.

Sin decir palabra, Vimes abrió un cuaderno de una pila. Las primeras páginas tenían un plano de las calles de Jdienda dibujado a lápiz y recorrido por líneas rojas.

—Por los dioses, mirad esto —susurró, pasando páginas—. Mapas. Dibujos. Hay páginas enteras sobre la prospección de los depósitos de sebo. Eh, aquí dice: « Las grasas nuevas, aunque de entrada prometedoras, ahora se sospecha que tienen niveles altos de TCQs y es probable que se agoten pronto» . Y aquí dice que « claramente habrá un golpe de estado planeado por los hombres lobo en el caos que seguirá a la pérdida del Bollo... K. informa de que muchos de los hombres lobo más jóvenes ahora siguen a W., que ha cambiado la naturaleza del Juego» ... Esto... esto es *espionaje*. ¡Y yo me preguntaba cómo es que Vetinari siempre parecía saber tantas cosas!

—¿Creías que le venía en sueños, cariño?

—Pero aquí hay una cantidad increíble de detalles... notas sobre gente, montones de cifras sobre la producción minera de los enanos, rumores políticos... ¡Yo no sabía que nosotros hacíamos esta clase de cosas!

—Tú usas espías todo el tiempo, querido —dijo Sybil.

—¡No es verdad!

—Bueno, ¿y qué es gente como Viejo Apestoso Ron, No-Te-Digo-Trigo Rodrigo y Calmante Michael?

—¡Eso no es espiar, eso no es espiar! Eso es solo « recabar información» . ¡No podríamos hacer nuestro trabajo si no supiéramos lo que está pasando en la calle!

—Bueno, pues tal vez Havelock simplemente piensa en términos de... una calle más grande, cariño.

—Hay mucha más porquería de esta, mira. Bocetos, más trozos de minerales... ¿qué demonios es esto?

Era alargado, y más o menos del tamaño de un paquete de cigarrillos. En un lado tenía un disco de cristal redondo y en el otro un par de palanquitas.

Vimes pulsó una de ellas. Una trampilla minúscula se abrió a un lado y la cabeza más pequeña con capacidad de hablar que había visto en su vida dijo: « ¿Sí?» .

—¡Yo sé lo que es eso! —exclamó Detritus—. ¡Es un nanodiablillo! ¡Valen más de cien dólares! ¡Son pequeñísimos!

—¡No me han dado de comer en dos semanas, coño! —chilló el diablillo.

—Es un iconógrafo tan pequeño que cabe en un bolsillo —dijo Vimes—. Material para espiar... tan despreciable como la maldita ballesta de un solo tiro de Iñigo. Y mirad aquí...

Había unos peldaños que bajaban. Los emprendió con cuidado y abrió la puertecita que había al final.

Recibió una bofetada de calor húmedo.

—Pásame una vela, ¿quieres, querida? —pidió. Y a la luz de la misma, se asomó a un túnel largo y húmedo. La pared más alejada estaba recubierta de tuberías mugrientas, que soltaban vapor por cada junta.

—Para entrar y salir sin ser visto —dijo—. Menudo mundo tan sucio este en que vivimos...

* * *

Las nubes habían cubierto el cielo y el viento estaba arrojando gruesos copos de nieve contra la torre cuando Iñigo terminó de instalar el mortero rojo sobre la plataforma que había debajo de los enormes postigos cuadrados.

Encendió un par de cerillas pero el viento las apagó antes de que pudiera ahuecar las manos para protegerlas.

—Mierda. Ujum-ujum.

Bajó por la escalera de mano y se adentró en el calor de la torre. Será mejor pasar la noche aquí, pensó, mientras hurgaba en los cajones. No es que la noche le infundiera ningún terror, pero aquella tormenta daba la impresión de ir a traer consigo otra enorme nevada y pronto los caminos de las montañas serían traicioneros.

Por fin tuvo una idea: abrió la puerta de la estufa y sacó un tronco incandescente con las tenacillas.

El tronco empezó a arder en cuanto lo subió a lo alto de la torre, e Iñigo dirigió las llamas al interior del orificio de carga que había en la base del tubo.

El mortero se encendió con un « fuut » que se perdió en el viento. La bengala en sí se elevó dando bandazos invisibles por entre la nieve y luego, unos segundos más tarde, explotó a unos treinta metros de altura, proyectando un breve resplandor rojo sobre los bosques.

Iñigo acababa de regresar a la sala cuando alguien llamó a la puerta, en la planta baja.

Se detuvo. En el nivel donde estaba había una ventana y una trampilla. Por lo menos los diseñadores de la torre se habían dado cuenta de que sería buena idea tener la posibilidad de mirar hacia abajo y ver quién estaba llamando.

Pero abajo no había nadie.

Cuando regresó a la sala, volvió a oír los golpes en la puerta.

No había cerrado la puerta con llave después de que Vimes se fuera. Un poco tarde para lamentarse de aquello, pensó. Pero Iñigo Espumadera se había formado en una escuela que hacía que la Universidad de la Calle pareciera una guardería. No iba a asustarse porque alguien llamara a la puerta.

Encendió una vela y bajó la escalera de mano con sigilo entre la penumbra,

con las sombras huyendo y bailando por entre los paquetes de provisiones.

Tras colocar la vela sobre una caja, se sacó la ballesta de un solo tiro del abrigo y, con gran esfuerzo, la amartilló contra la pared. Luego flexionó el brazo izquierdo y sintió que la daga de palma se encajaba en su sitio.

Entrechocó los tacones de una forma determinada y notó que las pequeñas cuchillas asomaban de las punteras de los zapatos.

Y luego se puso cómodo para esperar.

Detrás de él, algo apagó la vela de un soplo.

Mientras se giraba, y la única flecha de la ballesta se perdía zumbando en la oscuridad, y la daga trazaba una curva hacia la nada, a Iñigo Espumadera se le ocurrió que se podía llamar a una puerta por *cualquiera* de sus dos lados. Realmente eran muy, muy listos.

—Ujum-uj...

* * *

Jovial giró sobre sí misma, o por lo menos lo intentó. No era un movimiento que les resultara natural a los enanos.

—Estás muy... guapa —dijo lady Sybil—. Y el vestido llega hasta el suelo. No creo que nadie pueda quejarse.

A menos que tuvieran alguna noción remota de moda, tuvo que admitir para sí misma. El problema era que las... bueno, tenía que pensar en ellas como en las *nuevas* mujeres enanas... todavía no habían elegido una imagen.

La misma lady Sybil solía llevar vestidos de baile de color azul claro, un color que elegían a menudo las damas de cierta edad y anchura para combinar el máximo de estilo discreto con el mínimo de visibilidad. Pero las chicas enanas habían oído hablar de las lentejuelas. Parecía que habían decidido en el fondo del alma que si iban a darle la vuelta a miles de años de tradición subterránea, no iban a hacer todo ese esfuerzo para ponerse un maldito conjunto de punto y un collar de perlas.

—Y el rojo queda bien —dijo lady Sybil con sinceridad—. El rojo es un color muy bonito. Es un vestido rojo bonito. Ejem. Y las plumas. Ejem. El bolso para llevar el hacha, esto...

—¿No brilla bastante? —se preocupó Jovial.

—¡No! No... Si yo fuera a llevar un hacha grande en la espalda a una recepción diplomática, creo que también lo querría brillante. Ejem. Si llevara un hacha tan, tan grande, claro —terminó penosamente.

—¿Cree usted que tal vez sería mejor una más pequeña? ¿Como complemento para el traje de noche?

—Eso sería un buen principio, sí.

—¿Tal vez con unos cuantos rubies engarzados en el mango?

—Sí —dijo lady Sybil con un hilo de voz—. ¿Por qué no, al fin y al cabo?

—¿Y yo cómo estoy, lady Sybil? —preguntó Detritus con voz retumbante.

Igor había estado completamente a la altura de las circunstancias, y le había aplicado a una serie de trajes encontrados en los armarios de la embajada las mismas habilidades quirúrgicas pioneras que usaba con los leñadores desafortunados y otra gente que se acercaba demasiado a una sierra de cinta. Solamente había tardado noventa minutos en construir algo alrededor de Detritus. Definitivamente era un esmoquin de noche. De día no habría colado ni en broma. El troll parecía una pared con pajarita.

—¿Cómo te lo notas? —dijo lady Sybil, yendo a lo seguro.

—Me está un poco prieto en el... ¿cómo se llama esta parte?

—De verdad que no tengo ni idea —dijo lady Sybil.

—Me hace ir un poco a tropezones —dijo Detritus—. Pero me siento muy diplomático.

—Yo, sin embargo, no llevaría la ballesta —dijo lady Sybil.

—Pero si ella lleva el hacha —acusó Detritus a Jovial.

—Las hachas de los enanos están aceptadas como armas culturales —dijo lady Sybil—. No conozco la etiqueta de por aquí, pero supongo que no pasaría nada si llevaras una cachiporra. —Al fin y al cabo, añadió para sí misma, ¿quién se atrevería a intentar quitártela?

—¿La ballesta no es cultural?

—Me temo que no.

—Le puedo poner, no sé, oropel.

—No el suficiente, me temo. Oh, Sam...

—¿Sí, querida? —dijo Vimes, que bajaba por la escalera.

—¡Eso que llevas es tu uniforme de la Guardia! ¿Qué pasa con tu traje ducal de gala?

—No lo encuentro por ningún lado —dijo Vimes en tono inocente—. Creo que la bolsa se debe de haber caído del carruaje en el desfiladero, querida. Pero tengo un casco con plumas, e Igor le ha sacado brillo a la coraza hasta que se ha visto la cara reflejada en ella, aunque no sé muy bien por qué. —Vaciló al ver la expresión de su mujer—. «Duque» es un término militar, querida. Ningún soldado iría a la guerra con medias. No si pensara que lo podían hacer prisionero.

—Esto me parece *muy* sospechoso, Sam.

—Detritus puede respaldar mi versión —dijo Vimes.

—Ya lo creo, señor —retumbó el troll—. Usted me ha dicho claramente que yo diga que...

—En fin, será mejor que nos vay... Por los dioses, ¿eso es Jovial?

—Sí, señor —dijo Jovial nerviosa.

Bueno, pensó Vimes, al fin y al cabo viene de una familia donde la gente se pone ropa extraña para afrontar explosiones donde no brilla el sol.

—Muy bonito —dijo.

Había lámparas encendidas por todo el túnel que llevaba a lo que Vimes había empezado a llamar interiormente Jdienda de Abajo. Los guardias enanos le hicieron una señal al carruaje para que pasara tras echar un simple vistazo al escudo de Ankh-Morpork. Los que estaban junto al ascensor gigante se mostraron menos seguros. Pero Sam Vimes había aprendido mucho de observar a lady Sybil. No es que ella se propusiera actuar así, pero le venía de nacimiento. Procedía de una clase social que siempre se había comportado de aquella manera: yendo por el mundo como si no hubiera ninguna posibilidad de que nadie los detuviera ni los interrogara, y en la mayoría de las ocasiones era eso exactamente lo que no sucedía.

Había más gente en el ascensor que ahora descendía retumbando. La mayoría eran diplomáticos que Vimes no reconocía, pero también había, en un rincón acordonado, un cuarteto de músicos enanos tocando una música agradable aunque ligeramente molesta que le fue royendo el cerebro a Vimes durante el descenso interminable.

Cuando se abrieron las puertas oyó que Sybil ahogaba una exclamación.

—¡Creí que me habías dicho que aquí abajo era como una noche estrellada, Sam!

—Ejem, está claro que le han dado bien a la mecha...

Millares de velas ardían en soportes por todas las paredes de la inmensa caverna. Pero eran las lámparas de araña lo que más llamaba la atención. Las había a veintenas, y cada una de ellas tenía por lo menos cuatro niveles de altura. Vimes, siempre dispuesto a buscar los alambres detrás de los trucos de magia, divisó a los enanos que trabajaban dentro de las torretas y también las cestas de velas de recambio que descendían por unos agujeros en el techo. Si el Quinto Elefante no era un mito, esta noche por lo menos le estaban quemando un dedo entero de la pata.

—¡Su excelencia!

Dee se abrió paso por entre la multitud.

—Ah, catador de ideas —dijo Vimes mientras el enano se le acercaba—. Permítame que le presente a la duquesa de Ankh, lady Sybil.

—Ah... esto... sí... por supuesto... encantado de conocerla... —murmuró Dee, a quien aquella ofensiva de encanto social le acababa de pillar con la guardia baja—. Pero, esto...

Sybil había entendido el mensaje en código. Vimes odiaba la palabra «duquesa», así que si la estaba usando ahora era porque quería que ella duqueseara a todo el mundo. Y ella envolvió la cabeza puntiaguda de Dee en duquesidad deleitada.

—¡Señor Dee, Sam me ha hablado *tanto* de usted! —gorjeó—. Tengo entendido que es usted el hombre de confianza...

—... enano... —corrigió Vimes entre dientes.

—¡... el enano de confianza de su majestad! ¡Por favor, tiene usted que contarme cómo han conseguido un efecto de luz tan *delicioso* aquí dentro!

—Esto, muchas velas —murmuró Dee, fulminando con la mirada a Vimes.

—Creo que Dee desea discutir algunos asuntos políticos conmigo, querida —dijo Vimes sin perder comba, poniendo la mano sobre el hombro del enano—. Si eres tan amable de llevar a los demás abajo, yo estaré con vosotros enseguida, estoy seguro. —Y supo que no había poder en el mundo capaz de impedir que Sybil bajara majestuosamente a la recepción. Era una mujer de lo más majestuoso. Después de que ella pasara, era imposible disipar el aura de majestad.

—¡Ha traído a un troll! ¡Ha traído a un *troll*! —murmuró Dee.

—Y es un ciudadano de Ankh-Morpork, recuerde —dijo Vimes—. Lo cubre la inmunidad diplomática, y también un traje más bien malo.

—Aun así...

—«Aun así» nada —replicó Vimes.

—¡Estamos en guerra con los trolls!

—Bueno, de eso trata la diplomacia, ¿no? —dijo Vimes—. ¿No es una forma de dejar de estar en guerra? Además, tengo entendido que el conflicto ya dura quinientos años, así que es obvio que nadie le está poniendo muchas ganas.

—¡Va a haber quejas al más alto nivel!

Vimes suspiró.

—¿Más? —dijo.

—¡Hay quien dice que Ankh-Morpork está haciendo ostentación deliberada de su maldad ante el rey!

—¿El rey? —dijo Vimes en tono agradable—. Todavía no es exactamente rey, ¿verdad? No hasta la coronación, que requiere la presencia de cierto... objeto...

—Sí, pero está claro que eso es una simple formalidad...

Vimes se le acercó más.

—Pero no lo es, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Es la cosa y nada más que la cosa. Sin su magia, no hay rey. Solamente alguien como usted, que se dedica a dar órdenes sin ninguna autoridad.

—¿Alguien llamado Vimes me da lecciones de realeza? —preguntó Dee tristemente abatido.

—Y sin la cosa, no hay nada que hacer —continuó Vimes—. Habrá una guerra. Explosiones bajo tierra.

Se oyó un leve ruido metálico mientras sacaba su reloj y lo abrió.

—Caramba, pero si es medianoche —dijo.

—Sígame —murmuró Dee.

—¿Me está llevando a ver algo? —preguntó Vimes.

—No, excelentísimo embajador. Lo estoy llevando a ver el lugar donde algo no está.

—Ah. Entonces quiero traerme a la cabo Culopequeño.

—¿A eso? ¡Ni hablar! Sería una execración de...

—No, no lo sería —interrumpió Vimes—. Y la razón es que ella no va a venir con nosotros porque nosotros tampoco vamos a ir, ¿verdad? No estará usted pensando en confiarse al representante de una potencia posiblemente hostil y revelarles que a su castillo de naipes le falta un naipe en la parte de abajo, ¿verdad? Claro que no. Ni tampoco estamos teniendo esta conversación. Durante la próxima hora más o menos voy a estar picoteando exquisiteces en esta sala. Yo no acabo de decir esto, y usted no lo ha oído. Pero la cabo Culopequeño es la mejor inspectora de escenas del crimen que tengo, y es por eso que quiero que venga con nosotros.

—Ha hablado usted claro, excelentísimo embajador. Y gráficamente, como siempre. Tráigala, pues.

Vimes encontró a Jovial plantada espalda contra espalda, o por lo menos espalda contra rodillas, con Detritus. Estaban rodeados por un círculo de curiosos. Cada vez que Detritus levantaba la mano para dar un sorbo de su bebida, los enanos que había en las inmediaciones daban un respingo.

—¿Adónde vamos, señor?

—A ninguna parte.

—Ah, esa clase de sitio.

—Pero las cosas pintan bien —dijo Vimes—. Dee ha descubierto un pronombre nuevo, aunque sea para escupirlo.

—¡Sam! —lo llamó lady Sybil, avanzando por entre la multitud—. Va a haber una representación de *Hachasangrienta y Martillodehierro*. ¿No es maravilloso?

—Esto...

—Es una ópera, señor —susurró Jovial—. Parte del Ciclo Kboldeano. Es un episodio histórico. Todos los enanos se la saben de memoria. Trata de cómo obtuvimos las leyes, y a los reyes... y el Bollo, señor.

—Yo canté el papel de Martillodehierro cuando la representamos en el colegio para señoritas —dijo lady Sybil—. No la versión completa de cinco semanas, claro. Será maravilloso verla representada aquí. Es realmente uno de los grandes romances de la historia.

—¿Romances? —dijo Vimes—. ¿Quieres decir... historias de amor?

—Sí. Claro.

—Hachasangrienta y Martillodehierro eran los dos... esto... ¿no eran los dos...?

—Los dos eran *enanos*, señor —dijo Jovial.

—Ah. Claro. —Vimes se rindió. Todos los enanos eran enanos. Si uno intentaba entender su mundo desde una perspectiva humana, no había nada que

rascar—. Pues, esto, que lo disfrutes, querida. Yo tengo que... el rey quiere que yo... Voy a ir a un sitio un rato... política...

Se alejó a toda prisa, con Jovial siguiéndole los pasos. Dee los guió por una serie de túneles oscuros. Cuando la ópera empezó ya no era más que un susurro lejano, como el mar dentro de una concha antigua.

Al final se detuvieron en el margen de un canal, cuyas aguas formaban olas en la oscuridad. Allí había amarrada una pequeña embarcación, con un guardia esperando. Dee los apremió a que subieran a bordo.

—Es importante que entienda usted lo que está viendo, su excelencia —dijo Dee.

—Prácticamente nada —dijo Vimes—. Y yo creía que tenía buena visión nocturna.

Se oyó un repiqueteo en la penumbra y se encendió una lámpara. El guardia impulsó la barcaza con la pértiga por debajo de un arco y se adentró en un pequeño lago. Salvo por la entrada del túnel, las paredes se perdían sin fisuras en lo alto.

—¿Estamos en el fondo de un pozo?

—Es una forma bastante buena de describirlo. —Dee buscó a tientas debajo de su asiento. Sacó un cuerno de metal curvado y sopló una nota, que arrancó ecos de las paredes de piedra.

Al cabo de unos segundos otra nota bajó flotando desde lo alto. Se oyó un chirrido, como de cadenas vetustas y pesadas.

—Este es un ascenso bastante corto comparado con algunos de las montañas —explicó Dee, mientras una plancha de hierro bajaba rechinando sobre la entrada y la sellaba—. Hay uno de casi un kilómetro de altura por el que cabe una rínglera de barcazas...

El agua borboteó junto al bote. Vimes vio que las paredes empezaban a hundirse.

—Esta es la única forma de llegar al Bollo —dijo Dee detrás de su espalda.

Ahora la barca se mecía en el agua burbujeante y las paredes se volvieron borrosas.

—El agua se desvía a unos depósitos que hay cerca de los picos. Luego es una simple cuestión de abrir y cerrar compuertas, ¿lo ve?

—Sí —balbuceó Vimes, experimentando vértigo y mareo marítimo en un solo paquete verde y prieto.

Las paredes ralentizaron su descenso. El bote dejó de menearse. Con suavidad, el agua los elevó por encima del borde del pozo y los dejó en un pequeño canal donde había un embarcadero.

—¿Hay guardias abajo? —consiguió decir Vimes, pisando la bendita roca sólida.

—Normalmente hay cuatro —dijo Dee—. Para esta noche he... arreglado

las cosas. Los guardias lo entienden. Nadie está orgulloso de esto. Tengo que decirle que yo desapruebo rotundamente esta expedición.

Vimes contempló la nueva caverna. Había un par de enanos de pie sobre una cornisa de roca que dominaba lo que ahora era un plácido estanque. A juzgar por su aspecto, eran los operarios de la maquinaria.

—¿Procedemos? —dijo el enano.

Había un pasadizo que salía de la caverna y se estrechaba rápidamente. Durante un tramo Vimes casi tuvo que doblarse por la cintura. En un momento dado oyó resonar unas planchas metálicas debajo de sus pies y notó que cedían un poco. Luego volvió a poder erguirse casi del todo, pasaron por debajo de otro arco y allí...

O bien los enanos habían perforado hasta el interior de una inmensa geoda, o bien habían recubierto meticulosamente las paredes de aquella pequeña caverna de cristales de cuarzo, hasta que todas las superficies reflejaban la luz de dos pequeñas velas colocadas sobre sendos pilares en medio del suelo de arena. El efecto encandiló hasta a Vimes, después de la oscuridad de los túneles.

—Contemplan —dijo Dee en tono lúgubre— el lugar donde tendría que estar el Bollo.

Una piedra plana y redonda, situada en medio de las dos velas y de apenas unos centímetros de altura, sostenía la nada.

Detrás de ella, el agua burbujeaba en una cuenca natural y se dividía en dos arroyos que fluían alrededor de la piedra y volvían a desaparecer dentro de otro conducto en la roca.

—Muy bien —dijo Vimes—. Cuéntemelo todo.

—Se nos informó de su desaparición hace tres días —empezó Dee—. Dormilón Dedolargo vio que no estaba cuando entró para cambiar las velas.

—¿Y su trabajo es...?

—Capitán de las Velas.

—Ah.

—Es un cargo de gran responsabilidad.

—Ya he visto las lámparas de araña. ¿Y cada cuánto sube aquí?

—Subía aquí todos los días.

—¿Subía?

—Ya no ostenta el cargo.

—¿Porque es uno de los principales sospechosos?

—Porque está muerto.

—¿Y eso cómo ha pasado? —preguntó Vimes, despacio y con parsimonia.

—Se ha... quitado la vida. No nos cabe duda, porque tuvimos que derribar la puerta de su cueva. Llevaba sesenta años siendo Capitán de las Velas. No creo que pudiera soportar la idea de que la sospecha recayera en él.

—Pues a mí me parece un sospechoso bastante verosímil.

—Él no robó el Bollo. Eso lo sabemos.

—Pero esas túnicas que llevan ustedes podrían esconder prácticamente cualquier cosa. ¿Se le registró?

—¡Por supuesto que no! Pero... les haré una demostración. —Dee se alejó por el pasillo estrecho y del suelo metálico—. ¿Puede usted verme, excelentísimo embajador?

—Sí, claro.

El suelo traqueteó mientras Dee regresaba.

—Esta vez voy a cargar con algo... su casco, si no le importa. Solamente para la demostración.

Vimes se lo entregó. El catador de ideas se alejó por el pasillo. Cuando estaba a medio camino, un gong resonó con gran estruendo y dos rejas de metal cayeron desde el techo. Pocos segundos después aparecieron guardias en la reja más alejada, mirando con cara de recelo.

Dee les dijo unas cuantas palabras. Las caras se desvanecieron. Al cabo de un momento, las rejas se elevaron lentamente.

—El mecanismo es complejo y bastante antiguo, pero lo mantenemos bien engrasado —dijo, devolviéndole a Vimes su casco—. Si pesa usted más al salir que al entrar, los guardas querrán saber por qué. Es inevitable, mantiene su precisión con un margen de menos de cien gramos y no supone una violación de la intimidad. La única forma de engañar al mecanismo sería volar. ¿Los ladrones pueden volar, excelentísimo embajador?

—Depende de cuáles —respondió Vimes distraídamente—. ¿Quién más entra aquí?

—Cada seis días la cámara es inspeccionada por mí mismo y por dos guardias. La última inspección fue hace cinco días.

—¿Alguien más entra ahí dentro? —insistió Vimes. Se fijó en que Jovial había cogido un puñado de la arena blanquecina que formaba el suelo de la cueva del Bollo y la dejaba escurrirse entre sus dedos.

—Hace tiempo que no. Cuando se corona al nuevo rey, por supuesto, a menudo el Bollo es presentado con diversas finalidades ceremoniales.

—¿Aquí dentro solamente hay esta arena blanca?

—Sí. ¿Eso es importante?

Vimes vio que Jovial asentía.

—No estoy... seguro —dijo—. Dígame, ¿qué valor intrínseco tiene el Bollo?

—¿Intrínseco? ¡No tiene precio!

—Ya sé que es valioso como símbolo, pero ¿qué valor tiene en sí mismo?

—¡No tiene precio!

—Estoy intentando averiguar por qué un ladrón querría robarlo —dijo Vimes con toda la paciencia que pudo.

Jovial acababa de levantar la piedra redonda y plana y estaba mirando por

debajo. Vimes frunció los labios.

—¿Qué está haciendo... esa? —dijo Dee. El pronombre chorreaba disgusto.

—La cabo Culopequeño está buscando pistas —dijo Vimes—. Son lo que nosotros llamamos signos, y pueden ayudarnos. Es un talento.

—¿Tal vez esta carta aceleraría su búsqueda? —dijo Dee—. Contiene escritura. Es lo que nosotros llamamos... signos, y pueden ayudarlo a usted.

Vimes miró el papel que le estaban mostrando. Era marrón y bastante rígido y estaba cubierto de runas.

—Yo, ejem, no puedo leer esas letras —dijo.

—Es un talento —dijo Dee con voz solemne.

—Yo puedo, señor —intervino Jovial—. ¿Me permite?

Cogió el papel y lo leyó.

—Esto... parece ser una nota de rescate, señor. Firmada por... los Hijos de Agi Robamartillos. Dicen que tienen el Bollo y que... dicen que lo destruirán, señor.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó Vimes.

—Dicen que Rhys tiene que renunciar a sus aspiraciones de ser el Bajo Rey —dijo Dee—. No hay más condiciones. La nota apareció en mi mesa. Pero últimamente todo el mundo me llena la mesa de papeles.

—¿Quiénes son los Hijos de Agi Robamartillos? —preguntó Vimes, mirando a Dee—. ¿Y por qué no me ha hablado usted antes de esto?

—No lo sabemos. No es más que un nombre inventado. Suponemos que es un grupo de descontentos. Y a mí me habían dicho que iba a ser usted el que me haría las preguntas.

—Pero esto ya no es ningún crimen real, ¿verdad? —dijo Vimes— Esto es política. ¿Por qué no puede el rey renunciar a todas sus aspiraciones, recuperar el Bollo y luego decir que tenía los dedos cruzados y ya está? Cuando algo se hace bajo coacción...

—Nosotros nos tomamos nuestras ceremonias en serio, excelentísimo embajador. Si Rhys renuncia al trono, no puede cambiar de opinión al día siguiente. Si permite que destruyan el Bollo, entonces el reino carece de legitimidad y habrá...

—... problemas —concluyó Vimes. Y se extenderán a Ankh-Morpork, añadió para sí mismo. De momento solamente son disturbios.

—¿Quién será rey si él abdica?

—Albrecht Hijodealbrecht, lo sabe todo el mundo.

—Y eso también traerá problemas —dijo Vimes—. Guerra civil, por lo que tengo entendido.

—El rey dice —prosiguió Dee en voz baja— que tiene intención de renunciar de todos maneras. Cualquier rey es mejor que el caos. A los enanos no nos gusta el caos.

—Pero habrá caos en cualquier caso —dijo Vimes.

—Ha habido rebeliones contra reyes en el pasado. El pueblo de los enanos sobrevive. La corona continúa. La tradición perdura. El Bollo permanece. Hay una... cordura a la que volver.

Por los dioses, pensó Vimes. Mueren miles de enanos pero no pasa nada mientras sobreviva un trozo de piedra.

—Yo no soy policía aquí. ¿Qué puedo hacer?

—¡Esto no ha pasado! —chilló Dee, perdiendo los nervios—. ¡Pero todo el mundo sabe que los extranjeros de Ankh-Morpork se meten en las cosas de los demás!

—Ah, ¿quiere decir que... como ustedes no quieren que la gente se entere de esto... daría una mala impresión si pareciera que están ustedes demasiado agitados, pero nadie les puede culpar si un madero estúpido mete las narices donde no le llaman?

Dee agitó las manos en el aire.

—¡Esto no ha sido idea mía!

—Mire, la seguridad que tienen aquí sería la vergüenza hasta de una hucha de niño. Se me ocurren ya dos o tres maneras de sacar el Bollo de aquí. ¿Qué me dice del pasadizo secreto que da a esta sala?

—¡No conozco ningún pasadizo secreto que dé a esta sala!

—Ah, muy bien. Por lo menos hemos descartado algo. Vaya a esperar junto al bote. La cabo Culopequeño y yo tenemos que discutir ciertos asuntos.

Dee se marchó a regañadientes. Vimes esperó a que el enano fuera visible bajo el resplandor de las velas que había más allá del puente-balanza.

—Menudo lío —dijo—. Los misterios a puerta cerrada son todavía peores cuando se deja la puerta abierta.

—Está pensando usted que Dormilón podría haber llevado sacos de arena bajo su túnica, ¿verdad, señor? —dijo Jovial.

No, pensó Vimes, no estaba pensando eso. Pero ahora sé cómo solucionaría un enano ese problema.

—Tal vez —dijo en voz alta—. La arena blanca y sucia debe de ser bastante común. Añadiríamos un poco de arena todos los días, ¿no? Lo bastante como para que no salte la balanza. Y al final tendríamos... ¿cuánto pesa el Bollo?

—Unos ocho kilos, señor.

—De acuerdo. Echamos la arena en el suelo, nos metemos el Bollo debajo de la túnica y... podría funcionar.

—Muy arriesgado, señor.

—Pero nadie cree que alguien vaya a intentar robar el Bollo de verdad. ¿De verdad dirías que cuatro guardias sentados en esa caseta durante un turno de doce horas van a estar alertas todo el tiempo? ¡Les da para unas cuantas manitas de póquer!

—Supongo que confían en el hecho de que se enteran cuando sube una barca, señor.

—Ya. Craso error. ¿Y sabes qué? Apuesto a que cuando acaba de irse una barca, es entonces cuando están menos alertas. Jovial, si un humano pudiera entrar aquí, también podría entrar en la sala del Bollo. Tendría que ser ágil y un buen nadador, pero podría hacerlo.

—Los guardias de las puertas estaban bastante alertas, señor.

—Bueno, sí. Los guardias siempre lo están, justo después de un robo. Atentos como zorros y despiertos como búhos, no vaya a ser que alguien se pregunte si fueron ellos quienes se quedaron adormilados en el peor momento. Soy *poli*, Jovial. Sé lo aburrido que puede ser montar guardia. Sobre todo cuando sabes que nadie va a robar nunca lo que estás vigilando.

Removió la arena con su bota.

—Esta mañana estaban mirando con lupa todos los carruajes que entraban o salían. Pero es porque el Bollo ha sido robado. Es en momentos como este cuando se ve una actividad muy oficial, muy eficaz y muy absurda. No me irás a decir que la semana pasada abrían hasta el último tonel y hurgaban hasta en la última carga de heno. ¿Y miraban las cosas que *entran*? ¿Puedes ver a Dee? ¿Me está mirando?

Jovial se asomó por un costado de Vimes.

—No, señor.

—Bien.

Vimes caminó hasta el túnel, apoyó la espalda en la pared, respiró hondo y levantó las piernas hasta colocar los pies sobre la pared de delante. Luego se movió hacia la salida sin tocar las planchas de la balanza, avanzando poco a poco con los pies y los omóplatos, y al final, haciendo muecas cada vez que protestaban sus rodillas, se dejó caer. Fue paseando tranquilamente hasta Dee, que estaba hablando con los guardias.

—¿Cómo ha...?

—No importa —dijo Vimes—. Digamos solamente que soy más largo que un enano, ¿de acuerdo?

—¿Lo ha resuelto usted?

—No. Pero tengo una idea.

—¿En serio? ¿Ya? —se sorprendió Dee—. ¿Y qué idea es?

—Todavía estoy en ello —dijo Vimes—. Pero ha sido una suerte que el rey le haya pedido que me pregunte a mí, Dee, Una cosa que sí he descubierto es que ningún enano le dará la respuesta correcta.

* * *

La ópera estaba a punto de acabar cuando Vimes se deslizó en el asiento contiguo

al de Sybil.

—¿Me he perdido algo? —preguntó.

—Es muy buena. ¿Dónde has estado?

—No te lo creerías.

Se quedó mirando el escenario sin ver nada. Había un par de enanos enzarzados en una batalla falsa muy lenta.

Muy bien, pues. Si se trataba de política entonces era... bueno, política. Él no podía hacer nada sobre la política. Así que mejor pensar en ello como en un crimen.

¿Cuál era la solución sencilla? Era mejor empezar con la primera norma de la policía: sospechar de la víctima. Vimes no estaba del todo seguro de quién era la víctima en aquel caso, sin embargo. Por tanto, sospechar del testigo. Aquella era otra buena norma. Que apuntaba al difunto Dormilón. Podría haber salido con el Bollo días antes de « descubrir » su pérdida. Podría haber hecho cualquier cosa. Las medidas de seguridad de allí eran una broma. Nobby y Colon podrían haberlo hecho mejor. *Mucho* mejor, se corrigió, porque tenían unas mentes retorcidas, y aquello era lo que los convertía en policías. Los guardias del Bollo eran enanos honorables, la última gente a la que uno querría confiar nada. Para un trabajo así hacía falta gente taimada.

Pero aquello no tenía ningún sentido. Dormilón sería el sospechoso principal. Vimes no estaba muy al día acerca de la ley de los enanos, pero se imaginaba que a los sospechosos principales no les esperaba un futuro tremendamente idílico, sobre todo si no había ninguna otra solución a mano.

¿Tal vez se le había acabado la paciencia después de sesenta años de cambiar velas? No sonaba muy creíble. Cualquiera que fuera capaz de soportar un trabajo como aquel durante diez años probablemente ya lo seguiría haciendo por inercia durante el resto de la eternidad. En cualquier caso, Dormilón ya se había marchado a la enorme mina de oro del cielo, o de las profundidades, o a lo que fuera en que creían los enanos. No iba a poder contestar ninguna pregunta.

Vimes se dijo a sí mismo que él *podía* solucionar aquello. Tenía allí todo lo que necesitaba, siempre y cuando hiciera las preguntas adecuadas y pensara de la forma correcta.

Pero sus instintos vimesianos le estaban intentando decir otra cosa.

Aquello era un crimen —si es que pedir rescate por un objeto ajeno era técnicamente un crimen—, pero no era el crimen.

Allí había otro crimen. Él lo sabía de la misma manera que un pescador puede señalar el banco de peces por las ondas de la superficie del agua.

En el escenario continuaba la lucha. Lo que la hacía ir tan despacio era la necesidad de detenerse después de cada hachazo cauteloso para cantar una canción, probablemente sobre oro.

—Ejem, ¿de qué trata esto? —dijo.

—Ya casi ha acabado —susurró Sybil—. Solamente han escenificado la parte en que se cuece el Bollo, pero por lo menos han incluido el Aria del Secuestro. Martillodehierro escapa de la cárcel con la ayuda de Skalt, roba la Verdad que Agi ha escondido, la esconde dentro del Bollo que está cociendo y convence a los guardias del campamento de Hachasangrienta para que lo dejen pasar. Los enanos creen que hubo un tiempo en que la verdad era una, una cosa, una especie de rarísimo metal supremo, en realidad, y que el último trozo que queda está dentro del Bollo. Y los guardias no pueden resistirse, por el grandísimo poder de Hene. La canción dice que el amor, como la verdad, siempre se acaba revelando, igual que la pizca de Verdad que hay dentro de Bollo hace que toda la cosa sea verdadera. Lo cierto es que es una de las mejores piezas musicales del mundo. Apenas se menciona el oro.

Vimes miró con atención. Él se perdía con cualquier canción más complicada que las que tenían títulos como «¿Adonde se fueron todas las natillas? (La mermelada no es lo mismo)».

—Hachasangrienta y Martillodehierro —murmuró, consciente de que los enanos que había a su alrededor lo estaban mirando con caras de fastidio—. ¿Cuál de ellos era...?

—Te lo ha dicho Jovial. Los dos eran enanos —le dijo Sybil, irritada.

—Ah —dijo Vimes en tono sombrío. Siempre se sentía un poco perdido con aquellos asuntos. Estaban los hombres y estaban las mujeres. Eso lo tenía claro. Sam Vimes era un hombre poco complicado en lo relativo a lo que los poetas llamaban «las lizas del amor» [18]. Sabía que había algunas partes de las Sombras donde la gente adoptaba un enfoque más desenfadado. Vimes veía aquello igual que veía los países lejanos: nunca había estado allí y no era problema suyo. Simplemente lo asombraba la de cosas que a la gente se le ocurrían cuando les sobraba el tiempo.

Simplemente le costaba imaginarse un mundo sin mapa. No es que los enanos prescindieran del sexo, es que realmente no les parecía *importante*. Si los humanos pensaran de aquella manera, el trabajo de él sería mucho más sencillo.

Al parecer ahora venía una escena de lecho de muerte. A Vimes le costaba un poco, con su dominio escaso del idioma callejero de los enanos de Ankh-Morpork, seguir lo que estaba pasando. Un personaje se estaba muriendo y el otro estaba muy triste por ello. Los dos cantantes principales tenían barbas tan largas que en ellas se podía esconder un pollo. No se molestaban en actuar, salvo para agitar el brazo muy de vez en cuando en dirección al otro cantante.

Pero Vimes estaba rodeado de sollozos, y de vez en cuando se oía el trompeteo de alguien sonándose las narices. Incluso a Sybil le temblaba el labio inferior.

Pero si es solo una canción, tuvo ganas de decir. No es real. Los crímenes y las calles y las persecuciones... eso sí es real. Una canción no te va a sacar de un

aprieto. Prueba a blandir una hogaza grande delante de un guardia armado de Ankh-Morporky verás lo que te pasa...

Después de la representación se abrió paso a codazos entre la multitud. Los humanos presentes le habían prodigado a la obra la habitual respuesta cálida que aquellas cosas recibían siempre por parte de la gente que no había entendido bien lo sucedido pero tenían la sensación de que deberían haberlo entendido.

Dee estaba hablando con un joven fornido y vestido de negro que a Vimes le resultó vagamente familiar. El joven también pareció conocerlo de algo a él, porque le dedicó un saludo con la barbilla que casi rozaba lo ofensivo.

—Ah, su excelencia Vimes —dijo el hombre—. ¿Le ha gustado la ópera?

—Sobre todo la parte sobre el oro —dijo Vimes—. ¿Y usted es...?

El hombre entrechocó los tacones.

—¡Wolf von Uberwald!

En la cabeza de Vimes sonó una campanilla. Y su mirada captó los detalles: el ligero alargamiento de los incisivos, la forma en que el pelo rubio le crecía tan tupido alrededor del cuello...

—¿El hermano de Angua? —preguntó.

—Sí, su excelencia.

—Wolf el lobo, ¿eh?

—Gracias, excelencia —dijo Wolf seriamente—. Muy ocurrente. ¡Por supuesto! ¡Hacia tiempo que no oía ese chiste! ¡Ese sentido del humor de Ankh-Morpork!

—Pero lleva usted plata en su... uniforme. Esas... insignias. Cabezas de lobo mordiendo el relámpago...

Wolf se encogió de hombros.

—Ah, la típica cosa en que se fijaría un policía. ¡Pero son de níquel!

—No reconozco el regimiento.

—Somos más bien un... movimiento —dijo Wolf.

La pose también se parecía a la de Angua. Tenía ese mismo aspecto de alerta, de «pelea o huye», como si el cuerpo entero fuera un resorte listo para saltar y «huida» no fuera una opción. La gente que estaba en presencia de Angua cuando ella estaba de mal humor tenía tendencia a subirse el cuello de la ropa sin saber muy bien por qué. Pero la mirada de este era distinta. No era como la de Angua. Ni siquiera se parecía a la mirada de un lobo.

Ningún animal tenía una mirada como aquella, pero Vimes sí la había visto de vez en cuando en algunos de los bares menos salubres de Ankh-Morpork, donde sí uno tenía suerte podía salir por la puerta antes de que la bebida lo dejara ciego.

Colon llamaba a aquella clase de gente «borrachuzo impredecible». Nobby prefería «puto chiflado», pero fuera cual fuese el nombre, Vimes reconocía a simple vista a un hijo puta de la peor calaña, de los que arreaban cabezazos y sacaban ojos. En una pelea no había más remedio que pararlo a golpes o dejarlo

seco, porque de otra manera él haría todo lo posible para matarte. La mayoría de la gente que se peleaba en los bares no solía llegar tan lejos, porque ya se sabía que matar a un guardia era lo peor que le podía pasar al asesino y a todos sus conocidos, pero a los verdaderos chiflados eso les daba igual porque, mientras peleaban, tenían el cerebro en otra parte. Wolf sonrió.

—¿Hay algún problema, su excelencia?

—¿Cómo? No. Estaba... pensando. Tengo la sensación de haberlo visto a usted antes.

—Ha visitado usted a mi padre esta mañana.

—Ah, sí.

—No siempre cambiamos para las visitas, excelencia —dijo Wolf. Ahora tenía un brillo anaranjado en los ojos. Hasta ese momento, Vimes había pensado que «ojos refulgentes» era solo una figura retórica.

—Si me disculpa, necesito hablar un momento con el catador de ideas —dijo Vimes—. Política.

Dee lo siguió hasta un rincón apartado.

—¿Sí?

—¿Iba Dormilón a la Caverna del Bollo a la misma hora tojos los días?

—Creo que sí. Dependía de sus otros deberes.

—O sea que no iba a la misma hora todos los días. Vale. ¿A qué hora es el cambio de guardia?

—A las tres de la tarde y de la madrugada.

—¿Y él entraba antes o después de que cambiaran?

—Eso dependía de...

—Oh cielos. ¿Es que los guardias no apuntan nada?

Dee se quedó mirando a Vimes.

—¿Está usted diciendo que podría haber entrado dos veces en un día?

—Casi lo acierta. Lo que estoy diciendo es que *alguien* podría haberlo hecho.

Un enano sube solo en una barca, llevando un par de velas, ¿los guardias le prestarían mucha atención? Y si *otro* enano subiera llevando un par de velas una hora más tarde, cuando ya estuvieran los guardias nuevos... bueno, ¿qué riesgo corre? Aunque a nuestro impostor lo descubrieran, solamente tendría que murmurar algo sobre... oh, velas en mal estado o algo así. Mechachas húmedas. Lo que sea.

Dee no daba la impresión de estar muy convencido.

—Sigue siendo un gran riesgo —dijo por fin.

—Si nuestro ladrón tuviera controlados los cambios de guardia, y supiera dónde estaba el Dormilón auténtico, valdría la pena intentarlo, ¿no? ¿Por el Bollo...?

Dee se estremeció y luego asintió.

—Por la mañana interrogaremos exhaustivamente a los guardias —dijo.

—Yo lo haré.

—¿Por qué?

—Porque sé qué clase de preguntas obtienen respuesta. Montaremos una oficina aquí. Averiguaremos los movimientos de todo el mundo y hablaremos con todos los guardias, ¿de acuerdo? Hasta los que están en la verja de fuera. Averiguaremos quién entró y quién salió.

—Usted ya cree saber algo.

—Digamos que se están formando ciertas ideas, ¿de acuerdo?

—Yo... me encargare de todo.

Vimes se enderezó y volvió con lady Sybil, que se erguía como una isla en medio de un mar de enanos. Estaba hablando animadamente con varios de ellos a quienes Vimes reconoció vagamente como actores de la ópera.

—¿Qué has estado haciendo, Sam? —preguntó ella.

—Política, me temo —dijo Vimes—. Y también confiar en mis instintos. ¿Puedes decirme quién nos tiene vigilados?

—Ah, con que es ese juego, ¿eh? —dijo Sybil. Sonrió con alegría y, con el tono de quien charla de cosas inconsecuentes, añadió—. Prácticamente todo el mundo. Pero si tuviera que dar un premio, yo elegiría a esa señora más bien tristona que hay en ese grupito a tu izquierda. Tiene colmillos, Sam. Y también perlas. No es que hagan juego precisamente.

—¿Puedes ver a Wolfgang?

—Esto, no, ahora que lo mencionas no. Qué raro. Estaba por aquí hace un momento. ¿Has estado enfadando a la gente?

—Creo que puedo haber facilitado que la gente se enfade ella sola —dijo Vimes.

—Bien por ti. Eso lo haces de maravilla.

Vimes se giró a medias, como alguien que contempla el paisaje. Por entre los invitados humanos, los enanos se movían y formaban grupos. Se reunían cinco o seis de ellos y conversaban animadamente. Luego uno se separaba y se unía a otro grupo. Puede que otro ocupara su lugar. Y a veces un grupo entero se dispersaba como los escombros de una explosión y cada miembro se dirigía a otro grupo distinto.

A Vimes le daba la impresión de que detrás de aquello había alguna clase de estructura, alguna danza de la información lenta y deliberada. Reuniones de minas, pensó. Grupos pequeños, porque no hay sitio para más. Y no se habla demasiado alto. Y luego, cuando el grupo decide algo, cada miembro se convierte en embajador de esa decisión. La palabra se difunde en círculos. Es como hacer funcionar una sociedad a base de chismes formales.

Se le ocurrió que era también una forma de conseguir que la suma de dos más dos se pudiera debatir y sopesar y considerar y discutir hasta convertirla en cuatro y pico, o tal vez en una calabaza [19].

De vez en cuando un enano se detenía, lo miraba y se alejaba.

—Ya es hora de que vayamos a la cena, querido —dijo Sybil, indicando la marea general que se dirigía hacia una cueva con mucha luz.

—Oh, cielos. ¿Se hincharán a cerveza? ¿Crees que habrá pinchos de rata? ¿Dónde está Detritus?

—Ahí, hablando con el agregado cultural de Genua. Es ese tipo de los ojos vidriosos.

A medida que se acercaban Vimes oyó la voz de Detritus en plena explicación expansiva:

—...y luego hay una sala muy grande toda llena de asientos, con las paredes rojas y unos bebés grandes y dorados que suben por las columnas, pero tranquilo que no son bebés de verdad, solamente están hechos de yeso o no sé qué... —Hubo una pausa mientras Detritus reflexionaba sobre el asunto—. Y además tampoco creo que sea oro del bueno porque si no algún cabrón lo habría mangado... Y delante del escenario hay un foso muy grande donde se sientan todos los músicos. Y en esa sala ya no hay nada más. En la sala de al lado hay un montón de columnas de mármol, y en el suelo tienen una alfombra roja...

—¿Detritus? —dijo lady Sybil—. Espero que no estés monopolizando a este caballero.

—No, le he estado contando toda la cultura que tenemos en Ankh-Morpork —dijo Detritus sin darle importancia—. Me conozco hasta el último rincón de la ópera.

—Sí —dijo el agregado cultural, aturdido—. Y yo tengo que decir que estoy particularmente interesado en visitar la galería de arte y ver... —se estremeció — « el cuadro ese de la tía esa, yo para mí que el artista no sabía pintar bien las sonrisas, pero seguro que el marco vale una pasta ». Da la impresión de ser una experiencia única. Que tengan buenas noches.

—¿Sabe? A mí me da que ese no sabe mucho de cultura —dijo Detritus mientras el hombre se alejaba.

—¿Crees que la gente nos va a echar de menos si nos vamos sin decir nada? —dijo Vimes, mirando a su alrededor—. Ha sido un día duro y quiero pensar un poco...

—Sam, eres el *embajador*, y Ankh-Morpork es una potencia mundial —le recordó Sybil—. ¡No podemos irnos de extranjis! La gente hará comentarios.

Vimes gimió. Así pues, Iñigo tenía razón: cuando Vimes estornuda, Ankh-Morpork se suena las narices.

—¿Excelentísimo embajador?

Bajó la vista y vio a dos enanos.

—El Bajo Rey lo verá ahora —dijo uno de ellos.

—Esto...

—Tenemos que ser presentados oficialmente —le sopló lady Sybil en un

susurro.

—¿Cómo? ¿Incluso Detritus?

—¡Sí!

—¡Pero si es un troll! —Lo cual había parecido divertido en su momento.

Vimes fue consciente de cierta tendencia en la multitud que transitaba por la gran caverna. Había cierta cadencia, cierto flujo en la corriente de gente que se dirigía hacia un extremo de la caverna. No quedaba más opción que unirse al mismo.

El Bajo Rey ocupaba un pequeño trono bajo una de las lámparas de araña. Por encima tenía un pequeño dosel sobre el que ya se habían formado prodigiosas estalactitas de cera.

A su alrededor, vigilando a la multitud, había cuatro enanos, altos para ser enanos y con un aire bastante amenazador con sus gafas oscuras. Cada uno de ellos sostenía un hacha. Se pasaban todo el tiempo mirando muy fijamente a la gente.

El rey estaba hablando con el embajador de Genua, Vimes miró con el raballo del ojo a Jovial y a Detritus. De pronto, traerlos aquí ya no le parecía tan buena idea. Con su túnica oficial, el rey parecía mucho más... distante, y mucho más difícil de contentar.

Un momento, se dijo. Siguen siendo ciudadanos de Ankh-Morpork. No están haciendo nada que sea malo. Y luego se discutió a sí mismo: no están haciendo nada que sea malo *en Ankh-Morpork*.

La fila de gente iba avanzando. A su grupo ya casi le llegaba el turno. Ahora todos los guardias armados estaban mirando a Detritus, y sosteniendo sus hachas de una forma ligeramente menos relajada. Detritus no dio signos de darse cuenta.

—Este sitio es todavía más cultural que la ópera —dijo, mirando a su alrededor con respeto—. Esas lámparas deben de pesar una tonelada.

Levantó el brazo, se frotó la cabeza y luego se examinó los dedos.

Vimes miró hacia arriba. Algo cálido, como una gota de lluvia con mantequilla, le cayó en la mejilla. Mientras se la estaba quitando, vio que las sombras se movían.

Las cosas pasaron con lentitud de melaza. Las vio como si se estuviera mirando a sí mismo desde cierta distancia.

Se vio a sí mismo empujar a Jovial y a Sybil con brusquedad, se oyó a sí mismo gritar algo y se vio lanzarse en plancha hacia el rey y levantarlo en volandas mientras un hacha le golpeaba la parte de atrás de la coraza con un ruido metálico.

Al instante estaba rodando por el suelo, con el enano furioso en brazos, y la lámpara ya estaba en mitad de su caída, arrastrando una estela de llama de velas, y allí estaba Detritus, levantando las manos con expresión calculadora...

Hubo un momento de quietud y de silencio mientras el troll agarraba la montaña descendente de luz. Y luego la física regresó, en medio de una nube explosiva de enanos, escombros, cera fundida y un desparrame de velas centelleantes.

* * *

Vimes se despertó en la oscuridad total. Parpadeó y se tocó los ojos para asegurarse de que los tenía abiertos.

A continuación se incorporó hasta sentarse y se golpeó la cabeza contra la piedra, y entonces fue cuando hubo luz, unas luces de color púrpura y amarillo chillón que llenaron su vida en un santiamén. Volvió a tumbarse hasta que se fueron.

Vimes hizo un itinerario por su persona. Su capa, su casco, su espada y su armadura habían desaparecido. Quedaba él en camisa y calzas, y aunque el lugar donde estaba no era gélido, tenía cierta humedad que ya empezaba a calarle de camino hacia los huesos.

Muy bien...

No estaba seguro de cuánto tiempo tardó en hacerse una idea de cómo era la celda, pero se la terminó haciendo. Avanzó centímetro a centímetro, moviendo los brazos extendidos hacia delante como si practicase un arte marcial muy lenta contra la oscuridad.

Aun así, los sentidos le resultaban inútiles en la oscuridad completa. Siguió la pared con cuidado, siguió otra pared, siguió una pared que dio paso bajo las yemas de sus dedos al contorno de una pequeña puerta con un picaporte y encontró la pared que tenía la losa de piedra en la que se había despertado.

Lo que dificultaba aquello todavía más era tener que hacerlo con la cabeza gacha contra el pecho. Vimes no era un hombre muy alto. De haberlo sido, lo más probable es que se hubiera roto el cráneo al despertarse.

Sin más herramientas con las que ayudarse, fue siguiendo las paredes usando sus pasos de guardia. Sabía exactamente cuánto tardaba, moviendo las piernas despreocupadamente, en cruzar el Puente de Latón de camino a casa. Le hicieron falta unas cuantas operaciones aritméticas embotadas, pero al final decidió que la celda medía poco más de tres metros cuadrados.

Una cosa que Vimes no hizo fue gritar: « ¡Ayuda! ¡Ayuda!» . Estaba en una celda. Alguien lo había *metido* en una celda. Era razonable suponer, por tanto, que a quien fuera que lo había hecho no le interesaban sus opiniones.

Regresó a tuestas hasta la losa de piedra y se tumbó. Al hacerlo, algo castañeo.

Vimes se palmeó los bolsillos y sacó algo que tenía forma y sonido de caja de cerillas. Solamente quedaban tres.

Así pues... recursos: la ropa que llevaba puesta y unas pocas cerillas. Ahora tocaba averiguar qué demonios estaba pasando.

Recordó haber visto la lámpara de araña. Le pareció haber visto que Detritus atrapaba aquella cosa enorme. Y luego había habido muchos gritos y chillidos y gente corriendo, mientras que en sus brazos el rey le soltaba a Vimes unas palabrotas que solamente un enano podía soltar. Y entonces algo lo había golpeado.

También notaba un dolor en la parte de la espalda donde su armadura había desviado un hachazo. La idea le provocó un hormigueo de orgullo nacional. ¡La armadura de Ankh-Morpork había resistido el golpe! Es cierto que probablemente había sido fabricada en Ankh-Morpork por enanos de Uberwald, usando acero templado a partir de hierro de Uberwald, pero seguía siendo una maldita armadura de Ankh-Morpork de todas formas.

Sobre la losa había una almohada, hecha en Uberwald. Mientras Vimes giraba la cabeza, la almohada hizo un «clink» muy flojito. No era un ruido que él asociara con plumas.

A oscuras, cogió la funda y, tras recurrir a sus dientes, consiguió abrir un agujero en el grueso material.

Si lo que sacó de la almohada había formado alguna vez parte de un pájaro, era de un pájaro que Vimes no tenía ganas de conocer nunca. Al tacto se parecía mucho a la ballesta de un solo tiro de Íñigo. Y un dedo insertado con mucho cuidado en un extremo le dijo a Vimes que estaba cargada.

Un solo tiro, recordó. Pero era un tiro que la gente no sabía que tenía...

Por otro lado, no parecía probable que fuera el Hada de los Dientes la responsable de haberla metido en la almohada, a menos que últimamente hubiera tenido que afrontar a niños particularmente difíciles.

Estaba devolviendo el arma a la funda de la almohada cuando fue consciente de una luz. Era una luz muy débil, que reveló que en la puerta había una ventanilla con barrotes y que al otro lado de la misma se movían unas sombras.

—¿Está despierto, excelencia? Esto es muy desafortunado.

—¿Dee?

—Sí.

—¿Y ha venido usted a decirme que todo esto ha sido una equivocación terrible?

—Caramba, no. Yo estoy convencido de su inocencia, claro.

—¿En serio? Yo también —gruñó Vimes—. ¡De hecho, estoy tan convencido de mi inocencia que ni siquiera sé de qué soy inocente! Sáqueme de aquí o...

—O me temo que va usted a quedarse dentro —dijo Dee—. Es una puerta muy fuerte. No está usted en Ankh-Morpork, excelencia. Por supuesto, le comunicaré la difícil situación en que usted se encuentra a lord Vetinari en cuanto sea posible, pero tengo entendido que la torre de mensajes ha sufrido daños

graves...

—¡Mi difícil situación es que ustedes me han encerrado! ¿Por qué? He salvado a su rey, ¿no?

—Hay... conflicto.

—¡Alguien hizo caer esa lámpara!

—Sí, por supuesto. Un miembro del séquito de usted, parece ser.

—¡Ya sabe que eso no puede ser cierto! Detritus y Culopequeño estaban conmigo cuando...

—¿El señor Espumadera formaba parte de su séquito?

—Él... Sí, pero... yo... él nunca...

—Creo que en Ankh-Morpork tienen una cosa que se llama el Gremio de Asesinos, ¿cierto? —dijo Dee con calma—. Corrijame si me equivoco.

—¡Estaba en la torre!

—¿La torre *dañada*?

—Ya estaba dañada antes de que él... —Vimes se detuvo—. ¿Por qué iba él a destrozarse una de las torres?

—Yo no he dicho que él lo hiciera —respondió Dee, La calma inexpresiva seguía en su sitio—. Y volviendo al tema, excelencia, se ha sugerido que usted hizo una señal justo antes de que la lámpara cayera...

—¿Qué?

—Se llevó la mano a la mejilla o algo así. Se ha sugerido que usted se anticipó al incidente.

—¡La lámpara se estaba meciendo! ¡Oiga, déjeme hablar con Espumadera!

—¿Tiene usted poderes sobrenaturales, su excelencia?

Vimes vaciló.

—¿Está muerto?

—Creemos que se quedó atrapado en el mecanismo del cabrestante mientras estaba soltando la lámpara. Había tres enanos muertos a su alrededor.

—Pero él nunca...

Vimes se volvió a detener. Por supuesto que no. Lo único que pasa es que es miembro de cierto gremio que tenemos, y por supuesto tú sabes eso, ¿verdad que sí?

Dee debió de ver su expresión.

—Así son las cosas. Todo se investigará concienzudamente. Los inocentes no tienen nada que temer.

La noticia de que no tienen nada que temer es la forma más fácil de infundir el terror en los corazones de los inocentes de cualquier parte del mundo.

—¿Qué le han hecho a Sybil?

—¿Hecho, excelencia? Nada de... nada. No somos bárbaros. No hemos recibido más que informes positivos sobre su esposa. Está disgustada, claro.

Vimes gimió.

—¿Y Detritus y Culopequeño?

—Bueno, está claro que se encontraban bajo el mando de su excelencia. Y uno es un troll y la otra es... peligrosamente distinta. Y es por eso, y precisamente por eso, que están bajo arresto domiciliario en la embajada de ustedes. Nosotros respetamos las tradiciones de la diplomacia y no daremos pie a que se diga que hemos actuado con malicia. —Dee suspiró—. También, por puesto, está la *otra* cuestión...

—¿También va a acusarme de robar el Bollo?

—Ha puesto usted las manos sobre el rey.

Vimes se quedó boquiabierto.

—¿Eh? ¡Pero si le iba a caer encima una tonelada de velas!

—Eso se ha tenido en cuenta...

—¿Y yo estoy encarcelado por intentar salvarlo de un intento de asesinato que planeé yo mismo?

—¿Lo está?

—¡No! Mire, esa cosa estaba cayendo, ¿qué iba yo a hacer? ¿Tirar de la alfombra para intentar sacarlo a rastras?

—Sí, sí. Lo entiendo. Pero los precedentes en este asunto son muy claros. En 1345, cuando el rey de por entonces cayó a un lago, ni un solo miembro de su séquito osó tocarlo debido a las reglas, y la investigación posterior declaró que habían actuado de forma correcta. Está prohibido tocar al rey. Por supuesto, le he explicado al cónclave que esa no es la costumbre en Ankh-Morpork, pero esto no es Ankh-Morpork.

—¡Eso no necesito que me lo recuerde nadie!

—Seguirá usted siendo... nuestro invitado mientras continúen las investigaciones. Le traeremos comida y agua.

—¿Y luz?

—Por supuesto. Disculpe nuestra falta de consideración. Apártese de la puerta, por favor. Los guardias que me acompañan van armados y son... gente simple.

La rejilla de la puerta se abrió. Una jaula reluciente fue colocada en la repisa.

—¿Qué es esto? ¿Una luciérnaga enferma?

—Es un tipo de escarabajo, sí. Ya verá como pronto le parece que da mucha luz. Nosotros estamos muy acostumbrados a la oscuridad.

—Mire —dijo Vimes, mientras se volvía a cerrar la rejilla ¡Usted sabe bien que esto es ridículo! Yo no sé qué es lo que ha pasado con el señor Espumadera, ¡pero maldita sea si lo voy a averiguar! Y en cuanto al robo del Bollo, estoy bastante seguro de que también me falta poco para resolverlo. Si me dejan irme a la embajada, ¿adónde me voy a escapar?

—No desearíamos averiguarlo. Podría usted tener la sensación de que la vida

sería más agradable en Ankh-Morpork.

—¿En serio? ¿Y cómo llegamos hasta allí?

—Podría usted tener amigos en sitios inesperados.

Vimes pensó en la pequeña arma maligna que tenía en la almohada.

—No se le tratará a usted mal. Así es como nosotros hacemos las cosas — dijo Dee—. Regresaré cuando tenga noticias.

—Oiga...

Pero Dee ya era una silueta cada vez más lejana bajo la luz decrepita y casi inexistente.

En la celda de Vimes, el escarabajo luminoso estaba haciendo lo que podía. Lo único que conseguía, sin embargo, era convertir la oscuridad en una gama de sombras verdes. Bastaba para moverse sin chocar con las paredes, pero nada más.

Un tiro que ellos no sabían que tenían.

Con aquello era probable que pudiera salir de la celda. Y aparecer en un pasillo. Bajo tierra. Lleno de enanos.

Por otro lado, era asombroso cómo podían acumularse contra uno las pruebas cuando alguien quería que así fuera.

¡Y en cualquier caso, Vimes era el embajador! ¿Qué pasaba con la inmunidad diplomática? Pero era difícil discutir cuando uno tenía delante a gente simple y armada. Existía el riesgo de que se pusieran a experimentar para ver si era cierto.

Un tiro que no se esperaban...

Un poco más tarde se oyó un ruido de llaves y la puerta se abrió. Vimes distinguió las siluetas de dos enanos. Uno de ellos llevaba un hacha y el otro traía una bandeja.

El enano del hacha le hizo un gesto a Vimes para que retrocediera.

Un hacha no era una buena idea, consideró Vimes. Era el arma favorita de los enanos en cualquier situación, pero no era sensata dentro de un espacio muy pequeño.

Levantó las manos y, mientras el otro enano caminaba con cautela hasta la losa de piedra, las movió lentamente hasta su nuca.

Vio que estaba poniendo nerviosos a los enanos. Tal vez no veían humanos muy a menudo. De este se iban a acordar.

—¿Queréis ver un truco?

—¿*Grz'dak*?

—Mirad esto —dijo Vimes, y se sacó las manos de la espalda y cerró los ojos justo antes de que se encendiera la cerilla.

Oyó caer el hacha mientras su propietario trataba de cubrirse la cara. Aquello fue una ventaja inesperada, pero no había tiempo para darle las gracias al dios de los hombres desesperados. Vimes se lanzó hacia delante, dio una patada

con todas sus fuerzas y oyó el « uuf » de alguien que se quedaba sin aire. Luego saltó a la zona oscura donde estaba el otro enano, encontró una cabeza, se dio la vuelta y la estrelló contra una pared invisible.

El primer enano estaba intentando ponerse de pie. Vimes lo buscó a tientas en la penumbra, lo agarró del jubón y dijo con voz ronca:

—Alguien me ha dejado un arma. Querían que os matara. Recordad eso. *Os podría haber matado.*

Le dio un puñetazo al enano en el estómago. No había tiempo para jugar con las reglas del marqués de Fantailler^[20].

Luego se giró, agarró la pequeña jaula donde estaba el escarabajo luminoso y se dirigió a la puerta.

El espacio al otro lado daba la sensación de ser un pasillo que se extendía en ambas direcciones. Vimes se detuvo el tiempo justo para notar una corriente de aire en su cara y siguió hacia ese lado.

A cierta distancia había otro escarabajo luminoso colgando en una jaula. Iluminaba, si es que se puede usar una palabra tan brillante para una luz que simplemente hacía menos negra la oscuridad, una enorme apertura circular en la que un ventilador giraba perezosamente.

Las aspas se movían tan despacio que Vimes pudo pasar entre ellas para entrar en la caverna de terciopelo que había al otro lado.

Alguien me quiere muerto de verdad, pensó, mientras avanzaba muy despacio y con cuidado, pegado a la pared invisible más cercana y con la corriente de aire de cara. Un tiro que no se esperaban... pero alguien sí se lo esperaba, ¿no?

Si quieres sacar a un preso del trullo, le das una llave o una lima. No le das un arma. Una llave podría sacarlo, un arma podría hacer que lo mataran.

Se detuvo con un pie encima del vacío. El escarabajo luminoso reveló un agujero en el suelo. Tenía esa enormidad absorbente de las cosas profundas.

Vimes agarró la cesta del escarabajo con los dientes, dio unos pasos atrás y calculó desastrosamente la distancia. Se estampó contra la pared más alejada del agujero con todas y cada una de sus costillas, y con ambos brazos extendidos en el suelo de más allá.

Un poco de sentido del humor de Ankh-Morpork se le escapó con un silbido por entre los dientes.

Trepó como pudo hasta el suelo de la caverna y recuperó el aliento. Entonces se sacó el arma de un solo tiro del bolsillo, la disparó en dirección al suelo, la tiró al hoyo —donde estuvo repicando y arrancando ecos durante bastante tiempo— y continuó adelante, siempre de cara al aire frío.

Aquello ya no era un túnel. Era el fondo de un pozo. Pero el resplandor verde iluminó algo que había amontonado en el centro.

Vimes cogió un puñado de nieve y, cuando levantó la vista, un copo se le derritió en la cara. Sonrió a oscuras. La luz del escarabajo alcanzó por los pelos a mostrar el borde de la escalera de caracol que había pegada a la roca.

Lo de «escalera» resultó ser una descripción generosa. Al cavar el pozo, los enanos habían hecho agujeros en la piedra y habían amartillado en ellos gruesas vigas de madera. Probó a poner el pie en un par de ellas. Parecían lo bastante resistentes. Si llevaba cuidado, sería capaz de subir...

Ya estaba muy arriba cuando una viga se partió. Extendió los brazos y consiguió agarrarse a la siguiente, con los dedos resbalando en la madera mojada. El escarabajo luminoso desapareció en el vacío y Vimes, balanceándose en su precario agarradero, contempló cómo el círculo de tenue resplandor verde se reducía a un punto y desaparecía.

Al poco se fue dando cuenta de que le iba a ser totalmente imposible izarse hacia la viga. Tenía los dedos entumecidos, pero todo lo que le quedaba de vida era el tiempo que pudiera mantenerse agarrado al peldaño húmedo que tenía encima. Digamos que un minuto, con suerte. Había muchas cosas provechosas que se podían hacer en un minuto, pero la mayoría de ellas no se podían hacer sin manos mientras se estaba colgando a oscuras sobre un abismo.

Se le soltaron las manos. Un momento después chocó con los tablones que estaban una vuelta de espiral más abajo, los cuales dijeron adiós a la pared.

Hombre y madera cayeron otra vuelta. Las costillas de Vimes aterrizaron con un estruendo sobrecogedor sobre un peldaño, mientras los de alrededor se desprendían. Meciéndose suavemente sobre aquel único tablón sólido, escuchó los ruidos sordos y los golpetazos que hacía la madera al continuar su caída hasta el fondo del pozo.

—¡...! —Vimes había tenido intención de gritar, pero el impacto de la caída lo había dejado sin aliento. Se quedó colgado como un par de pantalones viejos doblados.

Hacía mucho tiempo que no dormía. Lo que fuera que había estado haciendo en la lucha, no había sido dormir. El sueño normal no le dejaba a uno con la sensación de que le habían echado pegamento dentro de la boca.

Y había sido aquella misma mañana cuando el nuevo embajador de Ankh-Morpork había salido de paseo a presentar sus credenciales. Había sido aquella misma tarde cuando el comandante de la policía de Ankh-Morpork se había propuesto solucionar un simple robo. Y ahora estaba colgado en mitad de un pozo congelado, donde apenas unos centímetros de madera vieja y poco resistente lo separaban de un viaje muy breve al otro mundo.

Lo único que le quedaba por esperar era que la vida entera no le pasase por delante de los ojos. Había algunos trozos de ella que no quería recordar.

—Ah... Sir Samuel. Qué mala suerte. Con lo bien que lo estaba haciendo.

Abrió los ojos.

Una tenue luz purpúrea justo por encima de él iluminaba la silueta de lady Margolotta. Estaba sentada en el vacío.

—¿Puedo llevarlo a alguna parte? —le ofreció.

Vimes negó con la cabeza, aturcido.

—Si le hace sentirse mejor, le aseguro que hacer esto no me gusta nada —dijo la vampira—. Es tan... lo que se espera de una. Oh, cielos. Ese viejo madero podrido no parece muy...

El madero se partió. Vimes aterrizó despatarrado sobre la vuelta de abajo, pero solamente un momento. Varios peldaños se rompieron y lo mandaron todavía otra vuelta más abajo. Esta vez pudo agarrarse a uno de ellos y volvió a quedar colgando.

Lady Margolotta descendió majestuosamente.

Mucho más abajo, la madera rota retumbó.

—A ver, en teoría esta podría ser una forma de regresar abajo a la que casi se podría sobrevivir —dijo la vampira—. Por desgracia, me temo que los maderos que caían han roto muchos de los que había debajo.

Vimes se movió. Parecía estar bien agarrado. Tal vez sería capaz de trepar al tablón...

—Ya sabía yo que estaba usted detrás de esto —murmuró, haciendo un esfuerzo para infundirles cierta vida a los músculos de sus hombros.

—No, no es verdad. Perro sí sabía usted que el Bollo no ha sido robado.

Vimes le sostuvo la mirada a la figura que flotaba con serenidad.

—Los enanos nunca pensarían que... —empezó a decir. Bajo su peso, el madero hizo ese pequeño movimiento desagradable que anuncia a cualesquiera pasajeros desafortunados que se dispone a tomar tierra.

Lady Margolotta se acercó en el aire.

—Sé que odia usted a los vampiros —dijo ella—. Es bastante habitual en personalidades como la de usted. Es el aspecto... penetrativo. Perro si yo fuera usted, ahora mismo, me preguntaría... ¿los odio hasta la muerte?

Ella le ofreció una mano.

—Un solo mordisco acabaría con todos mis problemas, ¿eh? —gruñó Vimes.

—Un solo mordisco es siempre uno de más, Sam Vimes.

La madera crujió. Ella lo agarró de la muñeca.

Si Vimes hubiera pensado lo más mínimo en aquello, se habría imaginado colgando de la vampira. Pero la verdad es que simplemente estaba flotando.

—Ni se le ocurra soltarse —dijo Margolotta, mientras se elevaban suavemente por el pozo.

—¿Un solo mordisco es siempre uno de más? —repitió Vimes. Reconoció la variante del mantra—. ¿Es usted... *abstemia*?

—Hace casi cuatro años.

—¿Nada de sangre?

—Oh, sí. De animales. Es bastante más piadoso para ellos que sacrificarlos, no le parece? De acuerdo, los vuelve dóciles, pero francamente es poco probable que una vaca gane nunca el Premio al Pensador del Año. Ya no pruebo ni las gotas, señor Vimes.

—Ni gota. Decimos ni gota —casi jadeó Vimes—. ¿Y... eso sustituye a la sangre humana?

—Igual que la limonada sustituye al whisky. Créame. Sin embargo, la mente inteligente puede encontrar un... sucedáneo.

Las paredes del pozo quedaron por debajo de ellos y dieron paso a un aire frío y despejado, que punzó a Vimes a través de su camisa. Flotaron un poco hacia un lado y por fin Vimes cayó sobre una nieve que le llegaba a las rodillas.

—Una de las grandes ventajas que tienen nuestros enanos es que casi nunca prueban nada nuevo y nunca se deshacen de nada viejo —dijo la vampira, levitando sobre la nieve—. No ha sido usted difícil de encontrar.

—¿Dónde estoy? —Vimes vio a su alrededor rocas y árboles cubiertos de nieve.

—En las montañas, bastante lejos de la ciudad en dirección Levo, señor Vimes. Adiós.

—¿Va a dejarme usted *aquí*?

—¿Disculpe? Quien ha escapado es usted. Yo desde luego no estoy aquí. ¿Yo, una vampira, interfiriendo en los asuntos de los enanos? ¡Impensable! Perro digamos simplemente... que me gusta que la gente tenga una oportunidad justa.

—¡Hace un frío de muerte! ¡Ni siquiera llevo abrigo! ¿Qué es lo que quiere usted?

—Tiene usted libertad, señor Vimes. ¿Acaso no es eso lo que quiere todo el mundo? ¿No se supone que deberría darle un encantador y adorable calorcito?

Lady Margolotta desapareció en la nieve.

Vimes se estremeció. No se había dado cuenta del calor que hacía bajo tierra. Ni de la hora que era. Había una luz muy, muy tenue. ¿Quizá se acababa de poner el sol? ¿O era casi el amanecer?

Los copos se le estaban amontonando sobre la ropa húmeda, arrastrados por el viento.

La libertad podía matarlo a uno.

Encontrar cobijo: eso era lo esencial. La hora del día y la ubicación precisa no les servían de nada a los muertos. Ellos siempre sabían qué hora era y dónde estaban.

Se alejó de la abertura del pozo y trastabilló por entre los árboles, donde la nieve no era tan profunda. Esta emitía un resplandor, más débil que el de un escarabajo enfermo, como si de alguna manera al caer absorbiera luz del aire.

A Vimes no se le daban bien los bosques. Eran cosas que se veían en el horizonte. Si alguna vez pensaba en ellos, lo que imaginaba era un montón de árboles, plantados como postes, marrones por debajo y verdes y frondosos por encima.

Aquí, en cambio, había montículos y baches y ramas oscuras combadas y crujiendo bajo la nevada. Esta caía a su alrededor con un susurro. De vez en cuando resbalaban puñados de nieve desde algún lugar en lo alto, y enseguida se producía otro chaparrón de cristales helados al volver de golpe una rama a su sitio.

Había un especie de camino, o por lo menos una extensión de nieve más ancha y más lisa. Vimes la siguió, razonando que no había otra opción más sensata. El adorable calorcito de la libertad no duraba eternamente.

Vimes tenía ojos de ciudad. Él había visto a agentes desarrollarla. Un guardia en prácticas que echara un solo vistazo a una calle estaba aprendiendo cosas, y si no las aprendía más deprisa pronto tendría una gran experiencia en morir. Un policía que llevara cierto tiempo en las calles prestaba atención, captaba detalles, se fijaba en las sombras, veía el fondo y las figuras en primer plano y a la gente que estaba intentando no ser ni una cosa ni otra. Angua miraba las calles así. Trabajaba en ello.

Los polis de toda la vida, como por ejemplo el mismísimo Nobby cuando tenía un buen día, echaban un solo vistazo a una calle y con eso les bastaba, porque lo habían visto todo.

Tal vez existían unos... ojos de campo. Una mirada del bosque. Vimes veía árboles, montículos, nieve y no mucho más.

El viento se estaba levantando y empezaba a aullar por entre los árboles. Ahora la nieve se clavaba.

Arboles. Ramas. Nieve.

Vimes le dio una patada a un montículo situado al lado del camino. La nieve cayó, dejando al descubierto un montón de agujas oscuras de pino.

Se puso a cuatro patas y gateó hacia delante.

Ah...

Seguía haciendo frío, y había un poco de nieve sobre las agujas muertas, pero las ramas cargadas se habían extendido alrededor del tronco como si fueran una tienda de campaña. Él se metió dentro, felicitándose a sí mismo. No había viento y, en contra de todo lo que dictaba el sentido común, la manta de nieve que tenía encima parecía *calentar* el sitio. Hasta había un olor cálido... casi... animal...

Tres lobos, tumbados perezosamente alrededor del tronco del árbol, lo miraban con interés.

Vimes añadió la congelación metafórica a la de la otra clase. Los animales no parecían asustados.

¡Lobos!

Y eso fue todo. Tenía tanto sentido como decir: ¡nieve! O: ¡viento! Ahora mismo ambas cosas serían unos asesinos mucho más certeros.

Había oído en alguna parte que los lobos no te atacaban si les aguantabas la mirada durante el tiempo suficiente.

El problema era que él se iba a quedar dormido pronto. Ya se empezaba a notar un poco embotado. No podía pensar con claridad y le dolían todos los músculos. Fuera, el viento gemía. Y su excelencia el duque de Ankh se quedó dormido.

Se despertó con un ronquido y, para su sorpresa, también con todos sus brazos y piernas. Una gota de agua congelada, derretida en el techo que quedaba encima por el calor de su cuerpo, le cayó por el cuello. Ya no le dolían los músculos. Ya no *notaba* la mayor parte de ellos.

Y los lobos se habían ido. Había nieve pisoteada en el lado opuesto de la guarida improvisada, y una luz tan brillante que le hizo soltar un gemido.

Resultó ser luz del día, precedente de un cielo reluciente y más azul que ningún otro cielo que Vimes hubiera visto nunca, tan azul que en el cénit parecía volverse púrpura. Salíó a un mundo cubierto de azúcar glaseado, crujiente y resplandeciente.

Las huellas de los lobos se alejaban entre los árboles. A Vimes se le ocurrió que seguirlos no sería una maniobra muy óptima para la supervivencia. Tal vez la noche anterior había sido considerada una especie de tregua, pero hoy era un nuevo día y probablemente ya estaban buscando el desayuno.

El sol era cálido, el aire era frío y su aliento flotaba delante de él.

Tendría que haber gente, ¿no? Vimes no tenía muy claros aquellos asuntos rurales, pero ¿no se suponía que había... carboneros, leñadores y —trató de pensar— niñas que le llevaban comida a la abuelita? Los cuentos que Vimes había oído de niño sugerían que los bosques estaban llenos de gente, bullicio y algún chillido de vez en cuando. Pero aquel sitio estaba en silencio.

Partió en una dirección que parecía descender, por razones no muy definidas. Lo importante era la comida. Todavía conservaba un par de cerillas, y probablemente podría encender un fuego en caso de tener que pasar otra noche allí fuera, pero había pasado mucho tiempo desde los canapés de la recepción.

Allí estaba Ankh-Morpork, dando tumbos con dificultad por la nieve.

Al cabo de media hora llegó al fondo de un valle poco profundo, donde un arroyo chapoteaba acosado por los bancos de hielo. Y soltaba vapor.

El agua estaba caliente al tacto.

Fue siguiendo los bancos durante un trecho. Estaban surcados de huellas de animales. Aquí y allí el agua se estancaba formando cuencas profundas que olían a huevos podridos. A su alrededor los matorrales pelados estaban cargados de hielo, allí donde el vapor se había congelado.

La comida podía esperar. Vimes se quitó toda la ropa, se metió en uno de los

estanques más profundos, soltando una exclamación por el calor, y a continuación se tumbó.

¿No hacían algo por el estilo en Nadalandia? Había oído hablar de ello. Tenían baños de vapor calientes y luego correteaban por la nieve golpeándose entre ellos con varas de abedul, ¿no? O algo parecido. No había ninguna tontería de remate que algún extranjero no hiciera en alguna parte.

Por los dioses, se estaba de maravilla. El agua caliente *era* la civilización. Vimes notaba que la rigidez de sus músculos se fundía en el calor.

Al cabo de un momento fue chapoteando hasta la orilla y hurgó entre su ropa hasta encontrar un paquete aplastado de puros, entre cuyo contenido había un par de cosas que, después de los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas, parecían ramitas fosilizadas.

Tenía dos cerillas.

Vaya, qué demonios. Cualquiera podía encender un fuego con una sola cerilla.

Se volvió a tumbar en el agua. Aquella había sido una buena idea. Notaba cómo se iba recuperando, reanimado por el calor de dentro y el de fuera...

—Ah, su excelencia.

Wolf von Uberwald estaba sentado en la otra orilla. Iba completamente desnudo. De su cuerpo se elevaba un poco de vapor, como si acabara de estar haciendo ejercicio. Los músculos le relucían como si los hubiera untado de aceite. Probablemente lo había hecho.

—Una carrerita por la nieve sienta bien, ¿eh? —dijo Wolf en tono agradable—. Está claro que empieza usted a aprender las costumbres de Uberwald, excelencia. Lady Sybil está viva y se encuentra bien y es libre de regresar a su ciudad cuando los pasos estén despejados. Sabía que querría usted oír eso.

Se estaban acercando otras figuras por entre los árboles, hombres y mujeres, todos desnudos con tanta naturalidad como Wolf.

Vimes se dio cuenta de que era un cadáver tomando el baño. Lo podía ver en los ojos de Wolf.

—Nada como remojarse un poco en agua caliente antes del desayuno —comentó.

—Ah, sí. Nosotros tampoco hemos desayunado todavía —dijo Wolf. Se puso de pie, se despezó y saltó por encima del estanque sin tomar carrerilla. Cogió las calzas de Vimes y las examinó.

—He tirado el maldito trasto de Íñigo —dijo Vimes—. No creo que lo pusiera ahí un amigo.

—Todo es un gran juego, excelencia —dijo Wolf—. ¡No se reproche nada! ¡Los más fuertes sobreviven, que es como tiene que ser!

—Esto lo ha planeado Dee, ¿verdad?

Wolf se rió.

—¿Mi querido Dee, el pequeñín? Bueno, él tenía un plan. Era un plan que no estaba mal, aunque un poco demente. ¡Por suerte, ya no hará falta!

—¿Quieres que los enanos vayan a la guerra?

—La fuerza es buena —dijo Wolf, doblando pulcramente la ropa de Vimes—. Pero como pasa con tantas otras cosas buenas, solamente sigue siendo buena si no la posee demasiada gente. —Tiró la ropa tan lejos como pudo—. ¿Qué quiere usted que le diga, excelencia? —continuó—. ¿Algo del estilo de « va usted a morir de todas maneras, así que tanto da que se lo cuente » , tal vez?

—Bueno, eso ayudaría —respondió Vimes.

—Va usted a morir de todas maneras. —Wolf sonrió—. ¿Por qué no me cuenta usted a mí?

Hablar ganaba tiempo. Tal vez aquellos leñadores y carboneros estaban a punto de llegar. Si no se traían las hachas, todo el mundo iba a tener problemas graves.

—Estoy ... bastante seguro de por qué se robó la réplica del Bollo en Ankh-Morpork —dijo Vimes—. Tengo la intuición de que se hizo una copia de la réplica que luego llegó aquí de contrabando en uno de nuestros carruajes. A los diplomáticos no se los registra.

—¡Muy bien!

—Es una lástima que Igor apareciera para descargar cuando uno de tus chicos estaba allí, ¿verdad?

—¡Oh, es difícil hacer daño a un Igor!

—Todo te da igual, ¿no? —dijo Vimes—. Un puñado de enanos quieren a Albrecht en el tron... en el Bollo, porque quieren seguir aferrados a las antiguas certezas, pero lo que tú quieres es solamente que los enanos se peleen. ¡Y al viejo Albrecht ni siquiera le van a devolver el Bollo de verdad!

—Digamos que en este momento nuestros intereses convergen, ¿de acuerdo? —dijo Wolf.

Con el rabillo del ojo Vimes vio que los demás hombres lobo se estaban deslegando alrededor del estanque.

—Y ahora me habéis tendido una trampa —continuó—. Bastante de aficionados, diría yo. Pero impresionante, porque Dee no pudo tener mucho tiempo después de pensar que yo me estaba acercando de verdad. Y lo cierto es que habría funcionado. La gente no son buenos testigos oculares. Eso lo sé. Creen en lo que quieren ver y en lo que los demás les dicen que han visto. Ha sido un detalle bonito darme esa maldita arma de un solo tiro. Debía de tener muchas esperanzas puestas en que yo mataría para escapar...

—¿No es hora ya de que salga usted del... estanque? —sugirió Wolfgang.

—¿Te refieres a mi *baño*? —dijo Vimes. Sí, hubo una mueca. Vimes la captó.

Vale, caminas erguido y hablas, amigo mío, y pareces fuerte como un toro, pero alguien que está entre el hombre y el lobo tiene que tener un poco de perro,

¿verdad que sí?

—Aquí tenemos una antigua costumbre —dijo Wolf, apartando la vista—. Y es una buena costumbre. Cualquiera nos puede desafiar. Es una pequeña... persecución. ¡El gran Juego! Una competición, si lo prefiere. Si el que nos desafía corre más que nosotros, gana cuatrocientas coronas. ¡Que es una suma muy respetable! Con ella se puede montar un pequeño negocio. Por supuesto, puedo ver que entiende usted que si no corre más que nosotros... ¡la cuestión del dinero ni siquiera sale a colación!

—¿Alguien os gana alguna vez? —preguntó Vimes.

¡Venga, leñadores, la gente necesita leña!

—A veces. Si se entrenan bien y conocen estas tierras. Algún que otro hombre acaudalado de Jdienda debe el inicio de su carrera a nuestra pequeña costumbre. En el caso de usted, le daremos, oh, una hora de ventaja. ¡Para ser deportivos! —Señaló—. Jdienda está a ocho kilómetros en aquella dirección. La tradición dice que no debe entrar usted en ninguna casa hasta llegar allí.

—¿Y si no corro?

—¡Entonces será un evento muy corto! No nos gusta Ankh-Morpork ¡No lo queremos a usted aquí!

—Qué raro —dijo Vimes.

La frente amplia de Wolf se arrugó.

—¿Y eso?

—Oh, pues que vaya donde vaya en Ankh-Morpork parece que siempre me encuentro con gente que viene de Uberwald, ¿sabes? Enanos, trolls, humanos, todos trabajando bien contentos y mandando cartas a casa que dicen: vente, esto es una maravilla, aquí no te comen vivo por un dólar.

El labio de Wolf se retrajo, revelando el destello de un incisivo. Vimes había visto aquella expresión en Angua. Quería decir que estaba irritada, que se había levantado con el pie izquierdo. Y un hombre lobo puede tener más de un pie izquierdo con que levantarse.

Decidió jugárselo todo a una carta. Estaba claro que su suerte no iba a llegarle para más de una.

—A Angua le va bien...

—¡Vimes! ¡Señor Civilizado! ¡Ankh-Morpork! ¡Va usted a correr!

Confiando en que sus piernas lo aguantaran, Vimes salió a la nieve de la orilla, todo lo despacio que se atrevió. Los hombres lobo se echaron a reír.

—¿Se mete usted en el agua vestido?

Vimes se miró las piernas humeantes.

—¿Nunca habéis visto unos calzoncillos? —dijo. El labio de Wolf se volvió a retraer. Lanzó una mirada triunfal a sus compañeros.

—¡Contemplad... la civilización! —exclamó.

Vimes dio una calada para devolverle la vida a su puro y echo un vistazo a los

bosques helados con toda la altivez que pudo reunir.

—¿Cuatrocientas coronas, has dicho? —preguntó.

—¡Sí!

Vimes volvió a hacer una mueca de desprecio en dirección al bosque.

—¿Cuánto es eso en dólares de Ankh-Morpork, lo sabes? ¿Como un dólar cincuenta?

—¡La cuestión no va a surgir! —vociferó Wolf.

—Bueno, no quiero tener que gastarlo todo aquí...

—¡Corra!

—Dadas las circunstancias, pues, no os voy a preguntar si lleváis el dinero encima.

Vimes se alejó de los hombres lobo, contento de que no le vieran la cara y muy consciente de que la piel de su espalda quería dar la vuelta hasta su torso.

Siguió moviéndose con calma, mientras sus calzoncillos mojados empezaban a crujir en medio del aire helado, hasta estar seguro de que la manada ya no podía verlo.

Bien, veamos... ellos son más fuertes que tú, conocen estas tierras y si son tan buenos como Angua pueden seguir el rastro de un pedo en medio del desayuno de una mofeta, y a ti ya te duelen las piernas.

Entonces, ¿cuáles son los puntos a favor? Bueno, has puesto muy furioso a Wolf.

Vimes echó a correr.

La verdad es que no era muy buen punto a favor, ahora que lo pensaba bien.

Vimes echó a correr *más*.

Y a lo lejos, los lobos empezaron a aullar.

* * *

Hay un refrán: el que hace piquete, ajos come.

El cabo Nobbs, o mejor dicho, el Presidente de Gremio C.W.St.J. Nobbs, reflexionaba sobre aquello. Una pizca de nieve temprana se deshacía en el aire por encima del bidón de metal dentro del cual, al estilo refrendado de la huelga, brillaban las ascuas delante de la Casa de la Guardia.

Un problema básico, tal y como él lo veía, era que hay algo erróneo en la idea filosófica de montar un piquete ante un edificio donde nadie excepto un agente de la Guardia querría entrar de todas formas. Es imposible mantener a la gente fuera de un lugar en el que no quieren meterse. No se puede hacer.

Los cánticos no habían funcionado. Una anciana le había dado un penique.

—¡Colon, Colon, Colon! ¡Fuera, fuera, fuera! —gritó feliz Reg Shoe, blandiendo su pancarta.

—Eso no suena bien, Reg —dijo Nobby—. Suena a cirugía.

Miró los demás letreros. Dorfl estaba sosteniendo un cartel grande escrito con letra pequeña, que detallaba sus quejas exhaustivamente, con referencias a las normativas de la Guardia y citando toda una serie de textos filosóficos. Los carteles de hombre anuncio del agente Visita, por su parte, proclamaban: «¿En qué se Aprovechare un Reyno si los Bueyes son Desinflados? *Adivinanzas II, 3.*

Por alguna razón, no parecía que aquellos convincentes argumentos estuvieran poniendo a la ciudad de rodillas.

Se dio la vuelta al oír que un carruaje se acercaba y ante sus ojos apareció una portezuela con un emblema consistente principalmente en un escudo negro. Y más arriba, asomada a la ventanilla, estaba la cara de lord Vetinari.

—Ah, pero si no es otro que el cabo Nobbs —dijo lord Vetinari.

En aquel momento Nobby habría dado una fortuna por ser cualquier otra persona aparte del cabo Nobbs.

No estaba seguro de sí, en calidad de huelguista, tenía que hacer el saludo reglamentario. Acabó por hacerlo de todos modos, basándose en el hecho de que un saludo casi nunca estaba fuera de lugar.

—Tengo entendido que han dejado de trabajar —continuó lord Vetinari—. En caso de usted, estoy seguro de que esto ha presentado bastantes dificultades.

Nobby no estaba seguro de qué quería decir aquella frase, pero el patricio parecía bastante afable.

—No puedo quedarme cruzado de brazos mientras pelagra la seguridad de la ciudad, señor —dijo, rezumando lealtad ofendida desde todos y cada uno de sus poros no bloqueados.

Lord Vetinari hizo una pausa lo bastante larga como para que los ruidos pacíficos y cotidianos de una ciudad aparentemente al borde de la catástrofe se filtraran en la conciencia de Nobby.

—Bueno, por supuesto que a mí no sé me ocurriría interferir —dijo por fin—. Esto son asuntos del Gremio. Estoy seguro de que su excelencia lo entenderá perfectamente cuando regrese. —Dio un golpe en el costado del carruaje—. Adelante.

Y el carruaje partió.

Una idea que llevaba cierto tiempo atosigando a Nobby eligió aquel momento para acosarlo otra vez.

«El señor Vimes se va a pillar un buen cabreo. El señor Vimes se va a subir por las paredes.»

Lord Vetinari se reclinó en su asiento, sonriendo para sí mismo.

—Esto... ¿lo ha dicho en serio, señor? —preguntó el secretario Drumknott, que iba sentado enfrente.

—Por supuesto. Pase una nota a las cocinas para que les manden chocolate caliente y bollos sobre las tres. De forma anónima, claro. Ha sido un día sin crímenes, Drumknott. Muy poco habitual. Hasta el Gremio de Ladrones está

tomándoselo con calma.

—Sí, señor. No se me ocurre por qué. Cuando no está el gato...

—Sí, Drumknott, pero los ratones viven felices porque son libres del peso de preocuparse por el futuro. Los humanos, en cambio, no. Y todos saben que Vimes va a volver dentro de una semana más o menos, Drumknott. Y Vimes no va a estar contento. Puede estar seguro de que no. Y cuando un comandante de la Guardia está descontento, suele extender su insatisfacción con una pala muy grande.

Volvió a sonreír.

—Este es un excelente momento para que la gente sensata se comporte con honradez, Drumknott. Únicamente espero que Colon sea lo bastante estúpido como para permitir que dure.

La nieve empezó a caer más deprisa.

* * *

—Qué hermosa es la nieve, hermanas... Había tres mujeres sentadas frente a la ventana de su casa solitaria, contemplando el blanco invierno de Uberwald.

—Y qué frío es el viento —dijo la segunda hermana.

La tercera hermana, que era la más joven, suspiró.

—¿Por qué siempre hablamos del tiempo que hace?

—¿Qué otra cosa hay?

—Bueno, o bien hace un frío que pela o bien te asas. A ver, es que no hay más.

—Así son las cosas en la Madre Uberwald —dijo la hermana mayor, despacio y en tono grave—. El viento y la nieve y el ardiente calor del verano...

—¿Sabéis? Yo creo que si talamos el cerezal podemos poner una pista para patinar...

—No.

—¿Y un invernadero? Podemos plantar piñas.

—No.

—Si nos mudamos a Jdienda podemos comprar un apartamento grande por el precio de esta casa...

—Este es nuestro hogar, Irina —dijo la hermana mayor—. Ah, un hogar de ilusiones perdidas y esperanzas frustradas...

—Podríamos ir a bailar y todo.

—Me acuerdo de cuando vivíamos en Jdienda —dijo la hermana mediana con nostalgia—. Todo era mejor en los viejos tiempos.

—Todo era *siempre* mejor en los viejos tiempos —dijo la hermana mayor.

La hermana menor suspiró y miró por la ventana. Ahogó un grito.

—¡Hay un hombre corriendo por el cerezal!

—¿Un hombre? ¿Y qué se le puede haber perdido por aquí?

La hermana menor miró con atención.

—Parece que se le han perdido... los pantalones...»

—Ah —dijo la hermana mediana entre ensoñaciones—. Los pantalones eran mejorres en los viejos tiempos.

* * *

La manada se detuvo en medio de un valle azul helado cuando el aullido llenó el aire. Angua regresó trotando al trineo, sacó su bolsa de ropa con la boca, echó un vistazo a Zanahoria y desapareció entre los montones de nieve. Unos momentos más tarde regresó caminando, abotonándose la blusa.

—Wolfgang tiene a algún pobre diablo jugando al Juego —dijo—. Voy a detenerlo. Ya era bastante malo que mi padre conservara la tradición, pero por lo menos él jugaba limpio. Wolfgang hace trampa. Sus víctimas no ganan nunca.

—¿Te refieres al Juego del que me hablaste?

—El mismo. Pero mi padre jugaba siguiendo las reglas. Si el corredor era listo y hábil sacaba cuatrocientas coronas y mi padre se lo traía a cenar al castillo.

—Y si perdía, tu padre se lo quedaba de cena en los bosques.

—Gracias por recordármelo.

—Estaba intentando no ser amable.

—Puede que tengas un talento natural sin descubrir —dijo Angua—. Pero a nadie lo forzaban a correr, a eso me refiero. No pienso poner ni una excusa. He sido guardia en Ankh-Morpork, recuerda. El lema de la ciudad es « Puede que no te maten» .

—En realidad, es...

—¡Zanahoria! Ya lo sé. Y nuestro lema familiar es « Homo homini lupus» . ¡El hombre es un lobo para los demás hombres! Menuda estupidez. ¿Crees que quieren decir que los hombres son tímidos y retraídos y leales y que solamente matan para comer? ¡Claro que no! ¡Lo que quieren decir es que los hombres actúan como *hombres* con los demás hombres, y cuanto peor se comportan, más piensan que les encantaría ser lobos! Los humanos odian a los hombres lobo porque ven el lobo que tenemos dentro, pero los lobos nos odian porque ven a nuestro humano interior... ¡y no los culpo!

* * *

Vimes eludió la granja y aceleró su carrera hacia el granero más cercano. Allí dentro tenía que haber algo. Hasta un par de sacos servirían. La naturaleza irritante de la ropa interior congelada era algo que se solía subestimar.

Llevaba media hora corriendo. Bueno, en realidad veinticinco minutos. Los

otros cinco los había pasado cojeando, resollando, agarrándose el pecho y preguntándose cómo sabía uno si estaba teniendo un ataque al corazón.

El interior del granero era... estilo granero. Había pilas de heno, instrumentos de labranza polvorientos... y un par de sacos deshilachados, colgados de un clavo. Agarró uno, agradecido.

Detrás de él, la puerta se abrió con un chirrido. Vimes se dio la vuelta, tapándose con un saco, y vio tres mujeres vestidas con tonos muy sombríos que lo miraban con atención. Una de ellas sostenía un cuchillo de cocina con una mano temblorosa.

—¿Ha venido usted aquí a violarnos?—dijo.

—¡Señora! ¡Que me están persiguiendo los hombres lobo!

Las tres se miraron entre ellas. De pronto a Vimes el saco le pareció muy pequeño.

—¿Hum, y eso le ocupará todo el día?—preguntó una de las mujeres.

Vimes se tapó más con el saco.

—¡Señoras! ¡Por favor! ¡Necesito pantalones!

—Eso ya lo vemos.

—¡Y un arma, y botas si puede ser! ¿Por favor?

—Tenemos los pantalones lúgubres y sin sentido del tío Vania —dijo una de ellas en tono dubitativo.

—Casi nunca los llevaba —señaló otra.

—Y yo tengo un hacha en mi armario de la ropa blanca —agregó la más joven. Miró a las otras dos con cara de culpa—. ¿Qué? Solamente era por si alguna vez me hacía falta, ¿vale? No tenía intención de talar nada.

—Les estaría muy agradecido —dijo Vimes. Contempló la ropa vieja pero buena de aquellas mujeres y su refinamiento marchito y jugó la única carta que tenía—. Soy su excelencia el duque de Ankh, aunque me doy cuenta de que este hecho no es evidente en estos...

Hubo un suspiro por triplicado.

—¡Ankh-Morpork!

—Tienen ustedes una ópera magnífica y muchas bellas galerías.

—¡Y tan hermosas avenidas!

—¡Un verdadero paraíso de cultura y sofisticación y hombres solteros de gran calidad!

—Esto... he dicho *Ankh-Morpork* —dijo Vimes—. Con « A » y « M » .

—Siempre hemos soñado con ir allí.

—Haré que les manden tres billetes para la diligencia en cuanto llegue a casa —dijo Vimes, oyendo con la imaginación el crujido de las patas veloces sobre la nieve—. Pero queridas señoras, si pudieran traerme esas cosas...

Ellas se alejaron a toda prisa, pero la más joven se quedó en la puerta.

—¿En Ankh-Morpork tienen inviernos largos y fríos?—preguntó ella.

—Solo barro y nieve sucia, normalmente.

—¿Y cerezas?

—Creo que ninguno, me temo.

Ella dio un puñetazo en el aire.

—¡Síii!

Pocos minutos después Vimes estaba solo en el granero, vestido con unos pantalones negros y anticuados que se había atado a la cintura con una cuerda y blandiendo un hacha que estaba sorprendentemente afilada.

Tenía tal vez cinco minutos. Era poco probable que los lobos se detuvieran para preocuparse por los ataques al corazón.

No tenía sentido correr sin más. Ellos corrían más deprisa. Lo que necesitaba era permanecer cerca de la civilización y sus rasgos distintivos, como por ejemplo los pantalones.

Tal vez el tiempo jugaba a favor de Vimes. Angua nunca había sido muy dada a hablar de su mundo, pero sí que había dicho que, bajo la forma que fuera, los hombres lobo perdían lentamente algunas habilidades de *la otra* forma. Al cabo de varias horas caminando sobre dos piernas, su sentido del olfato bajaba de espectacular a simplemente bueno. Y después de demasiado tiempo como lobo... era como estar borracho, por lo que había entendido Vimes. Una pequeña parte de ti seguía intentando dar instrucciones, pero lo demás actuaba tontamente. La parte humana empezaba a perder el control.

Volvió a examinar el granero. Había una escalera de mano que llevaba a un altillo. Subió por ella y se asomó a una ventana sin cristal que daba a un prado nevado. Había un río a lo lejos, y algo que tenía mucho aspecto de ser un cobertizo para botes.

A ver, ¿cómo pensaría un hombre lobo?

* * *

Los hombres lobo aminoraron la marcha mientras llegaban al granero. Su líder cruzó la mirada con uno de los tenientes y asintió. El teniente echó a trotar en dirección al cobertizo de los botes. Los demás siguieron a Wolf hasta el interior. El último de ellos se volvió humano un momento para cerrar las puertas y pasar la tranca.

Wolf se detuvo cerca del centro del granero. El heno había sido desperdigado por el suelo en forma de enormes montones mullidos.

Rascó suavemente con una pata y cayeron hilachas de una soga muy tensa.

Wolf respiró hondo. Los demás hombres lobo, notando lo que estaba a punto de pasar, apartaron la vista. Hubo un momento de amorfismo forcejeante y al poco tiempo Wolf se estaba poniendo lentamente de pie, parpadeando en el amanecer de la humanidad.

Es interesante, pensó Vimes desde el altillo. Durante un par de segundos después de cambiar, no están del todo al corriente de lo que está pasando...

—Vaya, su excelencia —dijo Wolf, mirando a su alrededor—, ¿Una trampa? Pero qué... civilizado.

Acertó a ver a Vimes, que estaba de pie en el piso de arriba, junto a la ventana.

—¿Qué pensaba que iba a conseguir, excelencia?

Vimes cogió la lámpara de aceite.

—Pensaba que iba a ser un buen señuelo —dijo.

Arrojó la lámpara sobre el heno seco, seguida de su puro. Al momento agarró el hacha y salió trepando por la ventana justo cuando el aceite derramado hacía « fuuum ».

Vimes se dejó caer sobre la nieve profunda y echó a correr hacia el cobertizo de los botes.

Había otras huellas que se dirigían al mismo lugar, y no eran humanas. Cuando llegó a la puerta arremetió con el hacha contra la oscuridad del otro lado y su recompensa fue un gáñido entrecortado.

El esquife que había en la cabaña en ruinas tenía una cuarta parte llena de agua oscura, pero ni se le ocurrió ponerse a achicar en esos momentos. Agarró los remos polvorientos y empezó a usarlos con esfuerzo considerable y no mucha velocidad para alejarse de la orilla.

Gimió. Wolf se acercaba con zancadas ligeras por la nieve, seguido del resto de la manada. Parecían estar todos.

Wolf hizo bocina con las manos.

—¡Muy civilizado, excelencia! Pero ¿sabe qué? ¡Si le pega fuego a un cobertizo lleno de lobos, les entra el pánico, excelencia! ¡Aunque cuando son hombres lobo, uno de ellos simplemente abre la puerta! ¡No puede matar a los hombres lobo, señor Vimes!

—¡Díselo al que hay en la cabaña! —gritó Vimes, mientras la corriente se hacía cargo del bote.

Wolf miró un momento el interior a oscuras y luego volvió a hacer bocina con las manos.

—¡Se recuperará, señor Vimes!

Vimes soltó una palabrota entre dientes, porque a pesar de todas sus esperanzas un par de hombres lobo se habían tirado al río corriente arriba y estaban nadando con fuerza hacia la otra orilla. Pero aquel era otro rasgo típico de los perros, ¿verdad? Tirarse alegremente al agua de puertas afuera pero luchar como condenados contra la bañera.

Wolfgang había echado a trotar a lo largo del margen del río. Los que estaban en el agua salieron a la otra orilla. Estaban siguiendo el avance del bote desde ambos lados.

Pero ahora la corriente lo estaba arrastrando más deprisa. Vimes se puso a achicar con las manos.

—¡No podéis correr mejor que el río, Wolf! —gritó.

—¡No nos hace falta, señor Vimes! ¡Esa no es la cuestión! La cuestión es si puede usted nadar mejor que la cascada. ¡Nos vemos luego, Civilizado!

Vimes miró a su alrededor. A lo lejos, el río tenía un aspecto sesgado. Cuando se concentró, el oído interno del terror creyó oír un rugido distante.

Volvió a agarrar los remos y trató de remar río arriba, y sí, era posible avanzar contra corriente. Pero no podía remar todo el tiempo más deprisa de lo que podían correr los lobos, y quitar de en medio a dos a la vez en la orilla, cuando estaban listos y esperándolo, quedaba descartado.

Si rebasaba deprisa la cascada, podría abandonar el bote mucho antes de que lo alcanzaran.

Aquella frase no le gustaba, por muchas vueltas que le diera.

Soltó los remos y recogió la cuerda de amarrar. Con un par de vueltas, pensó, puedo atarme el hacha a la espalda...

Tuvo una imagen mental de lo que le podía pasar a un hombre que se zambullera en el caldero de una cascada con un trozo de metal afilado sujeto al cuerpo...

BUENOS DÍAS.

Vimes parpadeó. De pronto había sentada en el bote una figura alta y vestida con túnica oscura.

—¿Eres la Muerte?

ES POR LA GUADAÑA, ¿VERDAD? LA GENTE SIEMPRE SE DA CUENTA POR LA GUADAÑA.

—¿Me voy a morir?

POSIBLEMENTE.

—¿Posiblemente? ¿Apareces cuando alguien *posiblemente* vaya a morirse?

OH, SÍ. ES LO QUE SE ESTILA AHORA. SE DEBE AL, PRINCIPIO DE INCERTIDUMBRE.

—¿Qué es eso?

NO ESTOY SEGURO.

—Eso aclara mucho las cosas.

CREO QUE QUIERE DECIR QUE LA GENTE PUEDE MORIR O NO. TENGO QUE DECIR QUE ME ESTÁ DESTROZANDO LOS HORARIOS, PERO SIEMPRE INTENTO ESTAR AL DÍA CON LAS IDEAS MODERNAS.

Ahora el rugido era mucho más fuerte. Vimes se recostó en el fondo del bote y agarró los costados.

Estoy hablando con la Muerte, pensó, para no tener que pensar en la situación.

—¿No te vi el mes pasado? Yo estaba persiguiendo a Dave el Más-Grande-

Que-Dave-El-Pequeño por la calle de la Tarta de Melocotón y me caí por aquella cornisa...

CORRECTO.

—Pero caí encima de aquel carro. ¡No morí!

PERO PODRÍA HABER OCURRIDO.

—Pero yo creía que todos teníamos una especie de reloj de arena que decía cuándo nos íbamos a morir.

AH, SÍ. TODO EL MUNDO LO TIENE, dijo la Muerte.

—Pero ¿no es seguro?

SÍ LO ES. TODOS MORIRÁN. DE ESO NO CABE DUDA.

—Pero acabas de decir...

SÍ, ES UN POCO DIFÍCIL DE ENTENDER, ¿VERDAD? AL PARECER HAY UNA COSA QUE SE LLAMA LOS PANTALONES DEL TIEMPO, QUE ES UN POCO RARO, PORQUE ESTÁ CLARO QUE EL TIEMPO NO...

La barca alcanzó la cascada.

Vimes tuvo una sensación atronadora de agua que golpeaba y lo empujaba, seguida de un pitido con eco en los oídos al chocar con la laguna de abajo. Forcejeó hasta llegar a lo que hacía las veces de superficie y sintió que la corriente se lo llevaba, lo estampaba contra una roca y luego lo mandaba rodando por las aguas blancas.

Agitó los brazos a ciegas y se dio contra otra roca, tras lo cual su cuerpo quedó bamboleándose en un remanso de calma relativa. Mientras pugnaba para respirar vio una silueta gris que saltaba de roca en roca y de pronto se desató otra dosis de infierno cuando la silueta aterrizó, gruñendo, a su lado.

Vimes la agarró a la desesperada y se aferró a la figura mientras esta intentaba morderle. Una pata se extendió para intentar equilibrarse en la roca mojada y, a la vista de las repentinas dificultades, respondiendo de forma automática... *cambió*...

Fue como si la forma de lobo se hiciera pequeña y una forma de hombre se hiciera grande, dentro del mismo espacio, al mismo tiempo, con un momento de distorsión espantosa al cruzarse las dos formas por el camino.

Y entonces hubo ese momento en que se había fijado antes, un segundo de confusión...

Fue el tiempo suficiente para estrellarle la cabeza al hombre contra la roca, poniendo en ello hasta el último gramo de fuerza que pudo arrancar de su interior. A Vimes le pareció oír un crujido.

Se dio impulso para regresar a la corriente y dejó que esta lo llevara, mientras luchaba simplemente para permanecer cerca de la superficie. Había sangre en el agua. Era la primera vez que mataba a alguien con las manos desnudas. Para ser sinceros, nunca había matado a nadie de forma deliberada. Se habían producido muertes, porque cuando dos personas caen rodando por un

tejado intentando estrangularse mutuamente, es una pura cuestión de suerte quién termina encima cuando chocan con el suelo. Pero aquello era *distinto*. Cada noche se iba a la cama convencido de ello.

Le rechinaban los dientes y el sol fuerte hacía que le dolieran los ojos, pero se sentía... bien.

De hecho, quería golpearse el pecho con los puños y gritar.

¡Habían estado intentando *matarlo*!

Procura que sigan siendo lobos, dijo una vocecilla interior. Cuanto más tiempo pasen a cuatro patas, más tontos se vuelven.

Y una voz más grave, roja y cruda, procedente de un lugar mucho, mucho más adentro, dijo: ¡Mátalos a todos!

Ahora su furia estaba hirviendo, luchando contra el frío.

El río se estaba agrandando, convirtiéndose en algo lo bastante ancho como para llamarse lago. Una espaciosa cornisa de hielo lo había invadido desde la orilla, cubierta aquí y allí de nieve arrastrada por el viento. Sobre la misma flotaba una niebla que traía un vago olor a azufre.

Todavía había una pared casi vertical al otro lado del río. Un hombre lobo solitario, el compañero del que ahora iba a la deriva en la corriente, lo estaba vigilando desde la orilla más cercana. Las nubes se deslizaban por delante del sol y empezó a nevar otra vez, con copos grandes e irregulares.

Vimes chapoteó hasta la cornisa de hielo y trató de auparse para salir del agua, pero la cornisa crujió ominosamente bajo su peso y aparecieron varias grietas zigzagueantes por su superficie.

El lobo se acercó, moviéndose con precaución. Vimes hizo otro intento desesperado. Un bloque de hielo se desprendió y giró sobre sí mismo, haciendo desaparecer a Vimes bajo el agua. La criatura esperó unos momentos y luego avanzó muy poco a poco por el hielo, gruñendo mientras las finas grietas se extendían como estrellas bajo sus patas.

Una sombra se movió en el agua poco profunda por debajo del animal. Hubo una explosión de agua y respiración cuando Vimes atravesó el hielo por debajo del hombre lobo, lo agarró de la cintura y volvió a hundirse.

Una garra rasgó el costado de Vimes, pero él se agarró tan fuerte como pudo con los brazos y las piernas mientras los dos daban vueltas bajo el hielo. Era una prueba desesperada de capacidad pulmonar, lo sabía. Pero no era a él a quien acababan de sacar el aire a presión. Se mantuvo agarrado, mientras el agua le repiqueteaba en los oídos y el animal lo arañaba y se revolvió y entonces, cuando ya no quedó más opción que soltarse o ahogarse, salió dando puñetazos hasta el aire.

Nada lo atacó. Avanzó por el hielo haciéndolo crujir hasta alcanzar la orilla, se dejó caer a cuatro patas y vomitó.

Empezaron los aullidos por todas las montañas.

Vimes levantó la vista. La sangre le resbalaba por los brazos.

El aire apestaba a huevos podridos. Y allí, a uno o dos kilómetros de distancia en lo alto de una colina, estaba la torre de clacs...

Con sus muros de piedra y una puerta a la que se podía echar el cerrojo.

Avanzó con paso inseguro. La nieve bajo sus pies ya estaba cediendo paso a gruesos hierbajos y musgo. El aire estaba más caliente, pero era el calor pegajoso de la fiebre. Y cuando Vimes miró a su alrededor se dio cuenta de dónde estaba:

Había tierra y roca desnuda delante de él, pero aquí y allí algunas partes del suelo se movían y hacían « blup » .

Allí donde mirara, había géiseres de sebo. Anillos de un sebo amarillento y coagulado, tan viejo y rancio que ni siquiera Sam Vimes untaría su tostada con él a menos que tuviera un hambre atroz, rodeaban pequeños estanques borbotantes. Hasta había trozos negros que flotaban, y que al mirarlos mejor resultaron ser insectos que no se espabilaban lo bastante deprisa en situaciones de sebo caliente.

Vimes recordó algo que había dicho Igor. A veces, mientras trabajaban en los estratos superiores, donde el sebo se había coagulado milenios atrás en una especie de lardo denso, los enanos se encontraban de vez en cuando extraños animales antiguos, perfectamente preservados pero bien rebozados y crujientes.

Probablemente... Vimes se sorprendió riendo, por pura fatiga... probablemente tanta grasa los tenía fritos.

Juaajaajaa.

Ahora la nieve caía en copos muy gruesos, haciendo que saltara el sebo caliente de los estanques.

Se dejó caer sobre sus rodillas. Le dolía todo el cuerpo. No era solamente que su cerebro estuviera extendiendo cheques que su cuerpo no podía cobrar. Era más que eso. Ahora sus pies estaban pidiendo dinero prestado que sus piernas no tenían, y los músculos de su espalda estaban buscando monedas sueltas bajo los cojines del sofá.

Y aun así nada había aparecido detrás de su espalda. Seguramente ya deberían de haber cruzado el río a estas alturas, ¿no?

Entonces vio a uno. Habría jurado que hacía un momento no estaba. Luego otro salió trotando desde detrás de un montón de nieve cercano.

Se sentaron a mirarlo.

—¡Venid de una vez! —gritó Vimes—. ¿A qué estáis esperando?

Los estanques de sebo chisporroteaban y burbujaban alrededor de Vimes. Por lo menos allí no hacía frío. Si ellos no pensaban moverse, entonces él tampoco.

Se fijó en un árbol que había al margen de los géiseres de sebo. Parecía apenas vivo, y chorreaba grasa de la punta de las ramas más largas, pero

también daba la impresión de ser trepable. Vimes se concentró en él e intentó calcular la distancia y la velocidad que sería capaz de alcanzar.

Los hombres lobo también se giraron para mirarlo.

Otro de ellos había entrado en el claro por un punto distinto. Ahora eran tres los que lo estaban mirando.

Se dio cuenta de que ellos no iban a echar a correr hasta que él lo hiciera. De otra forma no sería *divertido*.

Se encogió de hombros, apartó la vista del árbol y enseguida dio media vuelta y echó a correr. Para cuando estaba a mitad de camino ya se temía que el corazón le fuera a salir por la garganta, pero siguió corriendo, dio un salto torpe, se agarró de una rama baja, resbaló, se puso de pie como pudo con un grito ahogado, volvió a agarrarse a la rama y por fin consiguió subirse a pulso, esperando a cada segundo el primer pinchazo afilado de los dientes atravesando su piel.

Se meció sobre la madera grasienta. Los hombres lobo no se habían movido: se limitaban a mirarlo con interés.

—*Hijos de puta* —gruñó Vimes.

Ellos se pusieron de pie y fueron avanzando con tranquilidad hasta el árbol, sin prisas. Vimes trepó un poco más arriba.

—¡Ankh-Morpork! ¡Señor Civilizado! ¿Dónde están ahora sus armas, Ankh-Morpork?

Era la voz de Wolfgang. Vimes buscó con la mirada por entre los montones de nieve, que ya se estaban llenando de sombras violáceas mientras la tarde se apagaba.

—¡He acabado con dos de los vuestros! —gritó.

—¡Sí, cuando se despierten les dolerá la cabeza! ¡Somos hombres lobo, Ankh-Morpork! ¡Cuesta bastante pararnos!

—Me dijiste que vosotros...

—¡El señor Duerme corría mucho más deprisa que usted, Ankh-Morpork!

—¿Lo bastante deprisa?

—¡No! ¡Y el hombre del sombrero negro peleaba mejor que usted!

—¿Lo bastante bien?

—¡No! —gritó Wolfgang en tono jovial.

Vimes gruñó. Ni siquiera los asesinos se merecían una muerte como aquella.

—¡Pronto se pondrá el sol!

—¡Sí! ¡Le mentí sobre la puesta del sol!

—Bueno, pues despiértame cuando amanezca. ¡Me irá bien dormir!

—¡Morirá congelado, Señor Civilizado!

—¡Bien! —Vimes echó un vistazo a los demás árboles. Aunque pudiera saltar hasta uno de ellos, eran todos coníferas: complicadas para aterrizar y fáciles para resbalarse después.

—Ah, ese debe de ser el famoso sentido del humor de Ankh-Morpork, ¿verdad?

—No, eso era solamente ironía —gritó Vimes, todavía buscando una ruta de escape arbórea—. ¡Te darás cuenta de que hemos llegado al famoso sentido del humor de Ankh-Morpork cuando empiece a hablar de pechos y a tirarme pedos, mamón engreído!

¿Qué opciones tenía, entonces? Bueno, podía quedarse en el árbol y morir, o bien echar a correr y morir. De las dos cosas, morirse de una pieza parecía la mejor.

LO ESTÁ HACIENDO MUY BIEN PARA LA EDAD QUE TIENE.

La Muerte estaba sentado en una rama más alta del árbol.

—¿Me estás siguiendo o qué?

¿LE SUENA LA FRASE «LA MUERTE ERA SU CONSTANTE COMPAÑERO»?

—¡Pues normalmente no te veo!

TAL VEZ SE ENCUENTRE USTED EN UN ESTADO DE CONCIENCIA INTENSIFICADA CAUSADO POR LA FALTA DE COMIDA, SUEÑO Y SANGRE, ¿NO?

—¿Vas a ayudarme?

BUENO... SÍ.

—¿Cuándo?

ESTO... CUANDO EL DOLOR SEA IMPOSIBLE DE SOPORTAR. La Muerte vaciló, pero luego continuó. AUNQUE YA MIENTRAS LO DIGO ME DOY CUENTA DE QUE NO ES LA RESPUESTA QUE USTED ESTABA BUSCANDO.

El sol ya estaba cerca del horizonte, creciendo y poniéndose rojo.

Hacer carreras con el sol... aquel era otro deporte de Uberwald, ¿verdad? Llegar a salvo a casa antes de que se pusiera el sol.

Un kilómetro más o menos, por la nieve profunda y cuesta arriba.

Alguien estaba subiendo por el árbol. Notó que este se agitaba. Bajó la vista. En la penumbra fría y azul, un hombre desnudo trepaba en silencio de rama a rama.

Vimes se puso furioso. ¡Se suponía que no hacían cosas como aquella!

Se oyó un gruñido más abajo cuando el que estaba trepando resbaló y recuperó el equilibrio sobre el tronco grasiento.

¿CÓMO SE ENCUENTRA, EN CONJUNTO?

—¡Cállate! ¡Aunque seas una alucinación!

Los hombres lobos debían de tener *algo* que él pudiera usar.

Había un segundo de gracia cuando cambiaban de forma, pero ellos ya sabían que él lo sabía...

Nada de armas. Eso es lo que él había visto en el castillo. En los castillos

siempre había armas. Lanzas, hachas de batalla, armaduras ridículas, espadas antiguas y enormes... Hasta los vampiros tenían algún que otro estoque en las paredes. Y era porque, a veces, incluso los vampiros tenían que usar un arma.

Los hombres lobo no. Incluso Angua vacilaba antes de coger una espada. Para un hombre lobo, un arma física siempre sería la segunda opción.

Vimes entrelazó las piernas y se dejó resbalar por un lado de la rama mientras el hombre lobo subía. Acertó a darle un puñetazo en la oreja y, cuando la criatura levantó la vista, acertó a darle otro justo en la nariz.

La cosa habría acabado en un par de buenos tortazos si no fuera por el hecho de que el hombre lobo trepó un poco más por el árbol y se puso a tiro del Codo de Vimes.

Tenía la letra mayúscula bien merecida. Había triunfado en muchas peleas callejeras. Vimes había descubierto ya al principio de su carrera que los cementerios estaban llenos de gente que había leído al marqués de Fantailler. El sentido mismo de pelear era conseguir que el otro dejara de pegarte lo antes posible. Nadie te iba a dar puntos. Vimes había luchado a menudo en circunstancias donde la capacidad de usar libremente las manos era un lujo, pero resultaba asombroso cómo un codo bien puesto podía dejar un par de cosas claras, posiblemente con la ayuda de una rodilla.

Ahora lo clavó en la garganta del hombre lobo y recibió un ruido horrible a modo de recompensa. Luego agarró un puñado de pelo y tiró, lo soltó y le dio una buena bofetada en toda la cara en un intento frenético de no dejarle un segundo para pensar. No podía permitirle aquello: veía el tamaño de los músculos de aquel hombre.

En cambio, el hombre lobo reaccionó.

Se produjo aquel momento repentino de inexactitud morfológica. Una nariz se convirtió en hocico mientras el puño de Vimes estaba en camino, pero cuando el lobo abrió la boca para darle una dentellada, le ocurrieron dos cosas.

Una de ellas fue que estaba en lo alto de un árbol, una posición insostenible para una forma diseñada para la vida veloz sobre el suelo. La otra fue la gravedad.

—Ahí abajo está la tradición —jadeó Vimes, mientras las patas del hombre lobo se movían frenéticas intentando agarrarse a la rama grasienta—. Pero aquí arriba estoy yo.

Estiró el brazo hacia arriba, agarró la rama que tenía encima y golpeó hacia abajo con los pies.

Hubo un aullido y luego otro mientras el lobo resbalaba y chocaba con la rama de más abajo.

A medio camino del suelo más o menos intentó volver a cambiar de forma, combinando en una sola figura descendente todas las cualidades de algo poco hábil para permanecer en los árboles con las de algo poco hábil para aterrizar en

el suelo.

—¡Te pillé! —gritó Vimes.

Un aullido se elevó a su alrededor por todo el bosque.

La rama a la que estaba agarrado se partió. Vimes quedó colgando un momento de los lúgubres pantalones del tío Vania, que se habían quedado enganchados al árbol, hasta que la vieja tela se desgarró separándose de él y dejándolo caer.

Su descenso fue un poco más rápido, ya que el hombre lobo en su caída había eliminado muchas ramas del camino, pero su aterrizaje fue más blando porque el hombre lobo justo se estaba poniendo de pie.

La mano desesperada de Vimes agarró una rama rota.

Un arma.

El pensamiento prácticamente se detuvo cuando sus dedos se cerraron. Lo que lo reemplazó en los senderos de su cerebro era algo que salía a borbotones de otro lugar, un lugar con miles de años de antigüedad.

El hombre lobo se levantó como pudo y se volvió hacia él. La rama le dio en un lado de la cabeza.

Una nube de vapor se elevó de sir Samuel Vimes mientras se lanzaba hacia delante, gruñendo de forma incoherente. *Asestó* otro porrazo con el palo. Rugió. En aquel rugido no había palabras. Era un sonido de antes de que las palabras existieran. Si contenía algún significado en absoluto, era un lamento por no poder infligir el suficiente dolor...

El lobo gimoteó, dio un traspié, rodó por el suelo... y cambió.

El humano extendió una mano ensangrentada hacia él en gesto suplicante.

—Por favor...

Vimes vaciló con el palo en alto.

La furia roja se desvaneció. Vimes estaba en una ladera helada, frente a una fría puesta de sol, y lo habían dejado solo. Tal vez le fuera posible llegar hasta la torre...

En un solo movimiento, cambiando de hombre a lobo sin detenerse, el hombre lobo dio un salto. Vimes cayó de espaldas a la nieve. Notó el aliento y la sangre, pero no el dolor...

Ninguna garra lo arañó. Ningún diente lo desgarró.

Y el peso que tenía encima desapareció. Unas manos levantaron el cuerpo del lobo.

—Le ha ido de poco, señor —dijo una voz risueña—. Es mejor no darles ni un respiro, en realidad. —Un venablo atravesaba por completo al hombre lobo.

—¿Zanahoria?

—Vamos a encender un fuego. Es fácil si se unta primero la madera en los manantiales de sebo.

—¿Zanahoria?

—No creo que haya comido usted. No hay mucha caza a tan poca distancia de la ciudad, pero todavía nos queda algo de...

—¿Zanahoria?

—Esto... ¿sí, señor?

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Es todo un poco complicado, señor. Mire, déjeme que le ayude a levantarse...

Vimes se lo sacudió de encima mientras Zanahoria intentaba ayudarlo a ponerse de pie.

—He llegado hasta aquí, gracias, creo que soy capaz de ponerme de pie —dijo, y obligó a sus propias piernas a aguantar su peso.

—Parece haber perdido usted los pantalones, señor.

—Sí, es el famoso sentido del humor de Ankh-Morpork —gruñó Vimes.

—Pero es que... Angua volverá pronto, y... y...

—¡La familia de la sargento Angua, capitán, tiene la costumbre de correr por la nieve en pel... como vinieron al mundo!

—Sí, señor, pero... o sea... ya sabe... no es que sea...

—Te doy cinco minutos para encontrar una tienda de ropa, ¿de acuerdo? Si no la encuentras... Oye, ¿dónde demonios están los hombres lobo? ¡Yo estaba esperando caer sobre un montón de mandíbulas gruñendo y en cambio aquí estás tú, muchísimas gracias, y no hay hombres lobo!

—La gente de Gavin los ha ahuyentado, señor. Debe de haber oído usted el aullido.

—La gente de Gavin, ¿eh? ¡Vaya, pues muy bien! ¡Pero que muy bien! ¡Eso me gusta! ¡Buen trabajo, Gavin! Y ahora, ¿quién demonios es Gavin?

Un aullido se elevó desde una colina lejana.

—Ese es Gavin —dijo Zanahoria.

—¿Un lobo? ¿Gavin es un lobo? ¿Me han salvado de los hombres lobo los lobos?

—No pasa nada, señor. Si piensa usted en ello, tampoco es muy distinto a ser rescatado de los hombres lobo por gente.

—Si pienso en ello, pienso que lo mismo me iría mejor estar tumbado —dijo Vimes con voz débil.

—Vamos al trineo, señor. Le estaba intentando decir que tenemos su ropa. Así es como Angua ha seguido su rastro.

Diez minutos más tarde Vimes estaba sentado delante del fuego y envuelto en una manta, y el mundo parecía tener un poco más de sentido. El filete de venado que comía le estaba pareciendo bien, y Vimes tenía demasiada hambre para preocuparse mucho porque el carnicero pareciera haber usado sus dientes para cortarlo.

—¿Los lobos espían a los hombres lobo? —preguntó.

—Más o menos, señor. Gavin vigila las cosas para Angua. Son... viejos amigos.

El momento de silencio se dilató un poco demasiado.

—Tiene pinta de ser un lobo muy listo —dijo Vimes, a falta de nada más diplomático que decir.

—Es más que eso. Angua cree que puede ser parte hombre lobo, de hace muchas generaciones.

—¿Eso es posible?

—Ella dice que sí. ¿Le he contado que vino hasta Ankh-Morpork? Una gran ciudad. ¿Puede imaginarse cómo debe de haber sido esa experiencia?

Vimes se giró al oír un ruido débil detrás de él.

Había un lobo de gran tamaño al borde del resplandor del fuego. Lo estaba mirando fijamente. No era una simple mirada de animal, calibrándolo en las categorías de comida / amenaza / cosa. Detrás de aquella mirada, los engranajes giraban. Y a su lado había un chucho pequeño pero bastante orgulloso, rascándose con furia.

—¿Ese es Gaspode? —dijo Vimes—. ¿El perro que está siempre deambulando por la Casa de la Guardia?

—Sí, él... me ha ayudado a llegar hasta aquí —dijo Zanahoria.

—No quiero ni preguntar —dijo Vimes—. En cualquier momento se va a abrir una puerta en un árbol y van a salir Fred y Nobby, ¿verdad?

—Espero que no, señor.

Gavin se tumbó más cerca del fuego y se puso a observar a Zanahoria.

—¿Capitán? —dijo Vimes.

—¿Sí, señor?

—Te habrás fijado en que no he seguido preguntando por qué estáis aquí Angua y tú.

—Sí, señor.

—¿Y bien? —dijo Vimes. Y ahora le pareció reconocer la mirada que había en la cara de Gavin, por mucho que fuese la cara de un cuerpo inusual. Era la mirada de un caballero que está apoyado en una esquina junto a un banco, viendo la gente que viene y va, registrando cómo funciona el lugar.

—Estaba admirando su diplomacia, señor.

—¿Hum? ¿Cómo? —dijo Vimes, sin dejar de mirar al lobo.

—Le agradezco que haya evitado hacer preguntas, señor.

Angua apareció en la zona iluminada por el fuego. Vimes la vio contemplar el círculo y acuclillarse en la nieve exactamente a medio camino entre Zanahoria y Gavin.

—Ya están a kilómetros de aquí. Oh, hola, señor Vimes.

Hubo otro silencio.

—¿Es que nadie va a contarme nada? —preguntó Vimes.

—Mi familia está intentando boicotear la coronación —dijo Angua—. Están compinchados con algunos enanos que no quieren... que quieren mantener Uberwald separado.

—Creo que ya me había dado cuenta de eso. Correr para salvar la vida por un bosque helado aclara un poco las ideas.

—Tengo que decirle, señor, que mi hermano mató a los operarios de los clacs. Su olor está por todas partes ahí arriba.

Gavin hizo un ruido con la garganta.

—Y también a otro hombre al que Gavin no reconoció, pero que pasaba mucho tiempo escondido en el bosque y vigilando nuestro castillo.

—Creo que tal vez fuera un hombre llamado Duerme. Uno de nuestros... agentes —dijo Vimes.

—Lo hizo bien. Consiguió hacerse con un bote a pocos kilómetros río abajo. Por desgracia, en el bote había esperando un hombre lobo.

—Lo que me ayudó a mí fue una cascada —dijo Vimes.

—¿Permiso para hablar con sinceridad, señor? —solicitó Angua.

—¿No lo haces siempre?

—Podrían haberlo cazado a usted cuando les hubiera dado la gana, señor. En serio. Querían que llegara usted hasta la torre antes de atacar de verdad. Me imagino que a Wolfgang le pareció que eso tendría un bonito simbolismo, o algo así.

—¡Me deshice de tres de ellos!

—Sí, señor. Pero no podría haberse deshecho de tres de ellos al mismo tiempo. Wolfgang se estaba divirtiendo un poco. Así es como él ha jugado siempre al Juego. Se le da bien pensar por adelantado. Le gustan las emboscadas. Le gusta que un pobre diablo llegue a pocos metros de la línea de meta antes de saltarle encima. —Angua suspiró—. Mire, señor, yo no quiero que haya problemas...

—¡Ha estado matando a gente!

—Sí, señor. Pero mi madre es solo una esnob más bien ignorante y mi padre ya está medio ido. Pasa tanto tiempo como lobo que ya casi no sabe actuar como un humano. No viven en el mundo real. Realmente creen que Uberwald puede seguir igual que siempre. No es que aquí arriba haya gran cosa, en realidad, pero es nuestro. Wolfgang es un idiota asesino que cree que los hombres lobo han nacido para dominar. El problema es, señor, que no ha roto la tradición.

—¡Oh, por los dioses!

—Apuesto a que podría encontrar a muchos testigos que dirían que le ha dado a todo el mundo el tiempo de ventaja que la tradición requiere. Esas son las reglas del Juego.

—¿Y qué pasa con lo de entrometerse en los asuntos de los enanos? ¡Ha robado el Bollo, o lo ha cambiado, o... algo, todavía no lo he averiguado todo,

pero un pobre enano ya ha muerto por eso! ¡Jovial y Detritus están bajo arresto! ¡Iñigo ha muerto! ¡Sybil está encerrada en alguna parte! ¿Y tú me dices que no pasa nada?

—Aquí las cosas son distintas, señor —dijo Zanahoria—. Solamente hace diez años que reemplazaron el juicio por ordalía por el juicio con abogados, y lo hicieron solamente porque descubrieron que los abogados son peores.

—Tengo que volver a Jdienda. Si han hecho algún daño a Sybil no me importa lo que diga la maldita tradición.

—¡Señor Vimes! ¡Ya parece usted bastante hecho polvo! —se preocupó Zanahoria.

—Aguantaré. Vamos. Que unos cuantos lobos tiren del trineo...

—No se les puede dar órdenes, señor. Hay que preguntar a Gavin si lo harán —dijo Zanahoria.

—Oh. Ejem, ¿podéis explicarle la situación?

Estoy plantado en medio de un bosque con un frío que pela, pensó Vimes un momento más tarde, mirando cómo una joven bastante atractiva conversa a gruñido limpio con un lobo que la está mirando. Esto no pasa a menudo. Por lo menos, en Ankh-Morpork. Probablemente aquí pase todos los días.

Al final seis lobos se dejaron poner los arneses y llevaron a Vimes colina arriba hasta el camino.

—¡Alto!

—¿Señor? —dijo Zanahoria.

—¡Quiero un arma! ¡En la torre tiene que haber algo que pueda usar!

—¡Señor, puede usar usted mi espada! Y están los... venablos de caza...

—¡Ya sabes lo que puedes hacer con los venablos de caza!

Vimes abrió de una patada la puerta de la base de la torre. Había entrado nieve fresca de fuera, difuminando los contornos de las huellas de lobo y de humano.

Se sentía ebrio. Había partes de su cerebro que se encendían y se apagaban. Notaba los ojos como si los tuviera forrados de tela de rizo. Y parecía tener un control muy tenue sobre sus piernas.

Seguramente los operarios de señales tendrían algo allí, ¿no?

Hasta los sacos y los toneles habían desaparecido. Bueno, había muchos campesinos en las colinas, y se acercaba el invierno, y estaba claro que los hombres que habían vivido en la torre ya no necesitaban la comida. Ni siquiera Vimes podía llamar robar a aquello.

Subió al piso de arriba. Los ahorrativos habitantes del bosque también habían subido allí. Pero no se habían llevado las manchas de sangre del suelo, ni tampoco el sombrero redondo de Iñigo, que estaba inexplicablemente encajado en la pared de madera.

Lo sacó y vio que el fino fieltro del ala había sido echado hacia atrás para

revelar el borde de la cuchilla afilada.

Un sombrero de asesino, pensó. Pero en realidad... no, no es un sombrero de asesino. Recordó las peleas callejeras que había visto de niño, entre los grandes bebedores que pensaban que hasta las peleas a puñetazo limpio eran cosa de pijos. Algunos de ellos se cosían cuchillas en la visera del gorro para ayudarse un poco en la *mêlée*. Aquel era el sombrero de un hombre que siempre buscaba un poco más de filo en su vida.

Pero allí no le había funcionado.

Lo dejó caer al suelo y en la penumbra acertó a ver la caja de los morteros. Hasta aquello había sido víctima del pillaje, pero los tubos estaban simplemente desperdigados por el suelo, solamente los dioses sabían que habían pensando los saqueadores que sería aquello.

Los volvió a meter en la caja. Por lo menos, Iñigo no se había equivocado sobre ellos. Un arma tan poco precisa que probablemente no podría acertar en la pared de un cobertizo desde dentro del cobertizo no servía como arma. Pero había más cosas desperdigadas. Los hombres que habían estado viviendo austeramente allí habían dejado unos cuantos objetos personales. Había iconografías pegadas con chinchetas a la pared. Había un diario, una pipa, las cosas de afeitar de alguien. Había cajas volcadas en el suelo...

—Será mejor que nos vayamos ya, señor —dijo Zanahoria desde la escalera de mano.

Los habían matado. Los habían mandado a correr en plena noche con monstruos pisándoles los talones, y luego unos campesinos cualesquiera que no habían hecho nada para ayudar habían entrado allí y habían cogido las cuatro cosas que ellos habían dejado atrás.

¡Mierda! Vimes gruñó, lo metió todo dentro de una caja y la arrastró hasta la escalera.

—Vamos a llevar estas cosas a la embajada —dijo—. No pienso dejar nada aquí para los carroñeros. Y ni se te ocurra discutir conmigo.

—Ni se me ocurriría, señor. Ni se me ocurriría.

Vimes hizo una pausa.

—¿Zanahoria? Ese lobo y Angua... —Se detuvo. ¿Cómo demonios se continuaba una frase como aquella?

—Son viejos amigos, señor.

—¿Lo son?

En la expresión de Zanahoria no había nada más que la habitual sinceridad completamente transparente.

—Oh... pues... pues eso es bueno —terminó Vimes.

Un minuto más tarde volvían a estar en el camino. Angua corría con forma de loba muy por delante del trineo, al lado de Gavin. Gaspode se había acurrucado debajo de las mantas.

Y aquí estoy otra vez, pensó Vimes, haciendo carreras con la puesta de sol. Los dioses sabrán por qué. Voy acompañado de una mujer lobo y de un lobo que todavía parece más terrible, y sentado en un trineo arrastrado por lobos a los que no puedo dirigir. Prueba a buscar esto en el manual.

Se quedó adormilado entre las mantas, mirando con los ojos entrecerrados cómo el disco del sol parpadeaba entre los pinos.

¿Cómo se podía robar el Bollo de su cueva?

Él había dicho que había docenas de maneras, y las había, pero todas entrañaban gran riesgo. Todas dependían mucho de la suerte y de que los guardias se durmieran. Y aquel no daba la sensación de ser un crimen que se dejara en manos de la suerte. Porque tenía que funcionar.

El Bollo no era lo importante. Lo importante era que los enanos terminaran peleándose... sin rey, con discusiones violentas y luchando en la oscuridad. Y que la oscuridad no se retirara de Uberwald. Y parecía importante que se echara la culpa al rey. Al fin y al cabo, era él quien había perdido el Bollo.

Fuera cual fuese el plan, se tenía que llevar a cabo deprisa. Bueno, los clacs habrían resultado útiles. ¿Qué había dicho Wolfgang? «Esos hombres tan listos de Ankh-Morpork» No enanos, sino hombres.

El Rey de la Goma Sonki, flotando en su cuba...

Se sumergía una mano de madera en la cuba y salía un guante. Sonki hizo lo que estaba en su mano hacer...

No se trataba de dónde lo tenías, sino de dónde creía la gente que estaba. Eso era lo que importaba. Ahí estaba la magia.

Se acordó de lo primero que le había venido a la cabeza al ver a Jovial mirando el suelo de la Caverna del Bollo, y el pequeño policía que tenía Vimes en la cabeza empezó a desgañitarse.

—¿Cómo, señor?

—¿Hum? —Vimes se obligó a abrir los ojos.

—Acaba usted de gritar, señor.

—¿Qué he gritado?

—Ha gritado usted « ¡Nunca robaron el puto trasto, joder! », señor.

—¡Cabrones! ¡Ya sabía yo que casi lo tenía! ¡Todo encaja si uno no piensa como un enano! Asegurémonos de que Sybil está bien y luego, capitán, vamos a...

—¿Castigar posaderas, señor?

—¡Exacto!

—Solamente una cosa, señor...

—¿Qué?

—Es usted un criminal fugado de la justicia, ¿no?

Por un momento solamente se oyó el ruido de los patines al deslizarse sobre la nieve.

—Bueeeno —dijo Vimes—. Esto no es Ankh-Morpork, lo sé. La gente no para de decírmelo. Pero capitán, estés donde estés y vayas donde vayas, los guardias son siempre guardias.

* * *

Una luz solitaria ardía en la ventana. El capitán Colon estaba sentado junto a la vela, mirando la nada.

Las regulaciones decían que siempre tenía que haber algún agente en la Casa de la Guardia, y eso es lo que estaba haciendo él.

Los tablones del suelo de la sala crujieron al cambiar de posición. Durante muchos meses había habido gente caminando en ellos a todas horas, porque en la oficina central nunca había habido menos de media docena de personas. Las sillas, asimismo, acostumbradas a estar continuamente calientes gracias al relevo de traseros, gemían suavemente mientras se enfriaban.

Ahora solamente había una idea zumbando en la cabeza de Fred Colon.

El señor Vimes se va a poner igual de loco que el tesorero. Se subirá por las paredes como el Bibliotecario.

Su mano descendió hasta la mesa y regresó automáticamente, mientras él seguía mirando al frente.

Se oyó el « crunch » de un azucarillo siendo devorado.

* * *

Volvió a nevar. El agente de la Guardia al que Vimes había bautizado Colonesco estaba apoyado en su caseta junto a la entrada del lado Eje de Jdienda. Había perfeccionado el arte, y realmente era una forma de arte, de quedarse dormido de pie con los ojos abiertos. Era una de las cosas que se aprendían durante las largas noches.

Una voz femenina le habló al oído.

—Muy bien, esto lo podemos solucionar de dos maneras.

Él no cambió de postura. Continuó mirando al frente.

—Tú no has visto nada. Y es la verdad, ¿no? Di que sí con la cabeza.

Él asintió, una vez.

—Bien hecho. Tú no me has oído llegar, ¿verdad? Di que sí con la cabeza.

El asintió.

—Así que no lo sabrás cuando me haya ido, ¿cierto? Di que sí. Asintió.

—¿Tú no quieres ningún problema? Di que sí.

Asintió.

—No cobras lo suficiente para estas cosas. Di que sí.

Esta vez el asentimiento fue bastante enfático.

—A fin de cuentas, bastantes guardias te toca ya hacer por la noche.

Colonesco se quedó boquiabierto. Fuera quien fuese quien estaba en las sombras, estaba claro que le estaba leyendo la mente.

—Así me gusta. Tú quédate aquí, pues, y vigila bien que nadie robe el portón.

Colonesco se aseguró de continuar mirando al frente. Oyó el golpe y el chirrido de la puerta al abrirse y cerrarse.

Se le ocurrió que de hecho la persona que le había hablado no había mencionado cuál era la *otra* manera, y eso le produjo bastante alivio.

* * *

—¿Cuál era la otra manera? —preguntó Vimes, mientras avanzaban a toda prisa por la nieve.

—Nos marchábamos y buscábamos otra entrada —respondió Angua.

Había poca gente en las calles, que se estaban cubriendo otra vez de blanco al caer la nieve fresca salvo allí donde se escapaban nubes de vapor de alguna rejilla del suelo. Parecía que en Uberwald la puesta de sol señalaba su propio toque de queda. Lo cual les venía bastante bien, porque Gavin se dedicaba a gruñir continuamente por lo bajo.

Zanahoria regresó de la siguiente esquina.

—La embajada está rodeada de enanos montando guardia —anunció—. No parecen abiertos a negociaciones, señor.

Vimes bajó la vista. Estaban justo encima de una rejilla.

* * *

El capitán Pelele de la Guardia de Jdienda no estaba contento con aquella misión. La noche anterior había estado en la ópera, y después le había parecido ver que las cosas sucedían de una manera que, de acuerdo con las instrucciones del burgomaestre, no habían sucedido. Por supuesto, él tenía que obedecer las órdenes. Si uno obedecía las órdenes estaba a salvo. En la Guardia todo el mundo sabía aquello. Pero aquellas órdenes no le parecían seguras.

Había oído que en Ankh-Morpork hacían las cosas de forma distinta. Decían que milord Vimes podía arrestar a cualquiera.

Pelele había colocado una mesa de trabajo en el vestíbulo de la embajada para poder tener vigilada la entrada principal. Se había esforzado mucho para posicionar bien a sus hombres por todo el interior del edificio. No confiaba en los enanos que montaban guardia fuera. Habían dicho que les habían dado órdenes de matar a Vimes en cuanto lo vieran, y aquello no tenía ningún sentido. Tenía que haber alguna clase de juicio, ¿no?

Se oyó un ruido débil procedente del piso de arriba. Se puso de pie con cautela y cogió su ballesta.

—¿Cabo Svetlz?

Se oyó otro ruidito. Pelele fue hasta el pie de la escalera.

Vimes apareció en lo alto de la misma. Tenía sangre en la camisa y también sangre seca en un lado de la cara. Para horror del capitán, empezó a bajar los escalones.

—¡Le voy a disparar!

—Esas son las órdenes, ¿verdad? —dijo Vimes.

—¡Sí! ¡Quieto ahí!

—Pero si me va a disparar de todas maneras, no tiene sentido que me pare, ¿verdad? —dijo Vimes—. Eso no me parece propio de usted, capitán. Usted tiene cerebro. —Vimes se apoyó en el pasamanos de la barandilla—. Por cierto, ¿no tendría que haber llamado ya al resto de guardias, a estas alturas?

—¡Le digo que se detenga!

—Sabe quién soy. Si va a disparar ese condenado chisme, hágalo ya. Pero primero, le sugiero que sería muy, pero muy bueno para su carrera que tirara de ese llamador de ahí. ¿Qué es lo peor que puede pasar? Todavía me tiene en la mira de la ballesta. Hay algo que realmente debería usted saber.

Pelele lo miró con recelo, pero dio unos pasos a un lado y tiró de la cuerda. Igor salió de detrás de una columna.

—¿Zí, amo?

—Dígale a este joven dónde está, ¿quiere?

—Ezta en Ankh-Morpork, amo —dijo Igor con tranquilidad.

—¿Lo oye? —dijo Vimes—. Y no mire a Igor con esa cara. No caí en la cuenta cuándo él me dio la bienvenida, pero es verdad. Esto es una embajada, hijo —continuó, reanudando su avance—, y eso quiere decir que está oficialmente en suelo del país al que pertenece. Bienvenido a Ankh-Morpork. Hay miles de personas de Uberwald viviendo en nuestra ciudad. No querrá usted empezar una guerra, ¿verdad?

—Pero... pero... me han dicho... mis órdenes... ¿es usted un criminal!

—La palabra es *acusado*, capitán. En Ankh-Morpork no matamos a la gente solamente porque estén acusados de algo. Bueno, por lo menos no a propósito. Ni tampoco porque nos lo mande alguien.

Vimes le quitó la ballesta de las manos sin que Pelele presentara resistencia y la disparó al techo.

—Ahora despida a sus hombres —ordenó.

—¿Estoy en *Ankh-Morpork*? —dijo el capitán.

Incluso en su estado actual, a Vimes le pareció reconocer aquella musiquilla.

—Eso mismo —respondió, rodeándole los hombros con el brazo—. Una ciudad que, por cierto, siempre tiene trabajo en la Guardia para un joven capacitado...

Pelele se puso rígido. Apartó el brazo de Vimes de un golpe.

—Me insulta usted, milord. ¡Este es mi país!

—Ah. —Vimes fue consciente de que Zanahoria y Angua estaban mirando desde el rellano de la escalera.

—Pero tampoco lo quiero ver deshonrado —dijo el capitán—. Esto no está bien. Yo vi lo que pasó anoche. ¡Usted apartó al rey y su troll atrapó la lámpara! Y luego dijeron que usted había intentado matar al rey y que después había matado a varios enanos al escapar...

—¿Está usted a cargo de la Guardia de aquí?

—No. Eso es tarea del burgomaestre.

—¿Y a él quién le da órdenes?

—Todo el mundo —dijo Pelele en tono amargo. Vimes asintió. Él había pasado por aquello.

—¿Va usted a impedir que saque a mi gente de aquí?

—¿Cómo va a hacer eso? ¡Los enanos nos tienen rodeados!

—Vamos a usar... canales diplomáticos. Usted enséñeme dónde está todo el mundo y entonces nos marchamos. Si le sirve de algo, puedo golpearle en la cabeza y atarlo...

—Eso no será necesario. El enano y el troll están en el sótano. Lady Sybil está... supongo que estará allí donde se la haya llevado el barón...

Vimes sintió el pequeño hormigueo del hielo supercalentado en el espinazo.

—¿Se la ha llevado? —dijo con voz quebrada.

—Bueno, sí. —Pelele retrocedió al ver la expresión de Vimes—. ¡Ella conocía a la baronesa, señor! ¡Dijo que eran viejas amigas! ¡Dijo que ellos podían arreglarlo todo! Y entonces... —La voz de Pelele se convirtió en un murmullo, chamuscado hasta el silencio por la expresión de la cara de Vimes.

Cuando Vimes habló, fue con voz monótona y tan amenazadora como una lanza.

—¿Y estás ahí de pie con tu coraza reluciente y tu casco ridículo y tu espada que no tiene ni un muesca en el filo y tus estúpidos pantalones y me estás diciendo que has dejado que a mi esposa se la lleven unos *hombres lobo*?

Pelele dio un paso atrás.

—Era el barón...

—Y tú no discutes con los barones. Claro. Tú no discutes con nadie. ¿Sabes qué? Me da vergüenza, *vergüenza*, pensar que a algo como tú lo consideran un agente de la guardia. Ahora dame esas llaves.

El hombre se había ruborizado.

—Has obedecido cada orden que te han dado —dijo Vimes—. Ni se... te... ocurra... desobedecer... esa.

Zanahoria llegó al pie de la escalera y le puso una mano en el hombro.

—Tranquilo, señor Vimes.

Pelele miró primero a uno y después al otro y tomó una decisión vital.

—Espero que... encuentre a su señora, milord. —Sacó un puñado de llaves y

se las entregó—. De verdad que lo espero.

Vimes, todavía luchando por recuperar el resuello, le pasó las llaves a Zanahoria sin responder a Pelele.

—Libéralos —dijo.

—¿Van a ir al castillo de los hombres lobo? —resolló Pelele.

—Sí.

—No tienen ninguna posibilidad, milord. Ellos hacen lo que se les antoja.

—Entonces hay que pararlos.

—No se puede. El viejo entendía las reglas, pero Wolfgang... ¡no obedece nada!

—Razón de más para pararlo, pues. Ah, Detritus. —El troll saludó—. Veo que tienes tu ballesta. ¿Te han tratado bien?

—Me han llamado troll idiota —dijo Detritus en tono sombrío—. Uno de ellos me ha dado una patada en las rocas.

—¿Ha sido este?

—No.

—Pero él es su capitán —dijo Vimes, apartándose de Pelele—. Sargento, se lo ordeno: dispárele.

Con un solo movimiento el troll se echó la ballesta al hombro y ya estaba mirando desde el otro lado del enorme fardo de flechas. Pelele se quedó lívido.

—Venga, adelante —dijo Vimes—. Es una orden, sargento.

Detritus bajó el arma.

—No soy tan tonto, señor.

—¡Te he dado una *orden*!

—¡Entonces puede hacer con esa orden lo mismo que Peñasco de Dintel hizo con su saco de gravilla, señor! Con todo el respeto, claro.

Vimes se acercó a Pelele y le dio unos golpecitos en el hombro.

—Solamente por si no te había quedado claro —dijo.

—De todas formas —dijo Detritus—, si me encuentra al hombre que me dio la patada en las rocas, me encantaría darle un sopapo en toda la oreja. Sé cuál es. Es el que va cojo.

* * *

Lady Sybil se bebió su vino a pequeños sorbos. No sabía muy bien. De hecho, había muchas cosas que no estaban muy bien.

Ella no era buena cocinera. Nunca le habían enseñado a cocinar como era debido. En su escuela siempre se había dado por sentado que otra gente iba a cocinar para ellas y que en cualquier caso sería para cincuenta personas y usando por lo menos cuatro tipos de tenedor. Los platos que ella había aprendido a hacer eran cositas primorosas que se servían sobre trapitos bordados.

Pero cocinaba para Sam porque tenía la vaga sensación de que una esposa debería hacerlo, y además, como comensal él estaba a la altura del talento culinario de ella. A él le gustaban las salchichas quemadas y los huevos fritos que hacían «boing» cuando les intentaba clavar un tenedor. Si le dabas caviar, él lo quería rebozado. Era un hombre fácil de alimentar, con tal de que tuvieras algo de manteca de cerdo en la casa.

Pero la comida allí sabía como si la hubiera cocinado alguien que nunca antes lo hubiera intentado siquiera. Ella había visto las cocinas, cuando Serafina le había estado enseñando la casa, y eran unas cocinas que apenas habrían sido suficientes para una casita de campo. Las despensas para la caza, por su parte, eran del tamaño de cobertizos. Nunca había visto tantas cosas muertas colgadas.

Y es que estaba segura de que el venado no había que servirlo hervido, y con patatas que estaban duras. Si es que aquello eran patatas, claro. Las patatas no solían ser grises. Hasta Sam, a quien le gustaban esas cositas negras y duras que había a veces en el puré de patatas, habría hecho algún comentario. Pero a Sybil la habían educado como era debido. Si no podías encontrar nada positivo que decir sobre la comida, tenías que encontrar algo sobre lo cual ser positivo.

—Son unos... platos muy interesantes, de verdad —dijo disciplinadamente—. Esto... ¿estáis seguros de que no hay más noticias? —Intentó evitar mirar al barón. Él no estaba haciendo caso ni de Sybil ni de su esposa y estaba persiguiendo la comida por su plato como si se le hubiera olvidado para qué servían el cuchillo y el tenedor.

—Wolfgang y sus amigos lo siguen buscando —respondió Serafina—. Pero hace un tiempo espantoso para que un hombre ande fugado.

—¡No se ha fugado! —exclamó Sybil con brusquedad—. ¡Sam no es culpable de nada!

—Claro, claro. Todas las pruebas son circunstanciales. Claro —intentó calmarla la baronesa—. Ahora, te sugiero que tan pronto como estén los pasos abiertos, tú y tus, ejem, empleados regreséis a la seguridad de Ankh-Morpork antes de que llegue el invierno de verdad. Nosotros conocemos estas tierras, querida. Si tu marido sigue vivo, nosotros podemos hacer algo deprisa al respecto.

—¡Me niego a que se lo humille de esta forma! ¡Tú lo viste salvar al rey!

—Estoy segura de que lo hizo, Sybil. Me temo que en aquel momento yo estaba hablando con mi marido, pero no pongo en duda lo que dices por nada del mundo. ¿Es verdad que mató a todos aquellos hombres en el paso de Wilinus?

—¿Cómo? Pero... ¡eran bandidos! —En la otra punta de la mesa el barón había cogido un trozo de carne y estaba intentando desgarrarlo con los dientes.

—Bueno, claro. Sí. Claro.

Sybil se pellizcó el puente de la nariz. La mayor parte de ella ni se habría planteado la posibilidad de que Sam Vimes fuera culpable de asesinato, de asesinato de verdad, ni con tres dioses como testigos y un mensaje escrito en el

cielo. Sin embargo le llegaban historias, de forma indirecta. A Sam había cosas que le ponían tenso. Y a veces liberaba toda la tensión de golpe. Había habido aquel asunto tan feo de la niña y de aquellos hombres en Hermanas Dolly, y cuando Sam entró a la fuerza en los aposentos de ellos descubrió que uno de ellos había robado un zapato de la pequeña y Sybil había oído decir a Detritus que si él no hubiera estado presente, de aquella habitación solamente habría salido vivo Sam.

Ella negó con la cabeza.

—Me encantaría tomar un baño —anunció.

En la otra punta de la mesa hubo un repiqueteo.

—Querido, tendrás que tomarte la cena en la sala de cambiar —dijo la baronesa, sin apartar la vista. Le dedicó a lady Sybil una sonrisita breve y crispada—. La verdad es que no tenemos... no tenemos ese aparato en el castillo. —Se le ocurrió una idea—. Usamos los manantiales calientes. Son mucho más higiénicos.

—¿En los bosques?

—Oh, está muy cerca. Y una carrerita por la nieve realmente tonifica el cuerpo.

—Creo que en lugar de eso me echaré una siestecita —dijo lady Sybil con firmeza—. Pero gracias de todos modos.

Se dirigió al dormitorio mohoso, echando chispas con delicadeza propia de una dama.

No conseguía que le cayera bien Serafina, lo cual era asombroso, porque a lady Sybil le caía bien hasta Nobby Nobbs, y para aquello hacía falta alcurnia. Pero la mujer lobo le raspaba los nervios como si fuera una lima. Se acordó de que en la escuela tampoco le había caído bien nunca.

Entre todo el equipaje no deseado que se había amontonado sobre la joven Sybil para obstaculizar su progreso por la vida estaba el mandato de ser amable con la gente y hacer comentarios útiles. La gente confundía aquello con que ella no pensaba.

Le había parecido odiosa la manera en que Serafina había hablado de los enanos. Los había llamado «subhumanos». Bueno, era obvio que la mayoría de ellos vivían bajo tierra, pero a Sybil le caían bastante bien los enanos. Y Serafina hablaba de los trolls como si fueran *cosas*. Sybil no había conocido a muchos trolls, pero los que conocía parecían pasarse la vida criando a sus hijos y buscándose las habichuelas, igual que todo el mundo.

Y lo peor de todo, Serafina daba por sentado que Sybil estaría naturalmente de acuerdo con sus estúpidas opiniones porque era una Dama. Sybil Ramkin no había recibido una educación en aquellas cuestiones, y a que la filosofía moral no ocupaba mucho espacio en un temario dominado por los arreglos florales, pero creía acertar en la idea de que en cualquier debate posible el bando correcto era

aquel donde no estaba Serafina.

Solo le había escrito todas aquellas cartas porque era lo que se solía hacer. Una siempre escribía cartas a los viejos amigos, aunque no hubiera sido muy amiga de ellos.

Se sentó en la cama y se quedó mirando la pared hasta que empezaron los gritos, y cuando empezaron los gritos supo que Sam estaba vivo y coleando, porque únicamente Sam enfadaba tanto a la gente.

Oyó el clic de la llave en la cerradura.

Sybil se rebeló.

Ella era una mujer grande, y era amable. No lo había pasado muy bien en la escuela. Una sociedad de chicas no es un buen lugar para ser grande y amable, porque las demás tienen tendencia a interpretarlo como «estúpida» y, peor, «sorda».

Lady Sybil se asomó a la ventana. Estaba en un segundo piso.

La ventana tenía barrotes, pero estaban diseñados para evitar que entraran cosas. Desde dentro, se podían desencajar de sus ranuras. Y en la cama había sábanas y mantas mohosas pero gruesas. Nada de todo aquello le habría dicho gran cosa a una persona normal, pero la vida en una escuela más bien estricta para señoritas de alcurnia le podía dar a alguien un conocimiento profundo de los trucos del escapismo.

Cinco minutos después de que la llave girara en la cerradura, en la ventana solamente quedaba un barrote, que experimentaba sacudidas y chirriaba contra los sillares, sugiriendo que de las sábanas que tenía pulcramente anudadas colgaba algo bastante pesado.

A lo largo de las murallas del castillo, las antorchas soltaban llamaradas. La espantosa bandera roja y negra daba latigazos al viento. Vimes se asomó por el costado del puente. El agua estaba muy por debajo, y se veía de un blanco puro incluso antes de llegar a la cascada. Las únicas direcciones posibles allí eran hacia delante y hacia atrás.

Pasó revista a las tropas. Por desgracia, aquello no le tomó mucho tiempo. Hasta un policía sabía contar hasta cinco. Luego estaban Gavin y sus lobos, que acechaban entre los árboles. Y por fin, por fin de verdad, estaba Gaspode, el cabo Nobbs del mundo canino, que se había sumado al grupo sin ser invitado.

¿Qué más tenía de su lado? Bueno, el enemigo prefería no usar armas. Aquella bonificación se evaporaba un poco cuando uno recordaba que podían usar a voluntad unos dientes y unas garras bien feos.

Suspiró y se giró hacia Angua.

—Sé que es tu familia —dijo—. No te culparé si prefieres quedarte atrás.

—Ya veremos, señor, ¿de acuerdo?

—¿Cómo vamos a entrar, señor? —preguntó Zanahoria.

—¿Cómo lo plantearías tú, Zanahoria?

—Bueno, y o empezaría por llamar, señor.

—¿En serio? Sargento Detritus, adelante, por favor.

—¡Señor!

—¡Vuela esas putas puertas!

—¡Siseñor!

Vimes se volvió hacia Zanahoria mientras el troll echaba una mirada calculadora a la puerta y se ponía a darle más vueltas al cabrestante de su ballesta, gruñendo cuando los muelles plantaban resistencia. Pero lucharon en vano.

—Esto no es Ankh-Morpork ¿te acuerdas?

Detritus se echó la ballesta al hombro y dio un paso adelante.

Se oyó un «zunk». Vimes no vio el haz de flechas salir de la ballesta. Probablemente ya eran fragmentos para cuando llevaban un metro de vuelo. En mitad del camino hacia las puertas, la nube en expansión de astillas estalló en llamas por la fricción del aire.

Lo que golpeó la puerta era una bola de fuego tan furiosa e imparable como el Quinto Elefante y viajando a una fracción considerable de la velocidad local de la luz.

—Por los dioses, Detritus —murmuró Vimes, mientras el trueno se extinguía—. Eso no es una ballesta, es una emergencia nacional.

Unos pocos fragmentos de puerta calcinada se desplomaron sobre los adoquines.

—Los lobos no van a entrar, señor Vimes —dijo Angua—. Gavin me seguirá, pero ellos no van a entrar, ni siquiera por él.

—¿Por qué no?

—Porque son lobos, señor. No se sienten cómodos en las casas.

El único ruido que se oía era el chirrido de Detritus al amartillar la ballesta de nuevo.

—Al cuerno con todo —dijo Vimes, desvainando su espada y dando un paso adelante.

* * *

Lady Sybil se sacó el vestido que llevaba remetido por dentro de la ropa interior y cruzó el pequeño patio con precaución. Se hallaba en alguna parte por detrás del castillo, por lo que pudo distinguir.

Iba todo lo pegada a la muralla que podía cuando oyó un ruido y agarró con más fuerza uno de los barrotes que hasta hacía poco habían adornado la ventana.

Un lobo de gran tamaño dobló la esquina, con un hueso en la boca. Dio la impresión de que no se esperaba encontrársela a ella, ni mucho menos al barrote de hierro.

—Oh, lo siento muchísimo —se excusó Sybil sin pensarlo, mientras el lobo se

encogía sobre los adoquines.

Se oyó una explosión al otro lado del castillo. Aquello sonaba a Sam.

* * *

—¿Cree que nos han oído, señor?—preguntó Zanahoria.

—Capitán, es probable que nos haya oído la gente de Ankh-Morpork. A ver, ¿dónde están todos los hombres lobo?

Angua se abrió paso.

—Por aquí—dijo.

Ella los llevó por un tramo de escaleras bajas hasta la torre del homenaje y probó una de las puertas. Se abrió lentamente. En el vestíbulo del otro lado también había antorchas.

—Nos dejarán un sitio adonde escaparnos—dijo Angua—. Siempre le dejamos a la gente un sitio adonde escaparse...

En la otra punta del vestíbulo se abrieron un par de puertas más pequeñas. Sin pomos, se fijó Vimes. No se puede girar pomos con las patas.

Wolfgang entró. Lo escoltaba media docena de hombres lobo, que se desplegaron por la sala y se sentaron... se *despatarraron* y observaron a los intrusos con interés atento.

—¡Ah, Civilizado!—exclamó Wolfgang en tono jovial—. ¡Ganó usted el Juego! ¿Le gustaría probar otra vez? ¡Cuando la gente juega una segunda partida les damos una desventaja! ¡Les arrancamos una pierna de un mordisco! Qué buen chiste, ¿no es cierto?

—Creo que prefiero el sentido del humor de Ankh-Morpork—dijo Vimes—. ¿Dónde está mi esposa, hijo de puta?—Todavía podía oír a Detritus amartillando. Aquel era el problema de la ballesta enorme. Que solamente era un arma de disparo rápido en términos geológicos.

—¡Y Delfina! ¡Pero mira lo que ha traído el perro a casa!—dijo Wolfgang, sin hacer caso de Vimes. Dio un paso adelante. Vimes oyó nacer un gruñido en la garganta de Angua, un sonido capaz de provocar obediencia instantánea en una gran parte de la población criminal de Ankh-Morpork cuando se lo encontraban en un callejón a oscuras. Se oyó otro gruñido más grave procedente de Gavin.

Wolfgang se detuvo.

—No tienes cerebro para esto, Wolfie—dijo Angua—. Y no serías capaz de conspirar ni para salir de una bolsa de papel mojada. ¿Dónde está madre?—Echó un vistazo a los hombres lobo apoltronados—. Hola, tío Ulf... tía Hilda... Magwen... Nancy... Unity... ¿O sea que está aquí toda la manada? Salvo padre, que imagino que se está revolcando en alguna parte. Menuda familia...

—Quiero a esta gente repugnante fuera de aquí ahora mismo—dijo la baronesa, saliendo al vestíbulo. Miró a Detritus con el ceño fruncido—. ¡Cómo se

atreve a traer a un troll a esta casa!

—Muy bien, ya está toda amantillada —dijo Detritus con una sonrisa, echándose la ballesta chirriante al hombro—. ¿Dónde quiere que la dispare, señor Vimes?

—¡Por los dioses, aquí dentro no! ¡Estamos entre cuatro paredes!

—Solamente hasta que le dé al gatillo, señor.

—Pero qué civilizado —dijo la baronesa—. Qué típico de Ankh-Morpork. Se cree que solo tienen que amenazar y las razas inferiores se acobardarán, ¿no?

—¿Ha visto sus puertas últimamente? —preguntó Vimes.

—¡Somos hombres lobo! —dijo la baronesa en tono cortante, y fue cortante de verdad, sonó a colmillos cerrándose como una dentellada—. Los juguetes estúpidos como ese no nos asustan.

—Pero los tendrá un rato entretenidos. ¡Y ahora traigan a lady Sybil!

—Lady Sybil está descansando. Y usted no está en posición de venir con exigencias, señor Vimes. Nosotros no somos los criminales aquí.

Vimes abrió la boca, pero ella continuó:

—El Juego no va contra la tradición. Lleva jugándose desde hace mil años. ¿Y qué más cree usted que hemos hecho? ¿Que hemos robado ese pedrusco que los enanos tienen de mascota? Nosotros...

—Ya sabe usted que no lo han robado —dijo Vimes—. Y yo sé...

—¡Usted no sabe nada! Todo lo sospecha. Tiene esa clase de mente.

—Su hijo dijo...

—Por desgracia mi hijo ha ejercitado hasta la perfección todos los músculos que tiene en el cuerpo salvo los que sirven para pensar —dijo la baronesa—. En la civilizada Ankh-Morpork supongo que puede entrar por la fuerza en las casas de la gente y pasearse como si fueran la suya, pero aquí, en este rincón bárbaro y atrasado, la tradición requiere algo más que la simple acusación.

—Puedo oler el miedo —dijo Angua—. Te cae a chorros, madre.

—¿Sam?

Todos miraron. Lady Sybil estaba de pie en lo alto de una escalera de piedra que bajaba a un nivel inferior, con expresión perpleja y furiosa. Llevaba en la mano una barra de hierro doblada por la fuerza de un golpe.

—¡Sybil!

—Ella me dijo que estabas fugado y que estaban todos intentando salvarte, pero era mentira, ¿no?

Era terrible admitir algo así para uno mismo, pero cuando uno tiene los omóplatos firmemente apretados contra los ladrillos, entonces cualquier arma sirve, y ahora mismo Vimes estaba viendo a Sybil cargada y lista para disparar.

Ella se llevaba bien con la gente. Prácticamente desde el momento en que aprendió a hablar, le habían enseñado a escuchar.

Y cuando Sybil escuchaba a la gente les hacía sentirse bien consigo mismos.

Probablemente tenía algo que ver con ser una chica... grandullona. Ella intentaba parecer más pequeña, y por lo general aquello hacía que los que la rodeaban se sintieran más grandes. Se llevaba casi tan bien con la gente como Zanahoria. No era de extrañar que cayera bien hasta a los enanos.

Tenía páginas dedicadas a ella en el *Nobleza de Twurp*, enormes anclas ancestrales que se hundían en el pasado, y los enanos también respetaban a alguien que se sabía el nombre completo de su tata-tata-tatarabuelo. Y Sybil no sabía mentir, se la veía ruborizarse cuando lo intentaba. Sybil era una roca. Hacía que Detritus pareciera una esponja.

—Hemos estado echando una agradable carrerita por el bosque, querida —dijo—. Ahora ven aquí, por favor, porque creo que nos vamos a ver al rey. Y se lo voy a contar todo. Por fin lo he resuelto.

—Los enanos lo *matarán* —dijo la baronesa.

—Probablemente puedo correr más que un enano —replicó Vimes—. Y ahora nos vamos. ¡Angua!

Angua no se había movido. Seguía mirando fijamente a su madre y no había dejado de gruñir.

Vimes reconoció las señales. Se veían todos los sábados por la noche en los bares de Ankh-Morpork. El vello de la nuca se erizaba, y la gente lo usaba en vez del cerebro, y entonces lo único que hacía falta era que alguien rompiera una botella. O pestañeara.

—Nos *vamos*, Angua —repitió. El resto de hombres lobo se estaban poniendo de pie y desperezándose.

Zanahoria extendió el brazo y la cogió de la mano. Ella se giró, gruñendo. Se había acabado en una fracción de segundo, y en realidad su cabeza apenas se había movido cuando ella recobró la compostura.

—O *sssea* que *esste* es tu chico —dijo la baronesa, arrastrando las palabras—. ¿Por *essso* traicionas a tu gente?

Las orejas de la baronesa se estaban alargando, Vimes estaba seguro. Y los músculos de su cara también se estaban moviendo de forma extraña.

—¿Y qué *máss* te ha enseñado Ankh-Morpork? Angua se estremeció.

—Autocontrol —murmuró ella—. Vámonos, señor Vimes. Los hombres lobo los siguieron de cerca mientras ellos retrocedían hasta los escalones.

—No se dé la vuelta —dijo Angua en tono tranquilo—. No corra.

—No hace falta que me lo digas —dijo Vimes. Ahora vigilaba a Wolfgang, que estaba cruzando la sala en sentido oblicuo, sin apartar la vista del grupo en retirada.

Tendrán que apiñarse para seguirnos por la puerta, pensó. Le echó un vistazo a Detritus. La ballesta gigante se desplazaba a un lado y a otro mientras el troll intentaba mantener a todos los lobos en su radio de acción.

—Dispara —ordenó Angua.

—¡Pero si son tu familia! —exclamó Sybil.

—¡Se curarán pronto, créanme!

—Detritus, no dispires a menos que tengas que hacerlo —ordenó Vimes, mientras se dirigían al puente levadizo.

—Tiene que hacerlo *ahora* —dijo Angua—. Tarde o temprano Wolfgang va a saltar, y entonces los demás irán a...

—Hay algo que tiene usted que saber, señor —dijo Jovial—. De verdad que tiene que saberlo, señor. Es muy importante.

Vimes miró al otro lado del puente levadizo. En la oscuridad había una multitud de figuras. La luz de las antorchas se reflejaba en las armaduras y las armas, bloqueando el camino.

—Bueno, las cosas ya no pueden empeorar más.

—Oh, podrían, si hubiera serpientes aquí con nosotros —dijo lady Sybil.

Zanahoria se giró al oír la carcajada ronca de Vimes.

—¿Señor?

—No, nada, capitán. No les quites la vista de encima a esos cabrones, ¿vale? De los soldados nos podemos encargar más tarde.

—Cuando usted diga, señor —dijo Detritus.

—Ahora esstán atrapados —gruñó la baronesa—. ¡Guardia! ¡Haz tu trabajo!

Una figura cruzaba el puente, con una antorcha en la mano. El capitán Pelele llegó adonde estaba Vimes y lo miró con el ceño fruncido.

—Apártese a un lado, señor —dijo—. ¡Apártese o por los dioses, da igual que sea embajador, lo pienso detener!

Sus miradas se encontraron. Entonces Vimes apartó la suya.

—Dejémosle pasar —dijo—. El hombre ha decidido que tiene un deber que cumplir.

Pelele asintió débilmente y luego continuó desfilando por el puente hasta pararse a un par de metros de la baronesa. Le hizo el saludo marcial.

—¡Llévate a esta gente de aquí! —ordenó la baronesa.

—¿Lady Serafina von Uberwald? —dijo Pelele en tono severo.

—¡Ya sabes quién soy, hombre!

—Quiero hablar con usted sobre ciertas acusaciones hechas en mi presencia.

Vimes cerró los ojos. Oh, pobre idiota atontado... Yo no quería decir que fueras de verdad y...

—¿Cómo dices? —preguntó la baronesa.

—Se ha afirmado, señora, que uno o más miembros de su familia han estado involucrados en una conspiración para...

—¡Cómo te atreves! —chilló Serafina.

Y entonces Wolfgang saltó, y el futuro se convirtió en una serie de imágenes parpadeantes.

En medio del aire cambió a lobo.

Vimes agarró la culata de la ballesta de Detritus y la hizo girar hacia arriba en el mismo momento en que el troll apretaba el gatillo.

Zanahoria ya estaba corriendo antes de que Wolfgang aterrizara sobre el pecho del capitán Pelele.

El ruido de la ballesta levantó ecos por todo el castillo, por encima del estruendo de un millar de fragmentos chirriantes que trazaban un arco de guadaña por el cielo.

Zanahoria se lanzó en plancha sobre Wolfgang. Le dio al lobo con el hombro y los dos acabaron en el suelo.

Luego, como una especie de espectáculo de linterna mágica que recobraba su velocidad normal, la escena explotó.

Zanahoria se puso de pie y...

Debe de ser porque estamos en el extranjero, pensó Vimes. Está intentando hacer las cosas como es debido.

Se había plantado delante del hombre lobo, con los puños cerrados, en una pose sacada directamente de la Ilustración número 1 de *El noble arte de los mamporros*, cuyo aspecto impresionaba justo hasta el momento en que tu oponente te rompía la nariz con una jarra de litro.

Zanahoria tenía un puño que era como una barra de hierro, y le asestó un par de puñetazos fuertes a Wolfgang mientras este se levantaba.

El hombre lobo pareció más perplejo que herido. Enseguida cambió de forma, agarró un puño con ambas manos y atenazó con fuerza. Para horror de Vimes dio un paso adelante, sin esfuerzo aparente, obligando a Zanahoria a retroceder.

—No intentes nada, Angua —dijo Wolf, con una sonrisa feliz—. O le romperé el brazo. ¡Oh, tal vez se lo voy a romper de todas maneras! ¡Sí!

Vimes incluso oyó el «crac». Zanahoria se quedó blanco. Alguien que está agarrando un brazo roto tiene todo el control que necesita. Otro idiota, pensó Vimes. ¡Cuando están en el suelo no hay que dejarlos levantarse! ¡Maldito sea el marqués de Fantailler! La labor policial por consentimiento estaba bien como teoría, pero primero tenías que inmovilizar bien a tu oponente.

—¡Ah! ¡Y tiene más huesos! —dijo Wolfgang, apartando a Zanahoria de un empujón. Echó un vistazo a Angua—. Atrás, atrás. ¡O le haré más daño! ¡No, le haré más daño de todas maneras!

Entonces Zanahoria le dio una patada en el estómago.

Wolfgang cayó hacia atrás, pero convirtió su caída en una voltereta y un trompo en medio del aire. Aterrizó con ligereza, saltó de vuelta sobre el asombrado Zanahoria y le dio dos puñetazos en el pecho.

Los golpes sonaron como palas al golpear cemento mojado.

Wolfgang agarró al hombre en plena caída, lo levantó por encima de la cabeza con una sola mano y lo arrojó sobre el puente a los pies de Angua.

—¡Hombre civilizado! —gritó—. ¡Ahí lo tienes, hermana!

Vimes oyó un ruido junto a sus pies. Gavin estaba mirando fijamente, haciendo ruiditos ansiosos con la garganta. Una parte minúscula de Vimes, el pequeño núcleo de cinismo duro como la piedra, pensó: Muy bien, pues, para ti.

Salía vapor de Wolfgang. Brillaba bajo la luz de las antorchas. El pelo rubio que le caía sobre los hombros resplandecía como un halo que se le hubiera resbalado.

Angua se arrodilló junto al cuerpo, con la cara impasible. Vimes había estado esperando un grito de cólera.

La oyó llorar.

Junto a Vimes, Gavin gimió. Vimes observó al lobo. Miró a Angua, que estaba intentando levantar en brazos a Zanahoria, y luego a Wolfgang. Y luego volvió al principio.

—¿Alguien más? —dijo Wolfgang, danzando de un lado a otro sobre los tablones del suelo—. ¿Qué me dices, Civilizado?

—¡Sam! —susurró Sybil entre dientes—. No puedes...

Vimes desenvainó la espada. Ahora no le supondría una gran ventaja. Wolfgang ya no estaba jugando, no estaba dando un puñetazo y escapando. Aquellos puños podían atravesar la caja torácica de Vimes y salirle por la espalda...

Algo borroso le pasó disparado a la altura de los hombros. Gavin se tiró a la garganta de Wolfgang y lo derribó. Rodaron los dos por el puente y Wolfgang cambió otra vez a forma de lobo para enzarzarse mandíbula con mandíbula. Se separaron, trazaron unos círculos en torno al otro y se volvieron a unir en combate.

Como en un sueño, Vimes oyó una vocecilla que decía:

—En casa no duraría ni cinco minutos peleando así. ¡El muy gilipollas va a salir escaldado, peleando así! ¡A la mierda el jodido marqués de Fantailler!

Gaspode estaba sentado con la espalda completamente rígida y el muñón de la cola vibrando.

—¡Atontado! ¡Así es como se gana una pelea de perros!

Mientras los lobos rodaban y rodaban por el suelo, y Wolfgang arañaba la barriga de Gavin, Gaspode llegó entre gruñidos y ladridos muy agudos y se lanzó en la dirección general de los cuartos traseros del hombre lobo.

Se oyó un aullido. Los gruñidos de Gaspode se amortiguaron un poco. Wolfgang dio un salto vertical. Gavin salió disparado. Los tres chocaron juntos con el parapeto del puente, hicieron que se desprendieran las piedras desgastadas, quedaron un momento colgados en forma de bola que gruñía y finalmente se precipitaron sobre la blancura rugiente del río.

Todo junto, desde el momento en que Pelele había cruzado el puente, había durado mucho menos de un minuto.

La baronesa estaba mirando fijamente la garganta del río. Sin quitarle la vista de encima, Vimes habló con Detritus:

—¿Estás seguro de que eres a prueba de hombres lobo, sargento?

—Bastante seguro, señor. Y en todo caso, tengo la ballesta amartillada otra vez.

—Pues ve al castillo y trae al Igor de aquí —dijo Vimes con tranquilidad—. Si vienen a detenerte, dispáralos. Y también a cualquiera que esté cerca de ellos.

—No hay problema con eso, señor.

—No estamos en casa del Señor Razonable, sargento.

—Yo no lo he oído llamar, señor.

—A ello, pues. ¿Sargento Angua?

Ella no levantó la vista.

—¡Sargento Angua!

Ahora levantó la vista.

—¿Cómo puede ser tan... tan frío? —gruñó ella—. Está herido.

—Ya lo sé. Ve a hablar con esos agentes de la guardia que están esperando al otro lado del puente. Parecen asustados. No quiero que haya ningún accidente. Vamos a necesitarlos. Jovial, cubre a Zanahoria y al chico con algo. Que se mantengan calientes.

Ojalá hubiera algo que me mantuviera caliente a mí, pensó. Los pensamientos le venían despacio, como gotas de agua helada. Tenía la sensación de que si se movía caerían de él esquirlas de hielo, de que la escarcha centellearía bajo sus pasos, de que tenía la mente llena de nieve crujiente.

—Y ahora, señora —dijo, volviéndose hacia la baronesa—, me va a dar usted el Bollo del Destino.

—¡Volverá! —masculló la baronesa entre dientes—. ¡Esa caída no ha sido nada! ¡Y lo encontrará a usted!

—Por última vez... la piedra de los enanos. Los lobos están esperando ahí fuera. Los enanos están esperando en la ciudad. Deme la piedra y es posible que todos sobrevivamos. Esto es diplomacia. No me haga intentar otros métodos.

—Solamente tengo que decir una palabra...

Angua empezó a gruñir. Sybil avanzó con paso firme y agarró a la baronesa.

—¡Nunca me contestaste ni una sola carta! ¡Con la de años que llevo escribiéndote!

La baronesa se la quedó mirando asombrada, como hacía a menudo la gente cuando recibían el impacto de los afilados *non sequitur* de Sybil.

—Si sabe usted que tenemos el Bollo —le dijo a Vimes—, entonces sabrá que no es el de verdad. ¡Y de poco les va a servir a los enanos!

—Sí, lo hizo fabricar usted en Ankh-Morpork ¡Fabricado en Ankh-Morpork! Tendrían que haberlo grabado en la parte de abajo. Pero alguien mató al hombre que lo había fabricado. Y eso es asesinato. Va contra la ley. —Vimes hizo un

gesto a la baronesa con la cabeza—. Es una cosa que tenemos.

* * *

Gaspode salió a rastras del agua y se quedó de pie, temblando, sobre los guijarros. Notaba moretones hasta en el último rincón de su cuerpo. Sentía un pitido desagradable en los oídos. Le caía un hilillo de sangre por una pata.

Los últimos minutos habían sido un poco confusos, pero sí recordaba que había habido un montón de agua y que el agua lo había aporreado como si fueran martillos.

Se sacudió. Su pelaje tintineó allí donde el agua ya se estaba congelando.

Por pura costumbre, caminó hasta el árbol más cercano y, haciendo un gesto de dolor, levantó una pata.

DISCULPA.

Siguió un silencio ocupado y reflexivo.

—Eso que acabas de hacer no ha estado bien —dijo Gaspode.

LO SIENTO. TAL VEZ ESTE NO ES EL MOMENTO ADECUADO.

—Pues no, para mí no. Puede que hayas causado ciertos daños físicos.

NO SÉ MUY BIEN QUÉ DECIR.

—Los árboles no suelen contestar, a eso me refiero. —Gaspode suspiró—.

Bueno, ¿qué viene ahora?

¿CÓMO DICES?

—Estoy muerto, ¿no?

NO. NADIE ESTÁ MÁS SORPRENDIDO QUE YO, TE LO ASEGURO. PERO NO PARECE QUE HAYA LLEGADO TU HORA.

La Muerte sacó un reloj de arena, lo sostuvo en alto un momento con las estrellas frías de fondo, y se alejó por la orilla del río.

—Perdona, no habría ninguna posibilidad de que me llevaras un rato, ¿verdad? —dijo Gaspode, correteando para seguirlo.

NINGUNA EN ABSOLUTO.

—Es que como soy un perro pequeñito y hay mucha nieve, mis comosellamen lo están pasando un poco mal, ya sabes a qué me...

La Muerte se había detenido junto a un pequeño meandro del río. Allí yacía una figura imprecisa, bañada por unos centímetros de agua.

—Oh —dijo Gaspode.

La Muerte se inclinó sobre la figura. Hubo un destello azul y al terminar la Muerte había desaparecido.

Gaspode se estremeció. Entró chapoteando en el agua y dio una serie de gopcecitos con el hocico al pelaje empapado de Gavin.

—No tendría que ser así —gimoteó—. Si fueras humano, te pondrían dentro de una barcaza enorme con la marea alta y le pegarían fuego, y lo vería todo el mundo. No tendríamos que ser solamente tú y yo aquí abajo con el frío que

hace.

Había algo más por hacer. Lo sabía en el fondo del alma. Trepó de vuelta a la orilla y se subió al tronco de un sauce caído.

Carraspeó. Y se puso a aullar.

Empezó mal, vacilante, pero enseguida ganó confianza y se volvió más fuerte, más rico... y cuando Gaspode se detuvo para recobrar el aliento, el aullido continuó y continuó, pasando de garganta en garganta por todo el bosque.

El sonido lo envolvió mientras se dejaba resbalar del tronco y ascendía con dificultades al terreno más alto. Lo impulsó por encima de la nieve más profunda. Se entretejía por entre los árboles, una trenza hecha de muchas voces que se iba convirtiendo en algo dotado de vida propia. Y Gaspode recordó haber pensado: tal vez llegue hasta Ankh-Morpork

Tal vez llegue mucho más lejos todavía.

Vimes estaba impresionado con la baronesa. Aun acorralada, presentaba batalla.

—Yo no sé nada de ninguna muerte...

Les llegó un aullido procedente del bosque. ¿Cuántos lobos había? No se los veía nunca, y de pronto, cuando aullaban, daba la impresión de que había uno detrás de cada árbol. Aquel aullido continuó y continuó: sonaba como un grito arrojado a un lago de aire, y las ondas se extendían por las montañas.

Angua echó la cabeza hacia atrás y chilló. Luego, con el aliento silbándole por entre los dientes, se acercó a la baronesa, flexionando los dedos.

—Dale... la maldita piedra —siseó—. ¿Alguno... de... vosotros... quiere enfrentarse a mí? ¿Ahora? ¡Pues dadle la piedra!

—¿Cuál parece ser el problema?

Igor cruzó las puertas destruidas cojeando, seguido por Detritus. Acertó a ver los dos cuerpos y echó a corretear como una araña enorme.

—Trae la piedra —gruñó Angua—. Y luego... nos... marchamos. La *huelo*. ¿O quieres que vaya yo a cogerla?

Serafina la miró con cara de odio, después dio media vuelta y echó a correr de regreso al castillo en ruinas. Los demás hombres lobo se apartaron instintivamente de Angua como si la mirada de ella fuera un látigo.

—Si no puedes ayudar a estos hombres —le dijo Vimes a Igor, que estaba de rodillas—, su futuro no tiene muy buena pinta.

Igor asintió.

—Eze de aquí —dijo, señalando a Pelele—, herida superficial, puedo cozerlo a laz mil maravillas, zin problema. Eze otro —le dio un golpecito suave a Zanahoria—, fractura fea del brazo. —Levantó la vista—. ¿El amo Wolfgang ha ezado jugando otra vez?

—¿Puedes hacer que se ponga bien? —dijo Vimes secamente.

—No, ez zu día de zuerte —dijo Igor—. Puedo hacer que ze ponga todavía

mejor. Tengo unoz riñonez que me acaban de llegar, una parejita bien maja, pertenecían al joven señor Crapanzy, apenaz tocó una gota de licor fuerte en zu vida, una pena lo de la avalancha...

—¿Los necesita? —preguntó Angua.

—No, pero nunca hay que desaprovechar la oportunidad de mejorarze a uno mismo, ez lo que ziempre digo.

Igor sonrió. Era una imagen extraña. Las cicatrices le reptaron por la cara como orugas.

—Arréglale solamente el brazo —dijo Vimes con firmeza.

La baronesa reapareció, flanqueada por varios hombres lobo. Estos también retrocedieron cuando Angua se dio la vuelta.

—Cogedla —dijo Serafina—. Coged la condenada piedra. Es falsa. ¡No se ha cometido ningún crimen!

—Soy policía —dijo Vimes—. Siempre puedo encontrar un crimen.

* * *

El trineo se deslizaba por su propio peso en el camino de bajada a Jdienda, con los guardias de la ciudad corriendo a su lado y dándole algún empujón de vez en cuando. Con su capitán abatido estaban perdidos y perplejos y no les apetecía nada recibir órdenes de Vimes. Pero hacían lo que Angua les mandaba porque Angua pertenecía a la clase social que tradicionalmente les daba órdenes.

Las dos bajas estaban acostadas sobre mantas.

—¿Angua? —dijo Vimes.

—¿Sí, señor?

—Nos están siguiendo unos lobos. Los veo correr entre los árboles.

—Ya lo sé.

—¿Están de nuestro lado?

—Dejémoslo en que todavía no están del lado de nadie más, ¿de acuerdo? No les gusto mucho, pero saben... que a Gavin sí, y ahora mismo eso es lo que importa. Algunos de ellos han salido en busca de mi hermano.

—¿Habrá sobrevivido? Ha sido una caída muy larga.

—Bueno, no ha sido fuego ni plata. No hay nada más que agua blanca durante kilómetros. Probablemente le ha dolido mucho, pero nos curamos increíblemente bien, señor.

—Oye, siento que...

—No, señor Vimes, no lo siente. No tiene que sentirlo. Zanahoria no entendía cómo es Wolfgang. No se puede derrotar a alguien así en una pelea limpia. Mire, sé que es mi familia, pero... personal no es lo mismo que importante. Zanahoria siempre lo decía.

—Lo dice —intervino lady Sybil bruscamente.

—Sí.

Zanahoria abrió los ojos.

—¿Qué... qué ha pasado? —balbució.

—Wolfgang te ha golpeado —respondió Angua.

Le secó el sudor de la frente.

—¿Con qué? —Zanahoria intentó incorporarse, hizo un gesto de dolor y se desplomó otra vez.

—¿Qué te he dicho siempre sobre el marqués de Fantailier? —dijo Vimes.

—Lo siento, señor.

Un objeto brillante se elevó desde los bosques lejanos. Se desvaneció y entonces apareció una luz verde que se expandió sobre los árboles. Un momento más tarde llegó el « pop » de la bengala.

—Los operarios de señales han llegado a la torre —dijo Vimes.

—¿Este trasto maldito no puede ir más deprisa? —dijo Angua.

—Quiero decir que podemos ponernos en contacto con Ankh-Morpork — aclaró Vimes. Después de todo lo ocurrido, aquello tuvo el curioso efecto de animarlo. Era como si acabara de elevarse un aullido especial humano. Ya no estaba confuso y a su suerte. Ahora estaba confuso al final de una cuerda muy larga. Y aquello marcaba toda la diferencia del mundo.

* * *

Era una pequeña sala abierta al público encima de una tienda de Jdienda, y como pertenecía a todo el mundo, tenía aspecto de no pertenecer a nadie. Había polvo en los rincones, y las sillas que ahora mismo estaba colocadas formando un círculo tosco habían sido elegidas más por su capacidad para apilarse fácilmente que por su comodidad.

Lady Margolotta sonrió a los vampiros reunidos. Le gustaban aquellas reuniones.

El resto del grupo era bastante abigarrado, y ella se preguntó cuáles serían sus motivos para estar allí. Pero tal vez todos compartían por lo menos una convicción: que lo que eras, como te habían hecho, no era lo que tenías que ser ni lo que podrías acabar siendo...

Y el truco era empezar con humildad. Chupar sangre pero no empalar. Pasitos pequeños. Y entonces descubrías que lo que querías en realidad era poder, y que había formas mucho más educadas de conseguirlo. Y luego te dabas cuenta de que el poder era una simple chuchería. Cualquier matón tenía poder. El verdadero premio era el *control*. Lord Vetinari sabía aquello. Cuando se colocaban pesas grandes en la balanza, el truco era saber dónde colocar el pulgar.

Y todo control empezaba con uno mismo.

Se puso de pie. Los demás la miraron con caras ligeramente preocupadas

pero amistosas.

—Mi nombre, en su forma corta, es lady Margolotta Amaya Katerina Assumpta Crassina von Uberwald, y soy una vampira...

Ellos respondieron a coro:

—¡Hola, lady Margolotta Amaya Katerina Assumpta Crassina von Uberwald!

—Ya llevo casi cuatro años —dijo lady Margolotta—. Y cada noche sigue siendo un desafío para mí. Un solo cuello será siempre uno de más. Pero... hay compensaciones...

* * *

No había guardias a las puertas de Jdienda, pero sí había un grupito de enanos delante de la embajada cuando el trineo se detuvo. Los lobos que iban a los arneses se movieron nerviosos y gimieron en dirección a Angua.

—Voy a tener que soltarlos —dijo ella, saliendo—. Solamente han llegado hasta aquí porque me tienen miedo...

A Vimes no le sorprendió. En aquellos momentos, cualquiera tendría miedo de Angua.

Aun así, una patrulla de enanos se acercó a toda prisa al trineo.

Vimes se dio cuenta de que tardarían unos segundos en hacerse una idea de la situación. Allí había guardias de Jdienda de Arriba, y un Igor, y una mujer lobo. Estarían perplejos además de recelosos. Eso tendría que proporcionarle a él una pequeña rendija donde encajar la palanca. Y, por mucha vergüenza que le diera admitirlo, un cabrón arrogante siempre tenía ventaja.

Frió con la mirada al líder del grupo de enanos.

—¿Cómo te llamas? —exigió saber.

—Está usted deten...

—¿Sabías que han robado el Bollo del Destino?

—Está... ¿qué?

Vimes se giró y cogió un saco que había en el trineo.

—¡Acercad esas antorchas! —gritó, y como había dado la orden en un tono que decía que no había duda de que iba a ser obedecida, fue obedecida. Tengo veinte segundos, pensó, antes de que el hechizo se deshaga—. Ahora mirad esto —dijo, sacando el objeto del saco.

Varios enanos cayeron de rodillas. Los murmullos se extendieron. Otro aullido, otro rumor... En su estado actual pudo ver, con el ojo inyectado de sangre de su imaginación, las torres en plena noche, haciendo clac-clac, entregando a Genua exactamente el mismo mensaje que se había mandado desde Ankh-Morpork.

—Quiero llevarle esto al rey —dijo, en medio del silencio reverencial.

—Lo llevaremos nosotros... —empezó a decir el enano, adelantándose.

Vimes se apartó a un lado.

—Buenas tardes, chicos —dijo Detritus, incorporándose dentro del trineo.

Los ruidos torturados que hacían los muelles de la ballesta sometidos a aquella tensión prodigiosa sonaron como algún animal metálico que sufriera un dolor extremo. El enano estaba a un metro de distancia de varias docenas de puntas de flecha.

—Por otro lado —dijo Vimes—, podríamos seguir hablando. Pareces un enano al que le gusta hablar.

El enano asintió.

—Primero de todo, ¿hay alguna razón para que los dos hombres heridos que tengo aquí no puedan ser llevados adentro antes de que mueran por sus heridas?

La ballesta se estremeció en las manos de, Detritus.

El enano asintió.

—¿Pueden ir adentro para que los atiendan? —preguntó Vimes.

El enano volvió a asentir, sin dejar de mirar un fardo de flechas más grande que su cabeza.

—Maravilloso. ¿Ves lo bien que nos podemos llevar si hablamos y ya está? Y ahora le sugiero que me arreste.

—¿Usted *quiere* que lo arreste?

—Sí. Y a lady Sybil. Nos ponemos los dos bajo la jurisdicción personal de usted.

—Eso es —dijo Sybil—. Exijo ser detenida. —Sacó pecho y se infló toda, irradiando indignación moral como si fuera una hoguera, y provocando que los enanos se apartaran de lo que era claramente un busto a punto de explotar.

—Y como la detención de su embajador causará sin duda... dificultades con Ankh-Morpork —continuó Vimes—, le aconsejo encarecidamente que nos lleve directamente con el rey.

Por una casualidad afortunada, la torre lejana lanzó otra bengala. La luz verde iluminó durante un momento la nieve.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó el capitán de los enanos.

—Quiere decir que Ankh-Morpork sabe lo que está pasando —dijo Vimes, rezando porque de verdad quisiera decirlo—. Y no creo que le apetezca mucho ser usted el enano que empezó la guerra.

El enano habló con el enano que tenía al lado. Se les unió un tercero. Vimes no pudo seguir su conversación apresurada, pero justo detrás de él Jovial susurró:

—La cosa le supera un poco. No quiere que le pase nada al Bollo.

—Bien.

El enano se dirigió otra vez a Vimes.

—¿Qué pasa con el troll?

—Oh, Detritus se quedará en la embajada —dijo Vimes.

Aquello pareció aligerar un poco el tono del debate, aunque aun así parecía bastante denso.

—¿Qué pasa ahora? —susurró Vimes.

—Una cosa como esta no tiene precedentes —murmuró Jovial—. Se supone que es usted un asesino, y sin embargo ha vuelto para ver al rey y tiene usted el Bollo...

—¿No tiene precedentes? —dijo Sybil—. Claro que los tiene, joder, y perdonad mi klatchiano...

Ella respiró hondo y empezó a cantar.

—Oh —dijo Jovial, asombrada.

—¿Qué? —dijo Vimes.

Los enanos se quedaron mirando fijamente a lady Sybil mientras ella iba cambiando de marchas hasta llegar a su voz plenamente operística. Para ser una soprano aficionada, tenía una expresividad y un registro impresionantes, la voz una pizca demasiado temblorosa para la escena profesional pero la clase de coloratura aguda perfecta para impresionar a los enanos.

La nieve cayó resbalando de los tejados. Los carámbanos vibraron. Por los dioses, pensó Vimes, impresionado. Si llevara un corsé de pinchos y un casco con alas se podría dedicar a llevarse guerreros muertos del campo de batalla...

—Es la canción del «Secuestro» de Martillodehierro —dijo Jovial—. ¡Todos los enanos la conocen! Esto, es difícil de traducir, pero... «Vengo a pagar el rescate de mi amor, traigo un obsequio de gran valor, ya nadie salvo el rey tiene poder sobre mí, interponerse en mi camino viola todas las normas del mundo, el valor de la verdad es mayor que el del oro» ... Ejem, siempre ha habido cierto debate sobre este último verso, señor pero por lo general se considera aceptable si es una verdad realmente grande...

Vimes miró a los enanos. Estaban fascinados, y un par de ellos estaban moviendo los labios en silencio, siguiendo la letra.

—¿Va a funcionar? —susurró.

—Es difícil pensar en un precedente más importante que ese, señor. O sea... ¡es la canción de canciones! ¡La apelación suprema! ¡Es casi consustancial a la ley de los enanos! *No pueden* negarse. ¡Sería... no ser un enano, señor!

Mientras Vimes miraba, un enano se sacó un pañuelo de fina cota de malla del bolsillo y se sonó la nariz con un ruido mojado y tintineante. Varios de los demás estaban llorando.

Cuando la última nota se apagó se hizo el silencio, y luego se oyó el estruendo repentino de las hachas golpeando contra los escudos.

—¡No pasa nada! —dijo Jovial—. ¡Están aplaudiendo!

Sybil, jadeando por el esfuerzo, se volvió hacia su marido. Resplandecía bajo la luz de las antorchas.

—¿Crees que ha estado bien? —preguntó.

—Por lo que se oye, eres una enana honoraria —dijo Vimes. Le ofreció el brazo—. ¿Vamos?

* * *

Las noticias se les habían adelantado. Ya salían enanos en tromba de la entrada de Jdienda de Abajo cuando llegaron el duque y la duquesa.

Ahora tenían enanos por detrás. Estaban siendo arrastrados por la marea. Y durante todo el tiempo, las manos se extendían para tocar el Bollo al pasar.

Los enanos se agolparon con ellos en el ascensor. Abajo, el barullo de las conversaciones se detuvo en seco cuando Vimes salió y levantó el Bollo por encima de su cabeza. Al momento las rocas devolvieron los ecos multiplicados de un enorme clamor de aplausos.

Ni siquiera pueden verlo, dijo Vimes. Para la mayoría de ellos, es un punto blanco diminuto. Y era eso lo que los conspiradores habían sabido, ¿verdad? Que no hay que robar algo para tenerlo secuestrado.

—¡Hay que arrestarlos!

Dee avanzaba a toda prisa, seguido de más guardias.

—¿Otra vez? —dijo Vimes. Mantuvo la piedra en alto.

—¡Intentó usted matar al rey! ¡Y se escapó de su celda!

—Eso es algo de lo que podríamos oír más pruebas —dijo Vimes, con toda la tranquilidad que pudo. El Bollo le pesaba en el brazo—. No puede mantener a la gente a oscuras todo el tiempo, Dee.

—¡Le aseguro que no va usted a ver al rey!

—¡Entonces dejaré caer el Bollo!

—¡Hágalo! No va a...

Vimes oyó que los enanos que tenía detrás ahogaban un grito.

—¿No va a qué? —dijo en voz baja—. ¿No va a importar? ¡Pero este es el Bollo!

Uno de los enanos que los habían acompañado desde la embajada gritó algo, y otros lo repitieron.

—El precedente está del lado de usted —tradujo Jovial—. Dicen que siempre pueden matarlo después de que se haya visto con el rey.

—Bueno, no es exactamente lo que más ilusión me hace, pero tendrá que servir. —Vimes volvió a mirar a Dee—, Usted dijo que quería que yo lo encontrara, ¿no? Y ahora, qué adecuado es que yo se lo devuelva a su propietario legítimo...

—Usted... el rey está... puede dármelo a mí —dijo Dee, poniéndose de puntillas hasta llegar a la altura del pecho de Vimes.

—¡Ni hablar! —levantó la voz lady Sybil—. Cuando Martillodehierro le devolvió el Bollo a Hachasangrienta, ¿acaso se lo habría dado a Slogram?

Hubo un coro general de desacuerdo.

—Claro que no —dijo Dee—. Slogram era un traid...

Se detuvo.

—Creo —dijo Vimes— que será mejor que veamos al rey, ¿no cree?

—¡No puede exigir eso!

Vimes señaló el agolpamiento de enanos que tenía detrás.

—Se va a quedar usted asombrado de lo difícil que le va a resultar explicarles eso a ellos —dijo.

* * *

Tardaron media hora en ver al rey. Hubo que despertarlo. Se tuvo que vestir. Los reyes no se dan prisa.

Entretanto, Vimes y Sybil permanecieron sentados en una antesala, en sillas que les venían pequeñas y rodeados de enanos que no estaban del todo seguros si estaban escoltando a unos prisioneros o haciendo de guardias de honor. Había otros enanos asomados al umbral de la puerta. Vimes oía el murmullo de las conversaciones excitadas.

No perdían demasiado tiempo en mirarlo a él. Su mirada caía siempre sobre el Bollo que tenía en el regazo. Estaba claro que la mayoría de ellos lo estaban viendo por primera vez.

Pobres mamoncetes, pensó. Es en esto que creéis, y antes de que se acabe el día os van a decir que no es más que una mala falsificación. Vais a ver que es falso. Y eso va a acabar con vuestro pequeño mundo, ¿verdad? Me propuse resolver un crimen y ahora voy a terminar cometiendo uno más grande.

Voy a tener suerte si salgo vivo de aquí, ¿a que sí?

Se abrió pesadamente una puerta. Un par de los que Vimes consideraba los peces gordos de los enanos salieron de la misma y le dedicaron a todo el mundo esa mirada oficial y profesional que decía que para vuestra comodidad y conveniencia hemos decidido no mataros en este mismo momento.

El rey entró, frotándose las manos.

—Ah, excelentísimo embajador —dijo, pronunciando las palabras más como constatación que como bienvenida—. Veo que tiene algo que nos pertenece.

Dee se separó de la multitud que estaba en las puertas.

—¡Tengo que hacer una grave acusación, mi señor! —exclamó.

—¿En serio? Traigan a esta gente a la sala de la ley. Bajo guardia, por supuesto.

Se alejó majestuosamente. Vimes miró a Sybil y se encogió de hombros. Siguieron al rey, dejando atrás el bullicio de la caverna principal.

Una vez más, Vimes se encontró en aquella sala que tenía demasiados estantes y demasiadas pocas velas. El rey se sentó.

—¿Pesa mucho el Bollo, excelentísimo embajador?

—¡Sí!

—Porque está cargado de historia, ¿lo ve? Déjelo en la mesa con sumo cuidado, por favor. Y... ¿Dee?

—Esa... cosa —dijo Dee, señalando con el dedo—. Esa *cosa* es una falsificación, una copia. ¡Una estafa! ¡Hecha en Ankh-Morpork! ¡Parte de una conspiración que estoy seguro de que se puede demostrar que involucra a milord Vimes! ¡No es el Bollo!

El rey cogió una vela, la acercó un poco más al Bollo y le dedicó una mirada crítica desde varios ángulos.

—He visto el Bollo muchas veces —dijo por fin—, y yo diría que este parece ser la cosa y nada más que la cosa.

—No, señor, le exijo... es decir, le aconsejo que exija usted una inspección más atenta, mi señor.

—¿En serio? —dijo el rey con suavidad—. Bueno, yo no soy ningún experto, ¿sabe? Pero tenemos suerte, ¿verdad?, de que Albrecht Hijodealbrecht está aquí con motivo de la coronación. Todos los enanos, creo yo, saben que él es la máxima autoridad sobre el Bollo y su historia. Traedlo a mi presencia. Me imagino que no anda lejos. Cualquiera diría que el mundo entero está justo detrás de esa puerta.

—Por supuesto, mi señor. —La mirada de triunfo que Dee tenía en la cara cuando pasó altivamente por delante de Vimes era casi obscena.

—Creo que vamos a necesitar otra canción para sacarnos de esta, querida —murmuró Vimes.

—Me temo que solamente me acuerdo de esa, Sam. Las otras tratan básicamente sobre el oro.

Dee regresó, en compañía de Albrecht y de un séquito de otros enanos ancianos y con cierto aire de catedráticos.

—Ah, Albrecht —dijo el rey—. ¿Ve esto que hay en la mesa? Se ha afirmado que no es la cosa auténtica y nada más que la cosa. Se requiere su opinión, por favor. —El rey señaló con la cabeza a Vimes—. Mi amigo entiende el morporkiano, excelentísimo embajador. Simplemente ha decidido no contaminar el aire hablándolo. Cada uno es de una manera, ¿lo ve?

Albrecht fulminó con la mirada a Vimes y luego se acercó a la mesa.

Observó el Bollo desde varios ángulos. Movi6 las velas y se inclinó para poder examinar la corteza de cerca. Lo olisqueó.

Dio un paso atrás, con la cara entera fruncida en una mueca, y dijo:

—¿*H'gradz?*

Los enanos murmuraron entre ellos y luego, uno tras otro, asintieron.

Para horror de Vimes, Albrecht arrancó un trocito diminuto del Bollo y se lo metió en la boca.

Yeso, pensó Vimes. Yeso fresco de Ankh-Morpork. Y Dee convencerá a todos de que él no...

Albrecht se escupió el pedacito en la mano y levantó la vista un momento hacia el techo, mientras paladeaba.

Entonces él y el rey intercambiaron una mirada larga y pensativa.

—*P'akga* —dijo Albrecht, por fin—, *a p'akaga-ad*...

Por debajo del estallido de murmullos, Vimes oyó que Jovial traducía:

—Es la cosa, y nada más que...

—Sí, sí —dijo Vimes. Y pensó: Por los dioses, somos buenos. Ankh-Morpork, estoy orgulloso de ti. Cuando hacemos una falsificación, es mejor que el maldito original.

A menos... a menos que me haya perdido algo...

—Gracias, caballeros —dijo el rey. Hizo un gesto con la mano. Los enanos salieron desfilando, de mala gana, echando muchas miradas por encima del hombro a Vimes.

—¿Dee? Haga el favor de traerme mi hacha de mis aposentos, ¿quiere? —pidió el rey—. En persona, por favor. No quiero que nadie más la tenga en sus manos. Excelentísimo embajador, usted y su señora se quedarán aquí. Su... enana debe marcharse, sin embargo. Los guardias tienen que colocarse en la puerta. ¿Dee?

El catador de ideas no se había movido.

—¿Dee?

—¿Cómo...? ¿Sí, mi señor?

—¡Haga usted lo que le digo!

—¡Mi señor, el antepasado de este hombre mató una vez a un rey!

—¡Yo diría que la familia ya no se dedica a eso! ¡Ahora haga lo que le digo!

El enano se alejó apresuradamente, girándose para mirar un momento a Vimes mientras salía de la caverna.

El rey se volvió a sentar.

—Siéntese, señor encargado. Y su señora también. —Puso un codo en el brazo del sillón y apoyó la barbilla en la mano ahuecada—. Y ahora, señor Vimes, cuénteme la verdad. Cuéntemelo todo. Cuénteme esa verdad que vale más que las pequeñas cantidades de oro.

—Ya no estoy seguro de conocerla —respondió Vimes.

—Ah. Un buen comienzo —dijo el rey—. Dígame lo que sospecha, pues.

—Mi señor, yo habría jurado que la piedra era tan falsa como un chelín de hojalata.

—Vaya. ¿En serio?

—El Bollo de verdad no fue robado, fue destruido. Creo que lo hicieron pedazos y lo molieron y lo mezclaron con la arena de su caverna. Verá, señor, si la gente sabe que algo no está, y luego alguien aparece con algo muy similar, ellos pensarán: « Tiene que ser este, tiene que ser, porque no está donde creíamos que estaba ». La gente es así. Algo desaparece y entonces encuentran algo muy

parecido en otra parte y todo el mundo cree que de alguna manera debe de haber llegado de un sitio a otro... —Vimes se pellizcó la nariz—. Lo siento, no he dormido mucho...

—Lo está haciendo usted muy bien para ser un sonámbulo.

—El... ladrón estaba trabajando con los hombres lobo, creo. Son ellos quienes están detrás de todo eso de los «Hijos de Agi Robamartillos». Iban a chantajearlo a usted para que dejara el trono. Bueno, pero eso ya lo sabe usted. Para mantener a Uberwald en las tinieblas. Si no abdicaba usted habría una guerra, y si lo hacía entonces Albrecht recibiría el Bollo falso.

—¿Qué más cree usted saber?

—Bueno, la falsificación se hizo en Ankh-Morpork. Se nos da bien fabricar cosas. Creo que alguien mandó matar al fabricante, pero no puedo averiguar nada más hasta que vuelva. Y lo averiguaré.

—Pues fabrican ustedes las cosas muy bien en su ciudad, para engañar a Albrecht. ¿Cómo cree que lo han hecho?

—¿Quiere la verdad, mi señor?

—A toda costa.

—¿Sería posible que Albrecht estuviera involucrado? Averigua dónde está el dinero, solía decir mi antiguo sargento.

—Ja. ¿Y quién fue el que dijo: «Allí donde haya policías, encontrarás crímenes»?

—Esto... yo, señor, pero...

—Averigüémoslo, pues. Dee debería haber tenido tiempo para pensar. Ah...

Se abrió la puerta. El catador de ideas entró, sosteniendo un hacha de enano. Era un hacha minera, con punta de pica en un lado, para ir de prospección, y un filo de hacha de verdad en el otro, en caso de que alguien intentara detenerte.

—Haga venir a los guardias, Dee —ordenó el rey—. Y a la joven enana del excelentísimo embajador. Estas cosas necesitan testigos, ¿sabe?

Oh, cielos, pensó Vimes, mirando la cara de Dee mientras los demás entraban con reverencia. Tiene que haber un manual en alguna parte. Todos los policías saben cómo hay que hacerlo. Les dejas caer que sabes que han hecho algo malo pero no les dices qué es, y ciertamente no les dices *cuánto* sabes, y los mantienes siempre a contrapié, y te limitas a hablar en voz baja, y...

—Coloque las manos sobre el Bollo, Dee.

Dee se giró de golpe.

—¿Mi señor?

—Coloque las manos sobre el Bollo. Haga lo que le digo. Y hágalo ahora.

... mantienes la amenaza a la vista pero nunca la mencionas, oh, no. Porque no hay nada que puedas hacerles que su imaginación no les esté haciendo ya. Y mantienes la tensión hasta que se desmoronan, o como pasaba en mi vieja escuela primaria, hasta que notan que se les humedecen las botas.

Y así ni siquiera dejas marcas.

—Hábleme de la muerte de Dedolargo, el capitán de las velas —dijo el rey, después de que Dee, con una mirada de hueca aprensión, tocara la piedra.

Las palabras salieron en tropel.

—Oh, como ya le he dicho, mi señor, él...

—Si no mantiene las manos pegadas al Bollo, me encargaré de que no tenga forma de retirarlas. Cuéntemelo otra vez.

—Yo... él... se quitó la vida, mi señor. Por vergüenza.

El rey cogió su hacha y le dio la vuelta para que la punta larga quedara hacia fuera.

—Cuéntemelo otra vez.

Ahora Vimes oyó la respiración de Dee, entrecortada y rápida.

—¡Se quitó la vida, mi señor!

El rey sonrió a Vimes.

—Existe la vieja superstición, embajador, de que, como el Bollo contiene una pizca de Verdad, se pone al rojo vivo si alguien que lo está tocando dice una mentira. Por supuesto, en estos tiempos más modernos, supongo que nadie se la cree ya. —Se giró hacia Dee—. Cuéntemelo otra vez—susurró.

Mientras el hacha se movía ligeramente, el reflejo de la luz de las velas le arrancó destellos al filo.

—¡Se quitó la vida! ¡De verdad!

—Ah, sí. Ya me lo había dicho. Gracias —dijo el rey—. Y a ver si se acuerda, Dee: cuando Slogram mandó la falsa noticia a Martillodehierro de que Hachasangrienta había muerto en la batalla, causando que Martillodehierro se quitara la vida de pura pena, ¿quién tuvo la culpa?

—La tuvo Slogram, señor —se apresuró a decir Dee.

Vimes sospechaba que la respuesta le había salido directamente de alguna enseñanza bien enraizada.

—Sí.

El rey dejó que la palabra quedara un momento suspendida en el aire y luego continuó:

—¿Y quién dio la orden de matar al artesano de Ankh-Morpork?

—¿Mi señor? —balbució Dee.

—¿Quién dio la orden de matar al artesano de Ankh-Morpork? —El tono del rey no cambió. Era la misma voz pausada y cantarina. Daba la impresión de que podía continuar haciendo la misma pregunta por toda la eternidad.

—Yo no sé nada de...

—Guardias, mantenedle las manos bien apretadas contra el Bollo.

Los guardias se adelantaron. Cada uno lo cogió de un brazo.

—Otra vez, Dee. ¿Quién dio la orden?

Dee se retorció como si le ardieran las manos.

—Yo... yo...

Vimes vio que la piel de las manos se le ponía blanca mientras forcejeaba para levantarlas de la piedra.

Pero si es falsa. Yo juraría que él destruyó la de verdad, así que por narices ha de saber que es una falsificación. ¡No es más que un cacho de yeso, probablemente todavía esté húmedo en el centro! Vimes intentó pensar. El Bollo original había estado en la cueva, ¿verdad? ¿O no? Y si no estaba allí, ¿entonces dónde? Los hombres lobo creían que tenían una falsificación, y ciertamente desde entonces no la había perdido de vista. Intentó pensar a través de la niebla de su fatiga.

Una vez se había medio preguntado si el Bollo original no sería el que estaba en el Museo del Pan de los Enanos. Aquella habría sido la forma de mantenerlo a salvo. Nadie intentaría robar algo que todo el mundo sabía que era falso. El asunto entero era como el Quinto Elefante, nada era lo que parecía, todo era una cortina de humo...

¿Cuál era el de verdad?

—¿Quién dio la orden, Dee? —preguntó el rey.

—¡Yo no! ¡Yo dije que tenían que dar todos los pasos necesarios para mantener el secreto!

—¿Y a quién se lo dijo?

—¡Le puedo dar nombres!

—Lo va a hacer dentro de nada. Se lo prometo, muchacho —dijo el rey—. ¿Y los hombres lobo?

—¡Lo sugirió la baronesa! ¡Es verdad!

—Uberwald para los hombres lobo. Ah, sí... «el gozo por medio de la fuerza». Supongo que le prometieron a usted toda clase de cosas. Ya puede quitar las manos del Bollo. No quiero agobiarlo todavía más. Pero ¿por qué? Mis predecesores me hablaron muy bien de usted, es un enano con poder e influencia... y va y se deja convertir en un peón de los hombres lobo. ¿Por qué?

—¿Por qué se les tiene que permitir salirse con la suya? —chilló Dee, con la voz fallándole por la tensión.

El rey miró a Vimes.

—Oh, sospecho que los hombres lobo se arrepentirán de haber... —empezó a decir.

—¡No hablo de ellos! ¡Hablo de la... gente de Ankh-Morpork! ¡Con su maquillaje y sus vestidos y... y sus cosas abominables! —Dee señaló con el dedo a Jovial—. ¡Ha'ak! ¡Cómo puede aguantar mirarla siquiera! ¡La ha dejado usted a *ella* —y Vimes nunca había oído escupir una palabra con tanto veneno— que se exhiba aquí! ¡Y está pasando en todas partes porque la gente no ha sido lo bastante firme, no ha obedecido, ha ido abandonando las viejas maneras! De todas partes vienen informes. Están acabando con todo lo que es enano con su...

su ropa suave y sus pinturas y sus costumbres bestiales. ¿Cómo puede ser rey y permitir eso? ¡Lo están haciendo por todas partes y usted no hace nada! ¿Por qué hay que permitirselo a ellas? —Ahora Dee estaba sollozando—. ¡Yo no puedo!

Vimes vio con asombro que Jovial estaba reprimiendo el llanto.

—Ya veo —dijo el rey—. Bueno, supongo que es una explicación.

Hizo un gesto con la cabeza a los guardias.

—Sacadlo... *sacadla* de aquí. Hay ciertas cosas que tienen que esperar un día o dos.

Jovial saludó de repente.

—¿Permiso para ir con ella, mi señor?

—¿Para qué querría hacer eso, joven... joven enana?

—Supongo que querrá alguien con quien hablar, mi señor. Sé que yo querría.

—¿Ah, sí? Bueno, ya veo que su comandante no pone objeción alguna. Puede ir.

El rey se reclinó hacia atrás después de que los guardias salieran con su prisionera y la nueva consejera de la prisionera.

—¿Y bien, excelentísimo embajador?

—¿Este es el Bollo de verdad?

—¿Acaso no está seguro?

—¡Dee lo estaba!

—Dee tiene... un estado de ánimo complicado. —El rey miró al techo—. Creo que se lo voy a decir porque, embajador, de verdad que no quiero que se pase el resto de su tiempo preguntando tonterías. Sí, este es el Bollo de verdad.

—Pero ¿cómo puede...?

—¡Espere! También lo era el que fue, efectivamente, molido hasta quedar hecho polvo a manos de Dee cuando ella... perdió la cabeza —continuó el rey—. Igual que los... a ver si me acuerdo... los cinco anteriores. ¿Después de quinientos años sigue intacto por el paso del tiempo? ¡Qué románticos somos los enanos! Hasta el mejor pan de los enanos se deshace al cabo de unos centenios.

—¿Falsos? —dijo Vimes—. ¿Eran todos falsos?

De pronto el rey volvía a tener su hacha minera en las manos.

—Esta, milord, es el hacha de mi familia. La hemos poseído durante casi novecientos años, fíjese. Por supuesto, a veces necesitaba un filo nuevo. Y a veces ha necesitado una nueva empuñadura, nuevos grabados en el metal, cierta renovación de la decoración... pero ¿acaso esta no es el hacha de novecientos años de mi familia? Y gracias a que ha cambiado ligeramente con el tiempo, sigue siendo un hacha bastante buena, fíjese. Bastante, bastante buena. ¿Va a decirme usted que esta también es falsa?

Volvio a sentarse.

Vimes recordó la expresión de la cara de Albrecht.

—Él lo sabía.

—Oh, sí. Una serie de enanos... de alto rango lo saben. El conocimiento se transmite en las familias. El primer Bollo se deshizo después de trescientos años cuando el rey de por entonces lo tocó. Mi antepasado fue uno de los guardias que presencié aquello, ¿sabe? Obtuvo una... promoción acelerada, se podría decir. Estoy seguro de que me entiende usted. Después de aquello, empezamos a prepararnos un poco mejor. En cualquier caso tendríamos que habernos puesto a buscar uno nuevo dentro de cincuenta años o así. Me alegro de que este se fabricara en la gran ciudad de enanos de Ankh-Morpork y no me sorprendería que nos diera unos resultados excelentes y duraderos. Mire, hasta han hecho bien las pasas, ¿ve?

—¡Pero Albrecht podría haberlo puesto en evidencia!

—¿Poner qué en evidencia? Él no es rey, pero me sorprendería que un miembro de su familia no volviera a serlo, con el tiempo. Todo lo que va, acaba por volver, como dicen los Igers. —El rey se inclinó hacia delante—. Ha estado usted trabajando bajo un malentendido. Usted cree que porque a Albrecht no le gusta Ankh-Morpork y tiene... ideas anticuadas, es un mal enano. Es honrado y honorable... más que yo, de eso estoy seguro. Hace quinientos años habría sido un buen rey. Hoy tal vez no. Tal vez... ja... el hacha de mis antepasados necesita una empuñadura distinta. Pero ahora yo soy rey y él acepta eso con todo su corazón porque si no lo hiciera, no se consideraría un enano, ¿entiende? Por supuesto que ahora se opondrá a mí en todo lo que pueda. Ser Bajo Rey nunca ha sido un trabajo fácil. Pero, por usar una de las metáforas de ustedes, vamos todos en el mismo barco. Es posible que intentemos empujarnos el uno al otro por la borda, pero solamente una maniaca como Dee le haría un agujero en el casco.

—La cabo Culopequeño pensaba que iba a haber una guerra... —dijo Vimes con voz débil.

—Bueno, siempre hay exaltados. Pero mientras discutimos quién pilota el barco, no negamos que sea un viaje importante. Veo que está usted cansado. Deje que su buena señora lo lleve a casa. Pero para que duerma un poco mejor... ¿qué es, excelentísimo embajador, lo que quiere Ankh-Morpork?

—Ankh-Morpork quiere los nombres de los asesinos —murmuró Vimes.

—No, eso es lo que quiere el comandante Vimes. ¿Qué es lo que quiere Ankh-Morpork? ¿Oro? Muy a menudo es el oro. ¿O tal vez hierro? Usan ustedes mucho hierro.

Vimes parpadeó. Su cerebro se había rendido por fin. Ya no quedaba nada. No estaba seguro de que pudiera ni siquiera ponerse de pie.

Se acordó de una palabra.

—Sebo —dijo con voz inexpresiva.

—Ajá. El Quinto Elefante. ¿Está seguro? Ahora hay hierro bastante bueno. El hierro fortalece. El sebo solamente hace resbalar.

—Sebo —repitió Vimes como un loro, sintiendo la oscuridad acercarse—.

Montones de sebo.

—Bueno, por supuesto. El precio es diez céntimos de Ankh-Morpork por barril, pero excelentísimo embajador, ahora que lo conozco a usted, tengo la sensación de que tal vez...

—Cinco céntimos por barril de sebo clase A de alto rendimiento, tres céntimos por el de clase B y diez céntimos el barril de grasa espesa, transportada en buenas condiciones y a su entrega en Ankh-Morpork —dijo Sybil—. Y todo procedente de las galerías de la Franja de Schmaltzberg y medido según la escala Cortezadehierro. Tengo mis dudas sobre la calidad a largo plazo de los pozos de Gran Colmillo.

Vimes intentó concentrarse en su mujer. Parecía, inexplicablemente, encontrarse muy lejos.

—¿Cómo?

—Esto, tuve tiempo de leer un poco mientras estaba en la embajada, Sam. Aquellos cuadernos. Lo siento.

—¿Quiere usted arruinarnos, señora? —preguntó el rey, llevándose las manos a la cabeza.

—Podemos ser flexibles con la entrega —dijo lady Sybil.

—Klatch está dispuesta a pagar por lo menos nueve por la de clase A —dijo el rey.

—Pero el embajador klatchiano no está sentado aquí —respondió Sybil.

El rey sonrió.

—Ni casado con usted, milady, por desgracia para él. Seis, cinco y quince.

—Seis que bajarán a cinco después de los veinte mil, tres y medio sin oscilaciones para la clase B, y le puedo dar trece por la espesa.

—Aceptable, pero deme catorce por la espesa blanca y le dejaré por siete la nueva grasa de pella clara que estamos encontrando. Está dando unas velas aceptables, en serio.

—Seis, me temo. No han sondeado ustedes todo el conjunto de esos depósitos y me parece bastante razonable esperar niveles altos de escoria y de TCQs en las capas inferiores. Además, *creo* que sus pronósticos sobre el volumen de esos depósitos están equivocados por demasiado optimistas.

—¿Qué TCQs? —murmuró Vimes.

—Trocitos Crujientes y Quemados —dijo Sybil—. En su mayoría se trata de animales increíblemente enormes y antiguos, completamente fritos.

—Me asombra usted, lady Sybil —dijo el rey—. No sabía que usted tuviera formación en la extracción de sebo...

—Prepararle el desayuno a Sam ya es toda una educación, su majestad.

—Oh, bueno, que no se diga que un mero rey puede discutirle nada. Seis, pues. Precio estable durante dos años... —El rey vio a Sybil abrir la boca—. Muy bien, muy bien, tres años. No soy un rey poco razonable.

—¿Precios al llegar a puerto?

—¿Cómo puedo negarme?

—De acuerdo, pues.

—Tendrá usted los documentos por la mañana. Y ahora realmente tenemos que separarnos —dijo el rey—. Ya veo que el embajador ha tenido un día duro. Ankh-Morpork va a nadar en sebo. No me puedo imaginar para qué van a usar ustedes tanto.

—Para dar luz —dijo Vimes, y mientras la oscuridad descendía por fin, se desplomó suavemente en los brazos acogedores del sueño.

* * *

A Sam Vimes lo despertó el olor a grasa caliente.

La blandura lo envolvía. Prácticamente lo tenía prisionero.

Por un momento pensó que era nieve, pero la nieve no solía estar tan caliente. Por fin reconoció la blandura anublada del colchón de la cama del embajador.

Dejó que su atención regresara al olor a grasa. Tenía... matices. Había un claro componente de olor a quemado. Como el espectro del placer gastronómico de Sam Vimes iba básicamente de «bien frito» a «caramelizado», aquello resultaba ciertamente prometedor.

Cambio de postura y se arrepintió de inmediato. Hasta el último músculo de su cuerpo soltó un chillido de protesta. Permaneció quieto y esperó a que se le apagara el fuego de la espalda.

Los trocitos de los dos últimos días se le ensamblaron en la cabeza. Hizo uno o dos gestos de dolor. ¿De verdad había salido así a través del hielo? ¿Había sido Sam Vimes el que le había plantado cara al hombre lobo, pese al hecho de que aquella cosa era lo bastante fuerte como para hacer un aro con una espada? ¿Y era cierto que Sybil le había sacado un montón de sebo al rey? Y...

Bueno, ahora estaba en una cama caliente y cómoda y, a juzgar por el olor, el desayuno estaba en camino.

Otro recuerdo se colocó flotando en su sitio. Vimes gimió y obligó a sus piernas a salir de la cama. No, seguro que Wolfgang no podía haber sobrevivido a aquello.

Desnudo, dio trompicones hasta el cuarto de baño e hizo girar los grifos enormes. Salió un chorro de agua caliente y de olor acre.

Un minuto más tarde, volvía a estar tumbado cuan largo era. El agua estaba un poco demasiado caliente, pero se acordaba de la nieve, y tal vez a partir de ahora ya nunca volvería a estar lo bastante caliente.

El agua se llevó una parte del dolor.

Alguien llamó a la puerta.

—Soy yo, Sam.

—¿Sybil?

Ella entró, trayendo un par de toallas muy grandes y ropa limpia.

—Me alegra verte levantado otra vez. Igor está friendo salchichas. No le gusta hacerlo. Él cree que habría que hervirlas. Y está preparando picadura de buey y bacalao a la fikun y pudín preocupado. No quería que se echara a perder la comida, ¿sabes? Me parece que no me quiero quedar para el resto de las celebraciones.

—Ya te entiendo. ¿Cómo está Zanahoria?

—Bueno, dice que no quiere salchichas.

—¿Cómo? ¿Está bi...? ¿Está levantado?

—Por lo menos, sentado. Igor es un prodigio. Angua dijo que era una fractura de las feas, pero él tiene una especie de aparato que... Bueno, ¡Zanahoria ni siquiera lleva cabestrillo!

—Parece un hombre útil de tener cerca —dijo Vimes, poniéndose sus pantalones civilizados.

—Angua dice que Igor tiene una cámara de hielo en el sótano y hay frascos congelados de, de... bueno, dejémoslo en que ha sugerido que tal vez, querrias hígado con cebollas para desayunar y yo le he dicho que no.

—A mí me gusta el hígado con cebollas —dijo Vimes. Pensó en ello—. Por lo menos hasta ahora.

—Creo que el rey también quiere que nos marchemos. Muy cortésmente, eso sí. Han venido un montón de enanos respetuosísimos con los documentos a primera hora de la mañana.

Vimes asintió, ceñudo. Tenía sentido. Si él fuera rey también querría a Vimes fuera de allí. Aquí tiene nuestro agradecimiento, un buen acuerdo comercial, sentimos muchísimo verlo marcharse, vuelva a visitarnos, pero que sea dentro de una temporadita...

El desayuno era todo lo que habría podido desear. Luego se fue a ver al inválido.

Zanahoria estaba pálido y tenía unas ojeras oscuras, pero sonreía. Estaba sentado en la cama, bebiendo sosiebo.

—¡Hola, señor Vimes! ¿Hemos ganado, entonces?

—¿No te lo ha contado Angua?

—Se ha marchado con los lobos mientras yo dormía, me lo ha dicho lady Sybil.

Vimes narró los acontecimientos de la noche pasada lo mejor que pudo.

Después, Zanahoria dijo:

—Gavin era una criatura muy noble. Siento que haya muerto. Estoy seguro de que nos habríamos llevado bien.

Y lo dices completamente en serio, pensó Vimes. Estoy seguro. Pero a ti te ha salido todo bien, ¿verdad? Siempre te sale. Si hubiera sido al revés, si hubiera sido Gavin el primero en atacar a Wolf, entonces sé que habrías sido tú el que cayera

por la cascada con ese hijo de puta. Pero no fuiste tú, ¿verdad? Si fueras un par de dados, siempre sacarías seises.

Y los dados no se tiran a sí mismos. Si no fuera en contra de todo lo que él quería que fuera cierto en el mundo, Vimes podría haber creído en ese preciso momento que era el destino el que controlaba a la gente. Y que los dioses ayudaran al resto de los presentes cuando había un gran destino vivo en el mundo, distorsionando hasta al último pobre mamón para que encajara con él...

Se preguntó, y no por primera vez, aunque tal vez sí por primera vez de forma tan articulada que casi movió los labios, si alguna vez, un día, él tendría que interponerse en su camino...

En voz alta, lo que dijo fue:

—El pobre Gaspode también cayó.

—¿Cómo? ¿Qué estaba haciendo?

—Ejem, podríamos decir que atrapó toda la atención de nuestro hombre —dijo Vimes, regresando al presente—. Un verdadero luchador callejero.

—Pobrecillo. En el fondo era un buen perro.

Y una vez más, unas palabras que en boca de cualquier otro habrían sonado trilladas y falsas fueron redimidas por la forma en que Zanahoria las dijo.

—¿Y qué ha pasado con Pelele? —preguntó Vimes.

—Lady Sybil ha dicho que se ha ido esta mañana.

—¡Por los dioses! ¡Y eso que Wolfgang estuvo jugando al tres en raya en su pecho!

—Igor tiene buena mano con la aguja, señor.

Más tarde, un pensativo Sam Vimes salió a las cocheras. Ya había un Igor cargando el equipaje.

—Hum, ¿cuál eres tú? —dijo Vimes.

—Zoy Igor, amo.

—Ah. Ya. Y, esto, ¿eres feliz aquí, Igor? Nos iría bien un... hombre con tus talentos en la Guardia, está claro.

Igor miró desde el techo del carruaje.

—¿En Ankh-Morpork, amo? Caramba. Todo el mundo quiere irze a Ankh-Morpork. Ez una oferta muy tentadora. Pero yo zé dónde ezta mi deber, eccelentísimo embajador. Tengo que preparar ezte zitio para el ziguiente eccelentísimo.

—Oh, pero seguro que...

—Zin embargo, ze da la zuerte de que mi zobrino Igor ezta buzcando un puezto, amo. Le iría bien en Ankh-Morpork. Ez un poco demaziado moderno para Uberwald, para zer zinceroz.

—Es buen muchacho, ¿no?

—Tiene el corazón bien puezto. Ezo lo zé zeguro, zeñor.

—Esto, bien. Bueno, mándale un mensaje, pues. Nos vamos tan pronto como

podamos.

—¿Ze va a emocionar, zeñor! ¡He oído que en Ankh-Morpork hay cadáverez tiradoz por laz callez para que loz coja quien quiera!

—Tampoco estamos tan mal como eso, Igor.

—¿Ah, no? Bueno, no ze puede tener todo. Ze lo diré enzeguida.

Igor se fue renqueando con una especie de tambaleo de alta velocidad.

Me pregunto por qué todos caminan así, pensó Vimes. Deben de tener una pierna más corta que la otra. O bien eso o bien no se les da muy bien elegir botas.

Se sentó en los escalones de la casa y sacó un puro. O sea que ya estaba todo. Otra vez la puta política. Siempre era la puta política o la jodida diplomacia. Mentiras de mierda con ropa elegante. En cuanto salías de las calles los criminales se te escapaban por entre los dedos. El rey y lady Margolotta y Vetinari... ellos siempre miraban una especie de gran esquema de las cosas. Vimes sabía que él era, y sería siempre, un hombre de esquemas pequeños. La gente de esquema grande dirigía el mundo, y eran ellos quienes decían qué era un crimen y qué no lo era. Y Dee resultaba útil, así que probablemente le caerían, oh, unos días cincelando pan, o lo que fuera que te caía allí por portarse mal. Al fin y al cabo, lo único que la pobre había destruido era una falsificación, ¿no?

¿No?

Pero ella había creído que estaba cometiendo un crimen mucho mayor. Aquello tendría que contar para algo, en la galería personal de esquemas pequeños de Sam Vimes.

Y la baronesa era más culpable que el demonio. Había *muerto* gente. En cuanto a Wolfgang... bueno, había gente que simplemente nacía culpable. Así de simple. Cualquier cosa que hicieran se convertía en crimen, simplemente porque lo hacían ellos.

Soltó una bocanada de humo al viento.

A la gente así no había que permitirle ni que escabullera el bulto muriéndose.

Pero... no era el caso de Wolfgang, ¿verdad?

Los lobos se habían alejado bastante río abajo, le había dicho Sybil, por ambas orillas. Y no había ni una pizca de su olor. Mucho más allá había una multitud de rápidos y otra cascada. Lo que no le matase seguramente le haría desear que pudiera hacerlo.

Si es que había ido río abajo. Pero río arriba tampoco había nada más que aguas embravecidas, hasta llegar a la ciudad.

No, no podría... Nadie podría subir una catarata a nado...

A Vimes le nació una débil sensación helada en el pescuezo. Se le formó escarcha en los músculos. Cualquier persona sensata se marcharía del país, ¿verdad? Él se esforzó por creer aquello. Los lobos iban tras él, Pelele no tendría un buen recuerdo de Wolfgang y si Vimes juzgaba correctamente al rey, los

enanos también estarían preparando alguna pequeña y oscura venganza.

El problema era que, si uno se formaba una imagen mental de una persona sensata, y luego intentaba superponerla a un retrato de Wolfgang, era imposible que coincidieran *en ningún punto*.

Había un viejo refrán, ¿verdad? Igual que el perro regresa a su vómito, el loco regresa a su locura. Bueno, aquello se podía aplicar a Wolfgang por partida doble.

Vimes se puso de pie y se dio la vuelta con cautela. Detrás de él no había nadie. Venían ruidos del portalón de la calle: gente riendo, ruido de arneses, el repicar de una pala que limpiaba la última nieve de la noche.

Entró con sigilo en la embajada, manteniendo la espalda pegada a la pared. Avanzó a tientas hasta la escalera, asomándose a todas las puertas. Cruzó corriendo el enorme vestíbulo, aterrizó rodando en el suelo y terminó pegado a la pared del otro lado.

—¿Hay algún problema, señor? —dijo Jovial.

Lo estaba mirando desde lo alto de la escalera.

—Esto, ¿has visto algo raro? —preguntó Vimes, sacudiéndose el polvo de encima con gesto avergonzado—. Y soy consciente de que estamos hablando de una casa que tiene un Igor.

—¿Podría darme una pista, señor?

—¡Wolfgang, por todos los demonios!

—Pero si está muerto, señor. ¿O no?

—¡No lo bastante!

—Esto... ¿qué quiere usted que haga?

—¿Dónde está Detritus?

—¡Sacando brillo a su casco, señor! —dijo Jovial, al borde del pánico.

—¿Por qué demonios estaría perdiendo el tiempo con eso?

—Esto, esto, porque dentro de diez minutos nos tenemos que marchar a la coronación, señor.

—Ah, sí...

—Lady Sybil me ha dicho que venga a buscarlo a usted. En un tono de voz muy firme, señor.

En aquel momento la voz de lady Sybil resonó por todo el pasillo.

—¡Sam Vimes! ¡Ven aquí ahora mismo!

—Ese tono, señor —le aclaró Jovial.

Vimes entró en el dormitorio, sumiso. Sybil llevaba puesto otro vestido azul, una diadema y una expresión firme.

—¿Hay que ir de estirado? —dijo Vimes—. Yo pensaba ponerme una camisa limpia...

—Tu uniforme de gala oficial está en el vestidor —dijo Sybil.

—Ayer tuve un día más bien duro...

—Esto es una *coronación*, Samuel Vimes. ¡No puedes ir como te dé la gana! ¡Ve a vestirte, deprisa! Y eso incluye, y no quiero tener que repetirlo, el casco con las plumas.

—Pero no las medias rojas —dijo Vimes, aferrándose a su última esperanza —. ¿Por favor?

—Las medias rojas, Sam, van por descontado.

—Se me bajan a las rodillas —dijo Vimes, pero era el gruñido de los derrotados.

—Voy a llamar a Igor para que venga a ayudarte.

—Muy mal andarán las cosas cuando yo no sea capaz de ponerme las medias solo, querida, gracias.

Vimes se vistió a toda prisa, escuchando a ver si oía... cualquier cosa. Algún chirrido donde no correspondía, tal vez.

Por lo menos aquel era un uniforme de la Guardia, aunque tuviera hebillas en los zapatos. Incluía una espada. El atuendo de duque no tenía sitio para ninguna, lo cual siempre le había parecido increíblemente estúpido a Vimes. Llegabas a ser duque por luchar bien, y entonces te dejaban sin nada con que luchar.

Se oyó un tintineo de cristal procedente del dormitorio, y lady Sybil se quedó asombrada de ver que su marido entraba a la carrera con la espada desenvainada.

—¡Se me ha caído el tapón de una botella de perfume, Sam! Pero ¿qué te pasa? ¡Hasta Angua dice que lo más probable es que esté a kilómetros de distancia y demasiado hecho polvo para causar problemas! ¿Por qué estás tan tenso?

Vimes soltó la espada y trató de relajarse.

—Porque nuestro Wolfgang es un maldito borrachuzo impredecible, querida. Me conozco a esa clase de gente. Cualquier persona normal se alejaría a rastras si recibiera una paliza. O por lo menos tendría el bastante sentido común para quedarse en el suelo. Pero a veces te encuentras con uno que no para. Debiluchos de cincuenta kilos que intentan liarse a cabezazos con Detritus. Hijos de puta malignos peso gallo que rompen una botella contra la barra y tratan de atacar a cinco agentes de la Guardia a la vez. ¿Me entiendes? Idiotas que siguen peleando cuando ya hace mucho que tendrían que haberlo dejado estar. La única forma de pararlos es dejarlos secos.

—Creo que sé al tipo de hombres que te refieres, sí —dijo lady Sybil, con una ironía que Sam Vimes no consiguió captar hasta varios días después. Ella le quitó una pelusa de la capa.

—Va a volver. Lo noto en los huesos —murmuró Vimes.

—¿Sam?

—¿Sí?

—¿Me puedes dedicar tu atención durante un par de minutos? Wolfgang es

problema de Angua, no tuyo. Y de verdad que necesito hablar contigo con tranquilidad durante un momento sin que te vayas corriendo a perseguir hombres lobo. —Ella lo dijo como si fuera un pequeño defecto de carácter, como una tendencia a dejar las botas por donde pasa la gente y puede tropezarse.

—Son *ellos* los que me persiguen a mí —señaló él.

—Pero es que siempre hay alguien que encuentra un cadáver o te intenta matar...

—Yo no se lo pido, querida.

—Sam, voy a tener un bebé.

Vimes tenía la cabeza llena de hombres lobo y su sistema automático de circuitos maritales se activó para contestar « Sí, querida », o « elige el color que tú quieras », o « haré que alguien se encargue ». Por suerte su cerebro tenía su propio instinto de conservación y, como no quería estar dentro de un cráneo partido por un golpe de lamparilla de noche, reescribió las palabras de Sybil con fuego al rojo blanco en sus cuencas oculares y luego fue a esconderse.

Es por eso que la respuesta que salió fue un débil:

—¿Qué? ¿Cómo?

—De la forma normal, espero.

Vimes se sentó en la cama.

—Y... no será ahora mismo, ¿verdad?

—Lo dudo mucho. Pero la señora Contento dice que es seguro, y hace cincuenta años que es comadrona.

—Oh. —Algunas funciones cerebrales empezaron a regresar—. Bien. Eso está... bien.

—Probablemente te hace falta ir asimilándolo.

—Sí. —Se encendió otra neurona—. Hum... todo irá bien, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—Esto, eres más bien, y a no eres... tú...

—Sam, mi familia ha sido criada para criar. Es una tradición aristocrática. Es prácticamente el sentido mismo de ser aristócrata. Por supuesto que todo va a ir bien.

—Oh. Bien.

Vimes se quedó sentado y mantuvo fija la mirada. Tenía la sensación de que su cabeza era un mar enorme que un profeta acababa de abrir por la mitad. Allí donde tendría que haber actividad, no había más que arena desnuda y algún que otro pez luchando por respirar. Pero a ambos lados había unas olas gigantescas y abruptas, que al cabo de un minuto se desplomarían e inundarían ciudades enteras, a doscientos kilómetros de distancia.

Se oyó más tintineo de cristales en el piso de abajo.

—Sam, lo más probable es que a Igor se le haya caído algo —dijo Sybil al ver su expresión—. Eso es todo. Habrá tirado un vaso.

Se oyó un gruñido y un grito, que se interrumpió en seco.

Vimes saltó de la cama.

—¡Cierra la puerta detrás de mí y atráncala con la cama! —Se detuvo un momento en la puerta—. ¡Sin hacer mucho esfuerzo! —añadió, y echó a correr hacia la escalera.

Wolfgang estaba trotando por el vestíbulo.

Esta vez era distinto. Le brotaban orejas de lobo de una cabeza que todavía era humana. El pelo le había crecido como una melena. En la piel tenía retales de pelaje, la mayoría embadurnados de sangre.

El resto de él... estaba teniendo problemas para decidir qué era. Uno de sus brazos estaba intentando ser una pata.

Vimes hizo el gesto de coger su espada y se acordó de que la había dejado en la cama. Se hurgó en los bolsillos. Sabía que lo otro estaba allí, recordaba haberlo cogido de encima del tocador...

Sus dedos se cerraron en torno a su placa de la Guardia. La sostuvo en alto.

—¡Alto! ¡En el nombre de la ley!

Wolfgang se lo quedó mirando, con un ojo amarillo resplandeciente. El otro lo tenía hecho papilla.

—Hola, Civilizado —gruñó—. Me esperabas, ¿eh?

Se abalanzó por el pasillo que llevaba a la habitación donde estaba acostado Zanahoria. Vimes intentó alcanzarlo, vio unos dedos rematados por garras que se cerraban en torno a la puerta y la arrancaban del marco.

Zanahoria estaba intentando coger su espada...

Y de pronto Wolfgang salió disparado hacia atrás por el impulso del cuerpo de Angua. Los dos aterrizaron en el vestíbulo, convertidos en una bola rodante de pelaje, garras y dientes.

Cuando un hombre lobo pelea contra otro, ambas formas tienen sus ventajas. Es una pugna eterna por obtener una posición donde las manos sean mejores que las garras. Y las formas corporales tienen vida propia, un atributo peligroso si se le permite actuar por su cuenta. El instinto de un gato es saltar sobre cualquier cosa que se mueva, pero esa no es una acción correcta si lo que se mueve tiene una mecha chispeante. La mente tiene que luchar con su propio cuerpo por el control y con el otro cuerpo por la supervivencia. Mezclando todas estas cosas, el ruido resultante sugiere que hay cuatro criaturas dentro de la bola arremolinada de furia. Y que cada una de ellas ha traído a varios amigos. Y que a ninguno de ellos le cae bien ninguno de los otros.

Una sombra hizo darse la vuelta a Vimes. Detritus, con una armadura reluciente, estaba apuntando con el Pedacificador desde encima de la barandilla.

—¡Sargento! ¡No! ¡Le darás también a Angua!

—No es problema, señor —dijo Detritus—. Porque no los matará, así que lo único que tendremos que hacer después es separar los pedazos que sean

Wolfgang y arrearle en la cabeza cuando se vuelva a montar...

—¡Si disparas eso aquí dentro sus pedazos se mezclarán con nuestros pedazos y no van a ser pedazos grandes! ¡Baja ese maldito trasto!

Vimes vio que Wolfgang no podía controlar bien su forma. No podía conseguir ser del todo lobo ni del todo humano, y Angua se estaba aprovechando de aquello. Esquivaba, zigzagueaba... mordía.

Pero aunque lo pudieras parar a golpes, no podías dejarlo seco.

—¡Señor Vimes! —Ahora era Jovial, haciéndole señales urgentes desde el pasillo que llevaba a la cocina—. ¡Tiene que venir aquí enseguida!

Ella tenía la cara lívida. Vimes le dio un codazo a Detritus.

—Si se separan, tú agárralo a él, ¿vale? ¡Intenta que se quede quieto!

Igor estaba tirado en la cocina, rodeado de cristales rotos. Wolfgang debía de haber aterrizado sobre él y luego ventiló su rabia perpetua sobre un blanco fácil. El hombre de retales sangraba copiosamente y estaba tumbado como un muñeco que hubiera sido arrojado con fuerza contra una pared.

—Amo —gimió.

—¿Puedes hacer algo por él, Jovial?

—¡No sabría ni por dónde empezar, señor!

—Amo, tiene que recordar usted una coza, ¿de acuerdo? —gimió Igor.

—Esto, sí... ¿qué?

—Tiene que llevarme a la sala de hielo de abajo y avizar a Igor, ¿me entiende?

—¿A cuál Igor? —dijo Vimes a la desesperada.

—¡Cualquier Igor! —Igor agarró a Vimes de la manga—. ¡Mi corazón está acabado, pero mi hígado está nuevito, dígame! En el cerebro no me paza nada que un buen relámpago no pueda zolventar. Igor se puede quedar mi mano derecha, tiene un cliente esperando. A mi intestino grueso le quedan años de hacer buen servicio. El ojo izquierdo no está para muchoz trotez, pero yo diría que algún pobre desgraciado le podría zacar provecho. La rodilla derecha está casi nueva. A la vieja señorita Prodzky le iría bien mi articulación de cadera, dígame a Igor. ¿Ze acuerda de todo?

—Sí, sí, creo que sí.

—Bien. Recuerde... Todo lo que va, acaba por volver...

Igor se desplomó.

—Se ha ido, señor —dijo Jovial.

Pero pronto levantará cabeza, aunque sea sobre cuello ajeno, pensó Vimes. No lo dijo en voz alta. Jovial era una sentimental. Lo que dijo fue:

—¿Puedes llevarlo a su cámara de hielo? Por lo que se oye Angua está ganando...

Volvió corriendo al vestíbulo. El lugar estaba hecho trizas. Mientras llegaba, Angua acababa de conseguir hacerle una presa de cuello a Wolfgang y

estrellarlo contra una columna de madera. Él se tambaleó y ella se giró y le barrió las piernas del suelo de una patada.

Eso se lo enseñé yo, pensó Vimes, mientras el hermano de ella aterrizaba pesadamente. Algunos de esos trucos sucios son pelea típica de Ankh-Morpork, eso son.

Pero Wolfgang volvía a estar arriba como si fuera una pelota de goma y daba un salto mortal por encima de la cabeza de Angua. Aquello lo llevó a la puerta principal. La destrozó de un golpe y saltó a la calle.

Y... todo se acabó. Una sala llena de escombros, copos de nieve que entraban volando y Angua sollozando en el suelo.

Él la recogió. Estaba sangrando por una docena de sitios. Aquel era todo el diagnóstico que Sam Vimes, que últimamente no tenía por costumbre examinar de cerca a jóvenes desnudas, pensó que podía intentar llevar a cabo de forma decente.

—No pasa nada, ya se ha ido —dijo, porque algo tenía que decir.

—¡Sí que pasa! ¡Estará una temporada fuera de circulación y luego volverá! ¡Lo conozco! ¡No importa adonde vayamos! ¡Ya lo ha visto! ¡Encontrará nuestro rastro y lo seguirá y entonces matará a Zanahoria!

—¿Por qué?

—¡Porque Zanahoria es mío!

Sybil bajó las escaleras poco a poco, llevando la ballesta de Vimes.

—Oh, pobrecilla —dijo—. Ven, vamos a encontrar algo con que taparte. Sam, ¿no hay algo que puedas hacer?

Vimes la miró. Incorporada a la expresión de Sybil estaba el presupuesto incuestionable de que él *podía* hacer algo.

Hacia una hora había estado desayunando. Hacia diez minutos se había estado poniendo aquel estúpido uniforme. En una habitación de verdad, con su esposa. Y había sido un mundo de verdad, con un futuro de verdad. Y de pronto la oscuridad había regresado, salpicada de rabia roja.

Y si él cedía ante ella, perdería. Aquella era la bestia que le gritaba por dentro, y Wolfgang era una bestia mejor. Vimes sabía que no tenía aquel talento, aquella maldad potente e irracional; tarde o temprano su cerebro se pondría en marcha y lo mataría.

Tal vez, dijo su cerebro, podrías empezar por usarme...

—Sííí —dijo—. Sí, creo que hay algo que puedo hacer...

Fuego y plata, pensó Vimes. Bueno, en Uberwald no es fácil encontrar plata.

—¿Quiere que vaya a yo? —preguntó Detritus, que sabía captar señales.

—No, creo... Creo que quiero hacer una detención. No quiero empezar una guerra. Además, quiero que te quedes aquí por si se le ocurre dar un rodeo y volver. Pero podrías prestarme la navaja.

Vimes encontró una sábana en una de las cajas rotas y arrancó una tira larga

de tela. Luego cogió su ballesta de manos de su mujer.

—Fíjate, ahora sí que ha cometido un crimen en Ankh-Morpork —dijo—. Eso hace que sea *mío*.

—Sam, no estamos...

—¿Sabes? Todo el mundo lleva tanto tiempo repitiéndome que no estaba en Ankh-Morpork que he acabado por creérmelo. Pero esta embajada es Ankh-Morpork y ahora mismo —levantó la ballesta—, yo soy la ley.

—¿Sam?

—¿Sí, querida?

—Conozco esa mirada. No hagas daño a nadie más, ¿quieres?

—No te preocupes, querida. Voy a ser civilizado.

* * *

Fuera en la calle había un grupo de enanos, rodeando a uno que yacía en la nieve sobre un charco de sangre.

—¿Por dónde? —dijo Vimes, y si los enanos no entendieron sus palabras, sí que entendieron la pregunta. Varios de ellos señalaron calle abajo.

Mientras caminaba, Vimes acunó la ballesta en el brazo y se encendió un puro.

Aquello sí que lo entendía. Nunca se le había dado bien la política, donde lo bueno y lo malo al parecer no eran más que dos maneras de mirar la misma cosa, o por lo menos, así los describía la gente que estaba en el bando que Vimes consideraba «malo».

Era todo demasiado complicado y, cuando era complicado, quería decir que alguien te estaba intentando engañar. Pero en la calle, en plena persecución en caliente, todo estaba muy claro. Alguien iba a seguir de pie al final de la carrera y en lo único que tenías que concentrarte era en asegurarte de ser tú.

En una esquina de la calle había un carro volcado y su carretero estaba de rodillas junto a un caballo que había sido abierto en canal.

—¿Por dónde?

El hombre señaló.

La calle a la que llegó era más amplia, más ajetreada y en ella había una serie de carruajes elegantes que se movían despacio por entre la multitud. Claro, la coronación.

Pero aquello pertenecía al mundo del duque de Ankh, y ahora mismo el duque no estaba presente. Ahora solamente estaba Sam Vimes, a quien no le gustaban mucho las coronaciones.

Se oyeron gritos más adelante, y de pronto el flujo de gente se volvió hacia Vimes, cosa que lo dejó yendo contra corriente, como un salmón.

La calle desembocaba en una plaza grande. Ahora la gente corría, lo cual le

indicó a Vimes que seguía avanzando en la dirección correcta. Estaba bastante claro que a Wolfgang lo encontraría en un sitio donde nadie más quisiera estar.

Un revuelo de movimientos a un lado de donde él estaba se convirtió en una patrulla de la guardia de la ciudad que pasaba al trote. Se detuvieron. Uno de ellos retrocedió. Era Pelele.

—¿Tengo que darle las gracias a usted por lo de anoche?—preguntó. Tenía cicatrices recientes en la cara, pero ya se le estaban curando. Tenemos que conseguir un Igor, se dijo Vimes.

—Sí—dijo Vimes—. Por lo bueno y por lo malo.

—¿Y ve usted lo que pasa cuando uno le planta cara a un hombre lobo?

Vimes abrió la boca para decir: «¿Eso que lleva puesto es un uniforme, capitán, o su traje de los domingos?», pero se detuvo a tiempo.

—No, es lo que pasa cuando uno es lo bastante tonto como para plantarle cara a un hombre lobo sin apoyo y sin armamento—dijo—. Lo siento, pero todos tenemos que aprender esa lección. La integridad es muy mala armadura.

El hombre se ruborizó.

—¿Qué está haciendo usted aquí?—preguntó.

—Nuestro amigo peludo acaba de asesinar a alguien en la embajada, que es...

—Sí, sí, territorio de Ankh-Morpork ¡Pero esto no lo es! ¡Aquí la guardia soy yo!

—Estoy en plena persecución en caliente, capitán. ¿Conoce usted el término?

—Yo... yo... ¡eso no es pertinente!

—¿En serio?—Vimes levantó una ceja—. Todos los policías conocen la regla de la persecución en caliente. Puedo ir detrás del sospechoso hasta más allá de mis límites legales siempre y cuando esté en plena persecución. Por supuesto, lo mismo hay un poco de jaleo legal después de atraparlo, pero eso lo podemos dejar para más adelante.

—¡Tengo intención de arrestarlo y o por los crímenes cometidos hoy!

—Eres demasiado joven para morir. Además, yo lo he visto primero. Te diré que haremos... Después de que él me mate a mí, prueba tú. ¿Te parece justo?—Miró a Pelele a los ojos—. Ahora apártate de en medio.

—Sabe que puedo detenerlo a usted.

—Es probable, pero hasta el momento me has parecido un hombre inteligente.

Pelele asintió con la cabeza y demostró que Vimes tenía razón.

—De acuerdo. ¿Cómo podemos serle de ayuda?

—Manteniéndooos apartados. Ah, sí, y barriendo lo que quede de mí si esto no funciona.

Vimes notó la mirada del hombre en el pescuezo mientras echaba a andar otra vez.

Había una estatua en medio de la plaza. Representaba al Quinto Elefante. Algún antiguo artesano había intentado plasmar en bronce y piedra el momento en que el animal alegórico había bajado atronando del cielo y le había regalado al país su increíble riqueza mineral. A su alrededor había figuras idealizadas y bastante fornidas de enanos y hombres, empuñando martillos y espadas y haciendo gala de nobles actitudes. Probablemente representarían la Verdad, la Industria, la Justicia y las Tortitas de Grasa Caseras de Mamá, por lo poco que sabía Vimes, pero él se sentía muy lejos de casa en un país donde parecía que nadie escribía grafitis en las estatuas públicas.

Había un hombre despatarrado sobre los guijarros, con una mujer arrodillada a su lado. Ella miró a Vimes con lágrimas en los ojos y dijo algo en uberwaldiano. Lo único que él pudo hacer fue asentir.

Wolfgang bajó de un salto de su puesto privilegiado encima de la estatua a la Mala Escultura y aterrizó a pocos metros de distancia, sonriendo.

—¡Señor Civilizado! ¿Quiere otro Juego?

—¿Ves esta placa que estoy sosteniendo? —preguntó Vimes.

—¡Es muy pequeña!

—Pero ¿la ves?

—¡Sí, veo su plaquita! —Wolfgang empezó a moverse de lado, con los brazos colgando flácidos a los lados.

—Y estoy armado. ¿Me has oído decirte que estoy armado?

—¿Con esa ridícula ballesta?

—Pero acabas de oírme decir que estoy armado, ¿no? —dijo Vimes, levantando la voz y girándose para evitar que el hombre lobo lo flanqueara. Dio una calada a su puro, dejando que reluciesen las ascuas.

—¡Sí! ¿Eso es lo que llaman civilizado?

Vimes sonrió.

—Sí, así es como lo hacemos.

—¡Mi manera es mejor!

—Y ahora estás arrestado —dijo Vimes—. Ven conmigo y no armes jaleo y te ataremos bien y te entregaremos a lo que sea que pasa por justicia aquí. Me doy cuenta de que esto puede ser difícil.

—¡Ja! ¡El sentido del humor de Ankh-Morpork!

—Sí, en cualquier momento me voy a bajar los pantalones. Entonces, ¿te estás resistiendo a la detención?

—¿A qué vienen esas preguntas estúpidas? —Ahora Wolfgang estaba casi bailando.

—¿Te estás resistiendo a la detención?

—¡Por supuesto! ¡Sí! ¡Buen chiste!

—Mira cómo me río.

Vimes tiró la ballesta a un lado y se sacó un tubo de debajo de la capa. Estaba

hecho de cartón, y de uno de sus extremos sobresalía un cono de color rojo.

—¡Un estúpido y ridículo cohete de fuegos artificiales! —gritó Wolfgang, y se lanzó a la carga.

—Es posible —dijo Vimes.

No se molestó en apuntar. Aquellas cosas nunca se diseñaban para ser precisas ni rápidas. Se limitó a sacarse el puro de la boca y, mientras Wolfgang corría hacia él, lo apretó contra el agujero de la mecha.

El mortero se zarandeo al encenderse la carga y el explosivo salió dando lentos trompicones y dejando un rastro de humo en forma de espiral perezosa. Parecía el arma más estúpida inventada desde la lanza de toffee.

Wolfgang bailoteó adelante y atrás bajo su trayectoria, sonriendo, y cuando le pasó un metro o dos por encima de la cabeza dio un salto elegante y la atrapó con la boca.

Y entonces explotó.

Las bengalas estaban hechas para ser vistas a treinta kilómetros de distancia. Hasta con los ojos fuertemente cerrados, Vimes vio el resplandor a través de sus párpados.

Cuando el cuerpo dejó de rodar, Vimes contempló la plaza. La gente estaba mirando desde los carruajes. La multitud guardaba silencio.

Había muchas cosas que podía decir. « ¡Hijo de puta! », habría sido una bastante buena. O podría decir: « ¡Bienvenido a la civilización! ». O podría decir: « ¡Ríete de esta! ». O podría decir: « ¡Atrápala! ».

Pero no lo hizo, porque si hubiera dicho cualquiera de esas cosas, entonces sabría que lo que acababa de cometer era un asesinato.

Se dio la vuelta, tiró el mortero vacío por encima del hombro y murmuró:

—Al infierno.

En momentos como aquel, ser abstemio era una carga bien pesada.

Pelele lo estaba mirando.

—No digas ni una palabra fuera de lugar —dijo Vimes, sin alterar el paso—. No lo hagas.

—Yo creía que esas cosas se disparaban muy deprisa...

—He acertado la carga —dijo Vimes, tirando la navaja de Detritus al aire y cogiéndola otra vez—. No quería *herir* a nadie.

—He oído cómo lo avisaba de que estaba armado. Lo he oído a él resistiéndose dos veces a la detención. Lo he oído todo. He oído todo lo que usted quería que oyera.

—Sí.

—Por supuesto, puede que él no conociera esa ley.

—¿En serio? Bueno, pues yo no sabía que era legal por aquí perseguir a un pobre desgraciado por el campo y darle caza hasta matarlo, y ya ves, eso no detuvo a nadie. —Vimes negó con la cabeza—. Y no me vengas con esos ojos de

cordero degollado. Sí, desde luego... *ahora* puedes decir que he hecho mal, o que tendría que haber llevado este asunto de otra manera. Esas cosas son fáciles de decir cuando ya ha pasado todo. Y a lo mejor las diré yo mismo. —En mitad de la noche, añadió para sus adentros, tras despertarme viendo esos ojos enloquecidos—. Pero querías pararlo tanto como yo. Ya lo creo que sí. Pero no podías hacerlo porque no tenías los medios, y yo lo he hecho porque podía. Y si puedes permitirme el lujo de juzgarme es porque sigues vivo. Y esa es la verdad, bien envuelta y con lacito. Suerte para ti, ¿eh?

La multitud se abrió para dejar paso a Vimes. El oyó cuchicheos a su alrededor.

—Por otro lado —dijo Pelele, sin encenderse, como si no hubiera escuchado lo que Vimes acababa de decir—, usted solamente ha disparado esa cosa para avisarle...

—¿Eh?

—Está claro que no podía usted saber que él intentaría automáticamente atrapar el... explosivo —dijo Pelele, y a Vimes le pareció que estaba ensayando cómo sonaba aquello—. Las... cualidades perrunas de un hombre lobo difícilmente se las podría imaginar un hombre de la gran ciudad.

Vimes sostuvo su mirada un momento y luego le dio unas palmaditas en el hombro.

—Quédate con esa idea —dijo.

Un carruaje se detuvo a su lado mientras él echaba a andar otra vez. El coche se detuvo de forma tan silenciosa, sin un solo tintineo de arneses y sin un solo repiqueteo de cascos, que Vimes saltó a un lado del susto.

Los caballos eran negros y tenían penachos negros en las cabezas. El carruaje era un coche funerario, y las tradicionales ventanas alargadas de vidrio ahora llevaban cristales ahumados. No había cochero: las riendas estaban simplemente atadas a una guía de hojalata.

Se abrió una portezuela. Una figura con velo se asomó al exterior.

—¿Excelentísimo embajador? Permítame llevarlo de vuelta a la embajada. Parece usted muy cansado.

—No, gracias —dijo Vimes, irritado.

—Tiene que disculparme el énfasis en el negro —dijo lady Margolotta—. Es en gran medida lo que se esperra de una en estas ocasiones, me temo...

Vimes se subió de un salto al carruaje con velocidad furiosa.

—Dígame usted —gruñó, blandiendo un dedo debajo de la nariz de ella—, ¿cómo puede alguien subir nadando por una cascada vertical? Yo estaba dispuesto a creerme cualquier cosa de ese cabrón, pero ni siquiera él podría haber hecho eso...

—Cierrtamente es un enigma —dijo la vampira con tranquilidad, mientras el carruaje sin cochero continuaba su avance—. ¿Con fuerza sobrehumana, tal vez?

—Y ahora ya no está y los vampiros han salido ganando, ¿eh?

—Me gustaría pensar que va a ser una bendición parra el país entero. —Lady Margolotta se reclinó en su asiento. Su rata con un lazo al cuello observó a Vimes con recelo desde su cojín rosa—. Wolfgang erra un sádico asesino, un atavismo que asustaba hasta a su propia familia. Delfina... perdón, Angua... va a tener un poco de tranquilidad. Siempre me ha parecido una señorita inteligente. Marcharse de aquí es lo mejor que hizo nunca. La oscuridad darrá un poco menos de miedo. El mundo serrá un poco mejor.

—¿Y yo le he entregado a usted Uberwald?

—No sea estúpido. Uberwald es enorme. Esto es una parte diminuta del país. Y ahora va a cambiar. Ha sido usted una bocanada de aire fresco.

Lady Margolotta sacó una larga boquilla de su bolso e introdujo en la misma un cigarrillo negro. Que se encendió solo.

—Igual que usted, yo he encontrado el consuelo en un... vicio distinto —dijo ella—. El Scopani Negro. Cultivan el tabaco en la oscuridad total. Pruebe un poco. Con esto se puede aislar tejados contra el agua. Tengo entendido que Igor hace los cigarros prensando las hojas entre sus muslos. —Soltó una bocanada de humo—. Bueno, o los muslos de alguien. Por supuesto, lo siento por la baronesa. Tiene que ser duro para una mujer lobo darse cuenta de que ha criado a un monstruo. En cuanto al barón, le das un hueso y se pasa horas feliz. —Otra bocanada de humo—. Cuide de Angua. La Familia Feliz no es un juego popular entre los no-muertos.

—¡Usted lo ayudó a regresar! ¡Igual que me ayudó a mí!

—Oh, habría regresado de todas maneras, con el tiempo. En algún momento en que no lo estuviera usted esperando. Erra mejor que las cosas terminaran hoy. —Ella le dedicó una mirada calculadora a través del humo—. Se le da a usted bien la furia, su excelencia. La guarra para cuando la necesita.

—No podía usted saber que yo le iba a ganar. Me dejó en la nieve. ¡Yo ni siquiera iba armado!

—Havelock Vetinari no habría mandado a un tonto a Uberwald. —Más humo, que tembló en el aire—. Por lo menos, no un tonto *estúpido*.

Vimes frunció los ojos.

—Lo ha conocido usted, ¿verdad?

—Sí.

—Y le ha enseñado todo lo que sabe, ¿verdad?

Ella expulsó el humo por la nariz y le dedicó una sonrisa radiante.

—¿Perdone? ¿Cree usted que yo le he enseñado algo? Querido señor... En cuanto a lo que yo he sacado de todo esto... bueno, un poco de espacio para respirar. Un poco de influencia. La política es más interesante que la sangre, excelencia. Y mucho más divertida. No se fie del vampiro reformado, señor: el ansia de sangre no es más que ansia, y con cuidado se puede desviar por distintos

canales. A Uberwald le van a hacer falta políticos. Ah, crreo que ya hemos llegado —añadió ella, aunque Vimes habría jurado que ni siquiera había echado un vistazo por la ventanilla.

Se abrió la portezuela.

—Si mi Igor sigue ahí, dígame que lo verré en Jdienda de Abajo. Encantada de haberle conocido. Estoy segurra de que nos volveremos a ver. Y por favor, dele muchos recuerdos a lord Vetinari.

La portezuela se cerró detrás de Vimes. El carruaje arrancó.

Él soltó una palabrota por lo bajo.

El vestíbulo de la embajada estaba lleno de Igors. Varios de ellos se llevaron la mano a la frente, o por lo menos a la costura que correspondía más o menos con la frente, al verlo. Todos llevaban recipientes de metal grueso de varios tamaños, sobre los cuales se estaban formando cristales de escarcha.

—¿Qué es esto? —preguntó—. ¿El funeral de Igor? —De pronto lo entendió—. Por los dioses... ¿con bolsas de obsequios? ¿A todo el mundo le toca algo que llevarse a casa?

—Ze podría decir azí, zeñor, ze podría eccplicar de eza manera —dijo un Igor—. Pero nozotroz penzamos que poner cadáverez bajo tierra ez baztante horripilante. Con tantoz guzanos y cozaz de ezaz. —Le dio un golpecito a la caja de latón que llevaba debajo del brazo—. De eza manera, volverá a caminar en buena parte dentro de nada —añadió en tono jovial.

—Reencarnación a plazos, ¿eh? —dijo Vimes sin mucho aplomo.

—Muy divertido, zeñor —dijo el Igor en tono grave— Pero ez azombrozo lo que la gente necezita. Corazonez, hígadoz, manoz... Tenemos una liza de cazoz que loz neceztan. Para eza noche habrá alguna gente muy afortunada por eza parte del mundo...

—¿Y estas partes en alguna gente muy afortunada?

—Muy bueno, zeñor. Veo que ez uzted ingeniozo. Y un día algún pobre diablo tendrá una herida ezpantoza en el cerebro, y —volvió a dar un golpecito en la caja helada— todo lo que va, acaba por volver.

Saludó con la cabeza a Jovial y luego a Vimes.

Se alejó cojeando, pero de pronto una voz muy semejante estaba detrás de Vimes. Otro Igor salió de las cocinas, sosteniendo un traje negro polvoriento en una percha y un par de botas en la otra mano.

—Un poco gaztadaz, pero diría yo que algún pobre hombre laz agradecerá —dijo—. Ziento que tengamos tantaz prizaz todoz, zeñor. Mucho que hacer, y a zabe uzted cómo ez.

—Me lo imagino —dijo Vimes, y por desgracia era cierto. Pero luego pensó: El hacha de mi abuelo, como decía el rey. Se cambian piezas, se sustituyen todas las partes, pero el hacha sobrevive. Siempre existirá un Igor.

—Son gente muy generosa, señor —dijo Jovial, después de que el último Igor

se marchara renqueando—. Hacen un trabajo muy bueno por la gente.

—Lo sé, lo sé. Pero...

—Sí, señor. Lo entiendo, señor. Todo el mundo está en la sala de estar. Lady Sybil dijo que volvería usted. Dijo que cualquiera que tenga esa mirada en la cara ha de volver.

—Vamos todos a la coronación. Mejor será que acabemos de una vez con esto. ¿Es eso lo que vas a llevar puesto, Jovial?

—Sí, señor.

—Pero si es solo... ropa normal de enano. Con pantalones y todo.

—Sí, señor.

—Pero Sybil dijo que tenías un vestidito verde encantador y un casco con una pluma.

—Sí, señor.

—Eres libre de llevar lo que quieras, ya lo sabes.

—Sí, señor. Y luego pensé en Dee. Y miré al rey cuando estaba hablando con usted, y... bueno, *puedo* llevar lo que quiera, señor. Eso es lo que cuenta. No tengo que llevar ese vestido, y no debería llevarlo solamente porque haya gente que no quiera que lo lleve. Además, me daba pinta de lechuga más bien estúpida.

—Eso es todo un poco complicado para mí, Jovial.

—Probablemente sea una cosa de enanos, señor.

Vimes abrió las puertas de la sala de estar.

—Se acabó —dijo, mientras los demás se giraban para mirarlo.

—¿Has hecho daño a alguien más? —preguntó Sybil.

—Solamente a Wolfgang.

—Volverá —dijo Angua.

—No.

—¿Lo ha matado usted?

—No. Lo he dejado seco. Veo que estás levantado, capitán.

Zanahoria se puso de pie y se cuadró.

—Siento no haber sido muy útil, señor.

—Simplemente elegiste el peor momento para pelear limpio. ¿Te encuentras lo bastante bien como para venir?

—Esto... Angua y yo queremos quedarnos aquí, si no le importa, señor. Tenemos cosas de que hablar. Y... esto... cosas que hacer.

* * *

Era la primera coronación a la que asistía Vimes. Había esperado que fuera... más extraña, tocada de alguna forma por la gloria.

Sin embargo fue aburrida, aunque eso así, aburrida a lo grande, un aburrimiento destilado y cultivado durante miles de años hasta desarrollar un

lustre impresionante, igual que lo desarrolla hasta la mugre si uno le saca brillo durante el tiempo suficiente. Era aburrimiento templado y martilleado hasta adoptar la forma y figura de una ceremonia.

También había sido cronometrado para poner a prueba la capacidad de la vejiga media.

Una serie de enanos leyeron pasajes de antiguos pergaminos. Había algunos que sonaban a extractos de la Saga Kobledeana, y Vimes se preguntó desesperadamente si les iba a caer otra ópera, pero aquella parte se acabó después de una hora nada más. Luego hubo más lecturas a cargo de distintos enanos. En un momento dado al rey, que había estado de pie a solas en el centro de un círculo de luz de velas, le entregaron una bolsa de cuero, una pequeña hacha minera y un rubí. Vimes no captó el significado de nada de todo aquello, pero a juzgar por los ruidos que oía detrás de sí, estaba claro que cada uno de aquellos objetos tenía un significado enorme y satisfactorio para los millares de enanos congregados allí. ¿Millares? No, debía de haber decenas de millares, pensó. La cueva de la caverna estaba llena hasta arriba de hileras escalonadas de enanos. Tal vez cien mil...

... y él estaba en primera fila. Nadie les había dicho nada. A ellos cuatro se habían limitado a guiarlos hasta allí y dejarlos, aunque los murmullos sugerían que la presencia de Detritus estaba suscitando una atención considerable. Estaban rodeados por todos lados de enanos ancianos con barbas largas y ropa elegante, y el troll destacaba entre ellos como una torre.

A alguien le estaban dando algo en que pensar. Vimes se preguntó a quién iba dirigida la lección.

Por fin trajeron el Bollo, pequeño y poco espectacular y sin embargo cargado por veinticuatro enanos sobre unas andas enormes. Fue colocado ceremoniosamente sobre un taburete.

Vimes sintió un cambio en la atmósfera de la enorme caverna, y una vez más pensó: No hay magia, pobres diablos, no hay historia. Me apuesto mi sueldo a que esa maldita piedra la moldearon con caucho de una cuba que antes se había usado en la preparación de los Fiables Superseguros de Sonki, y ahí tenéis vuestra reliquia sagrada...

Todavía hubo más lecturas, esta vez mucho más cortas.

Al terminar, los enanos que habían estado participando durante aquellas horas desconcertantes e interminables se retiraron del centro de la caverna, dejando al rey con un aspecto tan pequeño y solitario como el Bollo mismo.

El rey miró a su alrededor y, aunque tuvo que resultarle imposible haber visto a Vimes entre los millares de asistentes que había en la penumbra, dio la impresión de que su mirada se posaba durante una fracción de segundo sobre la comitiva de Ankh-Morpork.

El rey se sentó.

Se empezó a oír un suspiro. Se hizo más y más fuerte, un huracán construido con el aliento de una nación entera. Levantó ecos en todas direcciones por entre las rocas hasta ahogar todos los demás sonidos.

Vimes casi había esperado que el Bollo explotara, o que se deshiciera, o que soltara un destello al rojo vivo. Lo cual era estúpido, dijo una parte cada vez más pequeña de sí mismo: era una falsificación, un sinsentido, algo fabricado en Ankh-Morpork por un precio, algo que ya se había cobrado vidas. No era, no *podía* ser real.

Pero en medio de aquel aire atronador supo que lo era, en las mentes de todos los que necesitaban creer, y en una creencia tan fuerte que los hechos no eran lo mismo que la verdad... supo que por ahora, y ayer, y mañana, aquello era la cosa y nada más que la cosa.

* * *

Angua se dio cuenta de que Zanahoria caminaba mejor y a mientras llegaban al bosque de debajo de la cascada, y la pala que llevaba al hombro apenas le suponía una carga.

Había huellas de lobo por toda la nieve.

—No se habrán quedado —dijo ella, mientras caminaban entre los árboles—. Les ha afectado mucho cuando él ha muerto, pero... los lobos miran al futuro. No intentan acordarse de las cosas.

—Tienen suerte —dijo Zanahoria.

—Son realistas, es simplemente que el futuro contiene la próxima comida y el próximo peligro. ¿Tu brazo está bien?

—Parece estar como nuevo.

Encontraron la masa de pelaje congelado tirada al borde del agua. Zanahoria la sacó del agua, trepó por la nieve hasta la parte alta de los guijarros y se puso a cavar.

Al cabo de un rato se quitó la camisa. Los hematomas ya estaban desapareciendo.

Angua se sentó y miró por encima del agua, mientras escuchaba la pala y algún gruñido ocasional cada vez que Zanahoria daba con una raíz. Luego oyó el susurro de algo que estaba siendo arrastrado por la nieve, una pausa y por fin el ruido de una pala que echaba arena y piedras dentro de un agujero.

—¿Quieres decir algunas palabras? —preguntó Zanahoria.

—Ya oíste el aullido de anoche. Así es como lo hacen los lobos —dijo Angua, todavía mirando en dirección a la otra orilla—. No hay más palabras que esas.

—Tal vez solamente un momento de silencio, pues...

Ella se dio la vuelta de golpe.

—¿Zanahoria! ¿Es que no te acuerdas de anoche? ¿No te preguntaste en que

me podía convertir? ¿No te preocupaba el futuro?

—No.

—¿Por qué demonios no?

—Porque todavía no ha llegado. ¿Volvemos? Pronto se hará oscuro.

—¿Y mañana?

—Me gustaría que volvieras a Ankh-Morpork

—¿Por qué? Allí no hay nada para mí.

Zanahoria dio unos golpes para apisonar la tierra de encima de la tumba.

—¿Y aquí te queda algo? Además, y o...

No te atrevas a decir las palabras, pensó Angua. No en un momento como este.

Y entonces los dos percibieron la presencia de los lobos. Se estaban acercando por entre los árboles, sombras más oscuras bajo la luz vespertina.

—Están de caza —dijo Angua, cogiendo a Zanahoria del brazo.

—Oh, no te preocupes. No atacan a los seres humanos sin razón.

—¿Zanahoria?

—¿Sí? —Los lobos se estaban acercando.

—*¡Yo no soy humana!*

—Pero anoche...

—Aquello fue distinto. Se acordaban de Gavin. Ahora ya no soy más que un hombre lobo para ellos.

Ella vio cómo él se giraba para contemplar el avance de los lobos. Tenían el pelo del lomo erizado. Estaban gruñendo. Se movían con ese extraño movimiento lateral de aquellos cuyo odio a duras penas puede vencer a su miedo. Y en cualquier momento, aquel equilibrio iba a desplomarse del todo en uno de ellos, y entonces todo se acabaría.

Hubo un salto, y fue Zanahoria quien lo dio. Agarró al líder de los lobos del cuello y de la cola y lo sostuvo mientras este forcejeaba y daba dentelladas al aire. Sus esfuerzos frenéticos por escapar solamente lo llevaron a correr en círculos alrededor de Zanahoria, mientras los demás lobos permanecían apartados de aquel remolino de color gris. Por fin, cuando el lobo tropezó, Zanahoria le dio un mordisco en el pescuezo. El animal soltó un grito.

Zanahoria lo soltó y se puso de pie. Miró al círculo de lobos. Ellos se apartaron instintivamente de su mirada.

—¿Hmmm? —dijo él.

El lobo que había en el suelo gimoteó y se puso de pie torpemente.

—¿Hmmm?

El animal se metió la cola entre las piernas y retrocedió, pero todavía parecía estar sujeto a Zanahoria por una correa invisible.

—¿Angua? —dijo Zanahoria, sin dejar de mirarlo con precaución.

—¿Sí?

—¿Sabes hablar el idioma de los lobos? O sea, ¿en la forma que tienes ahora?

—Un poco. Oye, ¿cómo has sabido lo que tenías que hacer?

—Oh, he observado a los animales —dijo Zanahoria, como si aquello fuera una explicación—. Por favor, díles... díles que si se marchan ahora, no les haré daño.

Ella consiguió ladrar las palabras. Todo había cambiado en solamente un pequeño puñado de segundos. Ahora Zanahoria escribía el guión.

—Y ahora díles que aunque me marche, puedo regresar. ¿Cómo se llama ese?—Señaló con la cabeza al lobo intimidado.

—Se llama Come Carne Que No Debe —susurró Angua—. Era... es el líder ahora que Gavin no está.

—Pues dile que me parece bien que siga siendo el líder. Díselo a todos.

Ellos la miraron fijamente. Ella sabía lo que estaban pensando. Que él había derrotado al líder. Todo estaba decidido. Los lobos no tenían mucho espacio mental para la incertidumbre. La duda era un lujo reservado a aquellas especies que no vivían a una comida de distancia de la hambruna. Todavía tenían un agujero con la forma de Gavin en las mentes y Zanahoria se había colocado en él. Por supuesto, aquello no duraría mucho. Pero tampoco hacía falta.

Él siempre, siempre encuentra una forma de entrar, pensó ella. No es que piense en ello, no calcula las cosas, simplemente entra inadvertido. Yo lo salvé porque él no podía salvarse solo, y Gavin lo salvó porque... porque... porque tenía alguna razón... Y estoy casi, casi segura de que Zanahoria no sabe cómo se las apaña para poner al mundo de su lado. Casi segura. Es bueno y amable y nació para ser uno de esos reyes antiguos que se coronaban con hojas de roble y reinaban en un trono debajo de un árbol, y aunque lo intenta con todas sus fuerzas nunca tiene ningún pensamiento cínico.

Estoy casi segura.

—Ahora vámonos —dijo Zanahoria—. La coronación pronto se habrá acabado, y no quiero que el señor Vimes se preocupe.

—¡Zanahoria! Hay algo que tengo que saber.

—¿Sí?

—A mí me puede pasar *lo mismo*. ¿Alguna vez has pensado en eso? Al fin y al cabo era mi hermano. Ser dos cosas al mismo tiempo, y nunca ser del todo una... no somos las criaturas más estables precisamente.

—El oro y el pedrusco salen del mismo pozo —dijo Zanahoria.

—¡Eso no es más que un refrán de los enanos!

—Pero es verdad. Tú no eres él.

—Bueno, si pasara... si se diera el caso... ¿harías lo que ha hecho Vimes? ¿Zanahoria? ¿Serías tú quien cogería un arma e iría a por mí? Sé que no me vas a mentir. Tengo que saberlo. ¿Serías *tú*?

Cayó un poco de nieve de los árboles. Los lobos miraban con atención.

Zanahoria levantó un momento la vista hacia el cielo gris, y luego asintió.

—Sí.

Ella suspiró.

—¿Me lo prometes?

* * *

A Vimes le sorprendió lo deprisa que la coronación se convertía en un día de trabajo. Hubo una fanfarria de cuernos resonantes, un movimiento general de la multitud y una cola empezó a formarse delante del rey.

—¡Ni siquiera le han dado tiempo a que se ponga cómodo! —se sorprendió lady Sybil mientras se dirigían a la salida.

—Nuestros reyes son... reyes trabajadores —dijo Jovial, y Vimes detectó el orgullo en su voz—. Pero ahora ha llegado la hora en que el rey dispensa favores.

Un enano alcanzó a Vimes y tiró respetuosamente de su capa.

—El rey desea verlo a usted ahora, excelentísimo embajador —dijo.

—¡Hay una cola increíble!

—Aun así —el enano carraspeó con gesto educado—, el rey desea verlo a usted ahora. A todos ustedes.

Fueron conducidos hasta el principio de la cola. Vimes sintió que muchas miradas se le clavaban al final de la espalda.

El rey despidió a su suplicante previo con un gesto regio de la cabeza mientras la comitiva de Ankh-Morpork era hábilmente insertada al frente de la cola, reemplazando a un enano a quien la barba le llegaba hasta las rodillas.

El rey los miró un momento y por fin el sistema de clasificación interior emitió una tarjeta.

—Ah, son ustedes, frescos como una rosa —dijo—. A ver, ¿qué iba a hacer yo? Ah, ya me acuerdo... ¿Lady Sybil?

Ella hizo una reverencia.

—Lo clásico en estas ocasiones es regalar anillos —dijo el rey—. Entre nosotros, muchos enanos consideran eso un poco... bueno, como regalar sales de baño, ya saben. Pero yo creo que siguen siendo adecuados, así que esto, lady Sybil, tal vez sea una muestra de las cosas que están por venir.

Era un fino anillo de plata. Vimes se quedó pasmado ante semejante rancanería, pero Sybil era capaz de aceptar con elegancia un puñado de ratas.

—Oh, qué marav... —

—Normalmente regalamos oro —continuó el rey—. Muy popular, y por supuesto se puede cantar sobre el mismo. Pero este tiene... el valor de lo poco común, fíjense. Es la primera plata que se ha extraído en Uberwald en centenares de años.

—Yo creía que había una ley que... —empezó a decir Vimes.

—Anoche ordené que se reabrieran las minas —dijo el rey, en tono afable—.

Parecía un momento propicio. Pronto tendremos plata a la venta, excelentísimo embajador, pero si lady Sybil no interviene en las negociaciones y nos manda a la bancarrota, yo por mi parte le voy a estar muy agradecido —añadió el rey—. Veo que la señorita Culopequeño no nos ha honrado hoy con ninguna extravagancia indumentaria.

Jovial miró sin comprender.

—No lleva ningún vestido —le apuntó el rey.

—No, mi señor.

—Aunque sí que aprecio unos discretos toques de rímel y pintalabios.

—Sí, mi señor —dijo Jovial con voz quebrada, a punto de morir de shock.

—Queda bien. No se olvide de decirme el nombre de su modista —continuó el rey—. Puede que tenga algún encargo para ella con el tiempo. He estado pensando mucho en ello...

Vimes parpadeó. Jovial se había puesto lívida. ¿Acaso alguien más había oído aquello? ¿Acaso lo había oído él mismo?

Sybil le dio un golpecito en las costillas.

—Tienes la boca abierta, Sam —le susurró.

Así que era cierto que lo había oído...

Volvió a oír la voz del rey.

—... y una bolsa de oro siempre es aceptable.

Jovial continuaba mirando fijamente.

Vimes la zarandó suavemente por el hombro.

—Gr... gracias, mi señor.

El rey extendió la mano. Vimes volvió a bambolear a Jovial. Completamente hipnotizada, ella extendió la mano. El rey la cogió y se la estrechó.

Detrás de Vimes se extendieron los murmullos de sorpresa. El rey había estrechado la mano de una *fém*ina declarada...

—Y solo nos queda... Detritus —dijo el rey—. Resulta un poco un enigma lo que un enano le tiene que regalar a un troll, pero se me ocurre que lo que tendría que regalarle a usted es lo mismo que le regalaría a un enano. Una bolsa de oro, pues, para el propósito que usted decida darle, y...

Se puso de pie. Extendió la mano.

Los enanos y los trolls seguían luchando en las regiones más remotas de Uberwald, Vimes lo sabía. En el resto del país, había como mucho esa clase de paz que se daba cuando ambas partes estaban ocupadas rearmándose.

Los murmullos se detuvieron. El silencio se extendió en círculos concéntricos por toda la extensión de la caverna.

Detritus parpadeó. Luego cogió la mano con mucho cuidado, intentando no machacarla.

Los susurros se reanudaron. Y esta vez, Vimes lo supo, recorrerían millas de distancia.

Se le ocurrió que con dos apretones de manos el enano anciano y de barba blanca había hecho más de lo que podrían haber conseguido una docena de conspiraciones taimadas. Para cuando aquellos círculos concéntricos llegaran a los confines de Uberwald, se habrían convertido en un maremoto. Comparado con eso, treinta hombres y un perro no serían nada.

—¿Hum?

—Digo que qué puede darle un rey a un Vimes —dijo el rey.

—Esto, nada, creo yo —dijo Vimes en tono distraído.

¡Dos apretones de manos! Y en voz muy baja, y sonriendo, el rey les había dado la vuelta completamente a las costumbres de los enanos. Y de forma tan gentil que se pasarían años discutiendo sobre el asunto.

—¡Sam! —le dijo Sybil.

—Bien, pues, entonces les daré algo a sus descendientes —dijo el rey, en apariencia impertérrito. Le trajeron una caja plana y alargada. La abrió para revelar un hacha de enano, con el metal recién forjado reluciendo sobre su lecho de tela negra—. Esta se convertirá, con el tiempo, en el hacha del abuelo de alguien —dijo el rey, levantándola—. Y no hay duda de que con el paso de los años necesitará una empuñadura nueva o una hoja nueva y que con el paso de los siglos su forma cambiará de acuerdo con las modas, pero será siempre, en todos los detalles y todos los sentidos, el hacha que hoy le entrego. Y es gracias a que cambiará con el paso del tiempo que siempre estará afilada. Hay una pizca de verdad en eso, fíjese. Disfrute del viaje a casa, excelentísimo embajador.

* * *

Los cuatro guardaron silencio en el carruaje de vuelta a la embajada. Luego Jovial dijo:

—El rey ha dicho...

—Lo he oído —dijo Vimes.

—Ha sido como decir que él es una m...

—Las cosas van a cambiar —dijo lady Sybil—. Eso es lo que estaba diciendo el rey.

—Nunca le había dado la mano a un rey —dijo Detritus—. Bueno, ni a un enano tampoco.

—Una vez me la estrechaste a mí —dijo Jovial.

—Los agentes de la Guardia no cuentan —afirmó Detritus—. Los guardias son *guardias*.

—Me pregunto si eso va a cambiar algo —dijo lady Sybil.

Vimes miró por la ventanilla. Probablemente ayudaría a que la gente se sintiera bien, pensó. Pero los trolls y los enanos llevaban siglos luchando. Terminar con algo así requería más que un apretón de manos. El apretón era solo

un símbolo.

Aunque por otro lado... el mundo no lo movían los héroes ni los villanos, ni siquiera los policías. Tal vez a fin de cuentas lo podían mover los símbolos. Lo único que él sabía era que no se podía aspirar a las cosas grandes, como la paz en el mundo y la felicidad, pero sí que se podía alcanzar algún pequeño logro que hiciera que el mundo fuese, de alguna pequeña manera, un mundo mejor.

Como disparar a alguien.

—Me olvidé de decirte que me pareció muy amable de tu parte, Jovial —dijo lady Sybil—, cuando ayer consolaste a Dee.

—Ella estaba dispuesta a que me mataran los hombres lobo —dijo Vimes. Tenía la sensación de que valía la pena mencionarlo.

—Sí, por supuesto. Pero... aun así, fue amable —dijo Sybil.

Jovial bajó la vista al suelo, evitando la mirada de lady Sybil. Tosió nerviosamente, se sacó un pedacito de papel de la manga y se lo entregó sin decir palabra a Vimes.

Él lo desdobló y lo leyó. Era una lista de nombres y direcciones.

—¿Ella te dio esto? —dijo—. Algunos de estos son enanos muy importantes de Ankh-Morpork...

—Sí, señor —dijo Jovial, y volvió a carraspear—. Yo sabía que ella quería alguien con quien hablar, y, hum, le sugerí unas cuantas cosas de las que podría querer hablar. Lo siento, lady Sybil. Es muy difícil dejar de ser poli.

—Eso ya lo descubrí hace mucho tiempo —dijo Sybil.

—¿Sabéis? —dijo Vimes, para romper el silencio—. Si salimos con la primera luz del alba, podemos cruzar el paso antes de la puesta del sol.

Y fue una noche cómoda, en las profundidades del colchón de plumas. Vimes se despertó un par de veces, y le pareció oír voces. Luego se volvió a desplomar en la blandura y soñó con nieve cálida.

Lo despertó zarandeándolo Detritus.

—Empieza a haber luz, señor.

—¿Mmm?

—Y hay un Igor y un... joven fuera en el vestíbulo —dijo Detritus—. Tiene una jarra grande llena de narices y un conejo cubierto de orejas.

Vimes intentó volver a dormirse. Luego se incorporó de un salto.

—¿Qué?

—Que tiene todo lleno de orejas por encima, señor.

—¿Dices un conejo de esos con orejas grandes y caídas?

—Mejor que venga a ver este conejo —dijo el troll sorbiéndose la nariz.

Vimes dejó a Sybil deleitándose en el sueño, se puso el batín y bajó corriendo descalzo al vestíbulo helado.

Había un Igor esperando ansiosamente en medio de la sala. Vimes le estaba cogiendo el tranquilo a distinguir a los distintos Igors^[21], y aquel era uno nuevo.

Iba con un, ejem, hombre mucho más joven, probablemente casi adolescente, pero en el que las cicatrices y los puntos ya indicaban el incesante impulso de automejora que constituía el rasgo distintivo de un buen Igor. Pero parecía que nunca conseguían poner los ojos a la misma altura.

—¿Eccelentísimo embajador?

—Es usted... Igor, ¿verdad?

—Azombroza intuición, señor. No noz hemoz conocido nunca, pero trabajo para el doctor Táumico al otro lado de la montaña, y ezte ez mi hijo, Igor. —Le dio una colleja—. ¡Zaluda a zu eccelencia, Igor!

—No creo en la nobleza —dijo el joven Igor en tono huraño—. Y no pienso llamar « amo » a nadie.

—¿Lo ve? —dijo su padre—. Lo ziento mucho, eccelencia, pero azi ez la generación que viene. Ezpero que pueda uzted encontrarle un trabajo en la gran ciudad, porque en Uberwald nadie le va a dar uno. Pero ez muy buen cirujano, aunque tenga ideaz raraz. Tiene laz manoz de zu abuelo, ¿zabe?

—Ya veo las cicatrices —dijo Vimes.

—Demonio con zuerte, tendrían que haber zido mías por derecho, pero rezulta que él tenía edad zuficiente para entrar en la lotería.

—¿Quieres unirse a la Guardia, Igor? —preguntó Vimes.

—Sí, señor. Creo que el futuro está en Ankh-Morpork, señor.

Su padre se acercó a Vimes.

—Nunca decimoz nada de zu ligero defecto del habla, amo —susurró—. Por zipuzeto, ezo aquí juega en zu contra, ya zabe, en el negocio de los Igorz, pero eztoy zeguro de que en Ankh-Morpork la gente zerá amable con él.

—Sí, por supuesto —dijo Vimes, sacando su pañuelo y secándose la oreja con gesto distraído—. Y, ejem... ¿este conejo?

—Es Orejín, señor —dijo el joven Igor.

—Buen nombre. Buen nombre. ¿Por eso tiene orejas humanas por todo el lomo?

—Ez un experimento de juventud, señor.

—¿Y, esto, las narices?

Había una docena de ellas, dentro de un frasco de conservas grande con tapa de rosca. Y eran... simples narices. No cortadas a nadie, por lo que Vimes podía ver. Tenían piernecitas y estaban dando saltitos esperanzados contra el cristal, como cachorrillos detrás del escaparate de una tienda de animales. Le pareció oír débiles grititos que decían « ¡uiii! ».

—La nueva ola, señor —dijo el joven Igor—. Las cultivo en cubetaz especiales. ¡También sé hacer ojoz y dedoz!

—¡Pero tienen piernecitas!

—Oh, se marchitan y se caen después de unas horas de estar cosidas, señor. Y quieren ser útiles, mis naricitaz. Bio-artificios para el siglo que empieza, señor.

Se acabó eso tan anticuado de cortar cadáverez...

Su padre le dio otro cachete en la cabeza.

—¿Lo ve? ¿Lo ve? ¿Qué zentido tiene ezo? ¡Gandull! ¡Ezpero que pueda uzted hacer algo con él, amo, porque yo ya he renunciado! ¡No vale para dezmontarlo y aprovechar laz partez, como zolemoz decir!

Vimes suspiró. Aun así, perder pequeños apéndices era un riesgo diario en la Guardia y el chaval era, a fin de cuentas, un Igor. Tampoco es que hubiera gente normal en la Guardia. Se podía permitir aguantar a un cultivador de narices a cambio de cirugia donde no hubiera gritos ni cubos de brea hirviendo.

Señaló una caja que había junto al joven. Estaba gruñendo y bamboleándose de un lado al otro.

—No tendrás también un perro, ¿verdad? —dijo, intentando que sonara a broma.

—Eso son mis tomates —dijo el joven Igor—. Un triunfo del igrismo moderno. Crecen hazta zer enormes.

—¡Zolamente porque atacan zalvajemente a todaz laz demáz verduraz! —exclamó su padre—. Pero tengo que decir algo a favor del chico, amo. Nunca he vizto a nadie tan bueno coziendo puntosz diminutoz de verdad.

—Muy bien, muy bien, suena como la clase de hombre que estoy buscando —dijo Vimes—. O por lo menos se le acerca. Siéntese, joven. Confío en que haya sitio suficiente en los carruajes...

Se abrió la puerta del patio, dejando entrar unos cuantos copos de nieve y a Zanahoria, que pisoteó el suelo para sacudirse la nieve.

—Nevó un poco anoche, pero el camino parece abierto —dijo—. Pero dicen que va a caer una de las buenas esta noche, así que... Oh, buenos días, señor.

—¿Te encuentras lo bastante bien como para viajar? —preguntó Vimes.

—Los dos lo estamos —dijo Angua. Cruzó el vestíbulo y se detuvo junto a Zanahoria.

Una vez más, Vimes fue consciente de un montón de palabras que él no había oído. Los hombres sabios no hacían preguntas en momentos como aquel. Además, Vimes notó que el frío le subía por las piernas.

Llegó a una decisión.

—Dame tu cuaderno, capitán —dijo.

Los demás vieron cómo escribía unas líneas.

—Pásate por la torre de clacs y manda un mensaje a Pseudópolis Yard —dijo, devolviéndole el cuaderno a Zanahoria—. Diles que ya vas de camino. Llévate al joven Igor e instálalo, ¿de acuerdo? Y haz un informe para su señoría.

—¿No viene usted? —preguntó Zanahoria.

—Lady Sybil y yo cogemos el otro carruaje —dijo Vimes—. O compraremos un trineo. Son muy cómodos, los trineos. Y nos lo... nos lo tomaremos con un poco más de calma. Veremos el paisaje. Nos entretendremos

por el camino. ¿Comprendido?

Vio que Angua sonreía y se preguntó si Sybil se habría confiado a ella.

—Absolutamente, señor —dijo Zanahoria.

—Oh, y, hum, ve a la tienda Burleigh y Fuerteenelbrazo, encarga un par de docenas de todo lo que tengan en el catálogo de armas pequeñas y mételas en la siguiente diligencia del correo que salga para Jdienda a la atención personal del capitán Pelele.

—La tarifa de la diligencia va a ser muy cara, señor... —empezó a decir Zanahoria.

—No quería que me dijera usted eso, capitán. Quería que me dijera « Sí, señor» .

—Sí, señor.

—Y pregunta en las puertas por... tres arpías siniestras que viven en un caserón cerca de aquí. Tienen un cerezal. Averigua su dirección y cuando vuelvas mándales tres billetes de diligencia a Ankh-Morpork

—Sí, señor.

—Así me gusta. Que tengáis buen viaje. Nos vemos dentro de una semana. O dos. Tres como mucho. ¿De acuerdo?

Unos minutos más tarde estaba de pie temblando en los escalones, mirando cómo el carruaje desaparecía en la fría mañana.

Sintió una punzada de culpa, pero era una punzada pequeña. Le entregaba todos los días de su vida a la Guardia y ya era hora, pensó, de que ella le entregara a él una semana. O dos. Tres como mucho.

De hecho, se dio cuenta de que más que una punzada era un simple « ping» , que recordó que era un término dialectal que significaba « meandro» . Y ahora mismo veía un futuro, que es más de lo que había tenido nunca.

Cerró la puerta con llave y se volvió a la cama.

* * *

En un día claro, desde un punto lo bastante alto de las Montañas del Carnero, la mirada abarcaba una distancia enorme sobre las llanuras.

Los enanos habían reconducido los torrentes alpinos y construido una escalinata de esclusas que se elevaba a kilómetro y medio de altura por encima de los amplios pastos, por cuyo uso cobraban no solamente un bonito penique, sino un precioso dólar entero. Siempre había barcazas en pleno ascenso o descenso, con rumbo al río Smarl y a las ciudades del llano. Transportaban carbón, hierro, arcilla refractaria, melaza^[22] y sebo, los insulsos ingredientes del budín de la civilización.

En medio del aire gélido y enrarecido uno tardaba varios días en perderse de vista. En un día claro, se podía ver el miércoles que viene.

El capitán de una de las barcazas que había esperando frente a la esclusa superior fue a echar los posos de su tetera por la borda y vio a un perrillo sentado en la ribera nevada. El animal se incorporó hasta sentarse y jadeó, esperanzado.

El capitán acababa de girarse para regresar al camarote cuando pensó: Pero qué perrito tan mono.

Fue un pensamiento tan claro que casi le pareció que lo había oído, pero miró a su alrededor y no había nadie más cerca. Y estaba claro que los perros no hablaban.

Se oyó a sí mismo pensar: Ese perrito sería muy útil para que no salieran ratas que pudieran atacar el cargamento y cosas de ese estilo.

Tenía que haber sido él quien lo pensara, decidió. No había nadie más cerca y todo el mundo sabía que los perros no hablaban.

Dijo en voz alta:

—Pero las ratas no comen carbón, ¿verdad?

Y pensó, alto y claro:

—Ah, bueno, nunca se sabe cuándo pueden intentarlo, ¿no? Además, es un perrito monísimo que lleva días luchando con la nieve profunda, ja, como si le importara a alguien.

El barquero se rindió. Solamente se puede discutir con uno mismo hasta cierto punto.

Diez minutos más tarde, la barcaza ya había iniciado su largo descenso hacia los llanos, con un perrito sentado en la proa, disfrutando de la brisa.

En conjunto, pensó Gaspode, siempre era mejor mirar al futuro.

* * *

Nobby Nobbs se había construido un refugio pegado a la pared de la Casa de la Guardia, y se estaba calentando las manos con aire sombrío cuando una sombra se cernió sobre él.

—¿Qué estás haciendo, Nobby? —preguntó Zanahoria.

—¿Eh? ¿Capitán?

—No hay nadie en las puertas, no hay nadie patrullando... ¿Es que nadie recibió mi mensaje? ¿Qué está pasando?

Nobby se lamió los labios.

—Bueno... —dijo—. No hay... bueno, ahora mismo no tenemos Guardia. No hay guardia *persé*. —Hizo un gesto de dolor. Vio a Angua detrás de Zanahoria—. Esto, ¿no estará el señor Vimes con usted?

—¿Qué está pasando, Nobby?

—Bueno... verá usted... Fred más o menos... y luego se puso todo... y entonces va y se le metió entre ceja y ceja que... y luego no quería salir... y entonces nosotros... y él atrancó la puerta con clavos... y la señora Fred vino y

se puso a gritarle por la rendija del buzón... y la mayoría de los muchachos se han largado y tienen otros trabajos... y solamente quedamos yo y Dorfl y Reg y el Coladas, y venimos aquí por turnos y echamos comida por el buzón para él... y... eso es todo...

—¿Puedes repetir eso rellenando los espacios en blanco? —pidió Zanahoria.

Aquello llevó una cantidad de tiempo mucho más considerable. Seguía habiendo espacios en blanco. Zanahoria le obligó a rellenarlos.

—Ya veo —dijo finalmente.

—El señor Vimes se va a cabrear de lo lindo, ¿no? —dijo Nobby en tono lastimero.

—Yo no me preocuparía por el señor Vimes —dijo Angua—. Por lo menos de momento.

Zanahoria estaba contemplando la puerta principal. Era de roble macizo. Había barrotes en todas las ventanas.

—Vete a buscar al agente Dorfl, Nobby —dijo.

Diez minutos más tarde la Casa de la Guardia tenía una entrada nueva. Zanahoria pasó sobre los escombros y subió las escaleras seguido de los demás.

Fred Colon estaba encorvado en la silla, mirando fijamente un azucarillo solitario.

—Ten cuidado —susurró Angua—. Es posible que su estado mental sea muy frágil.

—Es muy probable —dijo Zanahoria. Se inclinó y susurró—: ¿Fred?

—¿Mmm? —murmuró Colon.

—*¡De pie, sargento! ¿Le estoy haciendo daño? ¡Espero que sí, porque le estoy pisando la barba! ¡Tiene cinco minutos para lavarse y afeitarse y volver aquí con la cara limpia de las mañanas! ¡De pie! ¡Al lavabo! ¡Derecha, ar! ¡Paso ligero! ¡Un-dos, un-dos!*

A Angua le pareció que ninguna parte de Fred Colon por encima de su cuello, salvo tal vez las orejas, estaba involucrada en lo que sucedió a continuación. Fred Colon se puso firme, ejecutó un giro a la derecha y salió con paso ligero por la puerta.

Zanahoria se giró hacia Nobby:

—¿Usted también, cabo!

Nobby, temblando de la impresión, hizo el saludo oficial con las dos manos a la vez y echó a correr detrás de Colon.

Zanahoria fue hasta la chimenea y atizó las cenizas.

—Oh, cielos —dijo.

—¿Todo quemado? —dijo Angua.

—Eso me temo.

—Algunos de estos montones eran como viejos amigos.

—Bueno, descubriremos si nos hemos perdido algo importante cuando

empiece a oler —dijo Zanahoria.

Nobby y Colon volvieron a aparecer, rosados y sin aliento. Colon tenía algunos pedacitos de papel pegados a la cara allí donde el afeitado había sido demasiado entusiasta, pero aun así tenía mejor aspecto. Volvía a ser un sargento. Alguien le estaba dando órdenes. Su cerebro estaba en movimiento. El mundo volvía a tener el lado correcto hacia arriba.

—¿Fred? —dijo Zanahoria.

—¿Siseñor?

—Tienes un poco de caca de pájaro en el hombro.

—¡Ahora mismo me encargo yo, señor! —dijo Nobby, saltando a un lado. Se sacó como pudo un pañuelo del bolsillo, escupió en él y lo frotó apresuradamente contra la estrella provisional del uniforme de Colon—. ¡Ya no queda nada, Fred! —aseguró.

—Buen trabajo —dijo Zanahoria.

Se puso de pie y fue hasta la ventana. En realidad, no es que ofreciera una gran vista. Pero él se asomó a ella como si pudiera ver hasta el fin del mundo.

Colon y Nobby se movieron, intranquilos. Ahora mismo no les gustaba cómo sonaba el silencio. Cuando Zanahoria habló, parpadearon como si les acabaran de golpear en la cara con un trapo frío.

—Lo que creo que ha habido aquí —dijo— es una situación confusa.

—Eso es, eso es —se apresuró a decir Nobby—. Estábamos muy confusos. ¿Fred?

Le clavó el codo a Fred Colon, despertándolo de un ensueño de terror.

—¿Eh? Oh. Sí. Eso, sí. Confusión —balbució.

—Y me temo que sé de quién es la culpa en última instancia —continuó Zanahoria, todavía absorto en apariencia en el espectáculo de un hombre que estaba barriendo las escaleras de la ópera.

En medio del silencio, los labios de Nobby se movieron en una oración. A Fred Colon solamente se le veía el blanco de los ojos.

—La culpa es *mía* —dijo Zanahoria—. Me culpo a mí mismo. El señor Vimes me dejó al mando y yo me largué a toda prisa sin pensar en mi deber y puse a todo el mundo en una posición insostenible.

Tanto Fred como Nobby tenían la misma expresión en la cara. Era la cara de un hombre que ha visto la luz al final del túnel y la luz ha resultado ser el centelleo del Hada de la Esperanza.

—Casi me da vergüenza pedirlos a los dos que me saquéis de esta fosa que he cavado para mí mismo —dijo Zanahoria—. No me puedo imaginar lo que va a decir el señor Vimes.

A Fred y a Nobby se les apagó la luz del final del túnel. Ellos sí se imaginaban lo que iba a decir el señor Vimes.

—Sin embargo... —dijo Zanahoria. Regresó a la mesa, abrió el cajón de

abajo y sacó un puñado de páginas mugrientas que había sujetas con un clip.

Ellos esperaron.

—Sin embargo, cada uno de estos hombres aceptó el Chelín del Rey e hizo el juramento de defender la Paz del Rey —dijo Zanahoria, dando un golpecito en el papel—. Un juramento, en realidad, hecho al rey.

—Sí, pero eso fue solamente... ¡aargh! —dijo Fred Colon.

—Lo siento, señor —dijo Nobby—. Sin darme cuenta le he dado un buen pisotón en la punta del pie a Fred mientras me ponía firmes.

Hubo un susurro largo y sinuoso, como de seda. Zanahoria estaba desenvainando su espada. La dejó sobre la mesa. Nobby y Colon se apartaron de su punta acusadora.

—Son todos buenos muchachos —dijo Zanahoria en voz baja—. Estoy seguro de que si vosotros dos los llamáis a todos uno por uno y les explicáis la situación, entenderán cuál es su deber. Decídes... decídes que siempre hay un camino fácil, si uno sabe dónde mirar. Y entonces podremos continuar con nuestro trabajo, y cuando el señor Vimes regrese de sus merecidas vacaciones los acontecimientos algo confusos del pasado ya no serán más que...

—¿Confusos? —sugirió Nobby, esperanzado.

—Exacto —dijo Zanahoria—. Pero me alegro de ver cuánto has avanzado con el papeleo, Fred.

Colon permaneció clavado al suelo hasta que Nobby, haciendo un saludo marcial desesperado con la otra mano, lo sacó a rastras de la oficina.

Angua los oyó discutir mientras bajaban la escalera.

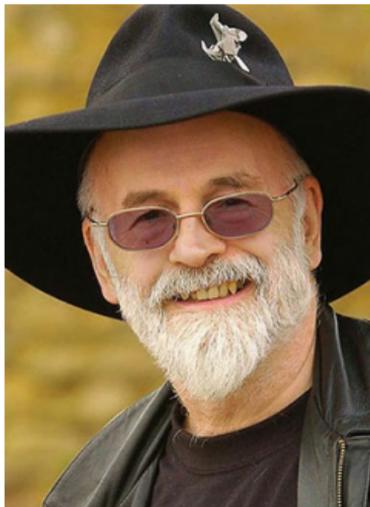
Zanahoria se puso de pie, le sacudió el polvo a la silla y la colocó con cuidado debajo de la mesa.

—Bueno, estamos en casa —dijo él.

—Sí —dijo Angua, y pensó: En realidad sí que sabes ser desagradable, ¿no? Pero lo usas como si fuera una garra; lo sacas cuando te hace falta y cuando no lo necesitas no hay señal de que este ahí.

Él extendió la mano y cogió la de ella.

—Los lobos nunca miran atrás —susurró.



TERRY PRATCHETT. Estudió en la escuela técnica High Wycombe, donde ya escribió un relato que fue publicado cuando tenía 15 años. Estudió periodismo y comenzó a trabajar en Bucks Free Press, pasando después al Western Daily Press, volviendo como subdirector al anterior. En 1981 fue responsable de relaciones públicas de una central nuclear, cargo que dejó en 1987 para dedicarse a escribir exclusivamente. Fue nombrado Oficial de La Orden del Imperio Británico, y es Doctor Honoris Causa por las universidades de Warwick y Portsmouth.

Precoz y prolífico autor, ha dedicado su obra a la fantasía y ciencia ficción, escribiendo innumerables libros, relatos cortos e incluso guiones para adaptar sus obras a la televisión. Sus libros se venden por millones, y se han traducido a multitud de idiomas. Es conocido fundamentalmente por su serie Mundodisco de la que lleva escritos más de 35 libros. Esta serie, es una fantasía que parodia el mundo en que vivimos en clave de humor. Cabe destacar también su trilogía La Ciencia del Mundodisco, escrita en colaboración con dos científicos.

Notas

[1] No de roca y de hierro en su forma muerta, tal como son ahora, sino de roca y de hierro *vivos*. Los enanos tienen una mitología bastante inventiva sobre los minerales.<<

[2] Los vampiros desarrollan nombres largos. Es algo que les sirve para matar el paso de los años.<<

[3] Por lo menos no de la que ella solía llevar.<<

[4] Y últimamente, cabo Nobbs.<<

[5] No tenían valor para pronunciar la palabra « enana» .<<

[6] Por lo menos por parte de exploradores de verdad. Simplemente vivir allí no cuenta.<<

[7] Por lo menos si los golpeabas con la bastante fuerza.<<

[8] Sobre todo si era verde y burbujeaba.<<

[9] Salvo por el hecho de que las de alrededor no eran piedras que convenía pisar si era martes.<<

[10] Como miembro de la comunidad de los muertos, Reg Shoe naturalmente se consideraba a sí mismo miembro de una mayoría étnica.<<

[11] Kilómetros y Kilómetros de Puto Uberwald.<<

[12] Posición que absolutamente ninguna otra criatura en el mundo querría adoptar jamás.<<

[13] Al fin y al cabo, eso hacía mucho más difícil que la mano volviera a alimentarlo al día siguiente.<<

[14] El cerebro con base de silicona de Detritus era, como el de la mayoría de los trolls, muy sensible a los cambios de temperatura. Cuando el termómetro estaba muy bajo se podía volver peligrosamente intelectual.<<

[15] Un tipo de pastelillo hecho de cortinas.<<

[16] Empanadillas de alforfón rellenas de relleno.<<

[17] Pan hecho de chirivía, y por lo general considerado mucho más sabroso que ese tan aburrido que se hace con trigo.<<

[18] Se había fijado en que el sexo tenía cierta similitud con la cocina: a la gente le fascinaba; a veces se compraban libros enteros llenos de recetas complicadas y dibujos interesantes, y en ocasiones cuando tenían mucha hambre se imaginaban unos banquetes de aupa. Sin embargo, al final del día se conformaban felizmente con unos huevos con patatas. Siempre que estuvieran bien preparados y tal vez fueran acompañados de una rodaja de tomate.<<

[19] Vimes había discutido una vez la idea efebica de «democracia» con Zanahoria, y le había interesado bastante la noción de que todo el mundo* tenía derecho a voto hasta que se dio cuenta de que aunque él, Vimes, tendría derecho a voto, en las normas no había ninguna manera de evitar que también lo tuviera Nobby Nobbs. Vimes vio enseguida que la cosa fallaba ahí.

* Salvo mujeres, niños, esclavos, idiotas y gente que no era realmente de los nuestros.<<

[20] El marqués de Fantailler se metió en muchas peleas en su juventud, la mayoría como resultado de llamarse marqués de Fantailler, y escribió una serie de normas para lo que él denominó «el noble arte de los mamporros» que principalmente consistían en una lista de sitios donde la gente no tenía permitido golpearle. Su obra impresionó a muchos, que a partir de entonces empezaron a plantarse con el gallardo pecho proyectado hacia fuera y los puños cerrados en actitud de viril agresión frente a otra gente que no había leído el libro del marqués pero que sí sabían dejar a su oponente sin sentido dándole con una silla. Las últimas palabras de una cantidad sorprendentemente grande de gente fueron: «Que le den por culo al puto marqués de Fantailler» .<<

[21] La clave estaba en el dibujo de las cicatrices.<<

[22] Las minas de melaza del subsuelo de Ankh-Morpork se habían agotado hacía mucho tiempo, dejando solamente el nombre de una calle para recordarlas. Pero la colisión con el Quinto Elefante había sepultado miles de acres de caña de azúcar prehistórica alrededor de las fronteras de Uberwald, y el denso azúcar cristalino resultante constituía los cimientos de una enorme industria minera, pastelera y odontológica.<<